EDUARDO BLANCO

VENEZUELA HEROICA

CUADROS HISTORICOS

La Victoria.—San Mateo.—Sitio de Valencia.—Maturín.
La invación de los seiscientos.—La Casa-Fuerte.—San Félix.
Matasiete.—Las Queseras.—Boyacá.—Carabobo.

SEGUNDA EDICION AUMENTADA Y CORREGIDA.

CARACAS.

Imprenta Bolívar.

1883.

Hélas! au milieu de nos préoccupations journalières, au milieu de nos luttes de la tribune, au milieu de nos procès scandaleux, les choses, les événemens, et même les hommes, passent si vite, qu'un jour on oubliera, s'ils ne sont déjà oubliés, les détails de ce magnifique combat, que nous pouvons opposer à tout ce que l'antiquité nous a légué d'héroïque et de grand.

Jetons donc une page de plus à ce vent qui roulait les feuilles de la Sibylle de Cumes, et qui emporte toute chose humaine vers l'obscurité, le néant et l'oubli.

A. Dumas.—(Guerre d'Algérie).

A mis hijos.

EL AUTOR.

Al Sr. [illegible]

José [illegible]

[illegible]

INTRODUCCION

Respetuosamente

Alberto Urdaneta

Bogotá 24 de Julio 1884.

Hélas! au milieu de nos préoccupations journalières, au milieu de nos luttes de la tribune, au milieu de nos procès scandaleux, les choses, les événemens, et même les hommes, passent si vite, qu'un jour on oubliera, s'ils ne sont déjà oubliés, les détails de ce magnifique combat, que nous pouvons opposer à tout ce que l'antiquité nous a légué d'héroïque et de grand.

Jetons donc une page de plus à ce vent qui roulait les feuilles de la Sibylle de Cumes, et qui emporte toute chose humaine vers l'obscurité, le néant et l'oubli.

A. Dumas.—(Guerre d'Algérie).

A mis hijos.

EL AUTOR.

[illegible]

José [illegible]

INTRODUCCION

Respetuosamente

Alberto Urdaneta

Bogotá 24 de Julio 1884.

INTRODUCCIÓN.

I

Desde el sometimiento de la América á sus conquistadores, el estruendo de las armas y los rugidos siniestros de la guerra no despertaban los ecos de nuestras montañas.

La cautiva de España abandonada á su destino, sufría en silencio el pesado letargo de la esclavitud. Nada le recordaba un tiempo menos desgraciado; nada le hablaba aquel lenguaje halagador de las propias y brillantes proezas, en que aprenden los pueblos en la infancia á venerar el suelo donde nacen y amar el sol que lo fecunda. Las mismas tradiciones de la conquista habían sido olvidadas. Las generaciones se sucedían mudas, sin que los padres trasmitiesen á los hijos uno sólo de esos recuerdos, conmovedores por gloriosos, que exaltan el espíritu y alimentan por siempre el patrio orgullo. Sin fastos, sin memorias, sin otro antecedente que el ya remoto ultraje hecho á la libertad del nuevo mundo, y las huellas de cien aventureros estampadas en la cerviz de todo un pueblo, nuestra propia historia apenas si era un libro en blanco y nadie habría podido preveer que, no muy tarde, se llenarían sus páginas con toda una epopeya.

En cambio, adoptábamos como nuestras las glorias castellanas. Era éste un consuelo, no una satisfacción.

Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale á vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante.

El Cid, Gonzalo y Don Pelayo, eran los héroes de todas las leyendas. La conquista de Granada, el poema por excelencia: nuestros padres lo sabían de memoria. Como se ve, la poesía del heroísmo nos venía de allende los mares.

Con todo, nò era poco para quien nada poseía.

A veces una chispa de fuego deslumbra como el sol.

En la lóbrega oscuridad de perdurable noche, todo lo que no es profundamente negro semeja claridad, luz, que anhela el que gime en el fondo del antro, que estima como una providencia, que ama y bendice, no importa de donde le venga: de los resplandores del cielo ó de las llamas de un auto de fé.

Sin embargo, aquel huésped sedicioso se escurría como de contrabando, no llegaba á inquietar á los guardianes del paciente rebaño.

Mientras la poesía nos viniera de España, no había razón para temerla; á más que el abatimiento colonial parecía deprimir, sin sacrificio, toda noble tendencia, toda elevada aspiración.

La vida corría monótona; por lo menos, sin combate aparente, y con la docilidad de un manso río se deslizaba aprisionada entre la triple muralla de fanáticas preocupaciones, silencio impuesto y esclavitud sufrida que le servían de diques.

Nada respiraba: artes, industrias, ciencias, metodizadas por el temor y la avaricia, desmayaban á la sombra del régimen cauteloso en que se las toleràba.

Como polvo al fin, el pueblo vivía pegado al suelo: no existían vendavales que lo concitasen.

Silencio y quietud era nuestra obligada divisa. Y privados de nuestros derechos no existíamos para el mundo.

Sólo el trueno que bramaba sobre nuestras cabezas, y las convulsiones misteriosas que estremecían la tierra bajo nuestros pies, eran los únicos perturbadores que á despecho de la corona de España, osaban atentar contra el silencio y la quietud letárgica de la colonia.

Plena era la confianza de los dominadores en la presa que retenían y en la seguridad con que se la guardaba: confianza autorizada por la experiencia de la muerte moral á que condena el vasallaje: seguridad que abonaba, más que la fuerza misma empleada en sostenerla, el viejo nudo de tres siglos que aseguraba al cuello de la víctima el estrecho dogal del cautiverio.

Ceguedad! — Entre la sombras de lo imprevisto por los conculcadores, en todo tiempo, de los sagrados derechos de la humanidad, está oculta esa fuerza violenta, activa, poderosa, que animada de pronto, cambiar puede, á su arbitrio, la suerte de los pueblos, la faz de las naciones y aniquilar la obra de los siglos.

La fuerza se anima. La revolución estalla, *et mortui resurgent.*

De súbito, un grito más poderoso aún que los rugidos de la tempestad, un sacudimiento más intenso que las violentas palpitaciones de los Andes, recorre el Continente; y una palabra mágica, secreto de los siglos, incomprensible para la multitud, aunque propicia á Dios, se pronuncia á la faz del león terrible, guardián de las conquistas de Castilla. El viento la arrebata y la lleva en sus alas al traves del espacio, como un globo de fuego que ilumina y espanta. Despiertan los dormidos ecos de nuestras montañas, y cual centinelas que se alertan, la repiten en coro: las llanuras la cantan en sus palmas flexibles: los ríos la murmuran en sus rápidas ondas: y el mar, su símbolo, la recoge y envuelve entre blancas espumas y va á arrojarla luégo, como reto de muerte, en las playas que un día dejó Colón para encontrar un mundo.

Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza: sus efectos asombran, su

desarrollo no se puede augurar. Ambas obedecen á una misma impulsión, á un oculto poder, á una suprema fuerza: ambas se hacen preceder de siniestros rumores: ambas estallan con estrépito; y ambas tienen también ruidosas y peculiares manifestaciones que á veces se confunden: la una el trueno, la otra el rugido. Sin embargo, el contraste entre ellas suele ser tan grande que llega hasta la antítesis: la tempestad abate: la revolución levanta; la una esteriliza, la otra fecunda. Dios está sobre todo y tiene sus designios.

Al grito de libertad que el viento lleva del uno al otro extremo de Venezuela, con la eléctrica vibración de un toque de rebato, todo se conmueve y palpita; la naturaleza misma padece estremecimientos espantosos; los ríos se desbordan é invaden las llanuras; ruge el jaguar en la caverna; los espíritus se inflaman como al contacto de una llama invisible; y aquel pueblo incipiente, tímido, medroso, nutrido con el funesto pan de las preocupaciones, sin ideal soñado, sin anales, sin ejemplos; tan esclavo de la ignorancia como de su inmutable soberano; rebaño más que pueblo; ciego instrumento de aquel que lo dirige; cuerpo sin alma, sombra palpable, haz de paja seco al fuego del despotismo colonial y sobre el cual dormía tranquilo, como en lecho de plumas, el león robusto de Castilla; aquel pueblo de parias, trasformóse en un día en un pueblo de héroes. Una idea lo inflamó: la emancipación del cautiverio. Una sola aspiración lo convirtió en gigante: la libertad.

El cañón, la tribuna y la prensa, esos perpetuos propagandistas de las revoluciones, tronaron á la vez: y tenaz, heroico, cruel y desesperado, se entabló el gran proceso, la lucha encarnizada de nuestra independencia.

La República implantada de improviso, hace frente á la vieja monarquía: la libertad al despotismo.

Deducid el encono: estimad el estrago.

Osar á la emancipación, era osar á la libertad: el mayor de los crímenes para los sostenedores del principio monárquico colonial.

En 1810 como en 1789, la libertad era un cáncer social. que exigía, como único tratamiento, el cauterio. España no lo economizó en sus colonias; pero el hierro y el fuego fueron ineficaces.

Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada con sangre.

II

De todas las colonias que poseyera España en la vasta región del Nuevo Mundo, fué Venezuela la que primero osó romper el yugo de la cautividad á que viniera uncida.

El 19 de Abril de 1810, Caracas se rebela de hecho contra la Madre Patria, y asume cuantos derechos se le hubieran negado en el trascurso de tres siglos.

Robustecida la noble aspiración en que fracasaron Gual y España en 1797, y aun más vivo el recuerdo del suplicio afrentoso donde expiara el segundo de tan insignes patriotas su ardiente anhelo de independencia y libertad, algunos ciudadanos distinguidos al par que por sus luces, por su valer social y sus virtudes, acometen la arriesgada empresa de sustraerse del pupilaje impuesto á sus mayores; y logran lo que en vano intentara el General Miranda en 1806, con el prestigio de su nombre y el apoyo extranjero.

Destituyen á Emparan, Capitán General de Venezuela, crean un gobierno transitorio inspirado en ideas liberales, invitan á las provincias á adherirse al movimiento de Caracas, y exhortan á los Ayuntamientos de las capitales de las otras Colonias á seguir el ejemplo de la declarada insurrección.

Pero no todas las provincias comprendidas en la Capitanía General de Venezuela corresponden, cual fuera de esperarse, á tan patriótica invitación: Coro y Maracaibo, protestan contra lo acontecido, y el Brigadier Ceballos, Gobernador á la sazón de la primera de aquellas refractarias secciones, se dispone á sofocar el grito de libertad que se propaga en el país, y fomenta la rebelión en nombre de la España y de su Rey.

Temerosos los revolucionarios de fracasar en sus aspiraciones al encontrarse aislados, tratan de procurarse el apoyo de la Inglaterra, y al efecto comisionan al joven Coronel Simón Bolívar, acaso el más vehemente y entusiasta republicano de cuantos se señalaron en los comienzos de la Revolución, para ir á solicitar, en unión de López Méndez, la protección de la Gran Bretaña, en la inevitable lucha que en breve iba á empeñarse contra la Metrópoli.

Parten los comisionados á cumplir su delicado encargo. Ceballos amenaza desde Coro paralizar el vuelo de la revolución; la Junta de Caracas se prepara á la guerra, y ésta no tarda en estallar.

Toca al Marqués del Toro, patriota esclarecido, que inmola por la libertad de su país altas prerrogativas, dirigir como Comandante en Jefe de las armas republicanas la primera campaña, iniciadora de la sangrienta lucha que duró tantos años, y disparar sobre el escudo ibero el cañón revolucionario.

Al frente de una división de tropas colecticias invade la provincia de Coro, ataca su capital y reduce á Ceballos á defenderse entre trincheras; pero acometido á su turno por el Brigadier Miyares, con tropas de Maracaibo, se ve forzado á replegar hacia Barquisimeto aun después de batir á los realistas en el sitio de Salineta.

El mal éxito de aquel primer ensayo de nuestras fuerzas materiales, debido en mucha parte á la impericia militar de quien jamás había gobernado un ejército, que no á los bríos y decisión patriótica de Toro, desconcierta y apoca los ánimos;

pero al punto torna á robustecerlos la anunciada llegada á nuestras costas del General Don Francisco de Miranda, ilustre hijo de Caracas, cuyo nombre glorioso en las reñidas lides de la gran Revolución francesa, se había conquistado en Europa justa fama.

Miranda, por mil títulos, era una gran personalidad, un atleta de reconocido patriotismo, una esperanza en los azares de la guerra: como tal fué acogido por la mayoría de sus conciudadanos. La Junta revolucionaria de Caracas le distinguió con el nombramiento de Teniente General, y prestó atento oído á las indicaciones y consejos del decano de los patriotas Suramericanos.

Decretada la reunión de un Congreso para decidir de los futuros destinos de Venezuela, hombres eminentes salen electos para formar aquel Areópago, que no tarda en instalarse en Caracas.

Bolívar vuelve entretanto, aunque sin haber logrado del gabinete de Lóndres sino vagas promesas: torna á girar en el torbellino de la política, y arrastrado por su carácter ardoroso y vehemente, se esfuerza en apresurar el definitivo rompimiento entre la naciente República y su airada y secular dominadora. Acordado en ideas y propósitos con el General Miranda, con Yanes, Peña, Coto Paúl, Nicolás Briceño, Muñoz Tebar y los más exaltados revolucionarios, crea la renombrada *Sociedad Patriótica*, especie de Club de *jacobinos* en la incipiente revolución venezolana, cuyos miembros resueltos todos á afrontar los más crueles sacrificios y á derramar su sangre por la consolidación de la República, no escusan medios para enardecer el espíritu público, é influir en las deliberaciones de los altos poderes constituidos.

Instalado el Congreso, la *Sociedad Patriótica* tiene sesiones tempestuosas; los oradores se arrebatan la palabra para encarecer más y más la necesidad de romper para siempre con España. Coto Paúl invoca la anarquía antes que tornar á las

cadenas del absolutismo; Bolívar clama por "poner sin temor la piedra fundamental de la libertad Sur-americana." Una comisión de este Club va á pedir al Congreso la pronta declaración de nuestra independencia, y no fué éste el menor de los estímulos que tuvo aquel augusto Cuerpo para declararla solemnemente el 5 de Julio de 1811.

Alea jacta est. Transformada la antigua Colonia en República independiente y libre, marcha resuelta á cumplir sus destinos, y aunque incipiente todavía muéstrase vigorosa. Pero no bien entra de lleno en el amplio camino que le trazan sus generosas instituciones, principia á hallar tropiezos.

Los partidarios de la Corona, instigados por los agentes de Cortabarría, enviado de la Metrópoli para bloquear nuestras costas, sublevan á Valencia desconociendo la autoridad del Congreso, á la vez que proclaman á Fernando VII.

Para conjurar tan peligresa azonada, envía el Gobierno algunas tropas á las órdenes del Marqués del Toro, y de su hermano Don Fernando; los cuales logran desalojar á los realistas de las posiciones avanzadas que ocupaban en La Cabrera: mas rechazados luégo hasta Maracay, aquellos jefes piden refuerzos á Caracas. Miranda toma el mando del pequeño ejército republicano, avanza hasta Valencia é intima rendición á la plaza, con generosas condiciones. Acéptanla los jefes españoles, y se ajusta una capitulación en virtud de la cual entra Miranda á la ciudad el día 13 de Julio. Pero los vencidos, que habían quedado armados, faltan á su palabra, y como vieran desprevenidos á los vencedores, salen de los cuarteles, se arrojan sobre las tropas republicanas, y las obligan á replegar hasta Guacara.

Las sombras de la noche favorecen aquella precipitada retirada; pero no evitan que el enemigo se apodere de los bagajes de los independientes, de una parte de sus municiones y armamento, y que degüelle hasta los heridos y enfermos que caen en su poder.

Miranda se rehace en pocos días; y el 12 de Agosto acomete de nuevo y resueltamente á los pérfidos capitulados. Los reduce, tras reñidísimo combate, al recinto de la plaza mayor; y al día siguiente los rinde á discreción.

Fué aquella nuestra primer victoria, comprada empero al alto precio de 800 muertos y 1.500 heridos de nuestra parte. Miranda, sin embargo, no deshonra su triunfo castigando por sí mismo la perfidia de sus contrarios; conténtase con prenderlos, y los entrega á los Tribunales para que sean juzgados. Estos condenan á muerte á los principales autores de aquella alevosía; pero el Congreso lleno de generosidad les conmuta la pena.

"Sometida Valencia, se cree alejado por mucho tiempo el mal de la guerra". La política absorbe los espíritus. Discútese con vehemencia la forma definitiva del gobierno: quieren unos, la más ámplia libertad, y se fijan para ello en la impersonalidad del Poder Ejecutivo de la Nación; otros más experimentados en la práctica de los negocios públicos, á cuya cabeza hallábase Miranda, proponen dar más fuerza y unidad al gobierno para poder luchar contra la inevitable resistencia que opondría España al desmembramiento de sus colonias; pero estos advertidos patriotas fracasan en sus planes y llegan á tenerse por sospechosos.

Obra de los más exagerados fué la Constitución que se firmó el 21 de Diciembre de 1811. Habíase obtado por el sistema federal y la Revolución principiaba por donde hubiera debido terminar.

Saltar de la colonia á la Federación no era colmar un abismo, sino cubrir imprudentemente de hojarasca y flores y verdura una sima profunda, que en breve vendría á ser una amenaza y acaso un sepulcro.

La inexperiencia en los primeros pasos de la Revolución apresuró su primera caída.

La guerra civil paralizada en las comarcas de Occidente, se acrecienta en las riberas del Orinoco: Guayana rendía

pleito homenaje á sus antiguos soberanos y rechazaba con tezón las nuevas instituciones.

En momentos tan oportunos para España; el Brigadier Don Juan Manuel Cajigal arriba á Coro con algunos jefes españoles y armas, pertrechos y dinero para emprender la guerra en Occidente. Entre los jefes que le acompañaban hallábase un afortunado Capitán de fragata, el canario, Don Domingo de Monteverde, á quien la suerte reservaba sobreponerse á todos sus camaradas, y abatir el mal cimentado edificio de la República, tan laboriosamente construido sobre el suelo inseguro de la colonia.

Ceballos con los auxilios de Cajigal, toma al punto la ofensiva, é invade hasta Carora.

Había llegado el año de 1812, tan funesto para Venezuela. Sobreviene el espantoso terremoto del 26 de Marzo que asoló nuestras ciudades principales y conturbó profundamente á los espíritus poco esclarecidos. Y sin que se hubiera aplacado aún la densa nube de polvo que levantaran al caer los edificios de Caracas, y aun no sepultados los 12.000 cadáveres que ocasionara la catástrofe, el audaz Monteverde se lanza desde Coro sobre la Capital. Se apodera de Barquisimeto, gana prosélitos en su atrevida marcha, aumenta con rapidez su escasa división, se hace de armas y pertrechos, y después de algunos afortunados encuentros osa llegar hasta San Carlos donde bate á los republicanos, prometiéndose reconquistar las rebeldes provincias.

Mérida y Trujillo se reaccionan y se adhieren á la causa de España; el país se estremece; y la guerra desata sus pavorosas alas que no debía plegar sino muy tarde en el glorioso campo de Ayacucho.

El Congreso reunido en Valencia había ya sustituido los primeros miembros del Poder Ejecutivo con los ciudadanos Fernando Toro, Francisco Javier Ustáriz y Francisco Conde, y en vista del peligro inminente que corría la Repfiblica.

concedió facultades extraordinarias al Gobierno y este las delega en el Marqués del Toro. Pero como el agraciado no aceptase la gran responsabilidad que aquellas le imponían, confiose la dictadura al General Miranda con el título de Generalísimo.

El viejo veterano de Nerwinde se apresura á reconcentrar el ejército patriota. Fija en Maracay su Cuartel General, y como los miembros del Congreso amenazados en Valencia por la proximidad de Monteverde, se retirasen á Carácas, confiose al Coronel Miguel Ustáriz la defensa de aquella importante ciudad, así como á Bolívar el mando en jefe de la plaza y fortaleza de Puerto Cabello.

No pudiendo sostenerse Ustáriz en Valencia, la evacua sin demora, y al punto la ocupa Monteverde.

Nuevos encuentros favorables á las armas del Rey exasperan y desconciertan á los republicanos

El Generalísimo mueve una parte del ejército con ánimo de estrechar en Valencia á Monteverde, y destaca algunos cuerpos hacia la Villa de Cura, á ver de sofocar la insurrección de las llanuras que fomenta Antoñanzas.

Numerosos combates, ora felices ora adversos á los republicanos, se libran en los alrededores de Valencia. La reacción realista cobra diariamente alarmadoras proporciones; y al propio tiempo que Monteverde se fortalece y gana partidarios, perniciosas rivalidades, y desconfianzas y quisquillas fomentan la insubordinación en nuestro campamento.

No hecho Miranda á descabelladas aventuras, ni menos á lidiar con los anárquicos espíritus que había exaltado la Revolución, pertúrbase y fluctúa en sus propósitos á vuelta de los primeros reveses, y desconcertado se repliega el 18 de Junio á La Victoria.

Serios peligros amenazan la República. La insurrección de las llanuras es un hecho consumado; trascendentales ventajas obtiene Antoñanzas sobre nuestras tropas: ocupa á Calabozo, ataca á San Juan de los Morros, y degüella á los ino-

fensivos moradores de aquel pueblo; al mismo tiempo que en valentonado Monteverde por la retirada del ejército patriota, osa atacar personalmente en La Victoria las avanzadas de Miranda.

No obstante la sorpresa de tan inesperada acometida, los republicanos consiguen rechazar al enemigo, y nuestros jefes todos, se muestran en la ocasión dignos de encomio y del renombre que les reserva el porvenir.

Enardecidos con el triunfo, instan al Generalísimo á que les permita perseguir á Monteverde; pero Miranda fluctúa un instante y al fin se abstiene por exceso de prudencia de completar una victoria que tantas calamidades habría evitado á Venezuela.

La indecisión del General en Jefe, le desprestigia entre sus compañeros de armas. El Cuartel General se convierte en campo de intrigas, de discusiones, de indisciplina y de amenazas contra la suprema autoridad de Miranda, quien absorto en temerosas preocupaciones, que no logra avasallar, á pesar de las relevantes condiciones de espíritu y carácter que adornaban al egregio guerrero, se abate ante la empresa que sustenta, y declarándose impotente para dominar la situación en que se halla, capitula en La Victoria, cuando con poco esfuerzo habría logrado aniquilar á Monteverde.

Injustificable proceder! La República, todavía vigorosa á pesar de los errores que se habían cometido, se entregó prisionera en La Victoria, y el país entero quedó á merced del vencedor.

Bolívar, víctima á su vez de una sublevación en la fortaleza de Puerto Cabello, se había visto forzado á abandonar aquella plaza.

Sellóse el 12 de Julio la funesta capitulación "quedando bajo la fe de Monteverde la inviolabilidad de los pactos y las garantías de los sometidos".

Ay! tanta debilidad no podía engendrar sino muy graves faltas.

La desesperación del vencimiento, y las pasiones tempestuosas que exalta hasta el delirio la desgraciada capitulación de La Victoria, se ensañan contra Miranda, á quien sus propios compañeros de armas, calumnian, denuestan y acusan con sobra de injusticia para el patriotismo de aquel gran republicano; pero no sin razón, cuando le hacen responsable de tan insólita catástrofe. No pocos de sus tenientes principales extraviados hasta la demencia, olvidan los merecimientos de aquel gran desventurado, de aquel patriota esclarecido; y llenos de venganza por suponer haberlos traicionado, lo prenden en el puerto de La Guaira en momentos de dejar el país; y lo entregan al perjuro vencedor, quien le condena, sin miramiento alguno por los explícitos acuerdos de la capitulación que había firmado, á gemir largamente en distintas prisiones y luégo á perecer en el arsenal de la Carraca, después de prolongado cautiverio.

El martirio de Miranda, nos abruma; pero aquel suplicio inmerecido esclarece el renombre de la ilustre víctima.

Refrenar las pasiones de los hombres cuando llegan al extravío de la razón, es empresa más ardua que paralizar el oleaje del mar.

Eclipsada la luminosa estrella de Miranda, se levanta hasta el zenit el pasagero *bólido* de Monteverde.

La Colonia se yergue, tras el vencimiento de la República, y besa las cadenas que de nuevo le impone el vencedor.

Una éra tristísima principia para las reconquistadas provincias de Venezuela; éra de venganzas y de infinitas vejaciones.

Bolívar, José Félix Ribas, Yanes, Antonio Nicolás Briceño, Francisco Carabaño y otros muchos patriotas connotados logran salir del país; pocos con pasaporte del nuevo Gobiergo,

Aterra á sus contrarios en Trujillo, insurrecciona á Mérida y Barinas y avanza sobre la capital llevando en sus banderas los laureles de tres reñidas y gloriosas victorias. Una más y decisiva arrebata á los realistas en Taguanes. Monteverde acobardado se refugia en la fortaleza de Puerto Cabello. Cede á Bolívar la posesión de casi todas las provincias de Venezuela. El héroe triunfador entra á Caracas, es proclamado "Libertador de la Patria" y reorganiza el Gobierno republicano. Los realistas, empero, no desmayan; la guerra se recrudece; nuevos paladines descienden á la arena á combatir por la causa de España. Surge Boves el terrible, y el fiero Morales. Los habitantes de nuestras llanuras se afilían en las banderas del Rey. Acrece la exaltación de las pasiones. Guerra á muerte se hacen los contrapuestos bandos; la sangre corre en todas partes. Caracas inmola en la contienda casi todos sus hijos, y perdura la lucha cada vez más violenta y más encarnizada.

Los triunfos y los reveses se suceden en los diarios combates. Espira el año de 1813 entre víctores, lamentos y descargas; y asoma el año aciago de 1814 preñado de amenazas para la combatida República.

Boves levanta en las llanuras de Caracas y Apure un poderoso ejército, y cuando sus compañeros de armas comienzan á flaquear ante Bolívar, preséntase en la arena y golpea nuestro escudo.

LA VICTORIA.

LA VICTORIA.

(12 de Febrero de 1814.)

I

Hay lugares marcados por acontecimientos de tamaña trascendencia, que no es posible, so pena de comprobar el más refinado estoicismo, ó la más crasa ignorancia, pasar por ellos con indiferencia.

La humanidad en el desarrollo progresivo de sus necesidades, en el desenvolvimiento de sus ideas, en la continua lucha de sus pasiones, ya conculcando fueros, ya defendiendo derechos adquiridos, ya conquistando prerrogativas que los hombres entre sí se disputan, dominados por el poderoso ascendiente de esas dos grandes tendencias que conmueven el mundo desde la creación: la fuerza que reprime y la idea que liberta: la humanidad ha sellado con sangre todas y cada una de sus transformaciones. Cada uno de sus pasos hacia el ideal de esa perfección política y social, con la cual han soñado y sueñan las naciones, ha dejado impresa una huella sangrienta: allí las ruinas de la patria de Príamo:

allí el suelo aun palpitante de Maratón, Platea y las Termópilas; allí el Granico, Issus y Arbela; allí los campos de Trasimeno y Cannas; allí los de Farsalia y Munda; allí Actium con sus olas furiosas que proclaman la muerte de la Roma republicana; allí el Gólgota siempre resplandeciente; allí los campos Cataláunicos; allí las ásperas gargantas de Roncesvalles; allí, en fin, mil y más sitios de esforzadas proezas, y Lepanto, Jemmapes, York-Town, Zaragoza y Waterloo.

Acaso no haya pueblo que deje de poseer uno de esos pedazos de tierra, reverenciados por el patriotismo, consagrados por la sangre en ellos derramada. Boyacá, Carabobo y Ayacucho, hablan más alto á nuestro espíritu, que los poemas inmortales en que Homero y Virgilio narraron las proezas de los antiguos héroes: campos memorables donde aun resuenan con misteriosos ecos el fragor del combate, las vibraciones del clarín y el grito de victoria.

De esos osarios gigantescos que hoy remueve el arado y cubre de verdura eterna primavera, se levanta, visible sólo á los ojos del espíritu, todo un monumento consagrado á la memoria de nuestros esforzados progenitores. Y si la ingratitud no ha permitido aún, agregar al glorioso sarcófago la piedra tumular, ni la columna alegórica al cimiento de huesos que afrenta el polvo de medio siglo de abandono, no por ello los corazones generosos palpitan con menos emoción y con menos respeto

al contemplar aquellos campos de reñidas batallas, donde duermen el sueño de los héroes, tanto guerrero ilustre, y tanta humilde víctima de nuestra magna lucha.

Uno de aquellos sarcófagos, tan glorioso para Venezuela como los ya citados, se ofrece de improviso á los ojos del viajero que, por la vía de las montañas, penetra en los risueños valles del Aragua. En medio á extensos campos cubiertos de perenne verdura, se levanta una ciudad que, aunque triste y silenciosa cual si temiera turbar con profana alegría el reposo de los heroicos muertos que encierra en su recinto, pregona sin embargo el alto ejemplo y los titánicos hechos de nuestros mayores. Aquella ciudad cuyo renombre vivirá eternamente en los anales americanos, es La Victoria: escenario sangriento de una de nuestras más terribles y reñidas batallas.

Dos fechas históricas, de opuestas resonancias, vienen á la memoria al contemplar aquel recinto, donde aun palpitan los recuerdos del insigne combate empeñado á principios de la revolución, entre los dos atletas más esforzados, que la república y la monarquía se opusieron recíprocamente durante el primer lustro de nuestra independencia.

Desechemos el recuerdo nefasto consignado en la capitulacion de 1812. Descubrámonos ante la ciudad valerosa que, á los ojos del patriotismo, sirve de pedes-

tal á la piramide altísima, en cuya cima, cual la de un dios olímpico, descuella la figura de José Félix Ribas, y llenos de noble orgullo trasportémonos al 12 de Febrero de 1814.

II

He aquí el año terrible! El año de la sangre y de las pruebas, en cuyo pórtico aparece escrito por la espada de Boves, el *Lasciate ogni speranza* para los republicanos de Venezuela.

En torno de aquel feroz caudillo, improvisado por el odio, más que por el fanatismo realista, las hordas diseminadas en la dilatada región de nuestras pampas, invaden, como las tumultuosas olas de mar embravecida, las comarcas hasta entonces vedadas á sus depredaciones.

Mayor número de jinetes jamás se viera reunido en los campos de Venezuela. De cada cepa de yerba parecía haber brotado un hombre y un caballo. De cada bosque, como fieras acosadas por el incendio, surgían legiones de jinetes armados, prestos á combatir. Los ríos, los caños, los torrentes que cruzan las llanuras, aparecen erizados de lanzas y arrojan á sus riberas tropel innúmero de escuadrones salvajes capaces de competir con los antiguos centauros.

Suelta la rienda, hambrientos de botín y venganza, impetuosos como una ráfaga de tempestad, ocho mil llaneros comandados por Boves, hacen temblar la tierra bajo los cascos de sus caballos que galopan veloces hacia el centro del territorio defendido por el Libertador.

Nube de polvo, enrojecida por el reflejo de lejanos incendios, se extiende cual fatídico manto sobre la rica vegetación de nuestros campos. Poblaciones enteras abandonan sus hogares. Desiertas y silenciosas se exhiben las villas y aldeas por donde pasa con la impetuosidad del huracán, la selvática falange, en pos de aquel demonio que le ofrece hasta la hartura el botín y la sangre, y á quien ella sigue en infernal tumulto cual séquito de furias al dios del exterminio.

Es la invasión de la llanura sobre la montaña: el desbordamiento de la barbarie sobre la República naciente.

Conflictiva de suyo la situación de los republicanos, se agrava con la aproximación inesperada del poderoso ejército de Boves.

Bolívar intenta detener las hordas invasoras, oponiéndoles el vencedor en Mosquiteros, con el mayor número de tropas que le es dado presentar en batalla.

Vana esperanza. Campo-Elías es arrollado en "La Puerta," y sus tres mil soldados acuchillados sin misericordia.

Tan funesto desastre amenaza de muerte la existencia de la República.

Campo-Elías vencido, es la base del ejército perdida, el flanco abierto, la catástrofe inevitable.

Todos los sacrificios y prodigios consumados por el ejército patriota para conservar bajo sus armas la parte de territorio tan costosamente adquirida, van á quedar burlados.

La onda invasora se adelanta rugiendo: nada le resiste, todo lo aniquila. Detrás de aquel tropel de indómitos corceles bajo cuyas pisadas parece sudar sangre la tierra, los campos quedan yermos, las villas incendiadas, sin pan el rico, sin amparo el indigente: y el pavor, como ave fatídica, cerniéndose sobre familias abandonadas y grupos despavoridos y hambrientos que recorren las selvas como tribus errantes.

El nombre de Boves resuena en los oídos americanos como la trompeta apocalíptica!

Cunde el terror en todos los corazones; mina la desconfianza el entusiasmo del soldado; Caracas se estremece de espanto, como si ya golpearan á sus puertas las huestes del feroz asturiano; decae la fé en los más alentados y una parálisis violenta, producida por el terror, amenaza anonadar al patriotismo. Cual si uno de los gigantes de la andina cordillera hubiese vomitado improviso gran tempestad de lavas y escorias, capaz de soterrar el continente americano, todo tiembla y todo se derrumba.

Sólo Bolívar no se conmueve; superior á las veleidades de la fortuna, para su alma no hay contrariedad,

ni sacrificio, ni prueba desastrosa que la avasalle ni la postre.

Sin detenerse á deplorar los hechos consumados, alcanza con el relámpago del genio los horizontes de la patria; pesa la situación extrema á que le trae la rota de Campo-Elías y la doble invasión que practican á la vez Rosete y Boves sobre la capital y sobre el centro de la República; mide sus propias fuerzas, que nunca encontró débiles para luchar por la idea que sostuvo, y concibe y pone en práctica con enérgica resolución, un nuevo plan de ataque y defensa.

Seguido de una parte de las tropas conque asedia á Puerto Cabello, va á fijar en Valencia su cuartel general: punto céntrico, desde el cual con facilidad puede auxiliar á D'Eluyar, á quien ha dejado frente á los muros de la plaza sitiada; al ala izquierda del ejército, que cubre el Occidente; y atender al conflicto que produce en Aragua la aproximación de Boves.

A tiempo que Ribas improvisa en Caracas una división para marchar sobre el enemigo, Aldao recibe orden de fortificar el estrecho de la Cabrera, donde va á situarse Campo-Elías con los pocos infantes salvados de la matanza de la Puerta.

A Urdaneta, que combate en Occidente, se le exige reforzar con parte de sus tropas las milicias que se organizan en Valencia. Instasele á Mariño á que acuda en auxilio del Centro. Díctanse medidas extremas; póne-

se á prueba el patriotismo; al que puede manejar un fusil se le hace soldado; acéptase la lucha, por desigual que sea; y Mariano Montilla, con algunos jinetes, sale veloz del cuartel general, se abre paso por entre las guerrillas enemigas que infestan la comarca, y va á llevar á Ribas las últimas disposiciones del Libertador. (*)

Nada se omite en tan difíciles circunstancias; lo que está en las facultades del hombre, se ejecuta, lo demás toca á la suerte decidirlo.

El conflicto entre tanto, crece con rapidez. Como aquellos terribles conquistadores asiáticos, ávidos de poder y venganza, Boves se adelanta por entre un rio de sangre, que alimentan sus feroces llaneros al resplandor siniestro de cien cabañas y aldeas incendiadas, que el invasor va dejando tras sí convertidas en ceniza.

Apercibido á la defensa, el Libertador aguarda confiado en su destino la sucesión de los acontecimientos que se van á efectuar. Al terror general que le circunda, opone, como fuerza mayor, su carácter tenaz é incontrastable: el huracán que se desata para aniquilarle, enfrenta en primer término toda una fortaleza: el corazón de José Félix Ribas.

El jaguar de las pampas va á medirse con el león de las sierras; son dos gigantes que rivalizan en pujanza y que por la primera vez van á encontrarse.

(*) Entre los jinetes que acompañan esta vez á Montilla, y que luégo toman parte en la batalla, figuran los entónces muy jóvenes, Santos Michelena, su hermano Vicente y Lázaro Olivo. El primero, en época posterior, uno de nuestros hombres públicos más eminentes.

III

Apénas con 7 batallones que no exceden en conjunto de 1.500 plazas, un escuadron de dragones y cinco piezas de campaña, Ribas ocupa á La Victoria, amenazada á la sazón por el ejército realista. Escaso es el número de combatientes que el General republicano vá á oponer al enemigo, pero el renombre adquirido por este jefe afortunado alienta á cuantos le acompañan.

Empero ¿ sabeis quiénes componen, en más de un tercio, ese grupo de soldados con que pretende Ribas combatir al victorioso ejército de Boves? Parece inconcebible.

En tres años de lucha, Caracas había ofrendado toda la sangre de sus hijos al insaciable vampiro de la guerra; hallábase extenuada, sin hombres que aprontar á la defensa de su invadido territorio; y al reclamo de la Patria en peligro, sólo había podido ofrecerle sus más caras esperanzas: los alumnos de su Universidad.

Allí van á buscarse los nuevos lidiadores que exhibe la República en aquellos días clásicos de cruentos sacrificios; y una generación, todavía adolescente, abandona las aulas y el *Nebrija* para tomar el fusil.

Sobre la beca del seminarista se ostentan de improviso los arreos del soldado. Y parten en solicitud del ene-

migo los imberbes conscriptos, confundidos con las tropas de línea; y aprenden de camino, el manejo del arma que los abruma con su peso, así como acostumbran el oído á los toques de guerra, y á las voces de mando de aquellos nuevos decuriones que se prometen enseñarles á morir por la Patria.

Todos marchan contentos; diríase que están de vacaciones. Pobres niños! Ligero bozo sombrea apenas sus labios y ya la pólvora les va á endurecer el corazón; apenas la sangre generosa de sus padres sienten correr ardiente por las venas; y ya van á derramarla! La Patria lo reclama!

Libertad! libertad! cuánta sangre y cuántas lágrimas se han vertido por tu causa....y todavía hay tiranos en el mundo!

La situación de La Victoria, hasta entonces desguarnecida, y en la espectativa de ver caer sobre ella el *azote del cielo*, como á Boves nombraban, expresa elocuentemente el grado de terror que infundía en nuestras masas populares la ira, jamás apaciguada, de aquel feroz aliado de la muerte, á quien la vista de la sangre producía vértigos voluptuosos y fruiciones infernales.

Toda humana criatura sin distinción de edad, sexo ó condición social, trataba de desaparecer de la presencia de tan funesto aventurero.

Los bosques se llenaban de amedrentados fugitivos, que preferían confiar la vida de sus hijos á las fieras de

las selvas, antes que á la clemencia de aquel monstruo de corazón de hierro, que jamás conoció la piedad.

En el poblado, el silencio lo dominaba todo; nada se movía; casi no se respiraba. Los niños y las aves domésticas, parecían haber enmudecido; los arroyos callaban; el viento mismo no producía en los árboles sino oscilaciones sin susurros.

Los que no habían podido huir á las montañas, se inclinaban abatidos en el recinto del hogar, buscaban la oscuridad para ocultarse en ella como en los pliegues de un manto impenetrable, y á cada instante, sobrecogidos de pavor, creían oír ruidos siniestros, precursores de la catástrofe que los amenazaba, ruidos que no deseaban escuchar, pero que el terror sabía fingirles, haciéndoles más larga y palpitante la sozobra.

Ribas fué acogido por aquel pueblo agonizante, como enviado del cielo.

IV

A la noticia de que una división republicana venía á cerrarle el camino de la capital, Boves se detiene dos días en la Villa de Cura, para reconcentrar su ejército y organizar sus numerosos escuadrones.

Componíase este ejército, casi en su totalidad, de rudos moradores de nuestras llanuras, por entonces

completamente salvajes; de esclavos, que blasfemando de la revolución que rompía sus cadenas, corrían desatentados á degollar á sus libertadores; y de esa masa flotante, torpe, viciosa, hambrienta de botín, que se adhiere á todas las causas, medra con todas ellas, y asiste como los cuervos al horrible festín de las batallas, para hartarse de sangre, no importa cuál sea la arteria que la vierta.

El número de peninsulares y canarios agregados á las hordas de Boves, era en extremo reducido: el verdadero ejército español vencido por Bolívar, arribó á Venezuela poco después de los sucesos que nos proponemos narrar.

Aquella falange desordenada; aquel tropel de bestias y de hombres feroces; aquel híbrido hacinamiento de razas en el más alto grado de barbarie, esclavos sumisos á la vez que verdugos implacables; aquel ejército, en fin, fantástico y grotesco por la singularidad del equipo en que predominaba *el desnudo*, ponía espanto é inspiraba horror.

Veíanse, en la revuelta confusión de los desordenados escuadrones, hombres tostados por el sol y apenas cubiertos con un calzón de lienzo arrollado hasta el muslo; fisonomías ceñudas, piés descalzos, talones armados de acicates de hierro que destilan sangre; cabezas erizadas de greñas que se mezclan á flotantes divisas, sillas de pieles sin adobar, fustes de madera

llenos de nudos y correas, ó simplemente el terso lomo del animal bravío que completa aquellos centauros de las pampas; potros indómitos que arrojan resoplidos y bufan como toros salvajes; caballos águilas, que saltan, relinchan y se encabritan al estridor de las cornetas; jinetes funámbulos, que hacen prodigios de equilibrio y destreza, armados de largas y agudas lanzas, empavesadas con rojas banderolas.

Aunque menos diestra en el manejo de su arma, la infantería no es menos impetuosa, ni su equipo menos extravagante. Por uniformes y penachos, lleva calzones y camisas desgarrados, gorras de cuero de fantásticas formas, y terciadas mantas de *bayeta* encarnada, recogidas al cuerpo por cintos de pieles sin curtir.

Agregad á todo esto, abigarramiento de colores, diversidad de tipos, formas robustas y bronceadas, escorzos imposibles, ruidos discordantes, tambores que redoblan, clarines que ensordecen, estrepitosa vocería, bruscos movimientos, chasquidos de espadas, pisadas de caballos, relinchos; y la más completa confusión de hirsutas crines, rojas lanzas, bayonetas sin brillo y desgarradas banderolas; y tendréis á la vista el ejército de Boves: las legiones de aquel siniestro gladiador á quien el odio, los rencores y las iras de su carácter lanzaron al palenque de la nefanda lucha, abroquelado el ánimo de un desprecio profundo por la muerte, y armada la diestra del sable de las matanzas.

Para la revolución, Boves fué una sangría copiosa, una eterna amenaza, una pesadilla horripilante. Su nombre, repetido con espanto en todo el ámbito de Venezuela, tuvo el lúgubre prestigio de aquellos monstruos fabulosos de que nos hablan las antiguas leyendas. Más de una vez su fuerte brazo volcó el carro victorioso de la revolución; más de una vez los laureles del triunfo se ostentaron sobre su frente ensangrentados. Gigantesco en sus pasiones, sus menores faltas fueron crímenes, su única virtud la valentía. A tal jefe, tal ejército.

V

Reorganizado en la Villa de Cura, Boves marcha de nuevo contra Ribas, y el doce de Febrero á las siete de la mañana, se arroja sobre La Victoria con su acostumbrada impetuosidad.

Los destacamentos republicanos, apostados en el sitio del Pantanero, no resisten la acometida de los numerosos escuadrones realistas; destruidos quedan en el campo; y á rienda suelta, los violentos jinetes enemigos penetran en la ciudad, atronando el aire con sus gritos salvajes y blandiendo amenazantes sus lanzas victoriosas.

En breve tiempo, las márgenes del río, las alturas que dominan la ciudad, y parte del poblado, quedan en poder del enemigo.

No pudiendo resistir en las calles, después de recio empeño, Ribas se ve forzado á guarecerse al estrecho recinto de la plaza, donde rápidamente organiza la defensa.

Las mejores tropas, repartidas entre los jefes y oficiales de más notoria bizarría, ocupan las entradas principales del improvisado cuadrilátero.

El campanario y la techumbre de la iglesia se ostentan de improviso erizados de bayonetas.

Los escombros y las ruinas, obra del cataclismo de 1812, que en mucha parte debilitan el resguardo de la plaza, son parapetados á la ligera para servir de baluarte á los dragones de Rivas-Dávila, que abandonan sus caballos y empuñan el fusil.

Tremola en lo alto de la iglesia la bandera republicana, y las cinco piezas de campaña, única artillería de los independientes, se exhiben dominando las avenidas principales por donde con más pujanza pueden ser acometidos.

Envalentonados los lanceros de Boves por su fácil triunfo sobre las avanzadas, se aproximan con creciente fragor.

El instante solemne, de indecible emoción y de recogimiento, que precede á los primeros disparos de una

batalla, se deja sentir en las filas republicanas. La animación se paraliza, palpitan con celeridad los corazones; y un silencio profundo, que contrasta con el ruido de la carga enemiga, reina entre aquel puñado de valientes apercibidos al combate, resueltos al sacrificio.

En medio de aquella escena muda y de anhelante espectativa, resalta Ribas, airado é imponente como el ángel terrible de Ezequías. Resplandece sobre su frente olímpica, como lampo de fuego, aquel temible gorro-frigio que ha de ostentar la cabeza del héroe hasta en la jaula de la picota; brilla en sus ojos la encendida llama de las grandes pasiones; muéstrase esquivo al general recogimiento; y colérico aguarda el peligro que le amenaza, provocando al destino con un gesto de soberbio desprecio y de arrogante superioridad.

La carga se aproxima. Semejante á Murad-Bey al frente de sus mamelucos, Boves aparece al fin á la cabeza de sus selváticas legiones. En la extremidad de las calles que la plaza domina, se divisan envueltos entre nubes de polvo los terribles jinetes, tendidos sobre las crines de sus caballos, y arrebatados por ellos con pasmosa celeridad.

La tierra se estremece. Las mechas encendidas se acercan al cebo de los cañones. Con un gesto imperioso el general republicano refrena la impaciencia de sus enardecidos compañeros; sacude la erizada melena como un león irritado, y blandiendo la espada que, terrible

y gloriosa, brilló en los campos de Niquitao y Los Horcones, exclama con vibradora entonación:

" Soldados : Lo que tanto hemos deseado va á realizarse hoy ; he ahí á Boves. Cinco veces mayor es el ejército que trae á combatirnos ; pero aun me parece escaso para disputarnos la victoria. Defendeis del furor de los tiranos la vida de vuestros hijos, el honor de vuestras esposas, el suelo de la patria; mostradles vuestra omnipotencia. En esta jornada que ha de ser memorable, ni aun podemos optar entre vencer ó morir : necesario es vencer. ¡ Viva la República !

Atronadores víctores resuenan en el campo republicano; redoblan los tambores; cornetas y clarines lanzan al viento provocadoras vibraciones que acogen los contrarios como un guante que se les arroja.; crece el fragor de la impetuosa carga; ruge el cañón vomitando metralla; y una inmensa granizada de balas que se cruzan con fatídico silbo, rebota sobre la plaza convertida de súbito en un circo de fuego que lanza como rayos la muerte.

Blanco sudario extiende el humo sobre los combatientes; estruendo ensordecedor agita el aire, la tierra se cubre de cadáveres y arroyos de sangre se desatan á correr.

Con la impetuosidad de las olas tumultuosas que el huracán levanta, empuja y desbarata sobre los flancos de las rocas, los numerosos escuadrones realistas

van á estrellarse contra el baluarte de bayonetas que les oponen Montilla, Rivas-Dávila, Soublette, Ayala, Blanco, y Jugo, y Maza, y Canelón y cien más heróicos adalides prestos al sacrificio.

VI

¡Qué hombres! Astros brillantes en aquel grupo de estrellas cuyo sol fué Bolívar, cada uno de ellos en lo porvenir describirá su órbita, alcanzará luz propia, y legará á las futuras generaciones con el ejemplo de sus virtudes republicanas, honra y gloria para la patria.

Montilla de alto ejemplo por su valor é hidalguía, es el prototipo de los antiguos paladines. Ya en los salones como en los campos de batalla, es y será siempre el mismo, arrojado y gallardo, valeroso é insinuante. La campaña del Magdalena hará inmortal su nombre. Venezuela recuerda con orgullo al héroe caballero.

Rivas-Dávila es un meteoro de fúlgidos reflejos; duró lo que el relámpago; pero la viva luz que esparce su renombre, ilumina más de una página gloriosa de nuestra historia patria. Altivo, generoso, magnánimo, La Victoria le sirvió de tumba y de apoteosis. Murió como Epaminondas, en los brazos del triunfo y de la gloria,

haciendo votos por aquella patria que abandonaba cuando más necesarios le eran todos sus hijos.

Soublette es el Arístides americano. Esforzado en la lucha, prudente en el consejo; á las condiciones del guerrero une las dotes eminentes del filósofo y del hombre de estado; diplomático hábil, pulcro administrador, obediente á las leyes como soldado y como magistrado; de inteligencia clara y educación muy superior á la de aquellos tiempos, nació predestinado á muy altos destinos. Colombia y Venezuela ostentarán en sus blasones más de un laurel debido á los talentos del héroe de la Popa. Después de combatir al lado de Bolívar, irá á ejercer la suprema Magistratura de la República. Allí el soldado de Boyacá se transforma en sacerdote de la ley; la libertad halla en él un aliado; la gloria una cabeza digna de llevar las coronas de todos los merecimientos.

Ayala es el soldado del deber; severo, inflexible, tenaz; la fama no le deslumbra, la ambición no tiene cabida en su alma espartana. La satisfacción de la conciencia por el cumplimiento del deber, basta á recompensarle de todas los sacrificios consumados por la patria. En la Grecia de Leonidas, como en la Roma de los Gracos, hubo caracteres semejantes.

Adrián Blanco, y Jugo, y Canelón pertenecen á aquel grupo de jóvenes guerreros, predestinados al martirio, de quienes la tradición apenas guarda la memoria, pero á

quienes debió la libertad hechos preclaros y titánicos esfuerzos.

Con tales hombres hay razón para acometer imposibles.

VII

A par de la caballería los infantes realistas atacan á los republicanos, con no menos impetuosidad.

Empéñase encarnizada lucha, y la horrible serie de desastres y peripecias que engendra una batalla, se desarrolla y crece sin amenguar el encono ni resfriar el entusiasmo.

Las horas se suceden terribles. Cada instante marca la inmolación de nuevas víctimas.

La resistencia y ataque se emulan á porfía.

El fuego de las tropas de Morales, segundo de Boves, diezma las filas de los independientes; éstas se aclaran, se cierran, tornan á desunirse y de nuevo se compactan, causando grande estrago en los apiñados batallones que el tenaz español lanza al combate con aviesa ferocidad, y en las revueltas hordas que repletan las calles atropellándose entre sí. Si Boves puede compararse al jaguar de nuestras selvas, Morales entre las fieras sólo encuentra semejanza en el chacal y en la hiena. Boves, siempre

impetuoso, personifica la osadía; la lucha es su elemento; la cólera le ciega, destroza cuanto se le opone; se complace en la sangre que derrama, y se embriaga con el humo y el estruendo de las batallas. Morales es frío, su espada no produce relámpagos, pero hiere, y hiere siempre sin misericordia. Después del combate mutila los cadáveres, degüella los heridos, y disputa el botín despreciado por Boves.

Extremo encarnizamiento preside la batalla; se combate cuerpo á cuerpo; el puñal y el sable vibran ensangrentados; las bayonetas y las lanzas se chocan despidiendo relámpagos; á las veces, el soldado no tiene tiempo de descargar el fusil y lo emplea como maza. Los muertos sirven de barricada á los vivos. Rugidos y lamentos se escapan de aquella aglomeración de miembros mutilados y lívidos que las balas golpean y destroza la metralla.

En poco tiempo el encarnizamiento degenera en frenesí; no es ya una lucha de racionales, sino un asalto de furias, una acometida de caníbales, una brega de demonios.

El jefe realista contempla la matanza con júbilo insensato.

¿No son todos venezolanos los que así se degüellan?

En aquella lucha, espantosa y frenética, no hay tregua, ni piedad, ni perdón: tras el vencimiento está la muerte; tras la capitulación está la muerte; tras la me-

nor flaqueza ó el mayor heroísmo la muerte ha de sobrevenir; siempre la muerte; no hay cuartel para el vencido, ni Boves ni Morales conocen la piedad: caer en sus manos es caer al sepulcro.

En cambio el terrible decreto de Trujillo está vigente: *Væ victis.*

En medio del estruendo, del humo, de las balas que en la plaza se cruzan, como los hilos de misteriosa red, buscando cada una su víctima, se ve lucir, con prestigioso lampo, el gorro frígio que á todos muestra la cabeza de Ribas. Aquel gorro encarnado es nuestro PALADIÓN, y en él se simbolizan la Patria y la República. Todas las miradas le buscan, mil brazos le defienden, el desaliento se cambia en entusiasmo á su sola presencia, y hasta la muerte misma parece respetar á quien le lleva.

Tan singular emblema se abate empero y desaparece por tres veces, durante la batalla, en el revuelto polvo de la ardorosa lid; é inmenso grito de angustia y de terror resuena estremeciendo nuestro campo. Mas sin demora torna á ostentarse airado el colérico Ribas, quien más y más pujante, monta un nuevo caballo que morirá en seguida, y multiplicándose prodigiosamente con asombro de todos, corre al peligro y va á esgrimir la espada donde quiera que el ataque es más rudo ó la defensa menos vigorosa.

Inspirado en su patriótico ardimiento, exhorta, alien-

ta, aplaude y electriza con la palabra y el ejemplo á sus despedazados batallones. A los nuevos conscriptos que en aquella jornada memorable reciben el bautismo de sangre, lleva personalmente al fuego, y á pecho descubierto toma con ellos parte en la refriega. Para comunicarles su ingénita bravura, arrebata el fusil de las trémulas manos de los menos expertos, dispara sobre el enemigo con ajustada precisión, muéstrales el estrago, carga de nuevo el arma, sin premura, cual si se hallase en una simple parada militar, y ya levantando á este que decae, ya suspendiendo á aquel para proporcionarle mayor altura y mejor puntería, reorganiza la defensa, se hace aplaudir por los más esforzados y cautiva de admiración á sus propios contrarios.

VIII

Entre el escaso número de esos seres singulares, á quienes el peligro les produce la fiebre sublime del heroismo, la historia cuenta á José Félix Ribas. Durante el rudo y desigual combate que sostiene, no se ha resfriado un solo instante el fuego de su alma ni la impetuosidad de su coraje. Cubierto de sangre, rodeado de cadáveres, en medio de lamentos y gritos y vociferaciones de venganza y maldiciones que estre-

mecen el cielo, y envuelto en el torbellino de la lid, cuenta con frialdad las tropas que le restan, y lleno de entereza exclama, dirigiéndose á Mariano Montilla, su Mayor General:

"No hay que desesperar, amigo mio: ántes de desaparecer por completo, podemos resistir todavía dos asaltos como este."

Semejante rasgo da la medida de la energía de Ribas; pero aun hay algo más en aquella batalla con qué formar un canto digno de competir con los más épicos de la Ilíada.

En aquel sangriento y terrible escenario nadie acepta morir oscuramente. Desde el general hasta el soldado, todos se esfuerzan por alcanzar una muerte gloriosa. Allí se rinde la vida sin demostrar flaqueza, sin inspirar compasión, victoreando á la Patria, estimulando á los que sobreviven.

Ribas-Dávila, el valeroso Coronel de los soberbios dragones de Caracas, muerto gloriosamente en la jornada, exclama en su última agonía, al ver la bala que le extrae el cirujano: "Llevadla á mi esposa, y decidle la conserve, y se acuerde que á ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido, defendiendo la causa de mi suelo. Muero contento: viva la República!"

"Toma, dice un soldado moribundo, indicándole al más próximo de sus valientes camaradas tres fusiles

que ha arrebatado al enemigo: esa es toda mi herencia, llévala al General."

"Mi Capitán, exclama otro á quien la vida le abandona, pero luchando todavía por incorporarse y asir de nuevo el fusil que se ha escapado de sus manos: mi Capitán, que sepa todo el batallón que no he retrocedido un paso."

Al lado de aquellos duros veteranos, vencedores en Horcones, Araure y Vigirima, cuyos cadáveres revelan por su actitud amenazante, el fuego patrio que los enardecía, se ven tendidos en la sangrienta arena soldados aun adolescentes, cuyas infantiles cabezas parecen sonreir bajo el pálido velo de la muerte; al par que otros, resignados, aunque cubiertos de heridas, como Muñoz y Ayala, esperan, sin quejarse, la última agonía, haciendo votos por el triunfo de la causa republicana.

Escenas trágicas y por demás conmovedoras se suceden sin interrupción en aquel estrecho campo de heroismo y de muerte. Hay quien se atreve á oponerse, sólo y á pecho descubierto, á un grupo de jinetes enemigos, y alanceado cae bajo las patas de los caballos luchando aún por contenerlos. Quién, sin la espada ó el fusil que ha perdido en la brega, acomete inerme, lucha frenético y, como león herido, rinde la vida mordiendo á sus contrarios.

El ardor entusiasta de aquellos bravos es un sublime vértigo.

Ahora bien: ¿qué poder oculto y misterioso comunica ese fuego sublime, que engendra héroes, realiza prodigios y convierte hasta los pequeños en gigantes? ¿Qué alienta á aquellos corazones? ¿Qué los hace invulnerables á la debilidad, omnipotentes para el sufrimiento? Una idea. Una sola aspiración. La Libertad....

IX

Como todo lo que se relaciona con las grandes manifestaciones de nuestra naturaleza, el heroismo tiene también su voluptuosidad, su embriaguez, sus espasmos. Sentir en medio del peligro el alma fuerte, serena la conciencia, mesurados los latidos del corazón, es satisfacción que no es dado disfrutar sino á seres privilegiados: de ahí el envanecimiento del orgullo. Dominar la naturaleza hasta acallar el instinto; imponer á la materia la voluntad del espíritu; llegar con paso firme al umbral del sepulcro, desafiar las sombras pavorosas de lo desconocido, y decir á la muerte que se avanza escoltada de todos los dolores: ven, lo que siento y pienso, vale más que lo que soy; sepúltame en los antros de tu impenetrable misterio, despedaza mis carnes, tritura mis huesos, arrebátame la luz, el amor,

la esperanza, prueba á infundirme espanto y verás que te desprecio. Contra las sujestiones de lo terrible, tengo la alteza de mi intento; á las asechanzas del pavor, resiste lo inflexible de mi propósito: por sobre tus amenazas está mi voluntad. Elevarse á esa altura es escalar el cielo: de ahí la calma majestuosa, el poder sin límites, la fuerza absoluta.

Por algunos instantes la fogosidad de los ataques del enemigo parece debilitarse; empero una rápida y audaz operación, que Morales practica sigilosamente con una parte de sus tropas, aumenta en breve la desventaja y el conflicto de los independientes. Abriendo brechas y salvando paredes, numerosas guerrillas van á ocupar algunas de las casas que dan frente á la plaza; aportillan los muros, parapetan las ventanas, y á cubierto de peligro hacen llover de improviso sobre el recinto en que Ribas se sostiene, incesante y mortífero fuego. Por este flanco, la batalla se convierte en cacería; se escogen las víctimas, se fusila por la espalda.

Los sitiados se desconciertan; la superioridad numérica los abruma. La balanza se inclina en favor de los realistas.

Tal situación para los republicanos es casi insostenible. Pero áun vive Ribas, á quien la fortuna jamás ha abandonado; alienta aún aquel hombre de acero, que nunca titubeó en precipitarse bajo las ruedas del carro de la revolución para aplanarle el camino del triunfo.

Apóstol de convicciones profundas y generoso arranque, á quien vió el país entero descender un día con la cabeza erguida las gradas del patriciado, romper con las viejas tradiciones, desenvainar la espada, y jurar con Bolívar la libertad é independencia de sus conciudadanos.

X

En la sangrienta aurora de la revolución, Ribas fué una especie de numen predestinado, cuyo arrojo violento llevaba en sí la fuerza del ariete. Luchador esforzado, parecía que empujaba con su pecho de león el carro revolucionario que Bolívar dirigía. Más de una vez, para salvar abismos que amenazaban sepultar todas las glorias y todas las conqnistas de la patria, fué necesario improvisar un puente, y sus hombros, robustos como los de Atlante, se prestaron á resistir el peso formidable de la revolución y de sus inmensas responsabilidades.

A grandes propósitos, ejecutores colosales.

En Bolívar, á más del genio, el distintivo característico fué la perseverancia.

En Ribas, la impaciencia febril.

Bolívar era un hombre inspirado.

Ribas, un hombre convencido.

El primero fué el rayo; el segundo el huracán: los dos la tempestad.

Mientras Ribas exista, la esperanza no abandona al soldado: para alcanzar la victoria hay siempre una probabilidad.

Tan heroica resistencia exalta la cólera de Boves. Después de dominar cuantos inconvenientes podía oponer á sus propósitos el hombre y la naturaleza; después de acuchillar tres mil soldados en "La Puerta" y difundir el espanto hasta en las filas de sus propios adeptos; encontrarse detenido de súbito, en su marcha triunfal por aquel obstáculo inesperado, era, más que una contrariedad, una irritante sorpresa que ultrajaba su orgullo.

Empero, aquel inconveniente, aquella barrera formidable que le cerraba el camino de la capital, oponía la resistencia de una roca: para abrirle una brecha era necesario barrenarla, y las bayonetas y las lanzas se mellaban en ella.

—Si no es posible romperlos, pasemos por encima, exclama ebrio de cólera el terrible asturiano.

Y blandiendo su poderosa lanza, ordena á sus llaneros una sucesión no interrumpida de cargas generales sobre todas las avenidas de la plaza.

Atronadora vocería se levanta. La tierra se estremece de nuevo bajo los cascos de cuatro mil caballos impetuosos que se arrojan simultáneamente sobre nuestros debilitados batallones. La formidable ola de ginetes

llega rugiente á las entradas de la plaza. Recio choque conmueve sin abatir el muro de bayonetas que la defienden: rudo, sangriento, desastroso, terrible es el encuentro; hombres y caballos ruedan por tierra sobre charcas de sangre. Los llaneros retroceden para cargar con más violencia. Nueve veces se repite la tremenda acometida sin éxito favorable. Sin embargo, un flanco debilitado cede, en una de las cargas, al empuje de la caballería; los violentos llaneros abren brecha en las filas de Ribas; y, como se desliza una espada por las junturas de una coraza, algunos ginetes temerarios penetran en el campo republicano; pero acometidos á la vez, quedan sin vida bajo el peso de sus caballos muertos, en tanto que la brecha se cierra y se restablece la línéa de defensa.

A pesar del rechazo general que sufren los lanceros, la fortuna se muestra parcial por los realistas. Boves reorganiza sus desbandados escuadrones: refuerza con tropas frescas el ataque y sin flaquear en la demanda, aviva el fuego y acrecienta el estrago que sufren los republicanos.

XI

La situacion de Ribas, cada vez más violenta y difícil, llega á ser al cabo insoportable. A su lado ha visto caer á sus mejores oficiales segados por la muerte ó cubiertos de heridas. En nueve horas de lucha, la mitad

de sus tropas se encuentra fuera de combate y la que sobrevive cuenta la existencia por milagro. Toda resistencia parece imposible. Permanecer en aquella plaza, convertida en un inmenso lago que rebosa de sangre, es un suicidio lento. El desastroso fin de la jornada no se le oculta al General republicano; pero su alma no desmaya; la desgracia estimula su heroísmo; á medida que su brazo se debilita, mayor vigor ostenta su espíritu indomable. Como león acosado, se revuelve colérico en el estrecho cerco que le oprime, destroza cuanto alcanzan sus garras, y en su agonía prolongada y heroica ruge aún y hace temblar de espanto á sus enconados enemigos.

En tan terribles fluctuaciones la batalla ha llegado á las cinco de la tarde. El sol va en breve á desaparecer. La noche va á llegar: noche pavorosa que puede ser eterna para los sitiados.

De las cinco piezas de campaña, apenas dos sostienen el combate; las otras humean desmontadas en el polvo, cual monstruos fatigados por la huelga de un copioso festín.

La sed abrasa las entrañas del soldado; postra la fatiga hasta los más robustos; la disciplina se resiente; y la muerte prosigue segando nuevas víctimas.

Para los republicanos la batalla ha llegado al extremo en que una gota de agua basta y sobra para producir desbordamiento. Todo es de temerse, todo infunde

pavor: el día, la noche, la agitación, la calma, el ruido, el silencio, un fusil que no dispara, un sable que se rompe, un herido que se queja en alta voz de la bala que lo arroja al sepulcro. ¡ Hora suprema en la cual un grito de terror puede decidir de una batalla!

Lo que era de temerse hubo de suceder al fin. En medio del conflicto un grito formidable resonó en lo alto del campanario. Todos temblaron. Ribas, siempre sereno, trata de conjurar aquel grito de alarma mandando cargar al enemigo. Un movimiento de oscilación se efectúa en los trozos de batallones que áun sostienen el fuego; la cadena de la obediencia militar cruge como para romperse. Pero instantáneamente, del mismo punto de donde se ha propagado el alarma, salen atronadores víctores y exclamaciones de entusiasmo.

Un oficial baja á toda prisa de la torre y va á anunciar á Ribas, que de lo alto del campanario se divisa á lo lejos una columna de polvo, avanzando hacia ellos por el camino de San Mateo.

Renace la esperanza. La nueva de un auxilio inesperado se propaga con rapidez. Se echan á vuelo las campanas; baten diana los tambores. La batalla va á cambiar de aspecto.

Sorprendidos los realistas por tan inesperado alborozo de parte de los sitiados, debilitan el ataque. Un movimiento extraño se efectúa al mismo tiempo en la retaguardia de Boves. No se le escapa á Ribas: es un

cambio de frente. Tampoco se le oculta quién puede ser el que viene en su auxilio en aquellos momentos, ni cuál el número de tropas que trae á reforzarlo.

XII

Aquel auxiliar inesperado era Campo-Elías, el héroe de Mosquiteros, el vencido en "La Puerta"; pero á pesar de este fracaso, una de las espadas de mejor temple en el torneo sangriento que se llamó la *guerra á muerte.*

Aunque español nativo, fué Campo-Elías uno de los más leales, tenaces y esforzados sostenedores de la causa republicana: ente misterioso, fanático revolucionario, de pasiones terribles; su alma, inflexible como su brazo, padecía extraños vértigos, en los cuales el odio que sentía hacia sus compatriotas se desbordaba á torrentes é inundaba de sangre los campos de batalla. En uno de esos instantes de frenesí y venganza, fué acaso que dejó escapar aquella frase de trágica elocuencia que ha recogido la historia: "Después que los haya degollado á todos, me quitaré la vida para que así no quede úno de mi raza."

Qué odio! Cuál la causa? Hasta hoy es un misterio

Apénas doscientos veinte soldados acompañan al impetuoso Campo-Elías; exiguas fuerzas para llevar á

punto la empresa que acomete y á la cual le induce, más que la esperanza de un éxito feliz, la audacia de su carácter y el anhelo de la venganza.

En efecto: tal refuerzo en aquella batalla, era como la adicion de una unidad á una cifra casi borrada, que apenas existía; fiarse á él, era como pretender apoyarse en el átomo para remover la inmensidad. Pero, necesario es convenir en que, débil ó nó, era un punto de apoyo que se ofrecía á la enérgica palanca del General republicano; un brazo más que venía á sostener el fusil y el sable que se escapaban de la mano mutilada del ejército; una sonrisa de la suerte ó una burla del destino. A juicio de Ribas, tal refuerzo, más que una probabilidad, era sólo un puñado más de polvo que venía á arrojarse espontáneamente en la inmensa fosa abierta por la muerte.

Doscientos veinte soldados para aquel monstruo que en nueve horas había devorado un ejército, era como un mendrugo arrojado á un hambriento.

Campo-Elías, empero, no se detiene ni cuenta sus contrarios, en dos columnas de ataque divide sus escasas fuerzas, toma el mando de la una, cede la otra á Aldao, que en calidad de segundo le acompaña, y carga al enemigo con aquella furiosa intrepidez que le distinguió siempre. (*)

Ribas los ve perdidos, y con ellos la postrera espe-

(*)Los escuadrones de Campo-Elías, los mandaban los capitanes Juan y Francisco Padrón, y Manuel Cedeño.

ranza. Por primera vez parece que la frente del titán se inclina bajo el peso del desastre. Anúblase un instante el brillo de sus ojos, las cejas se le encapotan con fiereza, cual si quisiera concentrar en el alma toda la energía de su carácter, é irguiéndose de nuevo amenazante, retumba en medio del estrépito el trueno de su voz, y vibra con estrago el implacable rayo de su cólera.

XII

Uno de esos atrevidos pensamientos que, á fuerza de ser extremados adquieren la decisión y energía de las pretensiones realizables, cruza por su mente; es aquella la chispa que en breve producirá el incendio.

Cien dragones y algunos carabineros saltan rápidamente por su orden, sobre los caballos que hasta entonces se han mantenido inmóviles, y corren á formarse en columna en el centro de la plaza. Con palabras de aliento Ribas galvaniza una vez más el cadaver de su ejército; aviva el fuego en todos los flancos del desmantelado recinto; y pasando su fúlgida mirada sobre el grupo de jefes y oficiales que le cercan, exclama, indicándoles con imperioso gesto el inquieto escuadrón que sólo espera un jefe para lanzarse al combate: "al más bravo."

Todos acuden presurosos á disputarse la gloria de

aquel postrer esfuerzo de heroísmo; pero todos retroceden sorprendidos ante la actitud triunfante de Montilla, que ya ocupa el puesto ambicionado. Suya es la gloria, el escuadrón tiene un jefe al igual de la empresa que pretende acometer.

El campo entero victorea á sus valientes camaradas. Montilla da la voz de "adelante;" é intrépido se lanza sobre las boyonetas enemigas á la cabeza del escuadrón confiado á su bravura.

Tanta audacia pasma de asombro á los apiñados batallones realistas que repletan las calles. El escuadrón republicano, convertido en ariete, rompe las filas de Morales, destroza, pisotea, siembra el suelo de cadáveres, pasa al otro lado del ejército dejando un ancho surco que rebosa de sangre; y llega á tiempo de auxiliar á Campo-Elías, á pique de ser envuelto por la caballería enmiga.

Los llaneros de Boves ceden al choque de los dragones de Montilla.

Las tropas republicanas victorean con entusiasmo al vencedor en Mosquiteros.

Campo-Elías y Montilla se abrazan en medio del combate; y juntos cargan de nuevo al enemigo, que retrocede amedrentado ante el máximo esfuerzo de aquel grupo de héroes.

Entre tanto, Ribas abandona la defensa; forma una sola masa con los restos del ejército; sale de la plaza en columna cerrada; arrolla cuanto le resiste,

dispersa los lanceros de Boves, destroza á Morales que intenta hacerse firme, siembra el terror en todos y queda dueño del campo de batalla, arrebatando una victoria que parecía imposible.

XIV

Tal fué esta jornada memorable, una de las más reñidas y sangrientas de aquella lucha jigantesca que dió al fin por resultado la independencia de Venezuela.

El 12 de Febrero de 1814 es una fecha histórica que nuestro orgullo patrio no olvidará jamás; pues el combate que ella conmemora, no es de aquellos que fácilmente pierden su resonancia en el estruendo de las batallas trascendentales, ni que por virtud de los tiempos se confunden en la serie de prodigios sin nombre, que en toda lucha prolongada sirven como de cimiento á los sucesos inmortales. Por el contrario, este combate llega hasta nosotros despidiendo relámpagos cuya luz se concentra en una de las más hermosas páginas de nuestra historia militar. Él caracteriza aquella época de febril heroísmo, de fe republicana, de muerte y de desastres porque pasaron nuestros padres, no siempre victoriosos, pero sí altivos siempre. Él nos da la

medida de la tenacidad, los sacrificios, las virtudes, de aquellos hombres que tomaron á empeño libertar la patria á despecho de la ignorancia y de la hostilidad de un pueblo esclavo que victoreaba á sus tiranos. Él aparecerá en fin, á la par de "San Mateo," como una antorcha brillante suspendida sobre 1814 y sobre el mar de sangre y las agitaciones tempestuosas de aquel año terrible.

El buen éxito de esta jornada memorable fué de imperiosa necesidad para las armas republicanas, pues lo exigía con apremio el orgullo nacional deslustrado en aquel mismo sitio donde se libró tan insigne combate; y si sus resultados aparentes no hicieron sino aplazar por cortos días el desmoronamiento de la República, bajo la clava formidable de Boves; en cambio, obedeciendo á más altos designios, sirvió para borrar de la frente de la ciudad humillada, el estigma de la capitulación de 1812.

Circunstancia ésta, que enaltece la gloria de Ribas y de sus egregios compañeros.

Cubrir la fosa de un oscuro desastre con el arco triunfal del heroísmo; arrebatar al pasado un recuerdo lastimoso, rodearlo de prodigios de tenacidad, abnegación y valentía; redimir lo pequeño con lo alto, lo débil con lo fuerte, lo pusilánime con lo excelso; por cada plumada de una capitulación inexplicable, ofrecer como rescate, cadáveres sin cuento, miembros mutila-

dos, arroyos de sangre, entereza de gigantes, fe de mártires; dejar sellada la página luctuosa con un timbre brillante, limpiar la mancha, trocar en luz la sombra, y arrojar sobre la insólita catástrofe el manto esplendoroso de la gloria; tales fueron los verdaderos resultados de esta jornada inolvidable.

Empero, la historia, como la inmensidad, tiene también abismos; abismos profundos donde todo se oculta, donde todo desaparece, donde se hacinan, como despojos en las entrañas de un osario, generaciones sin nombre y nombres sin resonancia que los pueblos olvidan, porque no les recuerdan beneficios de trascendencia, ni esos hechos grandiosos que fascinan cautivando el espíritu. Oscuridad que aguarda á los más de los que vemos fatigando en el mundo las voces de la lisonja y los caprichos de la fortuna.

Para vivir en la historia la vida palpitante de la inmortalidad, no basta ser Omar ó Erostrato, César romano ó déspota bisantino; no, es necesario ascender á más alto: ser Dante, Guttemberg, Miguel Angel, Franklin, Napoleón ó Bolívar: genios que arrojen luz, soles inmensos que no eclipsen los siglos ni amengüen las distancias.

De las que pueden llamarse tinieblas de la historia, sólo salva la gratitud y el buen criterio de los pueblos á aquellos de sus héroes que, por virtudes muy probadas, se hicieron acreedores á un justa recompen-

sa: y que, aunque no tenidos por genios universales, dieron sin embargo de sí lo que el deber les exigía. Ribas se impone á nuestra admiración, por su heroísmo; á nuestra gratitud, por sus altos servicios á la patria. Su renombre vivirá con nosotros mientras aliente la República. Nuestros hijos cantarán las proezas del vencedor en La Victoria. El héroe mártir crecerá en la leyenda. La tradición compendiará su historia en esta frase: "luchando por la patria supo vencer y morir."

XV

Sirva de epílogo á este insigne combate las siguiente proclama.

Soldados.

Vosotros en quienes el amor á la patria es superior á todos los sentimientos, habeis ganado ayer la palma del triunfo, elevando al último grado de gloria á esta patria privilegiada que ha podido inspirar el heroismo en vuestras almas impertérritas. Vuestros nombres no irán nunca á perderse en el olvido. Contemplad la gloria que acabais de adquirir, vosotros, cuya espada terrible ha inundado el campo de la Victoria con la sangre de esos feroces bandidos: sois el instrumento de la Providencia para vengar la virtud sobre la tierra, dar la libertad á vuestros

hermanos y anonadar con ingnominia esas numerosas tropas acaudilladas por el más perverso de los tiranos.

Caraqueños! : el sanguinario Boves intentó llevar hasta vuestras puertas el crimen y la ruina: á esa inmortal ciudad, la primera que dió el ejemplo de la libertad en el hemisferio de Colón. Insensato! Los tiranos no pueden acercarse á sus muros invencibles, sin expiar con su impura sangre la audacia de sus delirios.

El general Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada, el héroe de Niquitao y los Horcones, será desde hoy titulado EL VENCEDOR DE LOS TIRANOS EN LA VICTORIA.

Los que no pueden recoger de sus compatriotas y del mundo la gratitud y la admiración que les deben, el bravo coronel Rivas-Dávila, Rom y Picón, serán conservados en los anales de la gloria. Con su sangre compraron el triunfo más brillante : la posteridad recordará sus nobles cenizas. Son más dichosos en vivir en el corazón de sus conciudadanos que vosotros en medio de ellos.

Volad, vencedores, sobre las huellas de los fugitivos: sobre esas bandas de tártaros, que embriagados de sangre, intentaban aniquilar la América culta, cubrir de polvo los monumentos de la virtud y del genio; pero en vano, porque vosotros habeis salvado la patria.

Cuartel general de Valencia, Febrero 13 de 1814. —4º y 2º

SIMÓN BOLÍVAR

Cuando se popularice nuestra historia; cuando las pasiones perniciosas engendradas por nuestras luchas fraticidas den vagar al espíritu, y la musa del patriotismo, noblemente exitada, despliegue sus poderosas alas sobre esos campos gloriosos que nuestros padres sembraron de laureles y regaron con su sangre; entonces nuestros bardos, como el poeta de Sorrento, hallarán inspiración altísima en las cumbres del heroísmo pátrio. La epopeya de nuestra independencia lucirá sus refulgentes galas. Y acaso al grande Homero y á Virgilio y al Tasso, no les falte en nuestro suelo dignos imitadores.

---

*Despacho del **Estado mayor Libertador.***

Por cuanto US. ha salvado la patria el día de ayer, derrotando completamente al enemigo en la ciudad de La Victoria, por tanto ha tenido á bien el LIBERTADOR nombrar al hijo de US. ciudadano José Felix Ribas y Palacios, (*) Capitan vivo y efectivo de infantería de línea, con el goce de sueldo de tal desde hoy, y con la antigüedad del día en que empezare á hacer el servicio.

Con esta fecha se comunica al Inspector y al señor Secretario de Hacienda; y yo tengo el honor de participarlo á US. para su satisfacción.

Dios guarde á US. muchos años.

Cuartel general de Valencia, 13 de Febrero de 1814.—4º y 2º

Tomás Montilla.

Benemérito ciudadano Comandante general de la provincia.

(*) Niño de 8 á 9 años.

Nota dirijida al Ayuntamiento de Caracas, con motivo de los honores decretados por este cuerpo al vencedor en La Victoria.

Honorable Cuerpo Municipal y Notables del Pueblo.

Las demostraciones con que USS. me han honrado, y los honores que me han señalado son ciertamente los mayores y que marcados en mi corazón llevarán más allá del sepulcro mi gratitud. La elevación de una estatua en memoria de la jornada del 12 y del triunfo de las armas de la República en la Victoria, es sin duda el más alto de los honores que llega á conseguir un mortal; mis servicios no han pasado aun la raya de los deberes que me imponen la naturaleza y mi Patria, y sin engañarme no podría concebir otra cosa. En Venezuela no hay otro que merezca esta recompensa que el General LIBERTADOR, á él es á quien la Patria le debe su rescate y el único á quien deben tributársele los altos honores; él es quien dirige la nave del gobierno, el que dispone y organiza los ejércitos, y él en fin, el que ha libertado á Venezuela.

Si USS. creen que yo he contraido algun mérito, y si mis servicios merecen la aprobación de mis conciudadanos, yo los intereso todos y los presento á la consideración de USS. sin otro objeto que para suplicarles se sirvan concederle estos honores exclusivamente al General LIBERTADOR, teniendo yo por bastante recompensa el recuerdo y demostración que se han hecho á mi Patria.

La sangre de los ilustres caraqueños derramada en la Victoria y la protección visible de María Santísima de la Concepción fueron los que salvaron la Patria en aquel memorable día; yo suplico encarecidamente á USS. que todo el premio que debía de asignárseme recaiga en beneficio de tantas viudas y huérfanas que justamente merecen el recuerdo de la Patria; y espero de la Municipalidad marque este día para bendecir á la Madre de Dios con el título de la Concepción, jurándole una fiesta solemne anual, en la Santa Iglesia Metropolitana, á que deben asistir

todas las corporaciones, y exhortando á las demás ciudades y villas para que en gratitud ejecuten lo mismo. Yo protesto á USS. que estos son mis deseos y que llegándolos á conseguir, gravarán en mi pecho un eterno reconocimiento, y aseguro de la mejor fé que no es la moderación la que me hace explicar en estos términos, sino la justicia. Los mármoles y bronces, no pueden jamás satisfacer el alma de un republicano, y sí, la gratitud y recuerdo con que hoy me veo distinguido por los hijos de la ciudad más digna de ser libre.

La Patria exige de mí aun mayores servicios y sacrificios, ella se ve atacada de sus enemigos, y yo añadiendo á mi deber la gratitud para con este Pueblo, ofrezco á ese Ilustre Cuerpo no envainar la espada hasta que no vea cerrado el Templo de Jano.

Con el más alto respecto y consideración tengo el honor de ser vuestro conciudadano.

Caracas, 18 de Febrero de 1814.—4º y 2º

José Felix Ribas.

SAN MATEO.

SAN MATEO.

(Febrero y Marzo de 1814.)

I

Digno del noble orgullo de una raza viril es el recuerdo de esta jornada insigne, ya por el alto ejemplo de heroica abnegación que en ella se consagra; ya por la excelsa manifestación que dió á la América, de lo inflexible de aquella voluntad que acometía, confiada sólo en su propio valer y su pujanza, la conquista más noble y más gloriosa á que puede aspirar el amor patrio.

San Mateo no es simplemente una batalla. Entre los episodios más trascendentales de nuestra guerra de independencia, figura en primer término: simboliza el heroísmo de la revolución.

Militarmente, fué un sitio puesto por un crecido ejército á escaso número de bravos, sin muros ni fuertes parapetos de resguardo; una lucha incesante entre dos carnicerías; una sucesión no interrumpida de asaltos y combates vehementes, entre dos sangrientas y terribles batallas.

La primera de aquellas la riñe el ardimiento de los republicanos, convertido en ariete; triunfa, en la segunda, el espíritu de la revolución encarnado en un héroe.

Por sobre aquel gran episodio se cierne el genio de Bolívar, y la primera, acaso, de las dotes características de su alma viril: la tenacidad.

San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre. El NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza. La resistencia irresistible de un propósito inmutable. La gran vibración de la fibra latente en el *Decreto de Trujillo*. Uno de los más arduos, si no el más rudo, de los innúmeros trabajos del Hércules americano.

II

Un sol desaparece y otro se levanta.

Entre los escombros de la revolución, aniquilada hasta en sus fundamentos, por el triunfo inesperado y sorprendente del aventurero Monteverde, se eclipsa la

histórica figura de Miranda: alta virtud á quien había confiado sus destinos la naciente República. Apágase en el polvo, donde cae destrozado el altar de la patria, el fuego sacro de la idea redentora, Desmaya el sentimiento que provocó á la rebelión. El sueño de las halagüeñas esperanzas se oscurece de súbito, y las sombras de un nuevo cautiverio, como lóbrega noche, amenazan cubrir la inmensa tumba, donde parece sepultada para siempre con el heroico esfuerzo, la más noble aspiración de todo un pueblo.

Dos años de lucha, entorpecida por infructuosos ensayos de sistemas políticos mal aconsejados por la inexperiencia en los negocios públicos; unidos al desaliento de candorosas esperanzas frustradas, al encono latente de rivalidades peligrosas, y á la amenaza, jamás bien escondida al egoísmo, de arrostrar aún más sérios conflictos y recias tempestades, antes del definitivo afianzamiento de las nuevas instituciones, habían gastado los resortes políticos de la revolución, mellado la entereza de sus más esforzados apóstoles, y entibiado entre la multitud el entusiasmo, de suyo escaso, por una causa, al parecer, de tan difícil como remota estabilidad.

Apenas cortos días de vida independiente, y ya toda la savia de aquel árbol frondoso de la libertad, que nuestros padres habian logrado levantar con heroicos esfuerzos, parecía agotada. En vano sus raíces se regaban con sangre: la implacable podadera de la muerte cortaba

sus más verdes renuevos. Paralizado su desarrollo, y abrasado por el fuego que brotaba á su plantas, las hojas se desprendían marchitas de las ramas sin vida. De la opulenta lozanía de la juventud, había pasado casi sin transición á la enfermiza languidez de prematura ancianidad. El huracán de las pasiones había quebrado los más robustos brazos de su empinada copa, y el incesante torbellino de la anarquía mantenía su ya mustio follaje en constante y desastrosa oscilación. Para 1812, no era ni sombra de aquel risueño arbusto del 19 de Abril, coronado de flores entreabiertas al sol de la esperanza: ni menos se asemejaba al soberbio gigante del 5 de Julio, cargado de abundosos y sazonados frutos: apenas si era un tronco de solidez dudosa, protegido por escaso ramaje, falto de savia y amenazado de esterilidad. En tan cortos días los nobles promotores de la revolución habian envejecido, y sus propósitos heroicos, y sus conquistas, y los trofeos cuantiosos de sus primeras y ruidosas victorias, desaparecían entre la sombra de un ayer ya remoto, para las veleidades del presente. Desatinada y recelosa avanzaba la revolución con paso incierto hacia el abismo de su completa ruina. En vano á su cabeza, cual poderoso paladión, ostentaba al veterano de Nerwinde. En vano á prolongarle la existencia concurrían los esfuerzos de los más abnegados. El cáncer de la anarquía la devoraba, su ruina era evidente. De pronto en medio al desconcierto que la guiaba, un obs-

táculo fácil de superar en otras condiciones, le cierra audaz el paso. Acometida de estupor, retrocede, fluctúa, avanza luégo poseída de inexplicable vértigo, tropieza con un guijarro que le arroja el destino, y empujada por la mano trémula de Monteverde, vacila y cae vencida, cuando con poco esfuerzo habría podido alzarse victoriosa.

La capitulación de La Victoria fué la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.

Miranda, la postrera esperanza de los independientes, sucumbe con la revolución y, eclipsado el astro, sobreviene la noche.

Al ruido de las armas; al estrépito de las batallas; á los debates turbulentos de los primeros clubs republicanos, donde rugía Coto Paúl, fulminando desde lo alto de la tribuna las amenazas de su cólera; á los cantos patrióticos y al grito santo de libertad que enardecía todos los corazones, sucede un silencio de muerte; silencio pavoroso, que no turban siquiera los ayes de las víctimas, porque hay cuidado de ponerles mordaza antes de herirlas. La perfidia más que la crueldad, fué el distintivo de aquella época luctuosa: pública ostentación se hacía de perdonar, y en la oscuridad se degollaba. La víctima no oponía resistencia. El verdugo trabajaba á la sombra y reinaba el silencio.

"Venezuela toda, había vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la inde-

pendencia, todo había desaparecido como sombra vana, sin dejar en el país ninguna impresión de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos ó emigrados: otros, llenos de miedo, habían transigido con los enemigos: algunos villanos, difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. Aparte de las bajezas que hacía cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres, apoyaba con su inercia al partido vencedor. Hasta los patriotas más firmes habían perdido la esperanza de que jamás se moviera el pueblo, en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra y de los generosos sacrificios, tan distante de su carácter desidioso y de sus muelles costumbres." (*)

III

Postración dolorosa, que explotaron hasta la saciedad los vencedores, confiscando las riquezas de los vencidos, ultrajando su dignidad, su honra y sus costumbres, y anegando el país en sangre generosa.

Cumaná, quizás la más herida de las provincias

(*) Baralt y Díaz.

orientales por la ferocidad de sus dominadores, es la primera que se reacciona; pero su heroico esfuerzo no alcanza á sacudir la postración de sus hermanas. Sin embargo, aquel nuevo Viriato, como graciosamente á Monteverde calificaron sus aduladores, se estremece de espanto ante la ruda obstinación de los patriotas orientales, y poseído de salvaje furor, oprime entre sus brazos, casi hasta estrangularla, la presa que le diera la Fortuna y que presume conservar.

Ilusoria esperanza! En medio de tan profunda oscuridad para la sometida Venezuela, un gran foco de luz aparece de súbito en la empinada cima de los Andes. Chispa al principio, oscilante entre los ventisqueros, acrece rápidamente hasta alcanzar las proporciones de dilatado incendio. En la inflamada región de los volcanes brilla radiosa como el ígneo penacho del Pichincha, cuando viste el gigante los terribles arreos de su imponente magestad: ilumina con resplandores que deslumbran á la cautiva América: inflama el mar con los reflejos de su fulgente lumbre; y atónitos y mudos la contemplan, desde el templo del sol, hasta las playas donde Colón dejó caer el ancla de sus naos victoriosas, los descendientes de los Incas y los hijos sin patria de aquellos mismos héroes que al cetro de Castilla la dieran cual presea.

Aquella inmensa lumbre, aquella hoguera amenazante para los exarcados españoles, es el primer des-

tello del genio de la América. Es Bolívar, que surge coronado de luz como los inmortales. Es la presencia del adalid apóstol, que, de lo alto de su corcél de guerra, predica la nueva doctrina americana al resplandor fulmíneo de su desnuda espada.

Airado vuelve los ojos á su patria el futuro libertador de un mundo y la contempla de nuevo esclavizada, moribunda, bajo la férrea planta de sus ensañados opresores. En las alas del viento que sacude la tricolor bandera sobre las cumbres de los Andes, llegan á él entre lamentos prolongados, el último estertor de la madre ultrajada y el chasquido del látigo con que se la flagela, atada al poste infamador de la ignominia. Justa es la indignación del héroe americano, profundo su dolor, cuando llama al combate á sus propios hermanos, sin obtener respuesta. En vano les exhorta á proseguir la ardua cruzada: muéstranse los más, indiferentes. En vano les recuerda la altivez de otros días, los juramentos espontáneos de morir por la patria, la libertad perdida y todas las miserias á que somete la tolerada esclavitud: su voz se pierde en el silencio que acrece el estupor.

Aquel cuadro doloroso prueba á Bolívar lo que ya sospechaba: que la revolución había caído para no levantarse sino apoyada en un esfuerzo sobrehumano. La tempestad revolucionaria detenida de súbito en su rápido curso, había plegado sus poderosas alas y, cons-

treñida por una fuerza extraña, apénas podía estremecer la oculta fibra del amor patrio, latente en lo recóndito de pocos corazones.

Despreciada por unos, maldecida por otros, por todos relegada al olvido, la revolución era un cadáver que sólo una voluntad superior podía galvanizar. Bolívar se juzgó capaz de tanto esfuerzo y lo intentó.

Pero; quién era él? ¿Quién el atrevido aventurero que osaba acometer tan magna empresa? Nadie le conocía; la común desgracia le había hecho extraño á la memoria de sus propios hermanos. Después de aquella ruina y del estrago de una catástrofe espantosa ¿á qué volver á provocar las iras del león con el descabellado intento de arrancarle su presa? Ni ¿cómo pretender arrebatar con débil brazo lo que un gigante se empeña en retener? Y en vano aquel sublime enajenado se esfuerza por alentar á las víctimas que perdona el cuchillo de feroces verdugos; amenaza, suplica, se inflama al fin en ira, y desnuda el acero. Ay! su cólera terrible hará más que sus ruegos; aquella se desborda y una ola de sangre surcada de relámpagos, desciende de las cumbres andinas, con la violencia del alud, con el fragor del trueno.

En medio al torbellino en que se agitan las pasiones violentas de aquella época luctuosa, Bolívar se hace oír; su voz apaga los bramidos del huracán, resuena sobre la tempestad, pasma de asombro y vibra

aterradora en la vasta extensión del continente, cual la trompeta del arcángel terrible.

La historia pavorosa de aquel tiempo, escrita al resplandor de una llama infernal con la sangre inocente de los niños descuartizados por Zuazola, sobre el seno materno herido y palpitante, recoge, poseída de estupor, las tremendas palabras de Bolívar estampadas con caractéres de fuego en el Decreto de Trujillo: decreto aterrador, reto inaudito que le atrae con las iras de todas las pasiones, mortales amenazas é implacables furores.

IV

Mas ah! Hemos ascendido á una cima que domina un abismo. Cobremos fuerzas respirando un instante el éter puro donde el condor se cierne, ántes de sumergirnos en el vapor de sangre que del seno desgarrado de la patria se levanta hasta el cielo.

Hénos aquí á las puertas de aquel infierno más espantoso que el infierno del Dante: á la entrada de aquel período pavoroso de nuestra lucha de emancipación, conocido con el lúgubre nombre de la *guerra á muerte.*

El Decreto de Trujillo, espada de dos filos que

esgrime audaz la mano de Bolívar, lo tenemos delante, y es forzoso detenernos frente á frente de su satánica grandeza.

Ahí está, como siempre, sombrío y amenazante para unos, cual un escollo donde van á estrellarse nuestras pasadas glorias: para otros, deslumbrador y justiciero, como la espada á que debió su libertad el pueblo americano. Osar á decidir si fué digno de encomio ó vituperio, si conducente ó pernicioso al término feliz de la gran lucha, es empresa tan ardua, que sólo la imparcial posteridad podrá llevar á cabo.

Para apreciar con algún viso de imparcialidad aquel Decreto, tan combatido en nuestros días, y las razones que lo motivaron, es necesario salvar hoy una inmensa distancia. Es indispensable colocarse en 1813, los piés hundidos entre charcas de sangre, bajo la acción violenta de las pasiones de la época, y detenerse en el resbaladizo borde de aquel abismo poblado de rencores, de odios inveterados, de crímenes, de miserias que espantan, de exaltados furores, de exasperación y de agonía. Abismo amenazante, vertiginoso, oscuro, donde la luz de la razón penetra con esfuerzo, y en cuyo fondo se revuelcan, mordiéndose, víctimas y verdugos, y rechinan cadenas que estrangulan, y se esgrimen puñales, y revueltos se agitan principios encontrados, ideas antagonistas, pasiones infernales. Es necesario sondear aquella sima, donde resuenan en pavoroso

unísono, rugidos y blasfemias, y maldiciones y alaridos: contemplar las fauces gigantescas de aquel hambriento monstruo que todo lo devora; y descender al antro, perderse en sus tinieblas, palpar su oscuridad y hacer por distinguir á la luz de los relámpagos que prodiga en su seno la más desenfrenada tempestad, cuánto encierra de espantoso y terrible. Y luégo ver, si es posible que á ello se presten los ojos sin cerrarse al instante, cómo corren las lágrimas en aquel sumidero del dolor: cómo brota la sangre por todos los poros de la tierra: cómo se juntan aquellos dos torrentes que se rechazan con esfuerzo y llenan el abismo y crecen entre sombras, y al fin se desbordan ahogando en sus purpúreas olas, honor, glorias, virtudes, afectos y esperanzas. La razón vacila ante aquel caos; el corazón se oprime, y la mano convulsa de terror, se niega á asir el remo que ha de impulsar la barca de la Historia en aquel mar de sangre, poblado de huracanes, de sirtes, y de escollos, para el criterio sano de quien se atreve á navegar en sus revueltas ondas.

Aquel decreto, es, á no dejar duda, el hecho más trascendental de la primera campaña de Bolívar. Rugido de exasperación lanzado como reto de muerte á los dominadores del Nuevo Mundo, lléna de espanto todos los corazones, sacude el estupor de los vencidos, despierta al pueblo de su estúpida inercia, exalta el odio de nuestros contrarios y produce aquella profunda conmoción

de donde surgen, como espectros terribles, las muertas aspiraciones que sepultara el vencimiento y el rigor del despotismo.

Del punto de vista de donde se estudie aquel decreto, dependen las apreciaciones justas ó exajeradas á que tanto se presta; y con ellas la discrepancia de opiniones en los modernos historiadores.

Por una parte, nada más cruel, monstruoso, aterrador; por otra, nada más gigantesco, más audaz, más heroico.

Aquel decreto, en sí, es una inmensa sombra al lado de una inmensa luz.

Lanzar sobre él los anatemas de la herida sensibilidad, ó el fallo contundente de la historia, sin el maduro examen que reclama hecho tan discutido como trascendental, prueba la sinrazón que de ordinario acompaña á los juicios de la posteridad, cuando al estrecho molde de sus nuevos principios filosóficos, necesidades y costumbres, somete lo que fué cual si pasara hoy.

Guiado por un propósito político, cuya sola concepción produce el vértigo, más que por las sugestiones de la venganza y de las pasiones exaltadas de su época, Bolívar, el más autorizado por mil títulos entre los hombres de la revolución, creyó oportuno y necesario en 1813 la solemne declaración de *guerra á muerte*, de hecho y de ley establecida por nuestros contrarios.

El relajamiento en que había caído el ejército re-

publicano antes de la funesta capitulación de La Victoria, y las desastrosas consecuencias de aquella suprema debilidad, influyeron no poco en el espíritu de aquel Decreto que, más que al aniquilamiento de españoles y canarios, á quienes ostensiblemente parecía encaminado, tendía á herir en su indolencia á la gran masa del pueblo, indiferente á los esfuerzos de sus libertadores, y á aquellos mismos de sus adeptos que, postrados de abatimiento tras el primer fracaso de la República, descendían á transigir con los verdugos de sus propios hermanos.

Sin aquella medida que cerraba las puertas á todo avenimiento entre los contendores, ¿ no era de esperarse que en el trascurso de la revolución hechos semejantes pudieran repetirse? El mal ejemplo estaba dado; toda dificultad tenía á su alcance una salida, todo náufrago un puerto á donde dirigirse; y nuestro pueblo, de suyo esquivo á la libertad por aquel tiempo, una ancha brecha por donde entrar de nuevo, la vida á salvo, en el atrincherado recinto de la colonia.

V

Aquella audaz declaración hizo imposible para lo futuro toda debilidad, toda transacción con la soberanía de España. Tónico horrible y repugnante, aplicado al

relajamiento que cundía tras el fracaso de 1812, exaltó el odio que es fuerza, y provocó la represalia que es amenaza.

Con aquella medida extrema, Bolívar impuso al país, junto con su autoridad revolucionaria, la autoridad militar desprestigiada, escarnecida, conculcada en el Generalísimo de 1812.

Sin aquel freno impuesto á la debilidad, más peligrosa cuando se desenfrena que la fuerza misma, ¿habría podido dominar y dirigir aquel todo múltiple, heterogéneo y turbulento, cuando dejaba libre el campo del tratado, y la derrota respetada, sirviendo de amenaza á la disolución de los independientes?

Aquel Decreto, considerado como engendro del odio y de la venganza, no sólo es cruel, sino monstruoso, absurdo, atentatorio y criminal, indigno de Bolívar y de su genio soberano: considerado como necesidad suprema, en el desarrollo de uu propósito político de elevados alcances, cambia de faz y brilla entre las sombras que lo cercan, como el rasgo más gigantesco y más heroico de aquella indomable voluntad.

Ahora bien: expedir aquel Decreto en las condiciones de material debilidad en que Bolívar se encontraba, provocando á duelo de exterminio á la soberbia España, fuerte de nuevo y omnipotente en sus colonias, es excederse á la humana flaqueza; es atentar contra las leyes inmutables que nos sujetan á la precaria

condición de mortales; es cernerse en las alturas donde sólo campea la prodigiosa fuerza; dominar el peso moral de todas las responsabilidades; osar sobreponerse á los decretos del destino; rebelarse contra todo derecho; ostentarse árbitro absoluto de la suerte de un pueblo; poner á precio su cabeza; declararse reo, y empinarse héroe.

Con aquella declaración inaudita, Bolívar dijo á sus desmayados compatriotas:

—¿Queréis continuar siendo esclavos? Yo me opongo. En la balanza de la estricta justicia, mi irrevocable propósito de daros libertad, pesa mil veces más que todas las miserias que pudiérais alegar como vuestros derechos. Vosotros no podéis conservar esas cadenas, en tanto que entre vuestros hermanos exista uno solo que las quiera romper. Seréis libres hasta contra vuestra decidida voluntad. La mía lo quiere así; y la medida de esa voluntad que os hará independientes, su decisión, su fuerza, su energía insuperable, la teneis ahí de manifiesto, en la terrible declaración de guerra á muerte.

Cuando se intenta arrebatar al león su presa, es necesario convertirse en león para poder siquiera disputársela con probabilidades de buen éxito.

VI

El Decreto de Trujillo es el pavés sobre el cual aparece Bolívar en 1813. Escudo sangriento levantado al cielo por los mil brazos de la revolución, en que se exhibe como deidad terrible el egregio caudillo americano.

Precedido por el espanto que infunde en nuestros enemigos y por el entusiasmo que despierta entre la multitud, rueda, con pavoroso estrépito, sobre los yermos campos de Venezuela, el carro de la revolución. Apénas quinientas bayonetas lo escoltan y protegen; pero con él, desnudo el sable, radiosa la mirada y atronando el espacio con sus gritos de guerra, van Ribas, y Urdaneta, y Giraldot, y D'Eluyar, y el inmortal Ricaurte, sedientos de combates y de gloria. Nada resiste al ímpetu de su heroica bravura. En vano cierra España con numeroso ejército, la ancha vía que recorren audaces, dejando en cada huella sembrada una victoria. Allá "Agua–obispos," la terrible y sangrienta, medio oculta en un repliegue de los Andes como en los bordes de un inmenso sepulcro. Más después "Niquitao," que áun deslumbra en la historia con los reflejos de la espada de Ribas. Luégo "Horcones," y más tarde "Taguanes" que abre á Bolívar las puertas

de Caracas y cubre con su manto de púrpura aquella campaña prodigiosa, marcha triunfal del genio sobre los destrozados hierros del despotismo.

Un grito inmenso de júbilo y asombro se propaga por toda Venezuela. Revive el amor patrio, llena los corazones y del sangriento polvo donde cayera exámine la naciente República, se alza de nuevo majestuosa y terrible al amparo de Bolívar y de su incontrastable voluntad.

1813 es una aurora; aurora de un instante que luégo anublan sombras pavorosas, pero que exhibe en todo su esplendor al hombre extraordinario á quien debió su libertad el pueblo americano.

Dignidad, entusiasmo, amor patrio, energía en el propósito de la idea redentora, leyes, instituciones, fuerzas para luchar, y la esperanza del definitivo afianzamiento de nuestra nacionalidad republicana, todo renace á la presencia de Bolívar. Venezuela le aclama su libertador; ciñe coronas á su frente inmortal y de nuevo se lanza á la ensañada lid donde con suerte varia lucha sin tregua hasta alcanzar su independencia.

Desvanecido el estupor que produjera en nuestros enemigos la audaz campaña de Bolívar, torna España á esgrimir el sanguinoso acero de sus indomables defensores: reorganiza sus huestes destrozadas: apela una vez más al fanatismo de la masa inconsciente de nuestro pueblo, su poderoso aliado: provoca la ambición

de oscuros caudillejos con la aprobación tácita de todos los desmanes cometidos por Monteverde: cobra aliento al pesar la superioridad numérica en que aventaja á sus contrarios; exalta el odio entre los dos partidos: sopla la hoguera en que habrán de consumirse vencedores y vencidos, y desata las alas de aquella tempestad de furiosas pasiones que de nuevo se agitan con estrépito sobre los yermos campos de la patria.

VII

Parapetado tras los muros de Puerto Cabello, azuza Monteverde al combate á los jefes realistas que áun dominan la mayor parte de nuestro territorio. A fuego y sangre Yañes y Puy penetran en Barinas. González se apodera de Trujillo. El Brigadier Ceballos deja á Coro é invade las provincias del centro. Calzada acomete por Guanare. Cagigal se hace fuerte en Guayana, y Torrellas, Oberto y Reyes Vargas asedian á Barquisimeto con crecidas guerrillas. El país entero se conflagra al reclamo del odio, y del ancho seno de las pampas, surgen siniestros como evocaciones infernales, Boves, la espada azote que ha de anegar en sangre á Venezuela, y Morales, su émulo, tan implacable como él.

Bolívar se ve rodeado, de improviso, por un inmenso círculo de amenazantes bayonetas que, á medida que se estrechan se multiplican y compactan; pero no desmaya su energía. Blanco de todos los rencores, de todas las asechanzas, de todos los ataques, resiste imperturbable el recio empuje del enemigo encono, como el cedro de nuestras montañas los embates furiosos del huracán.

Apénas con tres mil soldados, faltos los más de disciplina y entre los que figuran niños, áun no apartados del paterno regazo, se enfrenta á las décuplas fuerzas que le oprimen; acomete á todos los flancos que le da el enemigo, lucha, destroza, vence, cae y se levanta, retrocede bañado en propia sangre, torna á embestir con mayor brío, y siembra de cadáveres el ruidoso palenque donde su espada brilla como el rayo del cielo.

Contra los muros de Puerto Cabello rompe las bayonetas de las dos divisiones de Giraldot y de Urdaneta. Repliega hacia Valencia. Enfrenta á los cuerpos francos de Reyes Vargas y Torrellas, á García de Sena, que los destroza en la jornada de los *Cerritos blancos*. Contraria suerte le cabe con Valdez en Yaritagua y en Bobare. Se revuelve sobre Monteverde que se aventura á dejar sus baluartes, le vence en *Bárbula* perdiendo entre los víctores del triunfo al bravo Giraldot. Ciego de ira y de venganza, acomete de nuevo en *Las Trincheras* á las huestes españolas, corona su

arrojo la victoria: vengado queda el héroe granadino y el sitio de Puerto Cabello restablecido. Boves, entre tanto, acuchilla á los republicanos en el paso de Santa Catalina y avanza sobre el centro de la provincia de Caracas. La tajante espada de Campo-Elías se le opone en "Mosquiteros," y el feroz asturiano repliega destrozado á las llanuras. El Libertador vuela en persona á oponerse á Ceballos, ya vencedor en Yaritagua, le ataca en las afueras de Barquisimeto con fuerzas en todas armas inferiores; riñe con desesperación, pero la suerte le es adversa. A aquel fracaso contesta con el sangriento triunfo de Vigirima: reñida lid, en que á los veteranos del regimiento de Granada que manda Salomón, opone Ribas, con éxito asombroso, los alumnos de los colegios de Caracas.

Los contrapuestos bandos se emulan en fiereza. Los combates se suceden sin tregua y se cierra el año de 13 con la destrucción de Aldao en el paso de San Márcos, por el terrible Boves, y con la victoria refulgente de "Araure," alcanzada por el Libertador sobre los vencedores en Barquisimeto y en Bobare.

VIII

La espada de Boves ilumina, cual funeraria tea, el año aciago de 1814, y un alarido inmenso se deja oír al despuntar la aurora de aquel año terrible. Con-

vertida Venezuela toda en campo de batalla, se anega en la sangre de sus hijos. El cañón no cesa de rugir. Núblase el sol entre rojos vapores. Ciérrase el corazón á la piedad. Los lazos de familia se rompen. Y al silbo de las balas y al redoble de los tambores, danzan desmelenadas é iracundas, cual las furias de Esquilo, figuras pavorosas, en torno á los cadáveres que abandona insepultos el incesante batallar.

Corre la sangre en todo sitio donde el hombre respira. Se combate en los campos, en el mar, en los ríos, en las ciudades, en los templos y en el recinto del hogar. Batallas, patíbulos y asesinatos se suceden sin tregua. Los crugidos del incendio se mezclan con el extertor de los agonizantes y la entusiasta vocería de los triunfadores. Tras la afanosa lid, el "quién vive," las amenazas y el estruendo de otra lucha empeñada interrumpen el grito de victoria. Los últimos disparos de un combate responden á las primeras explosiones de otra cruenta jornada.

1814 es un sólo clamor, una sola batalla; una sola descarga, prolongada entre denuestos, alaridos y víctores.

Con pasmosa energía lucha Bolívar en medio del caos en que se agitan las feroces pasiones que engendra aquella guerra de exterminio; y con las alas que el huracán le presta recorre á Venezuela: fulmina, alienta, exhorta, hiere y condena como un Dios vengador.

El número de sus contrarios se acrecienta: los muertos parece que resucitan para seguir luchando. Todo conspira contra su genio y su osadía. La fortuna le niega sus favores; la patria su decidido apoyo. Mas ah! nada le arredra. En vano vibra el rayo sobre su frente olímpica; en vano la ola de sangre en que sus piés se hunden, se encrespa y brama, y sube, y amaga sepultarle; en vano se estremece le tierra y le amenaza, y se oscurece el sol, y fúnebres presagios le asedian anunciándole un desastroso fin: su brazo no desmaya ni cede en su propósito.

Jamás lucha tan dura, desigual y terrible registraron los fastos de los antiguos tiempos. Jamás caudillo alguno de los creados por la fábula, osó á mayor fortuna, ni venció más obstáculos por alcanzar la gloria.

Estrechado en su línea de defensa, Bolívar trata de reconcentrar entre Caracas y Valencia el mayor número de fuerzas disponibles para esperar á Boves, que se adelanta victorioso á la cabeza de ocho mil combatientes; pero son pocos los recursos con que cuenta para llevar á término feliz tan heroico propósito.

La situación de los independientes se agrava por instantes. Boves destroza á Campo-Elías en la funesta jornada de "La Puerta." Rosete con una fuerte división invade los valles que fertiliza el Tuy y amenaza á Caracas, á la sazón desguarnecida. Puiy y Ramos incendian á Barinas y pasan á cuchillo sus valerosos moradores, abandonados por García de Sena. Tras heroicos es-

fuerzos Urdaneta, con escasos ginetes se ve obligado á replegar sobre Bolívar. Ceballos con el ejército de Coro ocupa á Barquisimeto y se adelanta sobre el centro. Calzada se apodera á fuego y sangre de San Carlos, con mil infantes y ochocientos caballos. Numerosas guerrillas inquietan á Valencia; y los sitiados en Puerto Cabello, con amagos de frecuentes salidas, paralizan la acción benéfica de D'Eluyar en el conflicto general.

Vencido Campo-Elías, el Libertador opone á Boves, al vencedor en "Niquitao." Chócanse en La Victoria, con estrépito y furia, aquellos dos gigantes de indomable bravura, y victorioso sale de la reñida lid, y tinta en sangre y una vez más gloriosa y refulgente, la espada formidable de Ribas. Boves retrocede á la Villa de Cura á organizar de nuevo sus desbandados escuadrones. Ribas vuela á Caracas á oponerse á Rosete, y el Libertador deja á Valencia y va á situar en San Mateo su cuartel general.

IX

Henos aquí, ya en el campo inmortal escogido por el Libertador para dar á la América, con la medida de su entereza de gigante, alto ejemplo de decisión y de perseverancia en el propósito de la idea redentora.

Cuando todo se abate; cuando todo desaparece en el abismo de lo imposible; cuando los más osados sostenedores de aquella cruenta lucha retroceden, y la fé vacila y el brazo desmaya, y ahogada en sangre sucumbe la esperanza, se levanta, como por efecto de un conjuro, algo extraño y superior á la virilidad humana; se levanta la energía de Bolívar.

Y allí donde le amaga el mayor número, frente al mayor peligro, y á la más ardua de las dificultades, clava el Libertador su bandera gloriosa y desafía la adversidad.

"—San Mateo es Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre: el NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza: la resistencia irresistible de un propósito inmutable: la gran vibración de la fibra latente en el decreto de Trujillo: uno de los más arduos, si no el más rudo de los innúmeros trabajos del Hércules americano.—"

¿Quién, de entre nosotros, los hijos de este suelo, no ha experimentado un sentimiento de profunda admiración y de respeto, al penetrar en aquel campo de batalla, donde áun repite el eco el nombre de Bolívar? ¿Quién, no se ha detenido á contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta, domina el campo de la reñida lid y resplandece como el brillante paladión de las antiguas glorias de la patria? Nadie á.

fe, y con razón: nuestra memoria, mal que le pese al ánimo, experimenta allí la suprema coacción de lo inolvidable.

En medio de un valle estrecho y largo, extendido como una franja de verdura entre dos filas de montes casi paralelos, y agrupada al pié del viejo campanario de su iglesia, como manso rebaño en torno del pastor, se divisa desde lo alto de la casa histórica, la humilde aldea de San Mateo. El camino público, que pone en comunicación directa á La Victoria con Valencia, la cruza al Norte; y la limitan al Oriente los extensos plantíos de la más pingüe de las haciendas patrimoniales del gran caudillo republicano.

Allí entre las flores y las cañas de aquel risueño valle, cultivado por sus mayores, había pasado Bolívar las más felices horas de su primera juventud; y en aquella misma casa de su feudo, consagrada luégo por el más heroico sacrificio, había soñado, más de una vez, con la libertad de su país y acariciado el propósito en que incansable perseveraba todavía.

X

El 23 de Febrero de 1814, diez días después de la heroica defensa de La Victoria por el general Ribas,

acampó Bolívar, con su Estado Mayor y con su guardia, en el pueblo de San Mateo.

A pesar del rechazo que habían sufrido los realistas, era en extremo conflictiva la situación de la comarca. El terror dominaba todos los ánimos. Poblaciones enteras huían despavoridas á la aproximación de las hordas de Boves, y una emigración numerosa afluía al cuartel general republicano buscando amparo en el ejército.

Niños, mujeres y ancianos sobrecogidos de espanto y enflaquecidos por la miseria, seguían los cuerpos que velozmente se iban reconcentrando en San Mateo, y en torno de aquellos bravos que dividían con ellos su escaso pan con mano generosa, giraban sin concierto, prorrumpiendo en desgarradores alaridos á la menor alarma.

Situado el Libertador en San Mateo, punto escogido como estratégico, para vigilar los movimientos del poderoso ejército enemigo reconcentrado en la Villa de Cura, y auxiliar con más facilidad en caso necesario, una ú otra de las dos ciudades más importantes de la República, (Caracas y Valencia) amenazadas á la sazón por los realistas, se ocupa en reforzar sus posiciones con algunas obras de defensa, en tanto que la llegada del ejército de Oriente, acaudillado por Mariño, y esperado con ansiedad creciente durante muchos días, le pone en capacidad de acometer á Boves y de abrir, con probabilidades de buen éxito, una nueva campaña.

En la mañana del 26 se incorporó al Libertador el

Mayor general Mariano Montilla, con la división de los Valles del Tuy: y al dia siguiente los cuerpos de Ponce y de Salcedo y la brigada de Barquisimeto al mando de Villapol. Las fuerzas todas de los independientes, reunidas en San Mateo, ascienden á 1.500 infantes, con cuatro piezas de campaña de grueso calibre y 600 ginetes, entre los cuales figura el brillante escuadrón de Soberbios Dragones, ansioso por vengar la muerte de su jefe, el bravo Rivas-Dávila.

Repuesto Boves del descalabro sufrido en La Victoria, é impaciente por medirse con el Libertador, á quien cree exterminar con el empuje de sus numerosos escuadrones, se apresura á caer de nuevo sobre los republicanos, mal seguros en sus posiciones de San Mateo. A la cabeza de ocho mil combatientes sale orgulloso de la Villa de Cura; ocupa á Cagua, pueblo inmediato al cuartel general de los independientes; ordena á su vanguardia forzar en el paso del río las avanzadas á cargo de Montilla, las que le oponen dura resistencia; repliega con la noche, toma ventajosas posiciones en las alturas que demoran al sur del caserío, y espera el día para librar una batalla en la que de antemano se adjudica la victoria.

XI

Antes de amanecer el día 28, las tropas republicanas en pié desde la madrugada, se aprestan al combate. En medio de la oscuridad que cubre el campamento, y en el



mayor silencio, se movilizan cuerpos que van á reforzar las avanzadas ó á cubrir nuevos puntos juzgados por el momento favorables. Como grupos de fantasmas aparecen al esquivo resplandor de las estrellas los piquetes y rondas que recorren el campo, y las guerrillas estacionadas en acecho á la entrada de los caminos y tras los setos del poblado.

La derecha de los independientes á cargo del valeroso Villapol, ocupa en la fila de los montes que corren al Norte de San Mateo, la altura denominada del Calvario. Cubre la izquierda á las órdenes del teniente coronel Gogorza, la casa del Ingenio. El centro, mandado en persona por el Libertador y el coronel Lino de Clemente, se apoya en los atrincheramientos practicados en la parte del caserío que protegen las alturas donde se extienden los indicados flancos.

La impresión que domina á la mayor parte de las tropas por efecto de los recientes descalabros sufridos, se adivina en el silencio sepulcral que guarda nuestra línea. El Libertador visita á caballo los puestos avanzados, inspecciona los improvisados atrincheramientos de la línea de defensa, comunica órdenes que ejecutan con rapidez los jefes y oficiales que le acompañan, calma con su tranquilidad la inquietud general, aviva el fuego de los más denodados con la promesa de una victoria que él solo cree alcanzar, y confiado en su estrella, espera con ansiedad el nuevo día, cual si la nueva luz hubiera de convertirse para él, en deslumbrante auréola.

Brilla al fin, con rojos y cárdenos reflejos la aurora de aquel sangriento día. Un prolongado redoble de tambores, resuena en torno al valle, como el primer anuncio de la tempestad que se prepara. Muestra el sol su disco refulgente, y las alturas todas que dominan, al Sur, la aldea de San Mateo, se exhiben coronadas de bayonetas enemigas, á tiempo que se divisa en la llanura, como un bosque de lanzas, la crecida caballería de Boves maniobrando á derecha é izquierda de nuestra línea de batalla, hasta cubrir todas las avenidas y plantíos inmediatos.

Por largo tiempo los dos contrarios campamentos, prestas las armas é inmóviles, se miran en silencio. La impaciencia exaspera á nuestros batallones. De súbito vibra un clarín lejano, y Boves, á caballo y rodeado de lanzas, aparece á la entrada de San Mateo por el camino de Turmero.

Estrepitosa vocería resuena á la presencia del terrible caudillo. La infantería realista desciende con rapidez de las alturas, truena el cañón con formidable estrépito, y cinco mil caballos impetuosos, al par de los infantes, no menos temerarios, cargan de frente nuestra línea.

Con extraordinaria serenidad, espera el Libertador los ginetes realistas y los fusila á quema ropa. Nuestras dos alas, á su turno, rechazan el ataque. Boves torna á cargar con más violencia, y la batalla se generaliza con indecible furia de una y otra parte ; pero más esforzada

sobre todo en el centro de los republicanos, contra el cual empeña Morales la mayor parte de sus tropas.

Allí, en torno de Bolívar y escudándole con sus heroicos pechos, combaten como buenos Lino de Clemente y los Montilla, y Florencio Palacio, y Ricaurte el glorioso, y el indomable Campo-Elías, y Maza, Soublette, y Muñoz Tebar, y aquel patriota insigne Martín Tovar, tan valeroso como honrado.

XII

Después de cinco horas y media de un fuego vivo y desastroso sobre nuestros débiles atrincheramientos, ordena el Libertador reforzar el ala izquierda, situada en el Calvario, y hacer por aquel flanco diversión al enemigo.

Practícase con brío aquella peligrosa operación. Campo-Elías refuerza á Villapol y juntos cargan el ala izquierda de los realistas y acuchillan cuanto les resiste; pero Boves, pronto siempre al combate, vuela al auxilio de los suyos á la cabeza de sus violentos escuadrones; y una brega sangrienta y obstinada se empeña en la extrema derecha de nuestra línea. Campo-Elías y Villapol combaten á porfía. Aquellos dos atletas, terribles é impetuosos, hijos de España y defensores de la América y de sus nuevas instituciones, lidian con

sin igual coraje. Boves, no ménos temerario, toma á empeño vencerlos: con numerosas huestes los envuelve, los diezma, los rechaza y logra al fin desalojarlos de las casas que ocupan al pié de la colina del Calvario; parapeta en aquellas su numerosa infantería que causa fiero estrago en nuestros destrozados batallones y, reforzado con tropas de refresco, carga y pone en conflicto nuestro flanco. El Libertador auxilia á aquellos bravos con una pieza de artillería y algunas guerrillas, pero no bastan estas á contener el formidable empuje de las columnas con que el jefe realista los combate.

XIII

Frenético se arroja Campo-Elías sobre las bayonetas enemigas; sus ojos despiden llamas, sus miradas avasallan y espantan. Desgarrado el uniforme, el rostro ennegrecido por la pólvora, y bañado en propia y en ajena sangre, ruge como león furioso, rompe su espada en las filas de Boves y cae vencido por la muerte en medio á cien cadáveres.

Villapol, á su vez, se lanza como el rayo, hiere, destroza, retrocede abrumado por innumerables enemigos, se rehace un instante, y sin flaquear en la demanda, acomete de nuevo con indecible arrojo. Su



brazo no desmaya, reconquista la posición perdida, pero una bala le hiere el corazón al proclamar el triunfo; y al pié de la bandera que sostiene en su crispada mano, rinde la vida en brazos de la gloria.

Nuestros soldados retroceden; en aquel flanco no les queda un sólo oficial que los dirija: muertos los más ó heridos, cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota los amenaza, bien que se oponen á ella sin concierto, y con desesperada resistencia. Pero de pronto, en medio del conflicto, aparece como salido de una tumba, un joven oficial, pálido, ensangrentado y cubierto de heridas: pónese al frente de las revueltas tropas á quienes electriza su presencia, tira de la espada que apenas puede manejar su débil brazo, y restablece entre los suyos la disciplina y el combate. Aquel mancebo heroico es el hijo de Villapol; (*) separado casi moribundo del campo de batalla, algunas horas antes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre, y se levanta, y le viene á vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas por la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga, el incansable Boves queda herido, y próxima la noche, suspende la pelea.

[*] Dos años después, este heroico mancebo, fué hecho prisionero por Morillo cuando este sitiaba á Cartagena, y Pedro Villapol fué fusilado.

Nuestra izquierda enfrentada á Morales, y tan combatida como el centro y la derecha, no fué ménos feliz. La victoria se declara por el Libertador. Retroceden los realistas á sus inexpugnables posiciones de los montes, al Sur de San Mateo, y tendidos dejan ochocientos cadáveres en el sangriento campo de batalla.

XIV

A pesar de aquel brillante triunfo no es ménos conflictiva la situación de los republicanos.

Vencedores los jefes realistas en todo el Occidente, marchan sobre Valencia con poderoso ejército.

El Coronel D'Eluyar, jefe de la línea de Puerto Cabello, es inquietado á su espalda por los cuerpos francos de las costas de Urama y de Morón.

Rosete no escarmentado con la primera derrota sufrida en Charayave, vuelve sobre Caracas con mayor número de tropas.

¡Y Mariño no llega....!

Y aunque Boves se retira á la Villa de Cura, á restablecerse de su herida, queda Morales, su segundo, al frente de Bolívar, con todas las fuerzas sitiadoras de San Mateo, y mantiene nuestro campo, con frecuentes y violentos ataques, en constante y agitada expectativa.

En los días que siguieron á la jornada del 28, y por sobre la oposición del enemigo, extiende el Libertador la línea de defensa hasta su hacienda; sitúa el parque con un cuerpo de infantería en la casa alta del Ingenio, y entrega, como pasto á la caballería, las plantaciones de caña dulce de su propiedad.

Los combates continúan sin trega. Reñidas escaramuzas provocadas por uno ú otro bando, principian con la aurora y cesan con la noche. Las más veces, los patriotas arrollan á sus contrarios; pero escasos de fuerzas para conseguir desalojar al enemigo de sus ventajosas posiciones, se limitan á sorprender las avanzadas y á empeñar, á campo raso, combates siempre desiguales con su numerosa caballería.

Entre tanto, con la noticia de la rápida curación de Boves y de su pronto regreso á San Mateo para librar una batalla decisiva, llega al Libertador la nueva no menos alarmante, de la ocupación de Ocumare por Rosete, y de la marcha de aquel insigne foragido, á la cabeza de más de tres mil hombres, sedientos de sangre y de pillaje, sobre la indefensa capital.

Sabedor del peligro que amenaza á Caracas, Bolívar olvida generosamente su propia y angustiosa situación. Escoge de sus tropas 300 hombres de los más aguerridos, los municiona en abundancia, los dota con un cuadro de aguerridos oficiales y, á las órdenes de Mariano Montilla, los hace salir de San Mateo á las dos de la tarde, á tambor batiente y banderas des-

plegadas, por el camino de la capital. Cae el enemigo en el engaño que encierra aquella marcha ruidosa y ostensible, refuerza con numerosas tropas su ala derecha que supone le va á ser atacada, y espera alerta y á pié firme en sus ventajosas posiciones, en tanto que Montilla, no inquietado, sigue tranquilo á su destino.

XV

Tras del sobredicho engaño y los repetidos descalabros, torna Morales á hostilizar con más vigor nuestra debilitada línea. Compromete combates que nos cuestan preciosas vidas. Sus feroces jinetes acosan nuestros flancos. Maza, Tomás Montilla, Jugo y Cedeño, á la cabeza de nuestros escuadrones, los rechazan con furia. En uno de los tantos escuentros, una parte de la caballería enemiga se empeña en resistir, y los Soberbios Dragones de Salcedo, la rompen y acuchillan, y en violenta derrota la llevan hasta Cagua.

Nuestros infantes, á su turno, desalojan á los realistas de algunas de sus altas posiciones; pero abrumados luégo por el número de sus contrarios, ceden el puesto y se repliegan al poblado.

De esta suerte, sin dar tregua á la lucha, tras-

curren veintidos días, empeñados en combates parciales de más ó menos gravedad, pero todos sangrientos (*).

Antes de ser completamente interceptada toda comunicación con el cuartel general de San Mateo, y en medio á tanto estrago y tanto ensañamiento; el Libertador escribe á Urdaneta, de quien recibe aviso del conflictivo estado de Occidente:

"Defenderéis á Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República. El General Mariño debe venir con el ejército de Oriente: cuando llegue batirémos á Boves é iremos en seguida á socorreros...."

Y aquel infatigable gladiador, á quien el peso del infortunio no logra avasallar, persiste en su propósito: y más pujante cuanto más combatido, vigoriza su ánimo en el calor de las batallas, cual se enardece el león con el tórrido soplo del desierto.

Escarmentado el enemigo con los continuos descalabros sufridos, permanece dos días sin aventurar nuevos ataques; y el Libertador aprovecha aquel instante de reposo, que le proporciona su indomable tenacidad, para reorganizar su campo y restañar en lo posible la sangre de su ejército.

---

[*] Ribas, reforzado entre tanto, por las tropas que le lleva Montilla, bate á Rosete en Ocumare, y escarmiento severo impone á aquellas hordas. Y el Libertador desde su Cuartel general de San Mateo con fecha 24 de Marzo concede á Ribas el grado de General en Jefe de los ejércitos nacionales.

Muy corta, empero, fué la tregua tras de tan ensañado batallar. Ruido de armas y voces, y movimiento de caballos, se nota de improviso en el campo realista. Nuestros soldados toman aquellas bélicas manifestaciones por preparativos de una carga general y simultánea sobre toda la línea, y se disponen con el vigor de siempre á rechazarla: pero al sordo rumor que los alarma, suceden víctores, y aclamaciones entusiastas y ruidosa algazara en que el nombre de Boves, saludado por sus tropas, manifiesta el motivo de tan estrepitosa como insólita alegría.

XVI

Los republicanos tienen de nuevo á Boves al frente del ejército realista. Los rudos embates que experimenta en breve nuestra línea denuncian la presencia de aqnel fiero caudillo.

La lucha se encrudece. Ni un instante de calma á la diaria fatiga alcanzan nuestros acribillados batallones. La llanura no cesa de temblar bajo el acelerado movimiento de los innúmeros caballos que la cruzan en todas direcciones; y un trueno sordo y prolongado retumba con estrépito sobre las cumbres que se extienden en torno á San Mateo.

Los contrapuestos bandos se emulan en vigor y fie-

reza; pero la resistencia que al incesante batallar, sin resultado decisivo, oponen los republicanos, impacienta al fin, alarma y exaspera la cólera de Boves.

" *Mañana será el último día* " dice con gesto amenazante, á sus intrépidos ginetes, despues del más reñido é infructuoso de todos los combates parciales con que hasta entonces nos viniera inquietando; " *mañana os hareis matar todos, ó yo me encargo de cortaros la cabeza si no quedais definitivamente victoriosos.*"

Y acto continuo, se apresura á concentrar todas las fuerzas de su mando que discurren por los vecinos campos y poblados; las estimula con promesas de sangre y de pillaje, y se prepara al nuevo ataque, decidido á morir ó á exterminarnos.

XVII

La escasez de pertrechos de que ya se resiente, y la dificultad de proporcionárselos sin pérdida de tiempo, le induce á violentar el fin de aquella lucha y á intentar sobre el provisto parque de los republicanos una sorpresa que los prive de sus abundantes municiones.

Para el efecto, al promediar la noche organiza una fuerte columna de sus mejores tropas, que confía al más audaz de sus tenientes, con la orden secreta de flanquear

nuestra línea, haciendo gran rodeo; tomar luégo por la espalda de los cerros en que se apoya nuestra izquierda, tramontarlos, descender sobre la casa del Ingenio y asaltar nuestro parque.

El resto del ejército realista, al despuntar el alba, debía bajar á San Mateo, y mientras se ejecutaba aquella atrevida operación, atacar simultáneamente toda nuestra línea con el fin de ocultarnos el insidioso movimiento. No se escapa á la vigilancia de Bolívar la concentración del enemigo; por lo que previendo para el siguiente día, no un nuevo ataque como los anteriores, sino una batalla en toda forma, se apresura á reforzar sus posiciones con todos los reparos de que puede disponer en tan conflictiva situación. Al efecto, despues de dar de alta á todos los heridos del hospital de sangre, y de armar de nuevo á aquellos bravos que apenas logran tenerse en pié, mutilados como se hallan los más, y doloridos; pasa revista á sus escasas tropas, reducidas próximamente á la mitad de aquellas con que diera principio á la empeñada lucha, y restablece su línea de batalla como en la pasada jornada del 28 de Febrero. El teniente coronel Ramón Ayala fué escogido por el Libertador para mandar el ala derecha y sostener la importante posición de la colina del Calvario, tumba gloriosa de Villapol y Campo-Elías, y célebre entre nuestras posiciones por el esfuerzo heroico de aquellos dos atletas. El parque del ejército, situado en la casa alta del Ingenio, fué confiado á la custodia del intrépido capitán Ricaurte,

joven de grande esfuerzo y de notoria fama. Y los atrincheramientos del centro á las órdenes del coronel Clemente.

XVIII

Todo se prepara en el campo republicano para la próxima contienda. Empero, no es una simple batalla la que se va á librar; es la suerte de la República la que se intenta resolver con aquel último y desesperado esfuerzo. Vencedores los independientes, la situación cambia de faz, el Libertador puede aventurar una nueva campaña, y al incorporársele el ejército de Oriente, romper el sitio de Valencia y luchar todavía con probabilidades favorables. Vencidos, nada les queda que esperar: Boves los pasará á cuchillo y Mariño no hallará en San Mateo sino aglomeración de cadáveres sobre un montón de escombros.

El Libertador vela toda la noche, y en medio del profundo silencio que reina en la extensión del valle, sus tropas, apercibidas al combate, le ven pasar sombrío como un fantasma, ir y venir de un flanco á otro, y sin descanso repasar su línea de batalla durante todas las horas de aquella larga noche.

A pesar de tanta vigilancia, burló el enemigo la sa-

gacidad y el cuidado de aquel ilustre centinela, y la operación tan sigilosamente practicada sobre el flanco izquierdo de los republicanos, no fué advertida y quedó en el misterio.

Algo extraño, no obstante, como un presentimiento, conturba al par que alientà nuestro ejército. Los jefes se interrogan entre sí sobre la causa oculta de aquella inexplicable y angustiosa inquietud, que todos sienten, mezclada de lisonjeras esperanzas, sin encontrar razón plausible que la justifique ; pero todos convienen en que algo extraordinario se prepara, y ven llegar el dia con la ansiedad con que se espera lo imprevisto anunciado por una inspiración.

XIX

Al despuntar la aurora del 25 de Marzo de 1814, estrepitosa vocería se levanta en el campo realista. Redoblan los tambores, suenan cornetas y clarines, relinchan los caballos y crujen las cureñas de las piezas volantes que el enemigo pone en movimiento. Luégo impetuoso, el ejército español desciende á la llanura, despliega en alas su numerosa caballería, y se arroja sobre nuestra línea de batalla.

Un combate violento, tenaz, encarnizado, se traba en todos los puntos que simultáneamente ataca el enemi-

go. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heroica bravura, y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero que impávidos resisten los jinetes de Boves, y que contesta con no menos estrago la numerosa infantería realista regida por Morales.

Boves enardece á los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas, se divisa á aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones, carga personalmente con indecible empuje, quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo con inaudita audacia, y fatiga con sus rudos ataques la esforzada resistencia de nuestros batallones.

Ayala, no menos combatido en el ala derecha, se mantiene á pié firme.

Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha porque embarazan con su crecido número los movimientos de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante; y el sol comienza á declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador á sus sol-

dados. Acude á toda parte donde la lucha se traba con encarnizamiento; aplaude, anima y premia con frases lisonjeras el valor y la constancia de sus acribillados batallones, los lleva al fuego con impávida calma, y rechaza en persona las más terribles cargas que le da el enemigo.

"Dos horas más de brío y la victoria es nuestra," dice y repite á sus heroicos compañeros. "Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer." Y asombra con su tranquila decisión, y enardece y fatiga la tenacidad de sus contrarios, cuyos esfuerzos burla á cada nuevo empuje con que se promete exterminarnos.

Los realistas agotan sus municiones de reserva, durante las nueve horas de aquel rudo combate, y sólo fían el triunfo de sus armas á la impetuosidad de su caballería, y á la audaz operación tan sigilosamente practicada sobre el parque de los republicanos. Aquella tarda empero en realizarse, y Boves impaciente y frenético se empeña en abatir con el pecho de sus caballos las mal seguras palizadas que defienden nuestras bayonetas.

Una furia creciente preside á las desesperadas cargas que nos da el enemigo; pero su arrojo y su bravura se estrellan contra la firme decisión de los independientes. Bañadas en sangre y extenuadas, ceden al fin y retroceden las impetuosas hordas, cuando un grito de angustia y de terror de nuestra parte, y de alegría feroz en el opuesto bando, resuena de improviso en medio á la batalla.

XX

Todos los ojos se vuelven hacia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada á adueñarse del parque.

Aquella inesperada operación conturba el ánimo de los independientes. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquel por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

Boves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Mientras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los ojos centellantes, airados y magníficos en tan supremo trance, los jefes republicanos corren á agruparse en torno de Bolívar, ofreciéndole como último balúarte sus nobles corazones. En aquel momento de tremenda agonía, desciende el Libertador de su caballo, le hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas:—"*Aquí*"—les dice con enérgico acento—"*aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero.*"

La columna enemiga baja entretanto al pasitrote con formidable empuje sobre la casa del Ingenio; y nuestro ejército repite con ansiedad creciente el nombre de Ricaurte. Sobre aquel joven héroe caerá el golpe de gracia que ha de abatir en aquel dia los mayores esfuerzos de la patria. Todas las miradas le buscan y palpitan por él todos los corazones.

Conflictiva es la situación para Ricaurte. La casa confiada á su custodia, no sólo encierra el parque y municiones del ejército, sino gran número de heridos y mayor cantidad de niños, mujeres y ancianos, parte de la emigración de los vecinos pueblos refugiada en San Mateo, y para su defensa apenas cuenta con algunos soldados que no llegan ni á la décima parte de las fuerzas por que se ve atacado.

Su bravura, con todo, se sobrepone á su material debilidad, y palmo á palmo disputa al enemigo el sagrado depósito que aquel se esfuerza en asaltar. Al fin se ve abrumado por el número, y constreñido á desamparar el puesto que custodia, ordena á los heridos y á los niños, mujeres y ancianos que aterrados se agrupan ó discurren por todo el edificio, abandonar la casa é ir á refugiarse en otra parte. Luégo con gesto irreplicable, se hace obedecer de cuantos le rodean: los soldados que áun sostienen el fuego, descienden á su turno, el recuesto de la colina, y sólo con su heroica grandeza espera al enemigo, que asalta el edificio en medio de atronadores víctores.

XXI

Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista, pero instantáneamente, insólita explosión y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo que, cual fúnebre manto, se extiende sobre la casa del Ingenio. El antiguo edificio convertido de súbito en un montón de escombros pregona el heroísmo de Ricaurte.... Glorioso sacrificio á que no le induce la desesperación; ni se puede estimar como el arranque de despecho de una trágica muerte, ni menos como la protesta insolente del orgullo militar humillado. No; Ricaurte no es Cambrone en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león para escupir el rostro, con frases de desprecio, á su enemigo vencedor. Está más alto. El amor á la patria es sólo quien le inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridades y á sus piés todo lo ve pequeño, menos

la tumba que para recibirle cava todo un ejército. Desde la altura en que se encuentra divisa el campo de batalla, y en él á sus amigos desesperados de vencer, á Boves soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo inútil y tanta sangre vertida infructuosamente, y la patria humillada y su causa perdida: todo lo ve á sus piés, y árbitro se siente y soberano de la cruenta jornada. Su vida por mil vidas y por el triunfo de los suyos, le propone el Destino: y convencido acepta el sacrificio, y corre á él, y espanta, y vence, y desaparece de la tierra para ceñir en la inmortalidad la refulgente auréola de su gloriosa abnegación.

Ante aquel extraordinario sacrificio, Boves retrocede aterrado, y de nuevo se guarece en las alturas. Bolívar le persigue hasta sus inexpugnables posiciones; recorre el campo donde yacen extendidos mil cadáveres y espera la llegada de Mariño para abrir la campaña.

Tres días más permanece el terrible asturiano en sus antiguas posiciones; luégo cambia de aviso y se retira al fin, de la presencia de Bolívar, noticioso de la proximidad del esperado ejército de Oriente.

XXII

La historia militar de nuestra guerra de independencia registra en sus anales episodios magníficos, he-

chos heroicos y gloriosas é innúmeras batallas; pero ninguna excede á San Mateo.

Aquella larga lucha, obstinada y terrible, da la medida de la entereza de Bolívar, de la perseverancia de aquel infatigable domador de imposibles á quien jamás venció la adversidad.

Bolívar absorbió todo el aliento de la gran revolución americana; y en él se concentró toda la vida de un pueblo defraudado de sus derechos.

En medio al caos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y que luchar contra todo lo creado.

Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior á detenerlo. Y cuántos sacrificios en su larga carrera no tuvo que aceptar! Y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! En medio á tanto esfuerzo, ora vencido ó vencedor, no descansar jamas! Entregar á la patria, alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida: no abatirse un instante: no desmayar un sólo día: no abrigar una duda en su fe inquebrantable: ver impasible cebarse la desgracia en su obra gigante; y quedar reducido á su sola energía, á su sólo entusiasmo, á su fe sola. Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza, y comenzar de nuevo su labor de titán sobre las ruinas del más supremo esfuerzo: errar, y por las huellas del desastre, lanzarse á conquistar lo que no le fué dado sostener: perseverar sin tregua: alcanzar la cima al grito de vic-

toria y caer al abismo sin flaquear su energía: solo, contra los elementos, las preocupaciones, y los hombres: blanco de todas las intrigas, de todas las asechanzas, de todos los furores. Vencer los suyos con las armas, la persuasión ó la política, para acometer seguidamente á un enemigo siempre resuelto, compacto, y numeroso. No rehuir jamás un sacrificio: aceptar el peso de todas las responsabilidades: vencer su cuerpo, sus dolores, las flaquezas del ánimo, las delicadezas del corazón, las tempestades del espíritu. Sofocar la propia sensibilidad en los momentos en que perdonar casi era delinquir. Ser generoso y aparecer avaro. Ser magnánimo y ostentarse cruel. Enfrentarse á lo viejo arraigado por la costumbre ó la preocupación y pretender aniquilar hasta los fundamentos del vetusto edificio colonial, sin más apoyo que el de la inquieta rivalidad del mayor número de sus propios tenientes, sin exasperarse ni retroceder ante la magnitud de la empresa, prueba la fuerza sobrehumana, la energía sin ejemplo, de aquel genio inmortal.

Sin faltar á la verdad, Bolívar pudo siempre decir: yo soy la Revolución; en mí se encarna la República.

Con todas sus faltas reales, con todas las imputaciones con que algunos de los hijos degenerados de esta América han tratado de empañar su memoria, Bolívar, siempre grande, aparece en la Historia: incomparable.

Alejandro, César, Carlo Magno y Bonaparte, tienen entre sí puntos de semejanza. Bolívar no se parece á nadie. Su gloria es más excelsa. Ser Libertador, está por sobre todas las grandezas á que puede aspirar la ambición de los hombres.

XXIII

Si trasmitir á nuestros hijos las tradiciones épicas de las pasadas glorias de la patria, es un deber sagrado que nos impone juntamente con el amor al suelo en que nacimos, el noble orgullo de ofrecer ante el mundo la eximia ejecutoria de nuestra nacionalidad, en la epopeya que nuestros padres escribieron con su sangre y que no cede en brillo ni en grandeza á la más alta de la que pueden ostentar otras naciones; mayormente ha de amparar nuestra justicia los nombres venerandos de aquellos ínclitos varones que por el logro de la libertad y los derechos de un pueblo esclavizado, dieron sangre y fortuna, y que hoy acaso yacen en el olvido, sobre mustios laureles, que no obstante, envidiarían los más altivos para adornar su frente.

Cumple á la gratitud y al patrio orgullo recoger esos nombres, y al cerrar esta página que conmemora unos de los más trágicos episodios de nuestra historia

militar, evocar una vez más, con el recuerdo imperecedero de Bolívar, el de aquellos insignes lidiadores que con relámpagos de gloria iluminaron el portentoso palenque de San Mateo.

Nombremos los que venciendo la fragilidad de la memoria han logrado llegar hasta nosotros amparados por su propio valer.

Lino de Clemente, Tomás y Mariano Montilla, Soublette, Ayala, Villapol, Campo-Elías, Martín Tovar, José Leandro Palacios, Pedro León Torres, Gogorza, José Felix Blanco, Muñoz Tebar, Cedeño, Jugo, Salcedo, Ponce, Buroz, Picón, Quintero, Maza, García de Sena, Diego Ibarra, y tú, Ricaurte, arcángel del denuedo que resplandeces en la historia entre los héroes que encarece la fama y que la tierra admira — generación incomparable para la cual parece escrita esta magnífica estrofa de Núñez de Arce —

Arrojada y resuelta cual ninguna,
Como engendrada en tan heroico empeño,
Templóla en sus rigores la fortuna,
La ronca tempestad meció su cuna
Y el eco del cañón la arrulló el sueño.

SITIO DE
VALENCIA.

funeral desconcierto de lastimeros ayes que se levanta en las aldeas, las villas y ciudades amagadas por las hordas de Boves; y entre nubes de humo, llamas devastadoras, y espejismos sangrientos agoreros de funestos presagios, desaparecen para la Patria atribulada aquellos imaginados horizontes donde se reflejaban á la par de sus glorias las más risueñas esperanzas.

Por segunda vez la altiva encarnación de los grandes propósitos emanados de la Asamblea republicana de 1811, sentíase amagada de muerte por el esfuerzo insuperable de sus pujantes enemigos y por la manifiesta hostilidad de nuestro pueblo, que, dominado casi en totalidad por el más fanático realismo y la inveterada costumbre de prestar obediencia á nuestros seculares dominadores, ayudaba con indecible brío á sus propios verdugos en su tarea exterminadora.

Mezquina la fortuna para con las nobles causas, nos abandonaba por completo; y todas las conquistas de la Patria, todas sus glorias y altos merecimientos, los entregaba con la vida de aquellos tenaces paladines del sagrado derecho de los pueblos, á la cuchilla devastadora y cruel de un aborto infernal, engendrado por la fatalidad para ahogar en sangre á Venezuela, y sepultar, segunda vez, las aspiraciones de sus preclaros hijos en la fosa del más completo vencimiento.

Después de las reñidas jornadas de "La Victoria" y "San Mateo," que un instante robustecieran la fuerza

moral de los independientes, los sangrientos combates que nuestros generales libraban diariamente resonaban en el país como salvas mortuorias por la Revolución que agonizaba.

Apesar de la intrepidez con que nuestros capitanes osaban enfrentarse á la catástrofe que se sobrevenía, la hinchada ola de aquel torrente desbordado, que destrozaba cuantos diques pudieran oponérsele, invadía irresistiblemente nuestras ciudades y nuestras fortalezas, y mujidora é impetuosa recorría nuestros campos sembrando en ellos desolación y ruina.

Boves, el más osado é implacable de nuestros enemigos, á quien parecía favorecer un extraño destino, cobraba agigantadas proporciones, y amenazaba hollar con los cascos de su caballo nuestras instituciones nacientes. Su audacia incomparable y los prestigios de la vieja bandera que tremolara con poderoso brazo, habían enardecido y retemplado el fanatismo de los salvajes moradores de nuestras llanuras. Sumisas le seguían las innumerables y carniceras hordas que hemos visto lidiando en La Victoria y acometiendo en San Mateo con inaudito empuje, siempre fuertes y siempre numerosas, á pesar de los repetidos descalabros padecidos en la lucha con sus propios hermanos. Un solo toque de llamada á sus filas, resonando en las márgenes del Guárico, bastaba á Boves para acrecer de nuevo sus mermadas falanjes. A la voz prestigiosa de tan fiero caudillo, promesa consagrada de sangre y de pillaje, se estre-

mecían nuestras llanuras, germinaban entre sus nómades pastores los rencores latentes del campo contra las ciudades, la codicia excitada, despertaba los desenfrenados apetitos que dormían á la sombra de la ignorancia y la rusticidad, y la extensa región de nuestros llanos quedaba despoblada. La muerte y los desastres tornaban á enflaquecer las apiñadas filas de las selváticas falanges; pero tras un ejército destruido por Campo-Elías, fusilado por Ribas ó desbaratado por Bolívar, aparecía otro ejército con el mismo caudillo, más numeroso y salvaje, y henchido, si es posible, de mayor ardimiento.

II

Por demás desigual era la lucha.... Como se vé, prosélitos cuantiosos reclutaba el opresor para su causa entre la jente americana. La política tradicional de oscurantismo á que sometiera España á sus colonias, daba al cabo para ella sus benéficos frutos; los que más había oprimido entre los muros de la esclavitud y la ignorancia, fueron el día temido de la rebeldía de los vasallos, los más empecinados sostenedores del cauteloso régimen á que estuvieran sometidos. A éllos cupo la mengua de contrarrestar en primer término el empuje

violento de la revolución libertadora, y duro escudo y retemplado ariete fueron para la Corona.

No obstante, tan poderosos aliados, mayores fuerzas y más disciplinadas contaba la Metrópoli para aherrojar de nuevo á la intrépida cautiva que osaba rebelarse. Detrás de Boves y Morales y sus revueltas hordas, lucían las bayonetas de Cajigal y de Ceballos, de López y Calzada, de Puy y de Correa, de Salomón y de Cervéris, manejadas en parte por tropas castellanas. A espaldas de este ejército, y, poseido aun más que él de encendidas pasiones, formaba la población canaria avencidada en nuestro suelo, que no omitió en la lucha sacrificio ni esfuerzo en pro de sus monarcas; y más allá, en el extremo opuesto del Atlántico, formidable retaguardia de tan crecidas huestes, estaba España, España independiente y vencedora de las pujantes águilas francesas, fuerte de nuevo en su autoridad de soberana, y decidida á sostener en sus ultramarinas posesiones, el tradicional derecho de conquista sancionado ampliamente por tres siglos de dominio absoluto en la región hispano americana.

Tal acopio de poder y de fuerzas desplegadas por España para avasallar y someter á la obediencia la rebelde colonia, tenían tan sólo por contrarios el prestigio de una idea noble y generosa, prohijada con firmeza por esclarecidos espíritus, algunos caracteres de temple no común y unas cuantas espadas movidas por vigorosos brazos y ánimos resueltos.

Plétora de entusiasmo y de altivez patriótica en un inmenso corazón falto de cuerpo que lo sostuviera, por carecer del sustentáculo granítico que proporciona el pueblo, era y no más para 1814 la Revolución de Venezuela.

Rotos los lazos que en la primera alborada de sus triunfos la hicieron aparecer como emanada del sentimiento popular, las fuerzas de cohesión la abandonaron, decayó su prestigio en las comarcas donde la acción hercúlea de su espada no alcanzaba á imperar, y constreñida á defenderse y á luchar sin tregua, sintió el vacío á su alrededor y vió surgir de él, desatentada, la más furiosa hostilidad.

Para aquel año aciago, la Revolución, sólo apoyada por las armas, reside en el ejército; allí alienta en la azarosa inquietud del campamento y participa inmediatamente de los reveses y triunfos del soldado. Su marcha se ajusta al redoblar de los tambores; su poder vacilante, á las exigencias de la lucha. Impotente para predominar, se debate iracunda, da batallas, asalta plazas almenadas, fulmina anatemas, cae desfallecida, se levanta airada, acomete frenética, retrocede acosada sin aliento y sin tino, reacciónase, empero, por sus propios esfuerzos y torna á combatir con mayor brío. Siempre en pié y de facción, la espada pronta, el fusil al hombro, y el sagrado tesoro de sus códigos en el morral vacío de pan, pero repleto de pólvora y de balas, ruge indignada como rabiosa leona. Cual otra Theroigna de Mericourt pide sangre y patíbulos, ento-

na himnos á la victoria, desprecia el peligro y se ostenta á veces sin misericordia. Vivandera intrépida y terrible su asiento era la móvil tienda; el fuego de su santuario los chispeantes tizones del vivaque; su espíritu, Bolívar; el altar de los cruentos sacrificios, los campos de batalla. Allí, sobre cureñas rotas firma sus decretos; sírvenle de heraldos los clarines, de inspiración el odio y la venganza, de ejecutores de sus severas órdenes las aceradas bayonetas y el fuego que vomitan sus cañones.

Extraña anomalía la de aquella revolución desamparada y combatida por los mismos á quienes quería favorecer, y en cuyo nombre se inmolaban los más esclarecidos ciudadanos.

¡Cuánta diferencia, sobre todo, en homogeneidad y en prestigio, con la gran revolución francesa en que se había inspirado! El cerebro de aquella lo fué la Convención; sus poderosos brazos el pueblo y el ejército. Múltiples bastiones protegían, además, á aquella fortaleza inexpugnable de cuyo seno tempestuoso surgían los rayos que incendiaban la Europa y esclarecían el mundo. En torno á la Convención se agitaban los clubs; detrás de los clubs estaban las Secciones que militaban á la sombra de ellos; en torno á las Secciones bullía París amenazante; al rededor de París, se erguían las villas adyacentes; más allá las grandes ciudades provincianas; después, la Francia entera, rodeada por el ejército como por un círculo de acero. Para derrocar aquella

fortaleza, era necesario vencer no sólo á Dumouriez sino al pueblo francés: inmenso todo, identificado en un mismo propósito.

En 1814, para dar muerte á la Revolución de Venezuela, bastaba aniquilar al reducido ejército patriota, cuerpo sin retaguardia, enflaquecido y destrozado por el continuo batallar.

III

Sin asiento fijo, el gobierno de la República hallábase donde estaba Bolívar; pero por mucho que extendiera sus brazos, á penas abarcaba estrecha parte de nuestro territorio. No obstante, la Revolución perseveraba en sostenerse y dominar. Acometía impetuosa con Urdaneta y con Mariño; estallaba colérica con Ribas, Bermúdez y Arismendi; se defendía tenaz con Escalona; sitiaba con D'Eluyar y tronaba iracunda, audaz y enardecida con Bolívar, en quien se vinculaba su mayor fuerza y entusiasmo.

Venezuela se exhibía ante la América envuelta entre las llamas del pavoroso incendio que reducía á cenizas cuanto de noble y venerado encerraba en su seno. Los hombres y las cosas amenazaban desaparecer en medio de aquella mar de sangre, en que todo se ahogaba; y sin

embargo, divisábanse aún, firmes en el palenque, altivas en el martirio y decididas á arrostrar todos los sacrificios, las severas figuras de Cristobal Mendoza, el enérgico gobernador civil de la Provincia de Caracas, á quien Bolívar escribiera al abrir la campaña de 1813: "*Venga U., la Patria lo necesita; yo iré por delante conquistando y U. me seguirá organizando.*" De Espejo, letrado distinguido, á quien trágica muerte le asechaba, cuando con su palabra elocuente y briosa, avigoraba los ánimos de los sitiados en Valencia; de Rodríguez Domínguez, primer presidente del Congreso de 1811, que había iniciado la Revolución dando la libertad á sus esclavos; de Sanz, legislador, filósofo, orador y poeta, á quien altas celebridades apellidaron el Licurgo de Venezuela; del canónigo Cortés de Madariaga, el orador tribunicio del 19 de Abril, alma elevada, de propósitos firmes, que después de un largo cautiverio en las prisiones de Ceuta, escribiría al Libertador en 1817 ...... "*la fuerza no es gobierno.*" Juan Germán Roscio, de los aherrojados en las mazmorras españolas por su amor á la libertad y á quien cupo la gloria de bajar al sepulcro investido con el honroso cargo de Vice-presidente de Colombia; Martín Tovar, insigne patriota de acrisoladas virtudes; Miguel Peña, vigoroso atleta de la Revolución, en quien tan poderosamente se hermanaban el genio y la osadía; Francisco Javier Uztariz, patricio de vasta ilustración para su tiempo, literato y artista, cuya san-

gre iba á correr en breve, derramada por los degolladores en Maturín. El sacerdote Unda, fomentador en Barinas de la Revolución; futuro obispo de evangélicas virtudes, que en la sesion matinal del 5 de Julio de 1811, dijera á sus colegas del Congreso alentándoles á declarar la Independencia: "*dos cosas solo deseo: la primera, acreditar que mi estado no me preocupa ciegamente en favor de los reyes, ni contra la felicidad de mi patria, y que no estoy imbuido en los prestigios y antiguallas que se quieren oponer contra la justicia de nuestra causa que conozco y declaro......*" José Rafael Revenga, tan ilustrado como circunspecto, el cual prestó más tarde, al lado de Bolívar, señalados servicios á la Patria. Fernando Peñalver, de altos merecimientos, esforzado patriota, que á nombre del Congreso de Angostura, como su presidente, daría á Morillo en 1820 "la grave y sencilla respuesta que cortó de raiz las negociaciones propuestas á aquel augusto cuerpo" por el terrible pacificador. Pedro Gual, austero republicano, de vasta inteligencia, enérgico y discreto, negociador futuro de los tratados de reconocimiento de Colombia por la Gran Bretaña, de paz y alianza entre Colombia y el Perú y de reconocimiento por España de la independencia del Ecuador. Francisco Javier Yanes, eminente letrado, é historiador sesudo, que á par de los llaneros comandados por Páez, esgrimiría su lanza en el "Yagual." Salias, espíritu festivo de arranques tempestuosos, escritor y poeta, que

arrebatara á Emparan el bastón de mando el 19 de Abril de 1810, y le forzara, ya á las puertas de la Catedral á volver al cabildo donde iba á ser depuesto. Juan Martínez, una de las lumbreras de la magistratura venezolana, agente fervoroso de la Revolución; Juan Rodríguez del Toro, hermano de los dos generales republicanos del mismo nombre, patricio muy estimado por su ilustración y grandes virtudes; Tejera, jurista de relevantes dotes de inteligencia y de carácter; Diego Bautista Urbaneja, esclarecido espíritu, figura exótica en el pretendido Congreso de Cariaco, futuro Vice-presidente de Venezuela; Manuel Palacios, que empujando á los tímidos á declarar la Independencia, decía el 5 de Julio en el Congreso "*para que que un pueblo sea libre basta que quiera serlo.*" Angel Alamo, ferviente revolucionario, de cuya letra existe escrita el acta original de nuestra Independencia, y cuya firma, entre otras, la autoriza: síndico de la Municipalidad de Caracas, que en 1813 declaró á Bolívar, "Libertador de la Patria." José Luis Ramos, humanista célebre, probo y austero ciudadano, que había de redactar con Roscio y Zea el *Correo de Orinoco*, "periódico lleno de erudición y compostura." Andrés Narvarte, magistrado íntegro, de alma nobilísima, á quien treinta años más tarde le estaba reservado ocupar constitucionalmente la segunda magistratura de la República y accidentalmente la primera; Vicente del Castillo, letrado distinguido, modelo de probidad y deci-

sión patriótica; Ramón Ignacio Méndez, futuro arzobispo de Carácas y Venezuela, ardoroso y enérgico repúblico; Juan José Maya, de los firmantes del acta de nuestra Independencia, gobernador de San Carlos en ocasión del sitio impuesto á aquella plaza por Calzada; Coto Paul, el Dantón de la Sociedad Patriótica, alma viril, resuelta y exaltada; y otros muchos varones eminentes que no hará olvidar nuestro silencio, respetados por sus luces, por su carácter y virtudes.

Tales eran los sacerdotes de la Revolución, los representantes civiles de la idea combatida, los hombres de la ley, cuyo ejercicio paralizaba la exijente necesidad de la defensa y el azote violento de la guerra. El mayor número de aquellos ciudadanos, de pié y serenos al borde del abismo á que retrocedía empujada la Revolución, soñaban con las futuras victorias de la República, con el planteamiento de sus generosas instituciones, con el día venturoso en que sería premiada la virtud y respetados los derechos del hombre. No obstante, no los minaba el ocio, no los enervaba la inacción: el período cruelísimo por que atravesaba Venezuela era de esfuerzos materiales; ellos no le negaron su decidido apoyo: sobre la toga ceñían á veces los arreos militares y cumplido tributo pagaban á la Patria, combatiendo por ella como buenos y cosechando resignados el fruto amargo de aquellos días de sangre, días sin semejantes en los fastos luctuosos del continente americano.

IV

Agotamiento de fuerzas, miseria, sangre, luto, y completa oscuridad en los nublados horizontes de la Patria, tal era el lastimoso estado de los independientes para fines de Junio de 1814.

Tarde, sí, muy tarde, había llegado á la provincia de Caracas el ejército de Oriente mandado por Mariño. Tristes rivalidades y enojosas emulaciones lo habían mantenido estacionario en las provincias orientales, que tan heroicamente había libertado, desoyendo las reiteradas instancias de Bolívar que le llamaba con apremio, y dejando por consiguiente crecer y tomar vuelo á la poderosa reacción en que se habían lanzado las llanuras y comarcas occidentales de Venezuela, donde el Libertador con escasos recursos sostenía, después de muchos meses, la más violenta y encarnizada guerra.

Acariciado por los pasajeros halagos de incompleta victoria, y al frente de poco más de 3,000 hombres, penetraba al fin el General Mariño en los agostados Valles del Aragua por el sangriento campo de " Boca-chica," cuando el ejército vencedor en " San Mateo," tras veintisiete días de reñidos combates, se hallaba reducido á la tercera parte de las tropas con que diera comienzo á tan rudas jornadas.

Acompañaban, al caudillo de Oriente, en la nueva campaña, no escasa parte de aquellos capitanes de ya notoria nombradía, ilustrados en los asaltos de "Quebranta" y de "Güiria," en los combates de "Punta de piedra," "Irapa" y "Yaguaraparo," en las gloriosas jornadas de "Maturín" contra La Hoz y Monteverde, y en la esforzada ocupación de Cumaná. Entre los más osados de estos nuevos campeones que venían á lidiar al lado de Bolívar, se distinguían Bermúdez, el soberbio é indómito cumanés, tan terrible como esforzado en las batallas; Manuel Valdez, Arrioja, Isava, Tango, José Tadeo y Gregorio Monagas, Zaraza y Carbajal, el lancero asombroso, conocido con el apodo de *Tigre encaramado*, y el paladín gallardo, futuro vencedor en Ayacucho.

Antes de avistarse con Mariño, en marcha á la sazón por los montes del Pao con rumbo á La Victoria, el Libertador persigue á Boves, quien perdidoso en San Mateo y de seguida en Boca-chica, costea por Güigüe la ribera del lago, con ánimo de reforzar el cerco de 4,000 realistas en que estrecha Ceballos á Valencia, y dentro del cual, con tenaz heroísmo, se sostienen Urdaneta y el Coronel Juan de Escalona con un puñado de valientes.

Por duras pruebas había pasado Urdaneta en su frustrada campaña de Occidente, mermada como quedó su división al enviarle de ella algunos cuerpos á Bo-

lívar para combatir en San Mateo; pero ninguna de las dificultades á que se había visto sometido, era mayor que aquella que por el momento soportaba en Valencia, á donde había venido á refugiarse destrozado y perseguido desde Barquisimeto.

Nueve días contaba el mencionado sitio cuando Boves llega á reforzar á sus envalentonados compañeros y á aumentar la desesperación de los sitiados, reducidos al recinto de la plaza mayor de la ciudad, en el más lastimoso estado de extenuación y de miseria.

"Los combates (dice Baralt con referencia á los últimos días de este primer sitio de Valencia) habían reducido la guarnición á ménos de la mitad, y esta, extenuada por la sed y la fatiga constante, no podía ya oponer ninguna resistencia á un nuevo asalto. El arbitrio de hacer escavaciones para conseguir agua había resultado inútil, y tomarla del río era imposible. La vecindad sufría por supuesto lo mismo que la tropa y su desesperación partía de dolor el alma de aquellos fuertes veteranos. Vióse á muchas personas frenéticas correr al río y recibir la muerte al humedecer sus lábios: mujeres jóvenes, creyendo mitigar la sed con licores espirituosos, se embriagaban y corrían desatentadas por la ciudad dando alaridos espantosos; muchos niños y ancianos perecieron, y la vigilancia mas activa de los jefes bastaba apénas para mantener en su puesto al soldado, é impedir los efectos de su furor sombrío

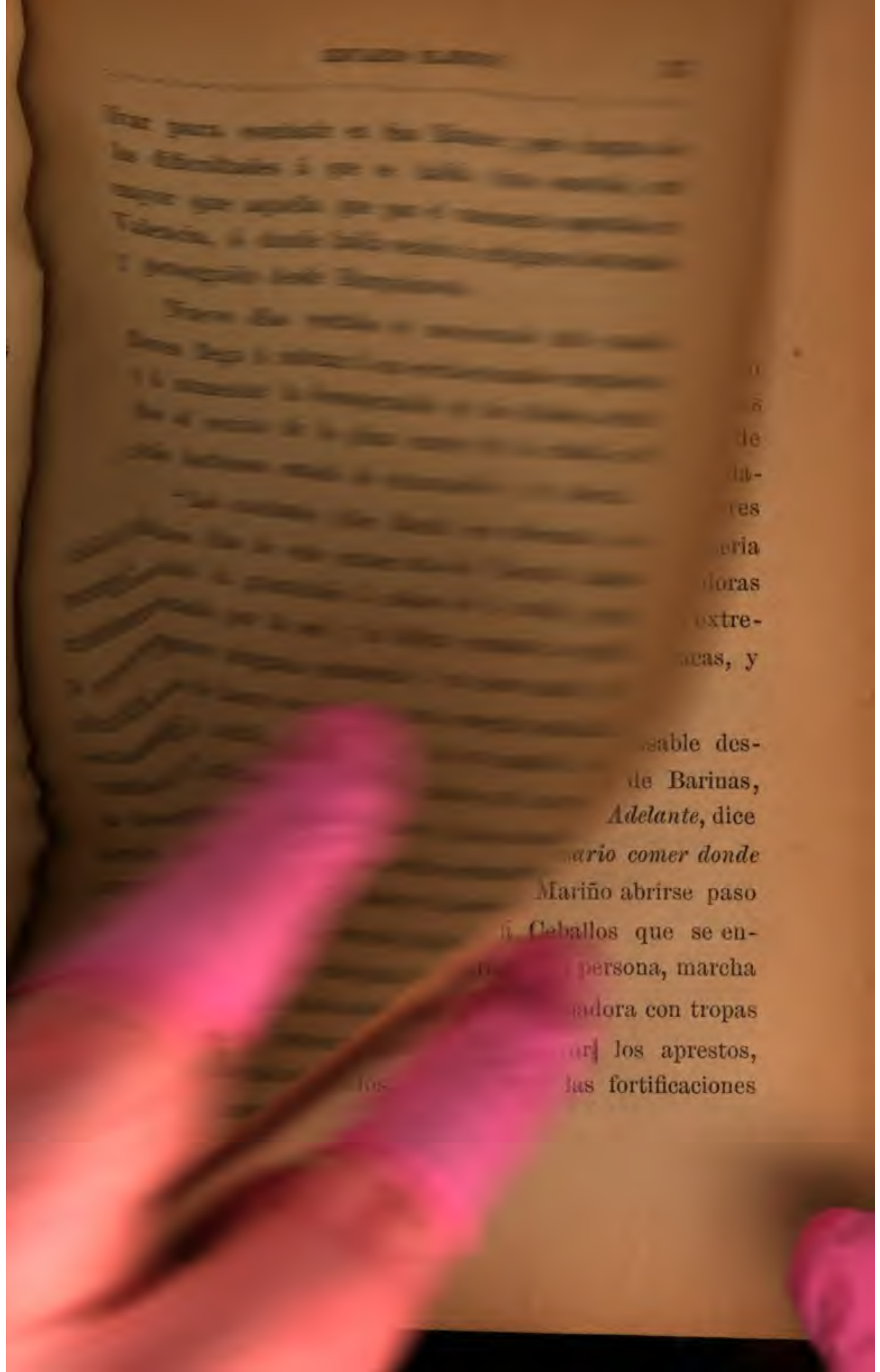
ompañaban, al caudillo de Oriente, en la nueva a, no escasa parte de aquellos capitanes de ya nombradía, ilustrados en los asaltos de "Que- y de "Güiria," en los combates de "Punta de "Irapa" y "Yaguaraparo," en las gloriosas jor- le "Maturín" contra La Hoz y Monteverde, y esforzada ocupación de Cumaná. Entre los más de estos nuevos campeones que venían á lidiar de Bolívar, se distinguían Bermúdez, el soberbio mito cumanés, tan terrible como esforzado en las s; Manuel Valdez, Arrioja, Isava, Tango, José y Gregorio Monagas, Zaraza y Carbajal, el llan- sombroso, conocido con el apodo de *Tigre encara-* y el paladín gallardo, futuro vencedor en Aya-

.ntes de avistarse con Mariño, en marcha á la por los montes del Pao con ru... á La Vic- el Libertador persigue á Bov... ...erdidoso. ,n Mateo y de seguida en ... ...ostea por ie la ribera del lag... ...reforzar el de 4,000 realist... ...á Ceballos á ıcia, y dentr... ...heroísmo, se sos ı Urdanet... ...dan de Escalona uñado d...

Por ... ...ía pasado T...

ada...

.v...



de

ia-

es

eria

doras

extre-

acas, y

sable des-

de Barinas,

Adelante, dice

ario comer donde

Mariño abrirse paso

á Ceballos que se en-

persona, marcha

adora con tropas

ar los aprestos,

las fortificaciones

y silencioso. Reconocióse pues, que si Ceballos renovaba el ataque al día siguiente, sería imposible resistirlo, y en consecuencia se ordenó á todos los oficiales, que en caso de asalto clavasen las piezas y replegasen con la tropa al cuartel de artillería donde estaba el gran parque del ejército: allí debía hacerse la última defensa hasta volar el edificio antes que entregarlo al enemigo."

De manera tan cabal cumplía Urdaneta, la orden de *sostenerse hasta morir*, que le diera el Libertador desde las combatidas trincheras de San Mateo.

A la aproximación del ejército patriota, levantan el sitio los realistas. Boves repliega sobre Calabozo donde vá á organizar nuevas falanjes; Ceballos se dirige á San Carlos.

V

El Libertador entra á Valencia; encomia la firmeza de sus heroicos defensores, y reunido luégo al General Mariño, reorganiza el ejército, y fija el plan de la nueva campaña que se propone realizar.

Escaso, sin embargo, de recursos, para atender al mantenimiento, no sólo de las tropas, sino del empobrecido vecindario de la ciudad, se esfuerza en procurárselos en la parte de territorio que ha abandonado

el enemigo. Vana esperanza: aquellos campos apenas pueden suministrar insuficientes provisiones en granos y raíces. Bolívar se vuelve hacia Mendoza y Ribas; les insta con apremio á que le envíen de la Capital vituallas y dinero, y, agotadas las reses que trajera Mariño, los patriotas devoran sus caballos inútiles.

Los auxilios que se piden á la Capital demoran en llegar: Caracas está exhausta, apenas vive de las escasas dádivas con que generosamente la protejen algunas de las provincias orientales. Los más acomodados ciudadanos padecen duras privaciones; las clases inferiores sufren famélicas, vergonzante mendicidad. La miseria pública y privada adquiere día por día alarmadoras proporciones: Mendoza y Ribas hacen esfuerzos extremados por conseguir recursos: exprimen á Caracas, y contadas raciones logran dar al ejército.

En tan apurado trance júzgase indispensable despejar el occidente para obtener ganados de Barinas, cereales de Barquisimeto y de Trujillo. *Adelante,* dice el Libertador á sus tenientes, *es necesario comer donde ellos comen,* y ordena al General Mariño abrirse paso hacia Barquisimeto, arrollando á Ceballos que se encuentra en San Carlos, mientras él en persona, marcha á Puerto Cabello á reforzar la línea sitiadora con tropas de refresco, y á activar con D'Eluyar los aprestos, tantas veces frustrados, para asaltar las fortificaciones

y posesionarse definitivamente de tan importante plaza militar.

VI

A la cabeza de 2,000 combatientes se dirige á San Carlos el caudillo oriental; pero esta vez frustra la adversidad las previsiones de Bolívar. Sin atender á los sabios consejos de Urdaneta, é ilusionado por engañoso aviso, marcha Mariño atolondradamente del Tinaco, dejando á retaguardia su bien provisto parque y el grueso de su fatigada infantería; y cuando menos lo espera, tropieza al enemigo, y sorprendido se deja derrotar en el "Arao," á inmediaciones de San Carlos.

Con la nueva de tan inesperado y rápido desastre, pavorosa alarma se propaga y conturba los ánimos. En la azarosa situación en que se encuentra la República, el menor descalabro puede acarrear extremados conflictos y hasta el completo aniquilamiento de la Revolución.

La infausta nueva del desastre le llega al Libertador, cuando ya preparado se disponía á asaltar la codiciada fortaleza, que tanto esfuerzo inútil costara á nuestras armas; y paraliza las medidas tomadas para dar cima al anhelado intento. Bolívar, afligido un ins-

tante con el peso de la catástrofe, inclina la frente apesarado; pero reponiéndose de súbito, dice á Palacios con suprema entereza: "*nuestra posición se hace más crítica; estamos solos para contener el torrente furioso de la devastación; pero lo contendremos!....*" y, como siempre pronto en sus resoluciones, corre á Valencia, reorganiza la dispersada división de Mariño, y con los mismos vencidos en la triste jornada del "Arao" y algunos cuerpos auxiliares, sale al encuentro de Ceballos. No obstante su ardimiento, Bolívar se vé obligado á detenerse al emprender la marcha: Ceballos no está solo; el ejército de Coro á cargo de Cajigal lo ha reforzado, y juntos cuentan á la sazón con más de 6,000 hombres.

Inminente es el peligro: las tropas republicanas reconcentradas en Valencia no alcanzan ni á la mitad siquiera de las que suma el enemigo, y agotados los recursos indispensables para movilizarlas, es imposible aventurar, sin grave riesgo, una batalla. El Libertador aprecia con madurez su dificultosa situación; fía á la prudencia lo que el arrojo sería incapaz de realizar, y aprovechando la característica lentitud de Cajigal y de Ceballos en sus movimientos militares, vuela á Caracas en demanda de hombres y recursos, y con orden expresa de defenderse dentro de las trincheras de Valencia, deja á Mariño y á Urdaneta, el mando del ejército. Aunque Caracas está exhausta, Bolívar cuenta que su presencia

en la capital hará el milagro de hacerla aún fructífera, y en cuanto es posible lo consigue. En pocos días arranca con esfuerzo á la empobrecida ciudad 800 soldados que pone á las órdenes de Ribas; se hace de algún dinero, de parque y medicinas, y regresa al Cuartel General.

Levanta algunos cuerpos de la línea sitiadora de Puerto Cabello, pasa revista á 4,000 soldados, mitad infantes y mitad jinetes; los enardece con los prestigios de su palabra inspirada y enérgica, y cinco días después, sin esperar la división de Ribas, ya en camino para reunírsele, marcha sobre el ejército realista, situado á legua y media de Valencia, en las afueras de la inmediata aldea de Tocuyito.

VII

En la extensa llanura que domina el enemigo, despliega el Libertador su ejército en batalla, y provoca á sus contrarios al combate; pero tanto Cajigal como Ceballos excusan empeñarlo en la llanura, y con amagos y falsos movimientos, que sostienen los fuegos de unas cuantas guerrillas y de su bien dispuesta artillería, procuran atraernos á sus defendidas posiciones.

El Libertador maniobra con destreza, cambia de

frente, se apoya en un tupido bosque, é intenta acometer; pero sus movimientos quedan paralizados al comenzarse la batalla, por efecto de una copiosa lluvia que apaga los fuegos de ambas partes. Nuestra caballería provoca, sin embargo, á los jinetes realistas: repetidas escaramuzas y combates parciales se traban frente á los dos ejércitos que se mantienen inmóviles en sus respectivas posiciones. Duelos terribles, suscitados por el mutuo ardimiento ó por viejos rencores, presencian en la ocasión los contrapuestos bandos. Prodigios de destreza y de sin par bravura, hacen de nuestra parte en aquellos duelos temerarios, José Gregorio Monagas, Genaro Vazquez y *Tigre encaramado:* sus lanzas centellean é iluminan el campo; el ejército aplaude, y la jornada, que en su comienzo prometiera una recia batalla, se resuelve por un torneo sangriento.

El ejército patriota repliega con la noche á las afueras de Valencia, en donde acampa para esperar á Ribas y estar dispuesto á tomar de nuevo la ofensiva. Tarda, empero, dos días en ingresar al campamento la división del vencedor en La Victoria, y extraños sucesos se efectúan entretanto, en el Cuartel General republicano.

VIII

Perdido para el Libertador el Occidente; estrechado de cerca por Cajigal, Ceballos y Calzada; perseguidos sus exploradores en todas direcciones, por cuerpos francos del enemigo, que dificultan el abastecimiento del ejército y el secreto de los movimientos militares; acorralado, puede decirse así, en la reducida base de sus operaciones, sin retaguardia y sin reservas á qué apelar en caso de fracaso, y con la zozobra permanente de ver aparecer á cada instante, en el sombrío horizonte de las pampas, la negra silueta de un nuevo ejército presidido por Boves, serias dificultades interiores, por demás aflictivas, se ofrecen á Bolívar.

El cansancio que en ánimos menguados producen las prolongadas luchas, la perdida esperanza de no creer triunfar y sentirse morir, y el hecho material de guerrear, mal su grado, en comarcas desconocidas y distantes de la tierra natal, aconsejan la deserción á una gran parte de los infantes orientales que trajera Mariño. Seducidos por algunos sargentos, varios cuerpos se disponen á fugarse: oscura noche los proteje; una columna de 200 soldados da, la primera, el pernicioso ejemplo: tras ella seguirán los otros cuerpos, y el ejército quedará disuelto. Ningu-

no de nuestros jefes y oficiales sospecha lo que ocurre; la defección se agita y cobra audacia; en breve tiempo, el campamento de aquellas tropas se ostentará desierto...... Un aviso oportuno dirigido al Mayor General Urdaneta conjura, empero, la catástrofe. Enérgicas medidas se toman al instante para enfrenar al monstruo del desaliento y de la insubordinación, y algunos escuadrones de confianza parten veloces á perseguir los fugitivos, que extraviados en los vecinos bosques, por falta de conocimiento de la localidad, son alcanzados á inmediaciones de San Diego y devueltos prisioneros al Cuartel General.

IX

Aproxímanse en tanto á nuestro campo Cajigal y Ceballos. Bolívar se apresura á esperarlos; pero aquellos dos jefes, menos arrojados que prudentes, respetan nuestras posiciones. A vista de nuestras avanzadas evolucionan cautelosamente, procurando hacernos abandonar el poderoso apoyo que nos brindan los arrabales de la ciudad; y no lográndolo se retiran de nuevo.

Apesar de su embarazosa situación, el Libertador juzga oportuno seguir al enemigo y forzarlo á presentar batalla; pero no obstante su resolución, duda algun tiempo, antes de decidirse, temeroso de aventurarse demasiado

hacia Occidente dejando en descubierto la capital de la República, y á la merced de Boves, que se reorganiza en las llanuras. Decídese, empero, halagado con la esperanza de alcanzar á Cajigal antes que logre encerrarse en San Carlos, y marcha al pasitrote, resuelto á exterminarlo.

Un ejemplar terrible señala nuestra salida de Valencia: frente á todo el ejército, Bolívar hace formar los desertores aprehendidos, y pasa por las armas á todos los sargentos que fomentaron el motín, y un soldado por cada cinco de los 200 de la columna desertora. Vibrando todavía en el espacio las últimas descargas de aquella ejecución, toma el camino de San Carlos, y el 28 de Mayo, dos dias después de su salida de Valencia, avista á los realistas que le esperan en la inmortal llanura de Carabobo.

Recio choque se dan allí los contrapuestos bandos. Ardiente fué la lid; la certeza de perecer sin remisión si no logran vencer, multiplica el ardimiento de nuestros batallones. Generales y soldados se emulan en denuedo, y cuatro horas después de empeñado el combate, Bolívar queda triunfador en el glorioso campo, donde nuevos laureles conquistan á la par, Mariño, Ribas y Urdaneta, José Leandro y Florencio Palacios, Bermúdez y Soublette, Valdes, los dos Montilla y los dos Monagas, Anzoátegui, Jalón, Freites, García de Sena, Carbajal, y cuantos asistieron á la insigne jornada.

Mas, justo es recordar, que entre tantos valientes brilla por su ardimiento un joven oficial á quien le falta un brazo que ha dejado recientemente en otro campo de batalla: es el capitán José María Carreño, el gallardo mutilado en los "Cerritos Blancos," á quien esperan días de gloria y elevada gerarquía militar.

Quinientos prisioneros, toda la artillería enemiga, ocho banderas, copioso parque, algun ganado y cuatro mil caballos, son los trofeos del vencedor. Cajigal y Ceballos protegidos por algunos escuadrones ganan la vía del Pao y se escapan por ella; la dispersa infantería toma el camino de San Carlos, acuchillada por Bermúdez; mil quinientos realistas quedan muertos en el campo de batalla, y la llanura memorable, donde siete años más tarde había de decidirse la gran lucha de nuestra Independencia, oyó resonar, por vez primera, los entusiastas víctores del soldado patriota proclamando su nombre ante la historia.

Tan completo triunfo sobre el ejército de Cajigal no despeja, sin embargo, los negros nubarrones que se aglomeran en torno de Bolívar; ni da mayor vagar al reducido ejército patriota para reponerse de tan duras fatigas. En el estado de penuria extrema en que se halla, todo esfuerzo lo amengua, lo enflaquece; caras le cuestan sus victorias; cada combate es una hemorragia de la cual no alcanza á reponerse. La insurrección del país en favor de sus antiguos soberanos aumenta cada día.

Poca importancia dan los jefes realistas á los parciales descalabros que padecen, seguros como están de repararlos; toda su táctica consiste en no darnos respiro, en combatir sin tregua, en no dejar á la Revolución ganar prosélitos en la masa del pueblo, en amenguar en fin, las fuerzas materiales del valeroso ejército patriota, confiados como están en que á la postre caerá muerto de extenuación, aunque venciendo.

No se le oculta al Libertador el plan á que obedece el enemigo; pero ¿cómo evitarlo? ¿Dónde encontrar el poderoso apoyo que ha menester la Revolución para salvarse, cuando los mismos á quienes más directamente favorece la abandonan, la insultan, la hostilizan y con salvaje saña la combaten, poseídos de creciente furor? La colonia se resiste á ser independiente y soberana: la vieja esclava, sumida en la oscuridad de la ignorancia, rechaza con esfuerzo la libertad que se le brinda, y aferrada al vasallaje impuesto, lucha iracunda por conservar sus grillos, con mayor ardimiento que aquellos mismos que perseveran incansables en retenerla aprisionada.

X

Vencido Cajigal en Carabobo, aparece de nuevo Boves sobre las márgenes del Guárico, y el Libertador

se vé obligado á adoptar un plan definitivo en sus operaciones militares, capaz de dominar la crítica situación en que se encuentra. Vacila, sin embargo, entre reconcentrar ó dividir las fuerzas de su pequeño ejército, para atender á la defensa de la capital que Boves amenaza, y á la conservación de algunas de las provincias de Occidente, base de sus operaciones, garantía de Valencia, y apoyo indispensable de las gastadas fuerzas de la Revolución.

Una confianza ciega en sus inspiraciones, así como en los gloriosos y futuros destinos de la Revolución, induce á Bolívar, al cabo de muchas fluctuaciones, á poner por obra el arriesgado plan de dividir su ejército, con el intento de perseguir á Cajigal, y estorbar que se rehaga, mientras atiende á Boves. Funesta resolución que debía expiar en breve, y en la cual no escasa parte cupo al error de suponer al más osado y peligroso de los jefes realistas, aun no bastante fuerte ni en tan poco tiempo restablecido de los ruinosos descalabros que padeciera en San Mateo y en la jornada de Boca-chica.

Refiérese que la opinión de Ribas fué contraria al plan adoptado por Bolívar, y que acertadamente propuso al Libertador reunir todos los cuerpos del ejército, prescindir por el momento de Cajigal y de Ceballos, volar á Calabozo, destruir á Boves, y abrir entonces fáciles campañas sobre Occidente y sobre Apure. Si ello es verdad, Bolívar no oyó á Ribas, quien por orden de aquel

marchó á Carácas á pretender el imposible de levantar algunos cuerpos de reserva.

De los 3.800 hombres á que montaba el movilizable ejército patriota, sin contar las fuerzas de D'Eluyar ocupadas en sitiar á Puerto Cabello, desprende el Libertador la división Caracas, acaso la más brillante y aguerrida del ejército, y la arroja con Urdaneta en persecución de Cajigal; manda luego á Mariño con 1.500 peones, 100 artilleros, 700 jinetes y cuatro piezas de campaña, á situarse en la Villa de Cura para hacer frente á Boves; deja en Valencia al Coronel Escalona con 18 cañones y un grupo de artilleros; refuerza la columna del Coronel Fernández situada en la importante posición de La Cabrera; y con escasa escolta marcha á Caracas á segundar á Ribas en la empresa de levantar nuevos soldados con que engrosar las filas de Mariño.

Preside estas operaciones el sólo entusiasmo de Bolívar; el pueblo y el ejército se manifiestan frios, si no desesperados; la miseria que padecen los abruma; dos meses hace que sólo se mantienen con carne de burro y de caballo; los hospitales, repletos de heridos y enfermos, carecen de asistencia, de pan y medicinas; y no es extraño ver á tantos héroes mutilados por el hierro enemigo, mendigar en las aldeas y las ciudades. La desesperación toma un aspecto triste y por demás sombrío. El soldado combate más por deber de disciplina que por propio entusiasmo. Los campos se ostentan silenciosos y desiertos, no hai quien labre la tierra, y

en torno del ejército gruñen habrientos vecindarios enteros, que han abandonado sus hogares, huyendo de la crueldad de los realistas.

El fuego alentador del amor patrio, que en repetidas ocasiones nos diera la victoria, lo sustituye la desesperación; especie de vorágine, que así como arrebata, ciega, sin alcanzar en su locura sino la efímera energía de un instante. Hacía ya muchos meses que sólo fuera aquella nuestra fuerza impulsiva: "en Barinas se había visto á las mujeres pidiendo combates; en el primer sitio de Valencia, fueron algunas heridas en el momento de llevar el agua que se quitaban de la boca, para refrescar el cañón republicano;" (*) en todas partes, la desesperación, muerto ya el entusiasmo, se hacía sentir ruidosa, violenta é iracunda, acrecentando las congojas de la Patria.

Rápidos cambios de impresiones se efectúan en aquellos días de agitación febril y de constante alarma. Violentas son las transiciones: á mañanas llenas de alegría y de halagadoras esperanzas, suceden horas tristes y noches de profundo abatimiento: ora la población de las ciudades llena las plazas festejando victorias, ó aplaudiendo proclamas de Bolívar, publicadas por bando; ora recogida y silenciosa, cual si habitara un vasto cementerio, llora y lamenta los desastres de la jornada. Jefes militares ó magistrados públicos, aplaudidos ayer

(*) Baralt y Díaz.

no más por su patriotismo y su bravura, son tachados de cobardía y severamente maltratados por no saber vencer. Sólo á Bolívar no le alcanzan las encrespadas olas de la desesperación y de la pública censura; sereno navega aún entre los mil escollos que le cercan, y el tumultuoso mar de las pasiones que ya concita el huracán de las tristes miserias que pone de manifiesto el infortunio, ruge á sus piés sin osar sumergirlo.

A pesar de la asombrosa rapidez con que lograba Boves reparar sus desastres, nadie creía posible, que hubiera llegado á reunir, en tan cortos días, el poderoso ejército con que tornaba á combatir. Bolívar mismo, no obstante toda su experiencia, fué engañado esta vez: error funesto que acarreó tantos males, y el cual expió muy largamente nuestro insigne caudillo.

Fracasan las pretensiones del Libertador de formar en Caracas un cuerpo de reserva; en vano empeña su prestigio, su firme voluntad, y los resortes coercitivos del poder; nada consigue, por la sencilla razón de que en la Capital ya nada queda utilizable: arsenal de la guerra durante tantos años, al fin se vió agotado: ni un solo hombre á quien forzar á sentar plaza de soldado, ni un fusil, ni un ochavo, ni pan que dar á otros sino arrancándolo de mil hambrientos labios.

Boves, en tanto, á la cabeza de 8,000 combatientes, 3,000 infantes y 5,000 jinetes, avanza á tropezarse con Mariño. El espanto que infunde aquel terrible batalla-

dor en los pueblos no adictos á la causa de España, y hasta en los mismos que se han mostrado tácitamente fieles sin especial demostración, aumenta el desprestigio de la Revolución, y embaraza cuantos esfuerzos hace el Libertador por conjurar su total ruina. Sin más soldados que oponer al terrible invasor, que los 2.300 hombres de Mariño, vuela á tomar Bolívar el mando del ejército.

La proximidad de una batalla en tan desventajosas condiciones para el ejército patriota, produce grande agitación en la parte del territorio que todavía defienden nuestras armas. Propágase el terror de pueblo en pueblo, de villorio en villorio, y sus despavoridos moradores se dan á huír en todas direcciones. Los caminos públicos de los Valles de Aragua, así como los trasversales y las veredas que enlazan los caseríos y las aldeas de aquella tantas veces asolada comarca, se ven repletas de viandantes que, amedrentados y diligentes, cual si ya sintieran tras sus huellas el galopar ruidoso de las salvajes hordas, corren en busca de refugio hacia los centros de mayor poblado. Las dos corrientes principales de aquella campesina emigración que así abandona sus aldeas al monótono plañir de las campanas en són de rogativa, dirígense, la una hacia Caracas, la otra hacia Valencia. El Libertador en su rápida marcha para unirse con Mariño en la Villa de Cura, atraviesa aquellas numerosas carabanas, que atónitas le miran, á la par que medrosas, pasar y desaparecer, como

fugaz meteoro deslumbrador y amenazante. Su presencia no alcanza empero á conjurar el desaliento y el terror que se propaga en la provincia; algo extraño, indefinido, lúgubre, como calamitoso vaticinio pronto á cumplirse, abruma aquellas poblaciones y se deja sentir en el ejército, amenguando su intrépida osadía, su probada bravura, su resistencia heroica. El brazo de la fatalidad, suspendido sobre la República, la amenaza de muerte; Bolívar intenta detenerlo; pero por más premura que se da para ponerse al frente del ejército, no llega al Cuartel General republicano sino cuando ya suenan los clarines de Boves al frente de nuestros batallones.

Un aventurado movimiento del General Mariño hacia el pequeño pueblo de San Juan de los Morros, con ánimo de adelantarse al enemigo y de ganar mejores posiciones, obliga á este General, sin conseguir su intento, á aceptar por campo de batalla el ya funesto sitio de la Puerta, donde Boves, algunos meses antes, acuchillara á Campo-Elías, y con la sangre de 3.000 republicanos bañaran sus caballos los salvajes jinetes de las pampas.

En vano el Libertador, al reunirse con Mariño en momentos de empeñarse el combate, intenta replegar el ejército para cambiar de campo de batalla, ó por lo menos, variar la posición que ocupa en aquel fatal terreno; Boves no le da tiempo, acomete impetuoso sobre nuestra línea de vanguardia, y obliga al Libertador á combatir donde no lo deseara.

XI

Es el 15 de Junio de 1814! día de luto y horror para la Patria.

Oculta la mayor parte de la caballería enemiga entre las quiebras y matorrales que le brinda el terreno, Boves empeña la batalla con los 3.000 infantes que dirige Morales, y con escasos escuadrones de lanceros.

Mal informado el General Mariño por sus exploradores, y éstos á su vez, por los hostiles vecindarios de la comarca, entre los cuales priva el espíritu realista, crée, y lo sostiene al Libertador, que tiene al frente todo el ejército de Boves; y aunque las fuerzas ostensibles que les presenta el enemigo, duplican el número total de nuestros batallones, aceptan estos la batalla, sin que sea parte á descorazonarlos, la ventaja numérica de sus manifiestos contrarios.

Desplegados los cuerpos que dirige Morales en dos extensas alas, procuran estrechar á los patriotas en sus mal flanqueadas posiciones; al vivo fuego y al empuje de estas tropas resisten con tesón García de Sena, Bermúdez, Freites y Montilla, á la cabeza de algunos batallones, mientras Jalón y Aldao los ametrallan con las cuatro piezas de campaña. Esforzado el ataque así

como la resistencia, dura sin amenguarse algunas horas; pero no obstante la firmeza de nuestra infantería, la línea enemiga, apoyada por los visibles escuadrones de Boves, gana terreno combatiendo, y amenaza envolvernos. Bolívar crée llegado el momento de aniquilar aquellos escuadrones, y al efecto arroja contra ellos los 700 hombres de su caballería. Las encontradas lanzas se dan violento choque; la fortuna nos halaga un instante; retroceden envueltos los jinetes realistas, é ilusionado con aquella ventaja, trata el Libertador de acrecentarla desplegando por uno de los flancos de Morales el batallón "Aragua"; pero apenas este cuerpo, estacionado en una altura, baja de ella y se aventura en la sabana, cuando de súbito, cual si la tierra se abriese de improviso y arrojara de su convulso seno millares de fantasmas, surge la oculta caballería de Boves, en número de 4,000 jinetes, que arremeten sobre el sorprendido batallón después de revolcar á nuestros escuadrones que se dan á huír despavoridos.

Entre las patas de los caballos enemigos desaparece, como tragado por un monstruo, el batallón "Aragua", y una sola masa, rugiente, vertiginosa, convulsiva, forman al confundirse republicanos y realistas. Inútil resistir; todas las desventajas están de nuestra parte; la espantosa matanza, acápite sombrío de aquella inolvidable y sangrienta jornada, se ceba en nuestros batallones. A pié no pocos de nuestros Generales y á la cabeza de al-

gunos trozos de columnas ó grupos de soldados, luchan con desesperación cual simples capitanes. Los caballos de Boves echan por tierra cuanto les resiste: vuelcan nuestros cañones, pisotean los muertos, los heridos, los que tratan de huír, y los que osados se defienden. Un batallón de Cumaná se forma en cuadro y resiste algún tiempo el bote de las lanzas enemigas; acude Boves en persona á exterminar á aquellos bravos; carga tres veces sin abatir al resistente cuadro; pero lo rompe al fin y desbarata sin dejar en pié un solo soldado; la derrota gana nuestras filas, y el degüello termina tan sangriento combate.

Jalón cae prisionero; García de Sena, Muñoz Tebar y Aldao sucumben como bravos. El valeroso Coronel Antonio Freites, que inauditos esfuerzos hiciera en el combate por conjurar el desastroso fin de la jornada, al ver perdida la batalla y con ella vencida la República y rematada la Revolución, busca gloriosa muerte, y no encontrando bala enemiga que le quite la vida, se la arrebata él mismo, hiriéndose el corazón con sus propias pistolas.

Boves, tajando con su sable cuantas cabezas se le ofrecen al alcance del brazo, estimula al degüello á sus feroces hordas, y más de 1.000 cadáveres cosecha en pocas horas aquel funesto campo.

Bolívar, con una parte de su Estado Mayor, se escapa por el camino real que lleva á La Victoria, gracias

á la velocidad de sus caballos. Mariño y otros jefes orientales ganan la vía del Pao de Zárate que recorrieron después de Boca-chica; y la onda furiosa del exterminio de la Patria, á cuyo frente vá el impetuoso Boves proclamando su triunfo, cual sombrío pregonero de muerte y de desastres, invade los desiertos pueblos, los abandonados caseríos, y las yermas campiñas de los Valles de Aragua.

A las nueve y media de la noche, después de recorrer diez leguas en tres horas, llega el Libertador á La Victoria, donde se detiene hasta el amanecer con el objeto de reunir algunos de los dispersos de la jornada, y expedir correos á aquellos de sus tenientes con mando de armas en la parte occidental de la República. Amenguando el desastre de "La Puerta", lo participa á Ribas, instándole á poner á Caracas en estado de defensa. Ordena al Coronel Fernández sostenerse á pié firme en La Cabrera, á Escalona defender á Valencia á todo trance, á D'Eluyar no abandonar el sitio de Puerto Cabello y estar vigilante, y finalmente, al General Urdaneta le manda con apremio replegar de Occidente, y á marchas forzadas venir en auxilio de Valencia.

Tan completo desastre, suena en Caracas con pavoroso estruendo. A nadie se le oculta que la Revolución está herida de muerte: de la derrota de "La Puerta" data aquella agonía de leona moribunda que

á la par que nos entristece, nos asombra, con los rasgos de constante heroísmo de que fueron testigos las Provincias de Occidente.

Decidido Bolívar á no ceder el puesto á sus contrarios, retrocede no obstante hacia la Capital empujado por una fuerza irresistible; y en aquellos momentos de suprema congoja para los defensores de la Patria, como en toda ocasión en que el destino le sometiera á dolorosas pruebas, su carácter se manifiesta incontrastable.

El ejército había sido vencido, no el alma de Bolívar. Ageno á las mezquinas sugestiones de la adversidad, resume en sí toda la decisión y la energía que abandona un instante á los más esforzados. Envuelto en la catástrofe que no ha logrado conjurar, capaz se siente todavía de esclavizar de nuevo la Fortuna, luchar indefinidamente contra la adversidad, y vencer al destino.

Ah! cuantas veces en el largo trascurso de aquella cruenta lucha, se vió desamparado, solo, sin más apoyo que su genio y su espada, y no se tuvo por vencido! y cuantas otras, como Anteo, de entre el revuelto polvo donde cayera anonadado, se levantó triunfante!

Cual los antiguos gladiadores que de antemano se condenaran ellos mismos á morir ó vencer en el circo, Bolívar no podía retroceder, y mientras el hierro de su contrario le hiriese sin matarle, tornaba á combatir, siempre resuelto, y lleno de esperanzas.

XII

Boves pasa á cuchillo en el mismo campo de batalla á todos los prisioneros y heridos patriotas; fusila al Coronel Jalón, con crueldad refinada, en la Villa de Cura; (*) sigue las huellas de Bolívar hasta La Victoria que ocupa el 16; divide allí su poderoso ejército; lanza sobre Caracas al Capitan González con 2,000 hombres de sus mejores tropas, y con el mayor número de los vencedores en "La Puerta" se dirige á Valencia. Rompe y degüella en La Cabrera la brigada del Coronel Fernández, que firme se sostiene impidiéndole el paso, y destroza asimismo á la numerosa emigración de los vecinos pueblos refugiada momentáneamente en aquel sitio. Al día siguiente á tan espantosa hecatomba, incorpora á sus filas, en San Joaquin y en Guacara, los cuerpos francos y guerrillas realistas que infestan la comarca; á la cabeza de 6,000 combatientes llega á Valencia el 19; intima la pronta entrega de la ciudad, con amenazas de exterminio para sus habitantes, si al punto la guarnición que la de-

(*) Boves convidó á comer en la Villa de Cura á su prisionero el Coronel Jalón, y concluida la comida, y aun sentado á la mesa, en presencia de la víctima lo mandó fusilar.

fiende no se le entrega á discreción, y tras la enérgica negativa de Escalona, se dispone á tomarla por asalto.

Por demás conflictiva es la situación de los independientes. Caracas y Valencia, débilmente guarnecidas y al par amenazadas por las huestes de Boves, revelan el aniquilamiento de la Revolución. Con los restos de nuestros vencidos batallones y la escasa cooperación de algunos jóvenes entusiastas de la Capital, organiza el Libertador un cuerpo de tropas, insuficiente para imponer respeto al enemigo; y se da á deliberar con sus tenientes sobre el partido que deben adoptar. Ribas, á quien encoleriza la desgracia, experimenta arrebatos de ira que le exponen á perecer inútilmente: tan pronto como llega á su noticia el movimiento del enemigo sobre la Capital, pónese á la cabeza de 400 hombres, y arrastrado por la impetuosidad de su carácter, corre sin plan premeditado al encuentro del ejército realista. En la serranía de las Cocuizas tropieza con la vanguardia de González, carga sobre ella de improviso, la rompe, la desordena, la rechaza y persigue con indecible furia, é intenta osado acometer el cuerpo principal del enemigo, donde supone á Boves, sin que sea parte á detenerle el puñado de hombres con que cuenta para tamaña empresa. Una orden de Bolívar, llamándole á Caracas, enfrena el ardimiento del colérico vencedor de La Victoria, que iracundo y lleno de despecho pliega, mal su grado, tascando el freno de la obeencia militar.

Extrema agitación reina en la Capital: el enemigo se acerca á la ciudad por varias direcciones. Además de los 2,000 soldados de González, otro cuerpo bastante numeroso, mandado por un oscuro malhechor de apellido Machado, avanza por el camino de los Valles del Tuy. Bolívar y Ribas, encontrados en pareceres, discuten planes de defensa y movimientos estratégicos sin llegar á acordarse, mientras la población entera de Caracas espera poseida de espanto la tardía decisión de sus ilustres defensores. Para aquella fecha el General Mariño había marchado á Cumaná por orden del Libertador, á levantar un nuevo ejército; y D'Eluyar abandonando el sitio de Puerto Cabello, se había presentado en La Guaira con sus tropas. Cunde en el pueblo la desesperación y el terror con la aproximación del enemigo. El Comandante Miguel Uztariz y su segundo el mayor Zarrasqueta, al frente de 200 soldados, son envueltos y destrozados en las alturas de Macaro donde muere el segundo. Toda comunicación con Urdaneta y Escalona está cortada, el plan que concibiera el Libertador en La Victoria queda de hecho frustrado, y cada uno de aquellos jefes á quienes mandara sostenerse, se vé entregado á sus propios recursos y á su sola inspiración.

La vanguardia de los realistas osa pisar á Antímano, Bolívar y Ribas le salen al encuentro y la rechazan. Machado llega, entretanto, al Pueblo del Valle,

distante tres millas de Caracas, y González se rehace y se reconcentra en las Adjuntas.

El ataque sobre la Capital se espera por momentos: reina empero el más completo desacuerdo entre los jefes republicanos, respecto á la suprema decisión que reclaman con apremio la salud de la Patria, la moralidad del ejército y la cruel agonía de los habitantes de Carácas.

Ribas, cabeza del partido de los más exaltados, se obstina inconsultamente en defender á todo trance la ciudad. Bolívar, mejor aconsejado, y á quien la desgracia no exaspera como á su irascible é impetuoso émulo, rechaza por inconducente tan descabellado propósito, y se esfuerza por el contrario en llevar á cabo el plan bien meditado de retirarse á Barcelona, para tentar fortuna en las provincias orientales, evitando á la capital de la República los estragos de un sitio sin esperanza de socorro, y los horrores consiguientes á una inevitable ocupación por fuerza.

Tan encontrados pareceres se debaten aún, en consejo de guerra permanente, durante la angustiosa noche del 6 al 7 de Julio, que se siguió al combate de Antímano. Con indecible anhelo se espera la resolución definitiva del consejo, y en tanto dura tan peligrosa indecisión, la ciudad se manifiesta consternada, las tropas en sus cuarteles se mantienen á pié firme, tocan á rebato las campanas, algunos templos permanecen iluminados y abiertos, no obstante las avanzadas horas de la

noche, y el pueblo amedrentado y profundamente entristecido recorre las oscuras calles, agrúpase en las plazas, penetra en las iglesias, se postra ante la Magestad expuesta en los altares, y solemne rumor de preces y lamentos trasciende de los sagrados recintos con lúgubre y lastimera resonancia.

La incertidumbre se prolonga, corren las horas, la angustia crece á medida que se desliza el tiempo. En tan conflictiva situación, el reló de la Metropolitana da las dos; un edecán del Libertador sale precipitadamente de la casa en que se halla reunido el consejo de guerra, monta á caballo, parte á todo galope y se pierde de vista. Extraño movimiento se nota de pronto en los cuarteles y en las diseminadas guerrillas á quienes les está encomendada la defensa de las líneas de fosos y parapetos que resguardan parte del caserío de la ciudad; propágase con rapidez este suceso en el inquieto pueblo; suenan tres cañonazos, é inmenso clamor de duelo y terror se levanta de súbito, proclamando con desesperación: "¡se va el ejército!"

La opinión del Libertador había al cabo prevalecido. El ejército evacua en silencio la ciudad en medio de la general consternación que produce su marcha; toma el camino de Barcelona por la fragosa vía de la montaña de Capaya, y 20.000 personas de todos los sexos, edades y condiciones, locas y despavoridas de terror, abandonan sus hogares y le siguen las huellas. La sombra de

Boves, y el recuerdo amenazante de todas sus crueldades, se cierne sobre aquellos desgraciados que se imaginan sentir ya en las entrañas las lanzas de las salvajes hordas á cuya merced van á encontrarse.

Emigrar es el anhelo de todas las familias. Empero, no ha faltado quien achaque á Bolívar tan funesto consejo, sin que nada lo pruebe. Aquella desatentada huida, obra fué del espanto que supo infundir Boves y que plenamente justificaban sus recientes crueldades.

XIII

En tanto que el Libertador, estrechado en Caracas, se encontraba en la absoluta imposibilidad de socorrer á la briosa guarnición de Valencia; y discute con Ribas el combatido plan de una nueva campaña, y marcha luego en retirada hacia las provincias orientales donde espera reponerse y proseguir la lucha con probabilidades de buen éxito; Urdaneta rechazado con violencia sobre la cordillera de los Andes, recoje los dispersos patriotas escapados del degüello de Barinas, salva los restos de su desmedrada división internándose en el territorio granadino, y Valencia queda abandonada á la implacable ferocidad de Boves y Morales, que la cercan con poderoso ejército y la combaten á porfía.

A excepción de esta heroica ciudad, donde aún flamea, aunque desgarrada, la bandera republicana, dominan triunfadores los realistas el vasto territorio que en el año anterior recorrieran victoriosas nuestras armas.

Perdido para la noble causa de la independencia el centro y occidente de Venezuela; sola, desamparada, sin recursos con que sostenerse largo tiempo, exhíbese Valencia, fulminada por numerosos enemigos; pero cual viva llama próxima á extinguirse, ilumina un instante con esplendorosos resplandores las profundas tinieblas de nuestro vencimiento.

Boves triunfa, Valencia protesta, y heroica se inmola.

Pero retrocedamos al 19 de Junio en que quedó cercada la ciudad por las tropas realistas.

No era esta la vez primera que el valeroso coronel Juan de Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, en ocasión tan crítica, se veía obligado á defenderla con un puñado de valientes. Algunos meses antes había ya compartido con el General Urdaneta, las duras pruebas del sitio puesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque con extremo desastrosa, fuera entonces la situación de los sitiados; en días tan angustiosos, la esperanza de ser favorecidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba en San Mateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería era una voz de aliento. En las presentes circunstancias, aislado, y sin esperanza de efectivo socorro, se encontraba Escalona. Acepta empero el sacrificio que le impo-

ne el deber, se parapeta en los escombros de la bombardeada ciudad, y abrazándose de las humeantes ruinas que golpea y desmorona el cañón enemigo, se empeña en sostenerlas ó sepultarse en ellas con la tenacidad de un espartano.

Al divisarse en el camino de los Guayos la descubierta del ejército de Boves, cuyas recientes victorias y abominables crueldades llenan de asombro y de dolor á los patriotas valencianos, indominable espanto sobrecoje los ánimos: las familias que habitan fuera de trincheras, así como la numerosa emigración de las aldeas y campos inmediatos, refugiada en apartados barrios, corren atropelladamente á guarecerse en la parte fortificada de la ciudad, llevando consigo cuanto poseen de más precioso; y confuso murmullo de preces y lamentos se mezcla á las severas órdenes del comandante de la plaza y á los aprestos de la defensa.

Escasa tropa cuenta Escalona para hacer frente á los 6.000 realistas que marchan á estrecharle en aquella ciudad mal resguardada, de desparramado caserío y apénas fortificado el recinto de la plaza mayor y de las cuatro manzanas adyacentes con débiles trincheras. Pues si bien es verdad, que, noticioso apenas del funesto desastre de "La Puerta", y en su poder la perentoria órden de Bolívar, de sostener á Valencia á todo trance, había tomado acertadas medidas y logrado elevar la exigua guarnición de la ciudad (35 artilleros) á trescientos veinticinco soldados, con gente reclutada de im-

A excepción de esta heroica ciudad, donde aún flamea, aunque desgarrada, la bandera republicana, dominan triunfadores los realistas el vasto territorio que en el año anterior recorrieran victoriosas nuestras armas.

Perdido para la noble causa de la independencia el centro y occidente de Venezuela; sola, desamparada, sin recursos con que sostenerse largo tiempo, exhíbese Valencia, fulminada por numerosos enemigos; pero cual viva llama próxima á extinguirse, ilumina un instante con esplendorosos resplandores las profundas tinieblas de nuestro vencimiento.

Boves triunfa, Valencia protesta, y heroica se inmola.

Pero retrocedamos al 19 de Junio en que quedó cercada la ciudad por las tropas realistas.

No era esta la vez primera que el valeroso coronel Juan de Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, en ocasión tan crítica, se veía obligado á defenderla con un puñado de valientes. Algunos meses antes había ya compartido con el General Urdaneta, las duras pruebas del sitio puesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque con extremo desastrosa, fuera entonces la situación de los sitiados; en días tan angustiosos, la esperanza de ser favorecidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba en San Mateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería era una voz de aliento. En las presentes circunstancias, aislado, y sin esperanza de efectivo socorro, se encontraba Escalona. Acepta empero el sacrificio que le impo-

ne el deber, se parapeta en los escombros de la bombardeada ciudad, y abrazándose de las humeantes ruinas que golpea y desmorona el cañón enemigo, se empeña en sostenerlas ó sepultarse en ellas con la tenacidad de un espartano.

Al divisarse en el camino de los Guayos la descubierta del ejército de Boves, cuyas recientes victorias y abominables crueldades llenan de asombro y de dolor á los patriotas valencianos, indominable espanto sobrecoje los ánimos: las familias que habitan fuera de trincheras, así como la numerosa emigración de las aldeas y campos inmediatos, refugiada en apartados barrios, corren atropelladamente á guarecerse en la parte fortificada de la ciudad, llevando consigo cuanto poseen de más precioso; y confuso murmullo de preces y lamentos se mezcla á las severas órdenes del comandante de la plaza y á los aprestos de la defensa.

Escasa tropa cuenta Escalona para hacer frente á los 6.000 realistas que marchan á estrecharle en aquella ciudad mal resguardada, de desparramado caserío y apénas fortificado el recinto de la plaza mayor y de las cuatro manzanas adyacentes con débiles trincheras. Pues si bien es verdad, que, noticioso apenas del funesto desastre de "La Puerta", y en su poder la perentoria órden de Bolívar, de sostener á Valencia á todo trance, había tomado acertadas medidas y logrado elevar la exigua guarnición de la ciudad (35 artilleros) á trescientos veinticinco soldados, con gente reclutada de im-

A excepción de esta heroica ciudad, donde aún flamea, aunque desgarrada, la bandera republicana, dominan triunfadores los realistas el vasto territorio que en el año anterior recorrieran victoriosas nuestras armas.

Perdido para la noble causa de la independencia el centro y occidente de Venezuela; sola, desamparada, sin recursos con que sostenerse largo tiempo, exhíbese Valencia, fulminada por numerosos enemigos; pero cual viva llama próxima á extinguirse, ilumina un instante con esplendorosos resplandores las profundas tinieblas de nuestro vencimiento.

Boves triunfa, Valencia protesta, y heroica se inmola.

Pero retrocedamos al 19 de Junio en que quedó cercada la ciudad por las tropas realistas.

No era esta la vez primera que el valeroso coronel Juan de Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, en ocasión tan crítica, se veía obligado á defenderla con un puñado de valientes. Algunos meses antes había ya compartido con el General Urdaneta, las duras pruebas del sitio puesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque con extremo desastrosa, fuera entonces la situación de los sitiados; en días tan angustiosos, la esperanza de ser favorecidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba en San Mateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería era una voz de aliento. En las presentes circunstancias, aislado, y sin esperanza de efectivo socorro, se encontraba Escalona. Acepta empero el sacrificio que le impo-

ne el deber, se parapeta en los escombros de la bombardeada ciudad, y abrazándose de las humeantes ruinas que golpea y desmorona el cañón enemigo, se empeña en sostenerlas ó sepultarse en ellas con la tenacidad de un espartano.

Al divisarse en el camino de los Guayos la descubierta del ejército de Boves, cuyas recientes victorias y abominables crueldades llenan de asombro y de dolor á los patriotas valencianos, indominable espanto sobrecoje los ánimos: las familias que habitan fuera de trincheras, así como la numerosa emigración de las aldeas y campos inmediatos, refugiada en apartados barrios, corren atropelladamente á guarecerse en la parte fortificada de la ciudad, llevando consigo cuanto poseen de más precioso; y confuso murmullo de preces y lamentos se mezcla á las severas órdenes del comandante de la plaza y á los aprestos de la defensa.

Escasa tropa cuenta Escalona para hacer frente á los 6.000 realistas que marchan á estrecharle en aquella ciudad mal resguardada, de desparramado caserío y apénas fortificado el recinto de la plaza mayor y de las cuatro manzanas adyacentes con débiles trincheras. Pues si bien es verdad, que, noticioso apenas del funesto desastre de "La Puerta", y en su poder la perentoria órden de Bolívar, de sostener á Valencia á todo trance, había tomado acertadas medidas y logrado elevar la exigua guarnición de la ciudad (35 artilleros) á trescientos veinticinco soldados, con gente reclutada de im-

la mirada, sin fiereza, la enérgica expresión de un ánimo resuelto á sobreponerse, en cumplimiento del deber, á todo sacrificio; visita con pasmosa tranquilidad las combatidas trincheras de la desmantelada plaza que sostiene, avigora la resistencia en aquellos puntos donde amenaza decaer, desafía el peligro, sin jactancia ni cólera, y si no fascina con el propio entusiasmo y la palabra inspirada de Bolívar y de Ribas, comunica en cambio con la severa entereza de su carácter inflexible tal decisión á los soldados, que los menos briosos se hacen matar gallardamente victoreando á la Patria.

Aquel hombre sin nervios, de corazón valiente y generoso, es Escalona: alma, como fundida en el crisol del deber más austero, é incapaz de doblegarse.

A tan incontrastable soldado apoyan con sus luces y la briosa decisión que los anima en circunstancias como aquellas, asaz calamitosas, el Gobernador civil de la Provincia, Doctor Francisco Espejo, víctima señalada en el funesto día de la catástrofe, y el enérgico Doctor Miguel Peña, cuyo nombre habría de figurar en lo futuro mezclado á trascendentales acontecimientos de nuestra política interior.

Luchar hasta caer exámines, es el firme propósito de aquellos tenaces lidiadores que, sin flaquear un solo instante, alientan á la adolorida población de Valencia: el uno, con la serenidad olímpica de su extraordinaria bravura; los otros, con el fuego patriótico de sus inspirados discursos.

Boves, cada vez más colérico, no da treguas al incesante batallar, y prodiga la sangre de sus tropas, sin resultado decisivo.

Repone con facilidad las numerosas bajas que padece su ejército, incorporando á sus banderas los cuerpos francos que merodean en la comarca, y cuantos hombres puede reclutar en los vecinos campos.

No pocas veces lo halaga, empero, efímera victoria. Muertos de extenuación nuestros soldados, que ni aun siquiera para alimentarse pueden robar breves instantes á la empeñada lucha, ceden al poderoso empuje de las masas de hombres, que á latigazos compele el furibundo Boves, á morir ó vencer; no pocas de las guerrillas que sostienen las casas de la línea exterior de nuestras fortificaciones son desalojadas, y nuestros soldados pasados á cuchillo.

Al cuarto día de sitio el enemigo asalta y toma posesión del convento de San Francisco, uno de los resguardos más importantes de nuestra línea exterior; pero Escalona, á la cabeza de sesenta soldados, lo recupera en breve, causando fiero estrago á los asaltadores, y con algunos prisioneros torna triunfante al recinto de la plaza mayor, en tanto que enardecido Boves, perservera con creciente temeridad en la faena de vencernos.

Repetidas veces, durante el largo asedio, ocurren hechos semejantes.

Las continuadas embestidas que nos dá el enemigo merman rápidamente la escasa guarnición de la plaza. El jefe republicano llama á las armas cuantos hombres se encuentran dentro de trincheras; pero no obstante la desición del pueblo en sostenerse, el refuerzo que ofrece no alcanza á reemplazar los muertos y heridos que para la décima jornada de combate cuentan nuestras tropas.

La ensañada brega no da respiro un solo instante, antes por el contrario, se recrudece más y más cada día. Nuestros soldados se sienten abrumados, y la esperanza de un auxilio oportuno empieza á decaer.

Dos infelices, desesperados de salvar la vida en nuestras filas, se pasan á las del enemigo en un menguado instante de confusión y abatimiento, y ejemplar y terrible castigo reciben de las manos á que se fian incautos. Desde las torres y azoteas de la ciudad presencian los sitiados el martirio cruelísimo á que Boves condena en la llanura del Morro á aquellos desgraciados. Tan pronto como los desertores aciertan á presentarse al Cuartel General de los realistas, toda esperanza de salvación los abandona: la despiadada soldadesca los acoje con ultrajantes denuestos; arráncanles á pedazos los vestidos, pesados cuernos de toro les atan á la frente, y entre espacioso circo de feroces jinetes se les fuerza á embestir cual bravíos animales. Atronadora grita festeja tan infame espectáculo; suenan

aplausos y atroces sarcasmos, y maltratados, cual verdaderas fieras, plántanles en las espaldas improvisadas banderillas, y la sangrienta farsa perdura sin descanso, hasta que acribillados á estocadas caen por tierra las víctimas de tanta iniquidad, y sus cadáveres, atados á la cola de veloces caballos, arrastran los verdugos haciéndolos pedazos.

De manera tan espantosa cierra Boves, al desaliento de sus contrarios, hasta la afrentosa puerta por donde únicamente pudieran escapar.

Gritos de muerte al *rebelde* Escalona, anuncian de ordinario los furiosos asaltos que nos da el enemigo; los días pasan empapados en sangre, y rápidas se deslizan las horas entre vociferaciones y descargas. Los que miran ponerse el sol, oscurecido por el humo de la pólvora, dudan tornar á verle la siguiente mañana; y aquellos que lo logran, divísanlo eclipsado por la nube sombría que del tempestuoso seno de Valencia se levanta surcada por mil rayos de fuego.

Entre tanto D'Eluyar, sin atender á las reiteradas instancias de Escalona, de venir á auxiliarle antes de ser cercado, levanta el sitio de Puerto Cabello y se embarca con su división haciendo rumbo hacia La Guaira.

Ignórase en los opuestos campamentos la retirada de D'Eluyar; pero otra nueva, aun más funesta, no tarda en proclamar el enemigo con entusiasta vocería, en medio de un combate, arrebatando á los sitiados la menos

ilusoria de sus alentadoras esperanzas. Revuelto Urdaneta de Occidente, con ánimo de auxiliar á Valencia, padece el rechazo de su vanguardia en las alturas del Torito, y se ve compelido, después de aquel fracaso, á retroceder hacia los Andes para salvar las preciosas reliquias de su mermada división.

XV

Profundo desaliento sobrecoge un instante los ánimos. A la frustrada esperanza de aquel auxilio tan deseado, agréganse poderosas causas de desesperación y abatimiento: los víveres y las municiones comienzan á escasear; agotadas están las medicinas; y por obra de la miseria, de la fatiga, y de la putrefacción de los cadáveres, abandonados por largo tiempo y á las veces insepultos, espantosa epidemia se declara en los hospitales é invade rápidamente no escasa parte del poblado.

A pesar de los esfuerzos de Escalona y Espejo, para abastecer á la ciudad de agua y de alimentos, tan pronto como supieron el desgraciado suceso de "La Puerta", escasos víveres pudieron acopiar con qué atender al mantenimiento de las tropas, de los numerosos enfermos y heridos, que para entonces llenaban ya los

hospitales, y del empobrecido vecindario, aumentado extraordinariamente con la numerosa emigración de los pueblos y campos comarcanos refugiada en la ciudad.

Con promesas de todo punto irrealizables, aunque inspiradas en el más ardiente patriotismo, avigora, no obstante, el Gobernador militar de la plaza, los decaídos ánimos: *Bolívar existe aún*, repite sin cesar Escalona, *démosle tiempo de quebrantar al enemigo como en San Mateo, y le vereis llegar en nuestro auxilio; pero entre tanto, no perdamos la paciencia y el brío, y aprovechemos con acierto la pólvora y las balas.*

En situación tan apurada, yérguese de pronto el mónstruo de la insubordinación. Un cabo y un sargento de una de las guerrillas más expuestas á los fuegos contrarios, se rebelan contra el oficial que los comanda, amotinan unos cuantos soldados, é intentan pasarse al enemigo, acometiendo á mano armada sobre aquellos de sus compañeros que tratan de impedirles llevar á cabo semejante propósito. Tan inesperado suceso no desconcierta empero al brioso oficial; á par que se defiende llama en su auxilio á la guerrilla del inmediato puesto, y sofoca la sedición aprisionando á los cabecillas del motín. Juzgados incontinente los traidores en consejo de guerra, son conducidos á la plaza mayor y solemnemente pasados por las armas, en tanto que nuestras combatidas trincheras rechazan las embestidas que les dan los realistas: confundiéndose así con el ruidoso

estruendo de los nobles disparos de la defensa, las severas detonaciones del tremendo castigo.

Afortunadamente, Boves ignora la conflictiva situación en que se encuentran los sitiados, y juzgándolos fuertes todavía y en capacidad de sostenerse largo tiempo, se decide á atacar á D'Eluyar, á quien supone todavía frente á los muros de Puerto Cabello. Apenas concibe tal proyecto, separa de su ejército una fuerte división y marcha hacia la costa, dejando á Morales, su segundo, el encargo de hostilizar la plaza sin descanso.

La corta separación de Boves no aminora, sin embargo, el quebranto que sufren los patriotas. Animado Morales de secreta rivalidad hacia el fiero caudillo que le eclipsa, aprovecha la favorable coyuntura de la ausencia de este, para intentar ceñirse los laureles del triunfo, tomando á viva fuerza la ciudad. Impelido por su ambicioso anhelo, no omite ni sacrificios ni artimañas para lograr su intento: en torno á nuestra línea de defensa levanta un doble anillo de trincheras, enfrenta á nuestra artillería las ocho piezas de campaña con que hasta entonces nos ametrallaran desde las vecinas alturas, y se esfuerza con tenaz energía en abatir nuestros baluartes.

Incesante cañoneo, nocturnas embestidas al arma blanca, furiosas cargas de improvisados zapadores que amenazan echar por tierra nuestros parapetos de resguar-

do, resisten los sitiados, burlando las ambiciosas presunciones de Morales; pero á medida que trascurren los días en tan dura faena, la precaria situación de los republicanos llega al cabo á ser insoportable: la peste y los combates diezman la guarnición y el adolorido vecindario de la ciudad; la miseria llega á ser espantosa; los pertrechos, cuidadosamente economizados, merman con alarmadora rapidez; la lucha empero no desmaya, y hasta para enterrar á los muertos es necesario disputar, á sangre y fuego, el pedazo de tierra que ha de servir de lecho de reposo á tantos infelices.

XVI

El hambre comienza á hacer estragos. Rostros desencajados y miradas sombrías se ven por todas partes. Famélicas circulan por las calles, en medio de las balas, mujeres, niños y ancianos, sin abrigo ni pan. La muerte redime de la miseria á muchos de aquellos desgraciados.

Las nobles valencianas, dando ejemplo del más acendrado patriotismo, ceden á los soldados el mendrugo de pan que llevan á los labios, que anhelan devorar; curan de los heridos, alientan á los que desfallecen, y sublimes de abnegación cristiana, se esponen á todos los peligros por aliviar al desvalido pueblo de los in-

finitos padecimientos que soporta. Las madres, bendiciendo á los hijos, los exhortan á tomar parte en los combates; las esposas ciñen el sable á los esposos; los amantes se despiden para no tornar á verse sino victoriosos en la tierra, ó en la eternidad. Una matrona, al recibir en su regaso el cadáver de uno de sus hijos, gloriosamente sacrificado en las trincheras de la plaza, exclama, con los ojos anegados en lágrimas y destrozado el corazón: "No hará falta en el puesto que se le había confiado," y por su orden un niño de quince años, recoje las armas de su difunto hermano, y vuela á sustituirlo.

Escenas no menos conmovedoras, se repiten en los enlutados hogares, durante aquellos días de sangre y de incesante batallar. Apercibida á todos los sacrificios, Valencia se mantiene airada, apesar del decaimiento de sus fuerzas: victorea moribunda el temple de la espada de Escalona, y soberbia y audaz en su miseria, rechifla á sus verdugos todas las veces que rechazados suspenden el combate.

No faltan, empero, espíritus pusilánimes que contrasten con tantos heroísmos; despavoridos de terror, dos ó tres descorazonados vecinos, de mediana posición social, buscan refugio en las filas realistas. Desgraciados! Morales los recibe con trasportes de júbilo y los pasa á cuchillo. Aquel atroz canario no sabe dar cuartel, y es fama que las lágrimas jamás lograron apiadar su corazón.

Asaltado de nuevo el convento de San Francisco el 2 de Julio, tras reñidísimo combate, queda definitivamente en poder de los realistas. Para este día, setecientos heridos y enfermos, faltos de medicinas y alimentos, padecen horrorosas torturas en los desamparados hospitales, ó se arrastran por las calles y plazas exhibiendo su espantosa miseria. La tropa recibe apenas de ración una onza de tabaco y algunos tragos de aguardiente.

Reducidos casi á la última extremidad se encuentran los sitiados cuando Boves regresa de Puerto Cabello, provisto de abundantes municiones de guerra extraidas del castillo de San Felipe.

Enterado de la conflictiva situación de la plaza, pocas horas de reposo acuerda á sus soldados el pertinaz caudillo. Resuelto á dominar la firme resistencia de los republicanos, aun á trueque de sacrificar, para lograrlo, la mitad de las tropas del Rey, recomienza el ataque á la mañana siguiente de su regreso de Puerto Cabello. Con numerosas guerrillas de fusileros ocupa desde el amanecer los techos de las casas que dominan nuestras barricadas, y, á par que truenan los cañones, y nos amagan los feroces lanceros con escalar los puestos de mayor importancia, copiosa lluvia de granadas de mano y de certeras balas cáe sobre los sitiados. Ardoroso y sangriento es el combate : nuestros soldados mueren acuchillados en las casas que á viva fuerza les arrebata el enemigo. Imposible de todo punto se

le hace á Escalona sostener, con los escasos restos de la destrozada guarnición de la ciudad, el extenso perímetro atrincherado que, hasta entonces, ocuparan nuestras armas. Tras recio batallar apodérase al fin el enemigo de la línea exterior de nuestras fortificaciones; empuja con violencia, y reduce á Escalona al estrecho recinto de la plaza; y cual si no bastaran á aplastarle de un golpe los 6,000 hombres que le vinieran combatiendo durante tantos días, nuevas huestes acuden á reforzar á los envalentonados sitiadores.

A la caida de la tarde del tres, aparecen por el camino de San Carlos, Cajigal, Ceballos y Calzada con más de 1,000 infantes y 500 ginetes, de los vencidos un mes antes en la gloriosa jornada de Carabobo. Boves, al divisarlos, hace cesar los fuegos, y satisfecho por el momento con las ventajas adquiridas en nueve horas de encarnizada lucha, se adelanta con su Estado Mayor á recibir á Cajigal, cuya suprema autoridad hollará en breve con baldón para España.

No amengua la energía de los republicanos el poderoso resfuerzo que ganan sus contrarios; antes bien y con mayor estímulo, dispónense á vender cara la posesión de la ciudad y sus preciosas vidas. Durante el día siguiente, no embargante el contínuo tiroteo de las guerrillas enemigas apostadas en los techos de las casas, y el incesante cañoneo de las baterías del Morro y del cerro del Diablo, ocúpanse los contrapuestos bandos en apres-

tos marciales; pero Boves no da largo respiro á sus contrarios ni á sus subordinados. Para aquel formidable Cíclope, Valencia es como un yunque, sobre el cual, enfurecido y sin sentir fatiga, descarga sin interrupción el pesado martillo de su cólera.

XVI.

Reunidos Boves y Cajigal, cuyas dos divisiones suman aproximadamente 8.000 hombres, bien abastecidos y armados, se disponen á embestir de concierto el recinto de la plaza mayor, donde entre escombros, mal parapetados, pero resueltos á sepultarse en ellos, se mantiene Escalona, por un prodigio de perseverante energía.

Para contrarrestar el poderoso empuje de todo el ejército realista, apenas cuenta el comandante de la plaza con una docena de cañones y un centenar de bravos que no alcanzan á cubrir, siquiera escasamente, la mitad de los baluartes que les es forzoso defender. Pero no amengua el ánimo de aquel intrépido soldado tan manifiesta desventaja; resuelto á sostenerse hasta perder la vida, reune á cuantos ciudadanos alientan todavía en el atrincherado cuadrilátero, sin exceptuar los miembros, muy respetables, del Cabildo de la ciudad, ni los heridos y enfermos que perecen de hambre, pero que mal

que bien podían aún manejar un fusíl; y con aquella híbrida recluta, compuesta en su mayor parte de hombres lívidos y casi moribundos, que más parecen sombras, cubiertos de cuágulos de sangre, ennegrecidos por la pólvora, mutilados los unos, abatidos por la fiebre los otros, y todos extenuados, resfuerza las trincheras y aguarda el ataque.

En las primeras horas del día 6, divisan los sitiados las huestes enemigas formadas en batalla en sus distintos campamentos: la división de Cajigal en el sitio denominado *El Monte de acequia;* la de Boves, en *los Corrales* y el Morro. Trascurre sinembargo, largo tiempo sin que aquellos dos cuerpos, dispuestos á acometer, se muevan contra la ciudad.

Angustiosa espectativa padecen los sitiados, la inacción les da tiempo de pensar en el cúmulo de miserias que padecen, y entre el sordo rumor de creciente impaciencia y de exasperación que provoca la inmovilidad del enemigo, se escuchan voces llenas de abatimiento exclamar con suprema pesadumbre: *¿Es que nos tienen miedo esos malvados? ¿Qué esperan? ¿Por qué no acaban de matarnos para salir de penas?*

Despues de algunas horas de inmovilidad, todo el ejército realista se pone de pronto en movimiento, marcha al paso de carga contra nuestros baluartes, y ensordecedora vocería resuena amenazante. A los clarines de Boves que resuenan en todas direcciones, contestan

nuestras cornetas y atambores con sin par osadía, y en medio á tanto estrépito, déjase oir la voz robusta de Escalona, quien mostrando á sus valerosos compañeros la tricolor bandera hecha girones, pero flameando todavía orgullosa y terrible sobre elevada pica en todo el centro de la plaza, exclama descubriéndose ante la noble enseña:

"Heroicos valencianos, hermosa y envidiable es vuestra gloria: no vayais á mancillarla en las últimas horas de amargas pruebas que ha de vencer vuestro valor y vuestro patriotismo. Si nos cabe sucumbir lidiando por la Patria, he ahí nuestra mortaja, ninguna más gloriosa. ¡Viva la República!"

El estruendo de violentas descargas de artillería y fusilería apaga las postreras vibraciones de la voz de Escalona; y acometida la plaza al mismo tiempo por todas las trincheras, se empeña encarnizada lucha, que no amenguan las horas que trascurren, ni la física extenuación de los sitiados, ni la sangría copiosa que padece el ejército realista.

Boves, siempre el primero en toda empresa temeraria, empuja á la matanza a sus intrépidos llaneros, quienes á pecho descubierto, intentan desbaratar con mano osada los fulminantes parapetos que le cierran el paso y los rechazan á porfía.

Las cargas del enemigo se suceden con tenacidad esesperante. Los edificios que rodean la ciudadela se stremecen, cual si socabados los cimentos fueran á

desplomarse: dos de ellos se incendian, y las llamas que el viento impele hacia el combatido recinto, aumentan la agonía de los sitiados.

Y perdura la lucha, cada vez más frenética y más encarnizada; y retumba el cañón con ronco estrépito; y acrece el fuego del incendio; y se abaten mal cimentados muros; y arroyos de sangre brota Valencia, herida y moribunda.

A pesar del indomable brío que alienta á los republicanos, algunas de sus guerrillas se resienten al cabo de su extrema flaqueza; la superioridad del enemigo pesa sobre ellas y amenaza aplastarlas. Perseveran, no obstante, en sostenerse; pero á cosa de las cuatro de la tarde, la artillería realista, á par que inutiliza el cañón que defiende los ángulos del Toro y de Guevara, abre ancha brecha en aquella trinchera, y una columna enemiga asalta el arruinado parapeto, degüella á sus postrados defensores, é intenta penetrar en la plaza.

Los sitiados se estremecen como tocados por un hierro encendido. La plaza está tomada; invencible terror paraliza un instante á los más esforzados; y todos se cuentan por perdidos, cuando Escalona y su segundo, el Teniente Coronel Uzcátegui, acuden sable en mano á la cabeza de un pelotón de bravos al lugar del conflicto; cierran la brecha con sus cuerpos, cargan á la bayoneta la columna invasora; y apoyados por

los certeros tiros de un obus que el Capitan Velazco monta rápidamente en batería sobre los escombros del vencido baluarte, reconquistan la posición perdida, aunque al precio inestimable de la vida de tan valeroso Capitan.

Aquel frustrado asalto, en el cual pierden los realistas más de doscientos hombres, amengua y pone á raya la impetuosidad del enemigo; y como al propio tiempo y con estragos, Boves y Cajigal se vieran rechazados de todos nuestros flancos, suspenden el combate, ganan sus respectivos campamentos, y centenares de cadáveres dejan abandonados en las desiertas calles.

XVII

Esta victoria inconcebible, la más gloriosa acaso de cuantas alcanzaron nuestras armas en aquel largo sitio, agota por completo las muy escasas municiones y las exiguas fuerzas que aun poseyeran los sitiados. Atónitos se contemplan los destrozados triunfadores; podría creerse que en el fondo del alma les pesase tornar á verse cara á cara con la miseria y con la vida, cuando estimaban imposible poder sobrellevarla por más tiempo.

La noche se extiende pavorosa tras la cruenta jor-

nada, como si el sol, para siempre apagado, condenase á la tierra á eterna oscuridad. Todo calla en el seno del lóbrego recinto: Valencia agoniza entre horribles torturas.

Aquella noche cruel era la misma en que el Libertador se disponía á dejar á Caracas; como lo efectuó al rayar la aurora, tomando el camino de Guarénas.

Excepto el agua, que las frecuentes lluvias de la estación les proporcionan con alguna abundancia, los sitiados carecen en absoluto de medios de subsistencia. El poco ganado, y los escasos cereales y raíces que se habían podido introducir en la ciudad antes de ser cercada, hacía ya muchos días que se habían consumido, así como los caballos y los burros; y aquel hambriento pueblo, después de devorar los más inmundos animales, roe con desesperación las piltrafas de cuero que antes hubiera despreciado y hasta las suelas de los zapatos.

Los que sobrevivían á tan dura miseria, estaban espantosos: más que hombres parecían espectros. La postración era completa; muda y desgarradora la agonía. A los gritos desesperados, á los famélicos alaridos, á las imprecaciones y amenazas que durante el combate se oyeran resonar, había sucedido sepulcral silencio, alterado tan sólo por lúgubres rumores, provenientes del estertor lento y sombrío de la moribunda ciudad.

Apiadado Escalona de los padecimientos de tan

heroico pueblo (cuya espontánea inmolación encarece con justicia la historia), al par que convencido de la imposibilidad de sostenerse y escudarlo por más tiempo, se dispone á evacuar aquella misma noche la ciudad, esperando atraer sobre sí todo el furor de Boves; pero en vano aguarda hasta el amanecer, á los varios exploradores que de buena voluntad se le habían ofrecido para inspeccionar las posiciones enemigas, con el objeto de procurar á las tropas una fácil salida. Aquellos desgraciados no vuelven, aprehendidos por las patrullas realistas han sido pasados por las armas; y el sol se eleva iluminando los aprestos de Boves para un nuevo combate.

"Pues muramos peleando" grita Escalona, empujando hasta los muertos á defender las débiles trincheras.

No obstante tan ruidoso aparato, el enemigo limita las hostilidades esta vez, á arrojarnos desde los techos de las casas copiosa cantidad de granadas de mano, y á embestir la plaza con una fuerte división por la puerta del cementerio. No consigue empero, posesionarse de aquel campo de muerte, y al cabo de una hora de inútiles esfuerzos, suspende el ataque, sin que hasta hoy sepamos la razón, y cuando con poco esfuerzo más, agotados como estaban por parte de los sitiados todos los medios de resistencia, habrían logrado exterminarnos. Doscientos cartuchos de fusil

y siete de cañon, repartidos entre noventa estropeados soldados, único resto de la valerosa guarnición de la ciudad, quedábanle á Escalona.

Había llegado el momento fatal: al menor esfuerzo del enemigo, la plaza sería tomada y de seguro sobrevendría el degüello.

Mil proyectos, á cual más descabellados y atrevidos, agitan los cerebros de la valerosa oficialidad republicana, resuelta á perecer antes que declararse prisionera. Proponen los más desesperados formar un pelotón con los pocos soldados que les quedan, salir de los baluartes, arrojarse sobre el enemigo y morir combatiendo; otros, prefieren sostenerse hasta el último trance, y llegado el término fatal de aquel sangriento drama, que á nadie se le oculta, encerrarse en el almacén de la pólvora y, nuevos Ricaurtes, volar el edificio. Triunfan al cabo los que proponen tan ruidoso suicidio; pero en vano se empeñan en buscar materias explosivas para llevarlo á efecto; no se encuentran: la miseria, cómplice cruel de toda oscuridad, niega á sus víctimas hasta la aureola del martirio. Despechados dirígense á Escalona sus compañeros de armas, y le suplican que los lleve á una muerte gloriosa. Escalona sonrie, y aplaza la ejecución de tal proyecto para la mañana siguiente, si antes no los obliga el enemigo á violentarla con algun nuevo ataque. Trascurre empero todo el día sin que el ejército realista se mueva á hostilizarlos; llega la

noche; previénense los republicanos al desesperado remate de tan repetidas heroicidades, y prestos á morir gallardamente, ven asomar la aurora y levantarse el nuevo sol que ha de alumbrar su postrer sacrificio.

La inmovilidad que guarda aún el enemigo, no se la explican los sitiados sino como refinamiento de crueldad: el cañón fatigado, parecía dejar al hambre terminar la sumisión de los rebeldes.

Rugidos de indignación provoca en nuestras filas semejante amenaza. Escalona organiza su columna de ataque, y va á lanzarse fuera de las trincheras, cuando de súbito, á cosa de las diez de la mañana, ruidosos redobles de tambores y víctores al rey resuenan en el campo realista, donde al fin de una salva de veintiun cañonazos aparece una bandera blanca. Sorprendidos quedan los sitiados ante aquella inesperada insinuación de paz; y aunque temerosos de ser víctimas de algun ardid falaz del enemigo, izan igual señal en el baluarte más visible, á donde acude al punto un edecán de Boves, portador de un pliego para el Gobernador militar de la plaza. El Comandante General de las tropas sitiadoras propone entrar en negociaciones de capitulación con el gobierno de la ciudad sitiada, y adjunta las cartas que acaba de recibir de Caracas, autorizadas con las firmas del Ilustrísimo Arzobispo Coll y Prat, y de otros respetables ciudadanos, por las cuales se imponen los patriotas de haber sido la capital ocupada el día siete por las tropas del rey, como así mismo de la retirada que la em-

prendido Bolívar hacia las provincias Orientales, dejando á Valencia á la merced de Boves, quien "por humanidad" le abre las puertas de una honrosa capitulación.

Vivo estaba el recuerdo de las atrocidades cometidas por Calzada, en San Carlos, donde el cuchillo del sanguinario triunfador no exceptuó de sus iras á los niños, á las mujeres, á los sacerdotes y á los ancianos, refugiados en los templos, que profanados fueron con impuras y sacrílegas crueldades, para confiar en los sentimientos generosos de quien no supo nunca compadecer ni perdonar.

Pero apesar del poco crédito que inspira la fé púnica del feroz asturiano, Escalona se apresura á reunir el Cabildo, los vecinos notables de la ciudad, el clero y los militares de más alta graduación, para resolver si ha de ser ó no considerada la proposición del enemigo; hace patente á la asamblea su renuencia á fiar en las promesas de tan falaz aventurero; mas como después de largas discusiones, viera á la mayoría de aquella junta inclinada á tratar, por carecer de medios de resistencia, cede al cabo, y exije una suspensión de hostilidades. Luego acuerdan ámbas partes las bases de una capitulación que negocian el coronel Uzcátegui y el Doctor Miguel Peña, nombrados por Escalona; y Valencia se entrega, y no embargante la palabra de Boves, empeñada en el fiel cumplimiento de tan honrosa capitulación, no tarda



esta en ser violada con escándalo de la moral, del derecho y de la humanidad.

El ejército realista, despues de largo plantón en las afueras de Valencia, penetra al fin en la ciudad heroica, en donde, sorprendido á la vez que irritado, apenas cree posible que lo hayan detenido tanto tiempo aquellos cadavéricos soldados, roidos por el hambre, sin un grano de pólvora, y en su mayor parte inutilizado el armamento. En la entrega y recibo de la plaza, presiden formas corteses que apaciguan los conturbados ánimos; pero apenas posesionado Boves de la codiciada presa, entrega á saco la ciudad, y comienza el degüello de los capitulados.

En vano Cajigal, hombre recto aunque débil, se opone á tan criminales demasías, su autoridad no alcanza á atemperar los desordenados arrebatos de aquel soberbio aventurero, mimado por la fortuna, y justamente envanecido con sus recientes triunfos. La mediación del Capitán General queda burlada: la sanguinaria soldadesca no obedece otra autoridad que la de Boves; y éste, ya en la cumbre de su preponderancia militar, no reconoce freno capaz de dominarle. Antes que al rey de España, aquel fiero caudillo de carácter de hierro y alma de titán, obedece á la impetuosidad de sus pasiones, á la sed de venganza que le anima, á sus instintos sanguinarios y á la ambición de enseñorearse de la tierra que empapa en sangre, y surca y despedaza con su espada.

XVIII

Aquel terrible mónstruo, á quien dotó el destino de un valor estupendo, tan solo comparable á su crueldad ingénita, contempla friamente la matanza de aquellos que le honraron creyendo en su palabra.

Indescriptible es el terror que se propaga en la ciudad: Morales, la hoja del cuchillo con que Boves decapita á Valencia, recorre frenético las calles á la cabeza de una compañía de desalmados que él mismo califica de asesinos: degüella en los hospitales los heridos, invade los cuarteles y las casas donde se encuentran detenidos los verdaderos héroes de tan recias jornadas, y sin respeto por la gloria los befa y sacrifica. En lo recóndito del hogar hiere al esposo que en vano le protejen los brazos de la esposa. "Piedad! misericordia! piedad!" más nada oye; sordo á todas las súplicas, del propio regazo maternal arrebata á los hijos, para darles la muerte, y gozoso contempla el pavor que causa su presencia. Insaciable de sangre y de agonías, no desmaya en la infame tarea que ha comenzado; mientras que á los acordes de regalada música, y en medio á tanto duelo, danzan los sanguinarios triunfadores con

las hermanas y esposas de sus víctimas, llevadas por la fuerza á aquel sarao del crímen.

Uzcátegui, Paris y Alcover, los hermanos de Peña, el denodado Espejo, Gobernador civil de la heroica Valencia; cuarenta y ocho respetables ciudadanos y más de sesenta jefes y soldados perecen á manos de Morales. Los que se salvan del degüello lo deben al oro ó á la astucia: Escalona y el Doctor Miguel Peña, se escapan osadamente de la casa de Boves donde estuvieran detenidos, y á favor de un disfraz, ganan el campo y se guarecen en los bosques.

Cansado de matar, Boves reorganiza el ejército; envía á Morales con una división de 6,000 hombres á los alcances de Bolívar; manda á Calzada salir al punto en seguimiento de Urdaneta; y encomendando á Dato, Gobernador verdugo de luptuosa memoria que impuso á Valencia, completar el castigo de la ciudad rebelde, el soberbio asturiano desconoce la autoridad de Cajigal; y en tanto que el burlado Capitán General, marcha á Puerto Cabello, dirígese Boves á Caracas donde le esperan los laureles del triunfo.

Zaragoza, por heroica, no desdeña á Valencia; esta como aquella, tuvo su Palafox, su alma inflexible en Escalona, que luchó denodado hasta quemar en sus baluartes el último cartucho. La una en España, llena de justo orgullo, gritará eternamente: "Preferí convertirme en polvo y desaparecer, antes que abrir mis

puertas al invasor extrangero". La otra en Venezuela, puede exclamar con la misma arrogancia: "Protestando contra el absolutismo fuí degollada en 1814...."

MATURIN.

12

MATURIN.

1814

I

"A Oriente! á Oriente! á reparar nuestros desastres y á proseguir luchando!" dice el Libertador á sus soldados al dejar á Caracas el día 7 de Julio de 1814; y los gloriosos restos de aquellos batallones despedazados en "La Puerta", toman al trote la vía de Barcelona, en seguimiento del vencido gigante.

Tras ellos, sordo murmullo que acrece luégo con gritos de terror, se levanta y extiende en la dolorida capital, abandonada á la codicia y á las iras de fieros vencedores. Mano de hierro oprime el corazón del pueblo que, atrevido, fuera el primero en proclamar en Sud-América la independencia y libertad del suelo patrio;

y lágrimas, desaliento, confusión y espanto se ven por todas partes. Caracas tiembla acometida de pavor, como si, conmovidos sus cimientos por inesperado cataclismo, amenazara desplomarse. Terrífica locura posee y conturba levantados ánimos, y cual si ya se vieran galopar en las calles los selváticos corceles de las hordas de Boves, y las sangrientas lanzas enristradas dieran comienzo á la matanza, veinte mil personas de toda edad y sexo y condición social, abandonan precipitadamente sus hogares, y, en confuso tropel, siguen las huellas del desmedrado ejército patriota, buscando hallar resguardo y protección entre sus filas.

"La Emigración" llama la historia á esta huida desatentada é inconsulta, á esta romería del espanto que supo infundir Boves; y con nombre tan vago señálase el período tristísimo de aquellos días calamitosos, en que los habitantes de Caracas, amenazados de exterminio, huyen despavoridos en pos de efímera esperanza, hasta caer exánimes, los unos á causa de la fatiga y los dolores, los otros, bajo el cuchillo de feroces verdugos en remotas regiones de donde vuelven pocos, y en las que, si no cautivos á la postre, se mantienen por largo tiempo errantes y dispersos, extenuados por el hambre, roídos por todas las miserias, vilipendiados en razón de su infortunio, agobiados, en fin, de infinitos padecimientos, y sobreviviendo á su pesar á la desaparición de sus riquezas, á las duras lecciones de la adversidad, á las escenas desgarradoras que largamente contemplaran, á

la indigencia, al desamparo, á la horfaudad, al tedio, á la pérdida cruel de muy caros afectos, á la trágica muerte de la Revolución libertadora, al desprecio de los ensoberbecidos triunfadores, y á las congojas de la Patria de nuevo esclavizada.

¿Qué numen, de suyo tétrico y sombrío, nos fuera dado invocar en nuestro intento de describir el cuadro pavoroso de aquella peregrinación de todo un pueblo, que, huyendo de la muerte, á la muerte corría, si la tradición y más tarde la historia, aunque medrosa, no descorriera en parte el denso velo que oculta á nuestra generación tantos horrores? ¿Dónde mojar la pluma que no destile sangre? Ni ¿cómo serenar el pensamiento, exaltado por la tempestad de indignación qne lo arrebata, al contemplar tantos dolores y luégo tantos crímenes, que se ostentan desvergonzados, seguros de la impunidad que garantiza la victoria, haciendo presa de aquellos infelices, condenados á perecer en las orgías del odio y de la venganza?

Probémoslo empero, ya que á ello nos obliga la narración histórica de hechos inolvidables y tristemente célebres.

II

En aquel amontonamiento de fugitivos, mezcla confusa de todos los estados sociales, que impetuoso, cual desbordado torrente, se precipita de Caracas é invade

los caminos por donde se retira el ejército patriota, disputándose el paso, sin atender á fueros ni respetos, para ganar el inmediato amparo de las tropas, se ven ancianos venerables, sin el apoyo de sus deudos, correr á la ventura; hijos é hijas de familias principales, "que dejan á sus madres ancianas para irse á una cruzada desconocida y llena de peligros"; esposos que para siempre han dicho adiós á sus consortes; niños sin padres; madres desoladas; familias enteras, cuyos hogares han quedado desiertos; agrupaciones de labriegos, de soldados heridos, de amigos y parientes, á quienes presto separará la muerte; patricios de esclarecidos nombres, magistrados de relevantes méritos en la política y las ciencias; virtuosos sacerdotes, distinguidas y respetabilísimas matronas, niñas donosas, mimadas por la más culta sociedad de la época, y cuyos delicados piés, sólo habituados á pisar sobre mullida alfombra, desgarran las asperezas del camino; antiguos veteranos, mutilados en Valencia ó en Coro, al tronar por vez primera el cañón revolucionario; jóvenes oficiales sin puesto, por el momento, en el ejército; fieles esclavos que siguen á sus amos al destierro ó á la muerte; y no escasa parte de aquella limitada porción de nuestro pueblo, más adelantada en aspiraciones é ideas, adicta á nuestra causa.

A pié va el mayor número de aquellos medrosos peregrinos, sin recursos bastantes para tan largo é in-

determinado viaje, y apenas con los vestidos y provisiones que á mano hubieran, al sorprenderlos la marcha del ejército.

Dos líneas paralelas sigue la emigración: el camino de la montaña de Capaya y la orilla del mar. Los que se aventuran por las desiertas playas son los que no han logrado embarcarse en La Guaira, á donde corrieran numerosas familias de Caracas con ánimo de ganar las Antillas. Los buques surtos en la rada habían sido asaltados por los más diligentes: botes y lanchas repletas de emigrantes cubren las olas, procurando, con precipitación, acercarse á las naves, llenas de fugitivos y prestas á zarpar: aventúrase la vida por alcanzar un cable: por un puesto en la cala se ofrecen enormes sumas de dinero, y corren lágrimas de desesperación, más amargas que las aguas del mar, al verse rechazados: súplicas y amenazas se confunden en inmenso clamor: los hijos llaman á sus padres desde la cubierta de los buques que no admiten ya más pasajeros: las madres se mesan los cabellos al verse separadas de los caros afectos de su corazón, errantes aún sobre las olas en frágiles barquillas y mendigando con empeño ser admitidos á bordo de las naves que, á velas desplegadas, abandonan el puerto. Muchos botes zozobran en la lucha, y el mar sepulta, en medio de la general consternación, las primeras víctimas de aquel inmenso pánico que á todos enloquece.

Aléjanse las cargadas embarcaciones con centenares

de patriotas, que largo tiempo padecerán dura miseria, así en San Thomas como en otras Antillas; y los que no han logrado hacerse llevar al extrangero, ganan la playa entristecidos, y esperando ser más felices en alguno de los puertos de Oriente, siguen por el camino de la costa á la escasa guarnición de la Guaira que abandona aquel puerto.

III

Horas después de la salida de la emigración, el ejército realista entra á Caracas, cuya soledad le espanta á la par que le irrita. Perseguidos por él se creen los fugitivos; el terror los domina, y mientras no se internan en los tupidos bosques de la fragosa montaña de Capaya, no se amengua el gran desasosiego ni la celeridad que ponen en su marcha. Mas, ah! cuántas penalidades no les reserva inclemente el destino, en aquellas regiones desiertas é insalubres, pobladas de selvas seculares, de profundos pantanos y numerosos ríos! Insuperables dificultades avasallan las fuerzas de aquellos infelices peregrinos, antes jamás expuestos á tan duras fatigas: póstralos el cansancio, el mortífero vaho de las lagunas los envuelve en sus letales miasmas, agótanse al par las provisiones, y la fiebre y el hambre, como airados fantasmas,

los acosan, amenazándoles con espantosa muerte. A los pocos días de haber salido de Caracas, la inmensa caravana de fugitivos se exhibe en la más desastrosa situación: rotos, hambrientos, rendidos de fatiga, desamparados y sin esperanza de vencer tantas dificultades, los entristecidos peregrinos se arrastran pesadamente en las fragosidades de aquel largo camino, y con sus lamentos llenan el profundo silencio de los bosques. Medias de seda y zapatos de raso se hunden en los espesos lodazales; desnudos quedan delicados piés; vestidos desgarrados dejan á descubierto formas no profanadas por indiscretos ojos; gime el pudor, y sus purpúreas rosas apenas si coloran pálidas mejillas.

Distintos pareceres privan en el ejército respecto á la lentitud de aquella marcha, de suyo trabajosa y llena de amenazas contra la disciplina del soldado. Hay quien proponga, como medida de salud, abandonar á los más débiles de sus compañeros de infortunio, masa confusa de mujeres y niños, y reforzar el paso de las tropas para escapar á la persecución del enemigo; pero Bolívar no permite semejante crueldad, y, á pesar de su anhelo por reunirse con Mariño y ganar á Barcelona antes que Boves, á quien supone á retaguardia, le dé alcance, refrena la impaciencia que le hace padecer la lentitud con que se mueve la apesarada emigración, y esfuerzos infinitos hace por aliviar los sufrimientos de tantos desgraciados.

IV

¡Cuántas escenas tristes, y por demás desgarradoras, alumbró el sol de aquellos días de duelo y ocultaron las sombras de las lóbregas noches de las selvas, campamento forzado de tan numerosos peregrinos!

Tras las contadas horas de reposo que les acuerda noche angustiosa y llena de terrores, se oyen dolientes ayes y desesperados alaridos contestar al toque de clarín que anuncia diariamente, al despuntar la aurora, el instante cruelísimo de ponerse en camino. Extrema confusión é indecible pavor domina á aquellos desgraciados, á quienes torpe sueño hace olvidar, breves instantes, los duros padecimientos á que se encuentran sometidos. Sobresaltados se levantan con el ruido que meten las cornetas, cual si les desgarrasen los oídos las pavorosas resonancias de la trompeta apocalíptica; y vueltos á la vida, y con ella á todas las miserias que los acosan sin descanso, claman al cielo entristecidos, y en confuso tropel se aprestan á seguir la dolorosa marcha, en la que á cada paso acrece su infortunio. De los que yacen todavía soñolientos sobre la dura tierra, á pesar de la ruidosa algarabía del despertar del campamento, muchos no pueden levantarse, por más

que lo desean, ni sacudir el pesado letargo de la muerte, y enloquecidos con la idea de verse abandonados, prorrumpen en desgarradores alaridos. Otros, á quienes rinde aún más que la fatiga, supremo desaliento, se niegan á proseguir la infructuosa cruzada, y sin que basten súplicas y lágrimas de deudos y amigos, permanecen inmóviles en el lecho de amortiguadas hojas que han escogido para esperar la muerte, prefiriendo exhalar allí el último suspiro, á ir á caer exánimes cien pasos adelante, después de inútiles esfuerzos, en los extensos lodazales.

¡ Qué angustioso clamor en aquellas horas de supremo quebranto! Cómo corren las lágrimas, y sangran y se oprimen los generosos corazones! Cuántos sollozos, desesperación, y gritos lastimeros, y conmovedoras despedidas, al alejarse de aquellos transitorios campamentos, anticipados cementerios, donde quedan abandonados á la crueldad del enemigo y á la voracidad de las hambrientas fieras, tantos amigos y parientes que no se verán más! Y forzoso es partir, y seguir adelante, so pena de perecer desamparados. La conservación de la vida reclama sobreponerse á los más duros sacrificios; el egoísmo, sin amortiguar el dolor, posee todos los corazones. Después de despedirse de sus esposos ó padres moribundos, de sus hermanos y amigos que se resisten á proseguir hacia el Oriente, las madres toman en brazos á aquellos de sus peque-

ñuelos que no pueden andar, y que les piden pan cuando ellas no pueden darles sino lágrimas, y siguen los pasos del ejército. Apóyanse los ancianos en los más robustos de sus hijos, y marchan lentamente, murmurando, entre sollozos, sentidas preces por los que dejan sin amparo en mortal agonía. Reúnense las familias, mermadas más y más á cada paso, y, llenas de aflicción, emprenden sin esperanza la forzosa jornada que no todos llegarán á rendir. Los amigos se juntan para ayudarse mutuamente, ó se separan para siempre tomando á la ventura por opuestos senderos. Hermanos y hermanas se buscan sin hallarse en el supremo instante de ponerse en camino, é ingresan en agrupaciones de desconocidos viandantes, así como los niños extraviados que en vano claman por sus padres sin llegar á encontrarlos. El infortunio ata y desata poderosos lazos. En medio á tanta confusión muchos no encuentran qué partido tomar; unos caminan solos, sin procurarse camaradas; otros van á buscarlos entre las filas de las tropas; estos, corren como aturdidos temiendo ser de los últimos en el prolongado desfile de aquel ejército de espectros; aquellos, apenas si se arrastran; y todos, en fin, apesarados y llenos de terror, se alejan sin volver el rostro hacia el lúgubre campamento, dominio de la muerte, que dejan á la espalda; y de etapa en etapa, sembrando la dolorosa vía de insepultos cadáveres, caminan disputándose con cre-

ciente avidez un puñado de arroz, algunas piltrafas de carne de caballo, ó simples raíces de plantas desconocidas y salvajes, para aplacar el hambre, mientras no caen exámines y dan sus carnes de pasto al pico de los cuervos.

V

Inmenso rastro de despojos humanos, y profunda desolación dejan tras sí los fugitivos: escenas dolorosas y trágicas se repiten durante aquella marcha desastrosa al través de las selvas ó por los desiertos arenales de la costa. Ya fija la atención de los desolados peregrinos una mujer que yace agonizando en medio del camino, junto á un niño de pocos meses que en vano exprime, hambriento, el yerto pecho maternal, do la muerte ha agotado la savia de la vida. Ya es un grupo que marcha en pos de vil rocín, sobre el cual va un cadáver que la piedad filial lleva á dar sepultura en lugar bendecido. Más allá, es una madre llena de desesperación á causa del abatimiento de uno de sus hijos, niño de nueve años, que se niega á seguirla, y á quien después de inútiles esfuerzos, no pudiendo conducirlo en sus brazos, ocupados como están con otro pequeñuelo, deja desamparado; y se aleja corriendo como

una enajenada, hasta que, vencida por el dolor y el remordimiento, se detiene, le llama, torna á él arrepentida, lo estrecha contra su corazón, lo baña con sus lágrimas, y se sienta á su lado resuelta á perecer antes que abandonarlo. Ya mírase un anciano caer postrado en medio á su familia, y expirar bendiciéndola con acento desgarrador, entre el tumulto de la general consternación. Ya es otra desgraciada, que, enloquecida por la miseria y el terror, oprime entre sus brazos, con medrosa agonía, á escuálida criatura, á quien no alcanzan á alimentar sus pechos; y, lanzando agudos alaridos, huye veloz por la desierta playa, cual si fantasmas invisibles trataran de arrebatarle el caro objeto de su amor sin ventura, se pierde en los extensos arenales, y llena de pavor, salta sobre las rocas de un escollo y se arroja en el mar.

Por sobre tanto duelo, multitud de alas negras nublan el sol y oscurecen el camino; presurosos se abaten por bandadas los buitres sobre los abandonados moribundos, y antes de que se empañe en muchos de aquellos infelices el brillo de los ojos, principia con encarnizamiento el festín de la muerte.

Pero basta: la pluma se resiste á detallar tantos horrores de todo punto históricos, y el pavoroso cuadro de aquella calamitosa peregrinación, á que el terror á Boves indujo á nuestros padres: cerremos protestando que la muerte, en horas tan menguadas, no fué para

ellos el suplicio mayor ni el más feroz de los martirios.

Aquellas paralelas caravanas, inmensos ríos de lágrimas que corrían hacia Oriente con tumultuosa rapidez, ora saltando entre escarpadas rocas, ora ocultándose en tupidos zarzales y dilatados bosques, más después espaciándose, así en desiertas playas como en profundos lodazales, despeñándose luego, aquí y allá por empinados riscos, y estancándose al fin en los insondables abismos de la muerte, tenían rumores de plegarias, resonancias de infinitos lamentos, y á las veces bramidos de siniestra repercusión, cual las olas que concita entre escollos poderoso huracán. Cuando las dos corrientes alcanzan á llegar á Barcelona, donde se juntan suspirando, mermado en mucho se nota su caudal : y apenas si pueden dar idea de lo que fueron al nacer. En Barcelona y Cumaná sufren aún notable menoscabo, y si logran pasar de aquellos espantosos sumideros, abiertos por las lanzas de Boves y Morales, é introducirse en Maturín, allí se estancan para siempre y desaparecen para no verse más.

VI

Espesas nubes asombran los horizontes de la Patria. El oriente, trono del sol y anhelado refugio de aquellos peregrinos, se oscurece á medida que los numerosos fugitivos invaden las aldeas y se desparraman en las ciu-

dades principales de la comarca, produciendo en toda ella consternación y espanto. Pálida y moribunda la estrella de Bolívar tras el fracaso de "La Puerta", amenaza eclipsarse; y extrañas convulsiones y siniestros rumores ocasiona la desesperación en el abatido ejército patriota, que empujado por los caballos de Morales, alcanza al fin á guarecerse en Barcelona, llevando en pos la adolorida emigración.

Con numerosas dificultades de todo género y linaje, tropieza el Libertador al dar comienzo al desarrollo de sus planes en aquel nuevo y desconocido teatro, donde espera levantar su amenguado prestigio con los destellos siempre fascinadores del heroísmo y la victoria, al propio tiempo que reunir un poderoso ejército, y reorganizar con elementos no gastados el Gobierno de la República. No desmaya empero su vigoroso espíritu; y sin que sean parte á descorazonarlo, el tamaño y la índole de los inconvenientes que ha de salvar en tan laboriosa campaña, se apresura á acrecer, en las pobladas riberas del Neverí, sus enflaquecidos batallones. Remonta buena parte de la caballería, establece seguras comunicaciones marítimas entre Barcelona y Cumaná, donde Mariño acopia municiones y recluta soldados; y á empeño toma revivir, con el propio ardimiento, el postrado entusiasmo de aquellos pueblos, á quienes el batallar sin esperanza y los repetidos desastres hacen ver como ilusorio el triunfo definitivo de una revolución tan duramente combatida.



2,000 hombres reune en pocos días, los equipa y municiona merced al patriotismo de algunos buenos ciudadanos, y ansioso por anmentar las filas de su pequeño ejército con los refuerzos que le ofrece Mariño, se pone en marcha, y va á fijar su Cuartel General en la Villa de Aragua, centro de las llanuras en aquella provincia, interponiéndose con este movimiento entre la emigración y la más próxima de las divisiones realistas que se promete acuchillarla.

VII

En las orillas del Aragua, á cuya márgen derecha demora la mencionada Villa, de antemano elegida para servir de base á las operaciones de la nueva campaña, se une á Bolívar, con 700 peones y 300 ginetes, el Coronel Bermúdez, el intrépido Adamastor de las mitológicas leyendas de las provincias orientales de Venezuela: héroe de escaso ingenio, pero de valor incomparable, á quien desgraciadamente desvanece su gran prestigio popular hasta el punto de considerarse superior á sus incontestables méritos, y de juzgarse muy capaz de libertar él sólo con su espada, la patria, y hasta el mundo, de todos los tiranos.

Ingobernable se manifiesta desde el primer momen-

to el presuntuoso cumanés en sus relaciones con el Libertador; y respirando á menudo el fuego de la insubordinación, y con harta frecuencia dejándose arrastrar por desapacibles rencillas y emulaciones provincianas, entorpece más que coadyuva á avigorar las resoluciones de Bolívar. Pero éste, siempre dispuesto á sacrificar en aras de la Patria los mayores resentimientos, trata de apaciguar las prontas íras y el carácter vidrioso de su indómito teniente, nombrándole por segundo en el mando de los 3,000 soldados reunidos en Aragua; y esperanzado con estimularle á la moderación, se da prisa para fortificar en lo posible la abierta Villa donde fija sus reales, y donde cuenta contrarrestar las victoriosas huestes de Boves y Morales.

Pero el resorte prestigioso que sugetara á la obediencia á tantas desasosegadas ambiciones había sido gastado, si no roto, con el fracaso de "La Puerta," y las visibles muestras de insubordinación y de despecho, que diera Ribas en Caracas, cuando se trató de abandonar la Capital; y por cierto, que no eran favorables, ni con mucho, las circunstancias que á la sazón rodeaban á Bolívar, en tierras del Oriente, desconocidas para él y campamento de sus mayores émulos, para soldar con ejemplar castigo los rotos eslabones de la disciplina militar, en medio á la esfervescencia de las pasiones, y cuando, más que nunca, veía comprometida la suerte de la Patria.

Mal acalladas, hasta entonces, las latentes rivalidades de algunos jefes orientales hacia sus compañeros de armas de Occidente, se manifiestan sin embozo con mengua de la disciplina y del concierto de las operaciones, reagravando la precaria situación del ejército y del Libertador, cuyas órdenes entraba el indómito carácter de Bermúdez y su despego no escondido á someterse de buen grado á las decisiones de Bolívar.

VIII

La Hidra de la anarquía levanta airada sus amenazantes cabezas en Aragua de Barcelona, y Bolívar, sin fuerzas materiales suficientes para decapitarla, la vé erguirse y cobrar ardimiento sin poder abatirla.

Morales, entre tanto, avanza por el camino del Chaparro con un ejército de 8,500 combatientes, y en la mañana del 18 de Agosto se prepara al combate.

No intimida á los republicanos la superioridad númérica en que los aventajan sus contrarios. Para equilibrar en lo posible tanta desigualdad, propónese el Libertador, quebrantar la pujanza de las crecidas huestes enemigas, disputándoles con tenaz energía el paso del Aragua, favorable por cierto á tal propósito; y al efecto, con varios trozos de la mejor infantería, cubre

el vado principal á donde aboca el camino que trae el enemigo, y la escarpada curva que hacen las aguas á inmediaciones de la Villa. Al propio tiempo despliega gran parte de la caballería en el terreno comprendido entre el río y el poblado, y apercibido al desigual combate, fía á la bravura de sus tropas el éxito feliz de la jornada.

Pero lo que no era posible prever, acontece cuando menos lo espera: sin justificada razón, osa Bermúdez corregir tan acertado plan, y terco, como siempre en sus descabelladas decisiones, toma empeño en no defender sino la parte fortificada de la Villa, anulando de hecho la eficaz cooperación de nuestros intrépidos jinetes, por su excelencia, superiores con mucho á los lanceros de Morales.

Profundo desconcierto entraña semejante modificación al frente ya del enemigo. No hay empero poder humano, ni razonamiento bastante convincente capaz de hacer variar las resoluciones de Bermúdez. Muévese el enemigo: supremo es el momento: inminente el peligro. Bolívar acepta el sacrificio de menoscabar en mucha parte su autoridad moral, antes que dar el desastroso ejemplo de la disolución de aquel cuerpo de tropas regulares, que aun sostiene la causa de la Patria; contemporiza, mal su grado, con la indomable terquedad de su teniente; y mero espectador de los desacertados preliminares de la batalla, concierta con



Soublette, las medidas conducentes á subsanar en oportunidad tan inconsulto y aventurado proceder.

El ejército realista cruza el río por varios puntos á la vez, sin encontrar notable resistencia. Empuja el centro de los republicanos, obligándolo á replegar hacia las casas del poblado; rodea el ala derecha, donde se halla Bolívar, y la compele á ejecutar el mismo movimiento; reduce á todas nuestras tropas al estrecho recinto de la plaza de Aragua; y posesionado del bosque que circuye no escasa parte de la Villa, causa horroroso estrago en nuestras filas, al propio tiempo que por todos los flancos los estrecha con grande acopio de infantería y caballería. En pocas horas el cañón enemigo echa por tierra las frágiles trincheras; penetran en las calles los batallones de Morales, y una á una, van arrebatando á los patriotas las posiciones que sostienen.

Nuestros infantes riñen, empero, con sin igual denuedo; cara venden la vida y la victoria, y tiempo dan sobrado á los briosos escuadrones de Zaraza, José Tadeo Monagas, Cedeño y Carvajal, el famoso *tigre encaramado*, de hacer prodigios de bravura y cubrirse de gloria.

En vano el Libertador y sus tenientes se esfuerzan en arrebatar á los realistas los laureles que ya les ciñe la victoria. En vano el colérico Bermúdez se baña en sangre, y ciego de despecho, encarama su caballo sobre las bayonetas enemigas, y apostrofa con violentas

injurias á propios y á extraños, y pisotea á los triunfadores, y abate cuantas cabezas logra alcanzar su poderoso sable. Pero no basta el ardimiento á vencer imposibles.

IX

El destrozo incesante que padecen los republicanos apresura el fin de la jornada. A las cuatro horas de empeñado el combate la mitad de nuestras tropas yacen por tierra revolcadas; los muertos de uno y otro bando se cuentan por millares, y todo anuncia el funesto fin de la batalla. Entre otros cuerpos, el batallón "Caracas," compuesto de la más descollante juventud de la Capital, apenas tiene en pié dos compañías; su Comandante, el valeroso Pedro Salias, firme en el puesto que mantiene, recibe una tras otra, siete heridas, y al cabo cae postrado así como los restos de aquel su heroico batallón, sin haber retrocedido un sólo paso. Gran número de Jefes y oficiales han sido muertos ó heridos. Palenzuela y sus cazadores ya no existen. De 200 lanceros, apenas 42 le quedan á Cedeño. Una bala rompe á Monagas el borrén delantero de la silla, otra la empuñadura de la espada, un nuevo proyectil le arrebata del pecho la *cruz de libertadores*, y al fin, un

casco de metralla le hiere la rodilla y le pone fuera de combate. Zaraza ha perdido en la brega dos caballos, y aunque rechazado por la décima vez, torna á embestir blandiendo la rota lanza sin conseguir romper á sus contrarios. Todos nuestros batallones están envueltos y próximos á ser desbaratados. Inevitable es el desastre; pero aun aplaza la derrota la indómita pujanza, la extraordinaria valentía de Carvajal, cuyo escuadrón, aunque despedazado, resiste largo tiempo los recios choques que le da el enemigo. Aquel intrépido llanero, de perdurable nombradía, asombra con su temeridad á amigos y enemigos. Armado de dos lanzas, que esgrimen sus hercúleos brazos con prodigiosa habilidad, maneja con los dientes la brida de su caballo, y á la cabeza de sus llaneros impetuosos, paraliza los mayores esfuerzos que intenta el enemigo. Interpuesto entre la destrozada infantería y las masas de tropas que á rematarla les arroja Morales, proteje con el pecho de sus caballos nuestra debilitada resistencia, acomete cien veces sin flaquear un instante, é infatigable se mantiene en la empeñada lucha, hasta que herido mortalmente al apoderarse de un cañón enemigo, rinde la vida sobre el trofeo de su victoria.

Con la muerte de Carvajal sobreviene la confusión y la derrota. El ejército republicano se desbanda. Bolívar, con los restos de las tropas occidentales, se dirige á Barcelona por el camino del Carito. Bermúdez, á pesar

del fracaso, se debate aun con desesperación algunas horas más, no con el ánimo de disputar una victoria indisputable, sino por dar satisfacción á los violentos arrebatos de su cólera; fatigado al fin el brazo de exterminar á sus contraros, levanta los acribillados escuadrones de Cedeño, Monagas y Zaraza, y se escapa con ellos, tomando á toda brida la vía de Maturín.

Al precio de 1.000 muertos y 2.000 heridos de sus mejores tropas compra Morales la victoria, y no desmiente en la ocasión el funesto renombre de cruel y sanguinario, de que alardea con impudencia para encarecer más sus servicios á la causa del Rey. Tan luégo como domina el campo de batalla, saquea el poblado, degüella los heridos, y lleva su insanía hasta sacrificar á los inocentes moradores de la asolada Villa. Nadie se escapa á la venganza de semejante mónstruo: sin distinción de edad ni sexo, pasa á cuchillo los ancianos, las mujeres y los niños, que amedrentados se refugiaran en la Iglesia durante la batalla; por centenares cuéntanse las víctimas en el sagrado asilo; hasta en el ara santa corre la sangre de aquellos infelices. La matanza no cesa, hasta que ya no hubo cabezas que cortar; y en tan aciago día, los muertos de uno y otro bando, alcanzaron á la cifra de 4.700, todos americanos.

X

Aquel nuevo desastre produce en la comarca violenta agitación. Desbaratado el núcleo principal del ejército, en el cual cifraban los republicanos todas sus esperanzas, nada se opone á la invasión de los realistas en aquellas provincias: con la vencedora división de vanguardia intérnase Morales persiguiendo á Bermúdez, al propio tiempo que el ejército de Boves se acerca á Barcelona, á marchas reforzadas desde la capital.

No avasalla á Bolívar la dura prueba á que de nuevo le somete el destino; antes por el contrario, su aliento acrece á medida que la Fortuna le abandona, y sin desesperar de encadenarla nuevamente al volcado carro de sus triunfos, corre sin detenerse en Barcelona, que no le brinda seguridades de defensa, á reunirse en Cumaná con Ribas y Mariño, para poner reparo á tan grave catástrofe.

Ilusoria esperanza! El desconcierto que ocasiona la derrota de Aragua hará infructuosos todos los esfuerzos encaminados á detener sus desastrosas consecuencias.

Noticioso Mariño del infausto suceso, cuya estrepi-

tosa resonancia consterna á los patriotas, juzga imprudente permanecer aislado en Cumaná; y resuelve reconcentrar en Güiria las tropas y recursos de que aun dispone la República. Sin pérdida de tiempo comunica esta determinación al Coronel Bermúdez, á quien le ordena abandonar á Maturín y marchar con sus fuerzas á la península de Pária. Publica la ley marcial; invita por bando al vecindario de Cumaná y de sus cercanías á emigrar en seguimiento del ejército; hace venir al puerto la escuadrilla gobernada por Bianchi, que á la sazón cruzaba cerca de la costa; traslada á bordo de las naves el parque y los caudales, en alhajas de plata y oro, que la miseria pública y la total carencia de recursos con que atender á necesidades de la guerra, habían compelido á Bolívar á tomar de las iglesias de Caracas; y solo espera avistarse con éste para acordar las ulteriores operaciones que deben practicarse.

En la noche en que tales aprestos se terminan (25 de Agosto) llega el Libertador á Cumaná; se impone de la decisión tomada por Mariño; convoca á los principales jefes del ejército á una junta de guerra con el objeto de concertar un plan definitivo de defensa, ajustada á la comprómetida situación en que los pone la preponderancia del enemigo, y la escasez de elementos para combatirlo abiertamente. Con muy sabias razones encarece el acertado pensamiento de Mariño, de trasladar á Güiria el Cuartel General, cuya ventajosa situación, sobre el golfo de Paria, les ofrece

con su cercanía á la colonia inglesa de Trinidad, medios seguros y espeditivos para proveerse de armamento y pertrechos; y más que nunca temeroso de que ganen prosélitos las anárquicas tendencias de muchos de sus tenientes principales, se esfuerza en conciliar los ánimos, evocando el recuerdo de la Patria afligida, y encareciéndoles el deber que á todos cumple de sacrificar para salvarla los mayores resentimientos. Pero no alcanzan los prudentes razonamientos de Bolívar á acallar las menguadas pasiones que se agitan en aquella Asamblea. Algunos de los Jefes presentes, de suyo mal aconsejados por apasionadas rencillas y ambiciosas aspiraciones, se empeñan con calor, aunque con débiles pretextos, y por espíritu de contradición, en defender á Cumaná. La mayoría de la Junta decide sin embargo lo contrario; mas sin que llegen á avenirse tan opuestos pareceres, viene á sorprenderlos la inesperada noticia, de que acordado Bianchi con los capitanes de los buques, y previo el soborno de la tropa embarcada, y de la guarnición del Castillo de San Antonio, se hace á la vela, sin que nadie se lo pueda impedir, llevándose el parque y las alhajas que, en mala hora, se le hubieran confiado.

XI

Semejante acontecimiento trastorna todos los proyectos, y apresura el desenlace de aquel drama sangriento.

En tan conflictiva emergencia, resuelve el Libertador ir en persona á disputarle á Bianchi los únicos recursos con que cuenta para salvar la Patria. Encarga á Ribas del mando de las tropas; corre al puerto, y protegido por las sombras de la noche, logra embarcarse con Mariño en uno de los buques que ya se alejan de la costa.

La presencia de estos caudillos á bordo de la escuadra desconcierta un instante al infidente aventurero; mas como se viera de luego á luego sostenido por sus cómplices, rechaza las reclamaciones de Bolívar; y so pretexto de resarcirse de una crecida suma de dinero, que sostiene le adeudan las provincias de Margarita y Cumaná, por presas introducidos en sus puertos, niégase á restituir los bajeles y caudales robados.

Inútiles son las amenazas y los ruegos: el pérfido italiano perservera con atrevimiento en su propósito; y no encontrando el Libertador coyuntura favorable en medio de las olas, para obligarle, por la fuerza, á

la restitución de cuanto se ha apropiado, disimula su enojo, esperanzado con poder castigarle ejemplarmente al llegar á la isla de Margarita, donde la escuadrilla debía arribar á hacer aguada y á proveerse de vituallas.

Mas no era Bianchi poco práctico en achaques de piratería, para caer en semejante lazo. Llegado que hubo á la vista de Pampatar, fondea á distancia de los fuegos del fuerte, desembarca la tropa y la oficialidad que tenia á bordo, y solo conviene con Bolívar, después de largas y tempestuosas discusiones, en poner el parque á disposición del Gobierno de la Isla, y en devolverle dos bajeles y dos terceras partes de las alhajas que tenía en su poder, quedándose con el resto de ellas y con tres buques más de la República.

Recuperado en parte aquel tesoro que creyeron perdido, Bolívar y Mariño se apresuran á regresar al continente, ansiosos de ponerse de nuevo al frente del ejército, y continuar la guerra.

En las goletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuelve Bianchi, hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocupado aun por nuestras armas; y en la noche del 3 al 4 de Setiembre desembarcan para ser víctimas del desbordamiento de ensañadas pasiones, y de la injustificable deslealtad de aquellos de sus tenientes principales, á quienes ciega la ambición, y en ingratos los convierte el infortunio.

Durante la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

XI

Semejante acontecimiento trastorna todos los proyectos, y apresura el desenlace de aquel drama sangriento.

En tan conflictiva emergencia, resuelve el Libertador ir en persona á disputarle á Bianchi los únicos recursos con que cuenta para salvar la Patria. Encarga á Ribas del mando de las tropas; corre al puerto, y protegido por las sombras de la noche, logra embarcarse con Mariño en uno de los buques que ya se alejan de la costa.

La presencia de estos caudillos á bordo de la escuadra desconcierta un instante al infidente aventurero; mas como se viera de luego á luego sostenido por sus cómplices, rechaza las reclamaciones de Bolívar; y so pretexto de resarcirse de una crecida suma de dinero, que sostiene le adeudan las provincias de Margarita y Cumaná, por presas introducidos en sus puertos, niégase á restituir los bajeles y caudales robados.

Inútiles son las amenazas y los ruegos: el pérfido italiano perservera con atrevimiento en su propósito; y no encontrando el Libertador coyuntura favorable en medio de las olas, para obligarle, por la fuerza, á

la restitución de cuanto se ha apropiado, disimula su enojo, esperanzado con poder castigarle ejemplarmente al llegar á la isla de Margarita, donde la escuadrilla debía arribar á hacer aguada y á proveerse de vituallas.

Mas no era Bianchi poco práctico en achaques de piratería, para caer en semejante lazo. Llegado que hubo á la vista de Pampatar, fondea á distancia de los fuegos del fuerte, desembarca la tropa y la oficialidad que tenia á bordo, y solo conviene con Bolívar, después de largas y tempestuosas discusiones, en poner el parque á disposición del Gobierno de la Isla, y en devolverle dos bajeles y dos terceras partes de las alhajas que tenía en su poder, quedándose con el resto de ellas y con tres buques más de la República.

Recuperado en parte aquel tesoro que creyeron perdido, Bolívar y Mariño se apresuran á regresar al continente, ansiosos de ponerse de nuevo al frente del ejército, y continuar la guerra.

En las goletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuelve Bianchi, hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocupado aun por nuestras armas; y en la noche del 3 al 4 de Setiembre desembarcan para ser víctimas del desbordamiento de ensañadas pasiones, y de la injustificable deslealtad de aquellos de sus tenientes principales, á quienes ciega la ambición, y en ingratos los convierte el infortunio.

Durante la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

XI

Semejante acontecimiento trastorna todos los proyectos, y apresura el desenlace de aquel drama sangriento.

En tan conflictiva emergencia, resuelve el Libertador ir en persona á disputarle á Bianchi los únicos recursos con que cuenta para salvar la Patria. Encarga á Ribas del mando de las tropas; corre al puerto, y protegido por las sombras de la noche, logra embarcarse con Mariño en uno de los buques que ya se alejan de la costa.

La presencia de estos caudillos á bordo de la escuadra desconcierta un instante al infidente aventurero; mas como se viera de luego á luego sostenido por sus cómplices, rechaza las reclamaciones de Bolívar; y so pretexto de resarcirse de una crecida suma de dinero, que sostiene le adeudan las provincias de Margarita y Cumaná, por presas introducidos en sus puertos, niégase á restituir los bajeles y caudales robados.

Inútiles son las amenazas y los ruegos: el pérfido italiano perservera con atrevimiento en su propósito; y no encontrando el Libertador coyuntura favorable en medio de las olas, para obligarle, por la fuerza, á

la restitución de cuanto se ha apropiado, disimula su enojo, esperanzado con poder castigarle ejemplarmente al llegar á la isla de Margarita, donde la escuadrilla debía arribar á hacer aguada y á proveerse de vituallas.

Mas no era Bianchi poco práctico en achaques de piratería, para caer en semejante lazo. Llegado que hubo á la vista de Pampatar, fondea á distancia de los fuegos del fuerte, desembarca la tropa y la oficialidad que tenia á bordo, y solo conviene con Bolívar, después de largas y tempestuosas discusiones, en poner el parque á disposición del Gobierno de la Isla, y en devolverle dos bajeles y dos terceras partes de las alhajas que tenía en su poder, quedándose con el resto de ellas y con tres buques más de la República.

Recuperado en parte aquel tesoro que creyeron perdido, Bolívar y Mariño se apresuran á regresar al continente, ansiosos de ponerse de nuevo al frente del ejército, y continuar la guerra.

En las goletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuelve Bianchi, hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocupado aun por nuestras armas; y en la noche del 3 al 4 de Setiembre desembarcan para ser víctimas del desbordamiento de ensañadas pasiones, y de la injustificable deslealtad de aquellos de sus tenientes principales, á quienes ciega la ambición, y en ingratos los convierte el infortunio.

Durante la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

aquel fatal ejemplo de insubordinacion, semillero de odios y rencores, y causa de innúmeras desgracias para lo porvenir, protegió por el momento los futuros destinos de Venezuela. Alejando á Bolívar del suelo de la Patria, en el supremo instante en que iba á consumarse inevitablemente nuestra completa ruina, los amotinados, sin siquiera sospecharlo, salvaron de una muerte probable, no sólo al Libertador, sino al espíritu de la Revolución que en él se habia encarnado.

Mui cortos dias habrán de trascurrir para quedar comprobado semejante acerto. Cuando el soberbio Ribas, nuevo eje de la gastada máquina revolucionaria, rueda con ella al precipicio, y va á morir sepultado con ella; y sobreviene la noche cruel en que se agitan los remordimientos; y el yugo del vencimiento hace inclinar todas las frentes; y amarga pesadumbre llena los corazones de donde ha huido la esperanza: la estrella de Bolívar se levanta radiosa sobre los muros de Bogotá, ilumina el lóbrego horizonte, y en ella se fijan con encanto las miradas atónitas de sus infortunados compatriotas.

Sigamos, entre tanto, á los que airados en su desesperacion quedan en el oriente batallando.

A tiempo que Bolívar y Mariño dejan entristecidos nuestras costas, despues de entregar á sus perseguidores " todo el dinero y las alhajas que habían rescatado de Bianchi, para que sirviesen á la libertad de la Patria",

Piar arriba á Carúpano con 200 margariteños, impaciente por ocupar el alto puesto que la defeccion le habia discernido al lado del vencedor en La Victoria. Recíbelo éste con grande aparato militar, y como gaje de futuros triunfos preséntalo al ejército, á quien ofrece en la ocasion, exterminar en breve plazo sus envalentonados enemigos.

Presunción engañadora! Los que habian decapitado la Revolución, mal podrian revivir el mutilado cadáver que les quedaba entre las manos. Inténtalo sin embargo con extraordinaria persistencia: los armados brazos del cadáver se agitan largamente en las convulsiones de rabiosa agonía, dan á diestro y siniestro mandobles sin concierto, espantan y causan pesadumbre; y ántes de quedar paralizados en la completa postración de la muerte, ilustran su inevitable vencimiento con heroicidades y proezas que son timbre de orgullo de la gran patria americana.

XIII

Como relámpagos deslumbradores en medio de una noche profundamente oscura, lucen los acontecimientos que nos son venturosos en tan desastrosa campaña. Allá en la invicta Maturín, baluarte inexpugnable de

los republicanos en las comarcas del Oriente, brilla el primero y el más esplendoroso, iluminando la altiva frente de Bermúdez, coronada de súbito de gloriosos laureles; y esto, al propio tiempo que se realizan en Carúpano los sediciosos planes de los nuevos caudillos que se ha dado el ejército.

Después de su victoria en Aragua de Barcelona, Morales había seguido las huellas de Bermúdez; y el 7 de Setiembre preséntase frente á Maturín, con 6,500 combatientes, entre infantería y caballería, é intima á los asilados en la fortificada Villa, la inmediata rendición de la plaza.

Aunque Bermúdez para defenderla no cuenta más de 1,000 ginetes y 250 fusileros, rechaza con indignación las pérfidas insinuaciones del segundo de Boves, y con acuerdo de Zaraza, Monagas, Cedeño, Calderon, y otros muchos patriotas resueltos á vencer ó morir, contéstale con la misma arrogancia que un año antes lo hiciera Piar á la insolente intimación de Monteverde: "el pueblo de Maturín prefiere á la esclavitud el exterminio."

No bien llega á Morales semejante respuesta, rompe los fuegos contra las baterías que resguardan la plaza: la hostiliza de cerca con numerosas guerrillas, y sin resolverse á intentar el asalto, provoca á los patriotas, con groseros insultos, á salir fuera de su defendido recinto. Durante cuatro días, encarnizados y parciales combates se traban, con suerte varia, entre los con-

tendores; pero Bermúdez, cuyo carácter impetuoso no se aviene con mantenerse largo tiempo á la simple defensiva, resuelve cambiar de situación aventurando el todo por el todo. En la mañana del día 12 forma todas sus tropas en columnas cerradas, les comunica su determinación, sale de las trincheras cuando menos lo esperan sus contrarios, y ardiendo en ira y en sed de venganza, se arroja de improviso sobre el ejército realista, arrollando á los primeros cuerpos con que choca á su salida.

Sorprendido Morales con tan resuelta acometida, repliega mal su grado, con una parte de sus tropas, sobre el centro de su propia infantería, situada en el "Alto de los Godos," hace calar las bayonetas, y espera á pié firme la violenta carga de nuestros escuadrones, en tanto que su caballería, tres veces más numerosa que la republicana, corre á arroparla con sus extensas alas.

Los infantes realistas resisten sin desconcertarse el recio choque de nuestros intrépidos lanceros, y una brega sangrienta, tenaz y enardecida, se traba entonces en la inclinada llanura de los Guaros. Los mayores esfuerzos del impetuoso cumanés y de sus valerosos compañeros se estrellan contra las poderosas masas que les opone el enemigo. Después de varias cargas infructuosas, Cedeño, no embargante su probada bravura, es rechazado con violencia, sin que pueda volver á or-

ganizarse. Algunos de nuestros escuadrones, envueltos y estrechados entre los fuegos de los infantes de Morales y las 3.090 lanzas de su caballería, repliegan en desórden, se arremolinan, dan la espalda, y luego se desbandan, perdiéndose disueltos en el vertiginoso torbellino del combate. A pesar de su reciente herida, Monagas logra reorganizar sus revueltos ginetes, y acude á reforzar las repetidas cargas de Zaraza, enfrentado, con sin par bizarría, al mayor número de los caballos enemigos.

XIV

Durante media hora, la fortuna se obstina en favorecer á los realistas. Ni la tenaz intrepidez con que la solicitan los patriotas, ni el anhelo que ponen en atraerla á sus banderas, la mueve á protegerlos. En algunos momentos el conflicto de los republicanos llega al último grado; y de tal modo parece perdida la batalla, que muchos de los nuestros huyen despavoridos, creyéndose completamente derrotados.

Pero Bermúdez, cuya temeridad en ocasión tan crítica no reconoce límites, y cuya sangrienta espada resplandece en medio del combate infundiendo pavor hasta á sus propios compañeros, contiene á sablazos á

los amedrentados fugitivos, les comunica todo su ardimiento, y de nuevo los lleva á la pelea. La talla hercúlea de aquel pujante y colérico soldado adquiere agigantadas proporciones en aquel día de extraordinario esfuerzo sin duda el más glorioso que para él registra nuestra historia; magnífico, al propio tiempo que espantoso en la iracunda desesperación que le arrebata, muéstrase invulnerable, y más estragos su formidable acero causa en las filas de Morales, que, todas juntas las cortantes lanzas de los intrépidos ginetes con los cuales disputa la batalla. Por obra de los esfuerzos sobrehumanos de aquel terrible Adamastor, los republicanos se rehacen, chocan por quinta vez, con indecible furia, contra la infantería enemiga, logran romperla en varios trozos que avientan acuchillados y en desórden en todas direcciones; cargan luego de flanco á los desconcertados escuadrones realistas, los ponen en vergonzosa fuga y proclamando airados aquella insólita victoria con entusiastas víctores y aclamaciones á la Patria, se dan á perseguirlos con encarnizamiento.

A 2,200 hombres muertos, 85 heridos y 900 prisioneros, alcanzó la pérdida total de los realistas en aquella tan desigual batalla; y el vencedor recoje como trofeo de su victoria, 150,000 cartuchos, 2,000 fusiles, 700 caballos ensillados, 6,000 bestias en pelo, 800 reses de ganado mayor y todos los equipajes del vencido.

Derrota más completa y vergonzosa, pocas veces la habían sufrido nuestros enemigos. Escápase Mora-

les, con algunos escuadrones de ginetes, por el camino real de Areo, y huye despavorido hasta llegar á Urica, donde al fin se detiene para tratar de organizarse y esperar á Boves, que en breve invade á Barcelona y con la sangre de inofensivos ciudadanos enrojece las aguas del turbio Neverí.

XV

Ignorante de lo ocurrido en Maturín, Ribas se ocupa en reunir soldados en Cariaco. En pocos días, merced á su infatigable actividad, logra pasar revista á 1.200 hombres de pelea, de los cuales da 800 á Piar, con el preciso encargo de volar inmediatamente á Cumaná, á proteger la retirada á Maturín de la moribunda emigración de Caracas, mientras él con el resto de las tropas va á reunirse con Bermúdez en la ribera sur del Guarapiche.

Quince días despues de la feliz jornada del 12 de Setiembre, el nuevo General en Jefe saluda en Maturín á sus gloriosos compañeros; toma el mando del ejército, activa el reclutamiento que se practica en la comarca; trabaja en la formación de nuevos cuerpos; pone en expertas manos el armamento perdido por Morales: no omite esfuerzos para establecer la perdida confianza, y

en corto tiempo respetable actitud asume nuestro ejército: pues sin contar la división de Piar, alcanza á un efectivo de 2.200 fusileros y otros tantos ginetes bien montados.

Ribas, como Bermúdez, se consideran invencibles con este número de tropas, y juzgando oportuno rematar á Morales antes que Boves llegue á reforzarlo, marchan resueltos hacia Urica, acordes en el plan de interponerse entre las dos divisiones enemigas y batirlas separadamente; pero no bien se ponen en camino, cuando viene á sorprenderlos en el sitio de Guacharacas la infausta nueva de haber sido derrotado Piar en Cumaná y la no ménos alarmante noticia de la marcha de Boves sobre Maturín, tramontando la serranía de San Antonio.

Obra de la insubordinación, del menosprecio por la disciplina y de las temerarias presunciones del segundo jefe del ejército patriota, había sido el desastre que experimentaran nuestras armas en su excursión á Cumaná. Alentado Piar, con haber arrollado en la Quebrada de los Frailes á los realitas que guarnecian aquella plaza, olvidó, al ocuparla el 29 de Setiembre, las terminantes órdenes de Ribas de regresar inmediatamente con la emigración á Maturín, y antes, por el contrario, resuelve de propia autoridad estacionarse en ella y defenderla, desatendiendo las instrucciones recibidas. Mas por mucho empeño que pusiera en acrecer sus tropas y prepararse á resistir á Boves con proba-

bilidades de buen éxito, este, dispuesto á la sazón en Barcelona para marchar á reunirse con Morales, no le da tiempo de hacer serios aprestos; apenas enterado de lo ocurrido en Cumaná, cambia de propósito, y á toda prisa se pone en marcha contra Piar. A 2.000 hombres, en su mayor parte mal armados, había aumentado el General republicano su escasa división, y considerándose bastante fuerte para intentar escarmentar al enemigo, sale á esperarlo el 16 de Octubre en la sabana del Salado, donde sangrienta lucha empeñan los realistas. Boves, con su acostumbrada impetuosidad, ataca con tal furia á los independientes que en breve tiempo los expulsa de sus más fuertes posiciones. Piar se defiende, sinembargo, con su acostumbrada vizarría, mas no le acompaña la fortuna; rota su gente y fugitiva perece casi toda, y el vencedor pasa á cuchillo una gran parte de los emigrados de Caracas y del vecindario de Cumaná.

XVI

Profunda indignación le causa á Ribas la desobediencia y temeridad de su segundo, que tan irreparables desgracias ocasiona, y cuyo pernicioso ejemplo no dejaria de tener imitadores. No se detiene empero á censurar

los hechos consumados, y contando todavía con poder desbaratar á Morales ántes que Boves alcanze á reunírsele, ordena apresurar la marcha sobre Urica, cuando nuevas dificultades atentatorias contra la suprema autoridad de que se halla investido surgen á entorpecer sus decisiones. Mal aconsejado, como siempre, Bermúdez, por su carácter voluntarioso y dominante, se niega á proseguir en solicitud de Morales, y propone en cambio torcer á la derecha é ir á encontrar á Boves, internándose en la serranía por los pueblos de Caicara y San Félix. Violentas y acaloradas discusiones engendra semejante determinación, que Ribas rechaza por descabellada é inconsulta, esforzándose al par en persuadir á su ingobernable teniente, de su injustificable sinrazon. Pero éste, irritado como de ordinario por la contradicion, no cede en sus propósitos, y dejándose guiar por su caprichosa voluntad, con mengua de la disciplina y del concierto de las operaciones, pónese al frente de cási todos los cuerpos orientales, sin que nadie se lo pueda impedir, y haciendo caso omiso de fraccionar el ejército y romper abiertamente con la disciplina, toma la vía de las montañas y marcha resuelto contra Boves; en tanto que el General en Jefe, fracasado su plan por la desobediencia de Bermúdez, se vé obligado á retroceder á Maturín con los pocos soldados que le quedaran fieles.

Internado Bermúdez en la montuosa serranía, toma posiciones el 8 de Noviembre en la altura de los Mague-

Magueyes, se vió forzado éste á prescindir de las ventajas que su reciente triunfo le brindaba, para atender á la reposicion de las numerosas pérdidas que habia padecido su teniente, y á la completa desorganización en que le encontrara todavía; dejando en consecuencia á los jefes republicanos todo el resto del mes en completa libertad de entregarse, á su turno, á reparar los graves descalabros que padecieran nuestras armas en la última refriega.

Tan favorable circunstancia no fué desgraciadamente aprovechada, como en rigor debia esperarse; como lógica consecuencia del relajamiento de la disciplina, reinaba en nuestro campo la anarquía, y con dificultad podia adoptarse un plan definitivo en las operaciones, ni atender á serias medidas de defensa, en medio de la continua agitación de las pasiones, y de los contradictorios proyectos que dividian en Maturín todos los ánimos. Ribas se esfuerza, sin embargo, en aprovechar el singular respiro que le dan los realistas, para reorganizarse en lo posible. A pesar de las dificultades que le asedian, logra elevar su ejército á 4.000 combatientes; y en vista de lo remiso que se manifiestan sus contrarios en atacarle, y de la carencia de recursos para proveer al mantenimiento de las tropas y de los numerosos emigrados guarecidos en Maturín, decide tomar resueltamente la ofensiva, sin contar con que á nuevos y más violentos altercados dará ocasión semejante designio.

Opónese Bermúdez al atrevido intento de salir de la plaza en solicitud del enemigo, por creer temerario aventurar á campo raso una batalla decisiva con ménos gente de la que cuentan los realistas; y con prescindencia del escándalo que su invencible terquedad suscita en nuestro campo, dá pábulo á la desobediencia de muchos jefes subalternos á quienes induce á no salir de Maturín y á esperar el ataque en las resguardadas posiciones que mantienen. Pero resuelto Ribas á procurarse con su genial audacia los halagos de la fortuna, y á jugar el todo por el todo, ántes que perecer de aniquilamiento y consunción, por efecto de la miseria, detrás de los baluartes de una villa, sola y desamparada en medio de la vencida Venezuela, no cede en sus propósitos, é insiste por el contrario con tenaz energía en marchar sobre Urica, y dar una batalla ántes que logre Boves duplicar su ya crecido ejército con los muchos refuerzos que se procura en la comarca.

La mediacion de algunos ciudadanos respetables; la confianza que inspiran las virtudes militares de Ribas; los razonamientos que éste aduce en apoyo de sus planes; y su inquebrantable decision á tomar la ofensiva con sólo aquellos que buenamente quieran seguirlo, vencen al cabo la oposicion violenta de Bermúdez, quien, mal su grado, se presta al fin á acompañarle á Urica, si bien despues de producir con su porfía la separacion de jefes importantes, privando

así á la Patria, en horas tan solemnes y por mesquinas rencillas, de sus valiosísimos esfuerzos.

XVIII

El ejército patrióta sale de Maturín, confiado en las promesas halagadoras de sn afortunado caudillo.

No obstante su desesperada situación, sólo una hora de favor, una hora no más, exige Ribas á su constante protectora, la Fortuna, para cobrar aliento y levantar del polvo, como en mejores días, el volcado carro de la Revolución. Aquella alma invencible, *sobre quien la adversidad no puede nada*, sueña en el propio borde del abismo donde caerá postrada en breve la República y sus contados defensores, con reconquistar á sangre y fuego el vasto territorio que en pocos meses perdieran nuestras armas, y vencedor de los vencedores, tornar á enarbolar sobre las torres de Caracas el desgarrado lábaro de la Revolución libertadora.

Por jactanciosas y descabelladas que bien pudieran aparecer entonces tan gigantescas presunciones, no eran menos sinceras, y cabían con holgura en el alma de Ribas: atleta formidable para quien la guerra había llegado á convertirse en elemento indispensable de su

vida, y era su gloria combatir á los enemigos de la Patria, y vencerlos siempre había sido hasta entonces el final resultado de todas las batallas por él libradas, en el trascurso de aquel sangriento primer lustro de la gran lucha de nuestra independencia. Con tal ventura y bríos, cual los que atesoraba su indomable carácter, no debe sorprendernos que se considerase y con razón, capaz de llevar á cima las más altas y arriesgadas empresas; y la Historia, haciéndole justicia, no vacila en concederle aquellas dotes propias para escalar las elevadas cumbres á donde le impulsaran la fogocidad de su temperamento y sus pasiones tempestuosas.

Mas ah! abrumadora con exceso y muy difícil de sobrellevar, siquiera por corto tiempo, era la situación de los republicanos en aquellos momentos de completa desorganización y de ya próxima é irreparable ruina.

Reconquistada de nuevo Venezuela por las armas del Rey; ahogado en sangre generosa, así en los campos de batalla como en afrentosos patíbulos, aquel ferviente anhelo de independencia y libertad, fuego sagrado generador del entusiasmo patrio en la ensañada lid; convertidas en frías cenizas las más lisonjeras esperanzas; en acerbos dolores todos los sacrificios tan estérilmente consumados; y reducida la Revolución, tan sólo personificada en los acuchillados restos del valeroso ejército patriota, á debatirse aislada, sin apoyo moral y con escasísimos recursos materiales, en un extremo

de la Provincia de Cumaná, á donde la redujeran las vicisitudes de la lucha, la sin par desventura de muchos de nuestros caudillos principales, y las muy graves faltas de aquellos mismos, que llenos de heroísmo perseveraban todavía en sostenerla; escasas probabilidades de acierto y de buen éxito brindaban los desesperados esfuerzos que por el momento pudieran intentarse para recuperar siquiera una pequeña parte de cuanto había perdido la República, á contar del día funesto de la desastrosa jornada de "La Puerta".

Empero, aquellos 4.000 soldados, restos gloriosos de las exhaustas fuerzas de la Revolución, á quienes Ribas y Bermúdez, emulándose en arrogancia y en bravura, acaudillan en la hora suprema, victorean con orgullo nuestra desgarrada bandera, y prejuzgándose capaces de sobreponerse á los decretos del más duro destino, marchan osados á pretender una victoria difícil de alcanzar. Boves entre tanto, los espera levantada en alto la formidable maza con que aplastara en los últimos meses á cuantos ejércitos intentaran vencerle; el 5 de Diciembre golpea con ella á nuestros batallones, y el inmenso fragor que en breve se produce estremeciendo las llanuras de Urica, anuncia la tremenda jornada en donde, vencedor, debía caer vencido el terrible asturiano.

XIX

Los dos ejércitos se avistan desde léjos al descender el uno á la Mesa de Urica donde el otro lo espera, y súbita emoción de inexplicable angustia conturba á entrambos contendores. A nadie se le oculta la suprema importancia de aquel combate á muerte que presto ha de empeñarse, y muy pocos vacilan en identificar la propia suerte con la de la causa que mantienen. Jamás batalla alguna de las que habían librado nuestras armas fué estimada de tanta trascendencia, cual la que se esperaba. Jamás se anheló tanto, antes de combatir, la prez de la victoria, ni con mayor ardor la disputaran luégo los contrapuestos bandos. Ribas, finca en el triunfo de aquel día la salvación de la República, la vida de la Revolución, próxima ya á extinguise á pesar de la poderosa voluntad que la sostiene; y Boves, nada creé haber logrado con todas sus hazañas, si en aquella jornada no alcanza exterminarnos.

A lúgubres presentimientos ceden empero al divisarse aquellos dos campeones que por segunda vez se avistan frente á frente. El recuerdo de su primer encuentro á la par los asalta, produciendo en sus ánimos las más opuestas impresiones: al terrible asturiano

viene á inquietarle cual presagio funesto: á Ribas, por el contrario, lo hace empinar en los estribos con marcial arrogancia; pero al traves de la nube de polvo que levantan sus veloces bridones, en vano se empeña en divisar el sol glorioso que reflejaran nuestras armas el 12 de Febrero en La Victoria; y sólo alcanza á ver la estrecha faja de sabana que al fin llega á mediar entre los dos ejércitos, la cual se les presenta, como una abierta fosa capaz de sepultar en su profunda sima gigantescos despojos.

Empero, el ardimiento de tan esforzados caudillos se sobrepone á las preocupaciones que un instante pudieran dominarlos. Los tambores redoblan en los apuestos campos, piafan inquietos los fogosos corceles, y bélica animación posee y levanta los conturbados ánimos

7.000 hombres formados en batalla, la infantería en el centro y apoyadas sus dos extremidades en poderosas masas de ginetes, enfrentan Boves y Morales á los 4.000 patriotas á quienes Ribas y Bermúdez, sin hacer cuenta de su notable desventaja, despliegan en formación muy semejante á la de sus contrarios.

Ribas pretende equilibrar en parte la superioridad de los realistas, con el arrojo, jamás bien ponderado, de los intrépidos lanceros de Zaraza y Monagas, (*) á quienes previene de antemano comenzar el combate rom-

[*] José Tadeo.

piendo las filas enemigas, y luégo volver cara y acometerlos por la espalda.

En los extremos de la alineada infantería de Blas Paz del Castillo y Andrés Rojas, se colocan los mencionados escuadrones, teniendo á retaguardia el grueso de la caballería mandada por Barreto, la cual ha de apoyarlos en caso necesario; y algo más lejos, la pequeña columna de reserva encargada de custodiar el parque.

XX

Fijada de esta manera nuestra línea de batalla, sin que Boves, con asombro de todos, intentara impedirlo, y distribuidos entre la infantería los tres cañones que se habian podido traer de Maturín; quedó de un todo establecido nuestro campo, esperando la orden de empeñar el combate.

Aprovéchase Ribas, de la inmovilidad en que se mantiene el enemigo, para recorrer en unión de Bermúdez, la línea de nuestros batallones, procurando comunicarles el belicoso ardor que á sus jefes inflama; y así como les recuerdan los triunfos inmarcesibles de otros días, sin ocultarles que en la presente jornada va á decidirse irremisiblemente la suerte de la Patria, con prestigiosas frases los exhortan á vencer ó morir y ofrecen gra-

dos á la oficialidad y recompensas pecuniarias á las tropas, si logran arrebatar á los realistas tan deseada victoria.

Con entusiastas víctores contestan nuestros soldados á las exhortaciones de sus jefes; la artillería dispara sus cañones, y Boves, que hasta entonces permaneciera inmóvil y sombrío, cual si no pudiera desechar los presentimientos que le abruman, despiértase de súbito al ruido provocador que meten los patriotas: levanta airada la abatida frente, empuña la poderosa lanza, y abarcando de una sola mirada la colocación de los diversos cuerpos de su ejército, juzga débil la extrema derecha de su línea de ataque, y vuela á procurarle su personal apoyo, á tiempo que los violentos escuadrones de Zaraza y Monagas, parten veloces contra el ejército realista, y formidable choque van á dar en sus flancos.

Toca á los *Rompe-líneas* de Zaraza, cerrar de firme contra Boves, por sobre las descargas de los infantes de Morales, y acaso nunca con más resolución y mayor ímpetu supieron embestir nuestros ginetes. Terrible fué el encuentro y la lucha, aunque rápida, con exceso sangrienta. Boves se manifiesta, como siempre, poseído de aquel ardor incomparable, distintivo de su extraordinaria valentía. Pero por más que en la ocasión hace prodigios de bravura, sus lanceros retroceden después de corta resistencia sobrecogidos de irresistible espanto; rotos, y acuchillados por la espalda, huyen á rienda suelta, sin que la voz tonante de su jefe que, envuelto

queda por los nuestros debatiéndose cual fiera acorralada, alcance á detenerlos. Colérico, en su desesperación al verse abandonado, y como nunca fiero, Boves persiste en combatir con los pocos jinetes que le restan: su lanza, como el rayo de Júpiter, abate ensangrentados á cuantos osan lidiar con él en singular combate; nada consigue empero tan personal bravura, y encontrándose al fin, solo y expuesto á perecer inútilmente, cuando por retaguardia va á ser acometida toda su infantería, intenta desasirse de las audaces picas que lo estrechan, y volar en auxilio de sus amenazados fusileros. En tan supremo trance, la fortuna, de que tanto abusara, le abandona; el indómito potro cuyos ijares rasga la espuela del gigante, se encabrita de pronto, niégase á obedecer á freno y acicates, y un oscuro soldado venga la Patria, postrando en tierra, de una mortal lanzada, á aquel feroz batallador, el más pujante y cruel de nuestros enemigos.

XXI

Con la muerte de Boves, aunque por todos ignorada en el primer momento, la victoria parece sonreirnos; pero después de aquel suceso venturoso, todo cambia

en seguida: nuevas y tristes faces presenta la batalla, y en nuestro daño no tarda en decidirse.

A tiempo que el impertérrito Zaraza, rompe el ala derecha de la línea enemiga, Monagas, menos feliz, es rechazado en el opuesto flanco con numerosa pérdida; y mientras el primero, ya vencedor á retaguardia de los infantes de Morales, vuelve cara para cargarlos por la espalda, el segundo, alanceado, envuelto y perseguido con encarnizamiento, sin que Barreto se mueva á darle auxilio, con el grueso de la caballería, corre veloz con intención de rehacerse, hacia aquellos perplejos escuadrones poseídos de inexplicable pánico.

En tan supremo trance, angustiosa inquietud se apodera de nuestros batallones; aliéntalos empero, la serenidad olímpica de Ribas, y el furioso arrebato con que Bermúdez parte, á toda brida, á colocarse al frente de los jinetes de Barreto, para llevarlos al combate. Mas la esperanza de ver cumplido semejante propósito, no los halaga sino breves instantes. La caballería republicana vuelve la grupa á los realistas, antes que el fiero cumanés llegue á impedirlo; y formando una compacta masa con los perseguidos lanceros de Monagas, huye desatentada, se arroja sobre la infantería patriota que rompe y desordena sin que sus valerosos comandantes alcancen á evitarlo; y así, revuelta y pisoteada, la deja y abandona á las cortantes lanzas de los jinetes enemigos, y á la furiosa arremetida de todas las

bayonetas de Morales, que deciden bien pronto la jornada.

Espantoso, bajo todos aspectos, fué el combate que se siguió á la huida de la caballería.

Cercado Zaraza á retaguardia de las tropas realistas, no tiene otro recurso para salvar la vida, que abrirse paso por la fuerza; lo çual logra con pérdida de la mayor parte de su gente, y se aleja de aquel sangriento campo donde es inútil toda resistencia.

Bermúdez por su parte, obstinado en su empeño de detener á los amedrentados fugitivos, para revolverlos al campo de batalla, se ve arrastrado al fin, y á su pesar, por la derrota. Y sólo queda Ribas con un puñado de valientes, debatiéndose frenético sobre los restos de su ejército, hasta que muerto Paz Castillo, y degollada toda su infantería, no queda en pié un soldado.

Sorprendido por tan completo vencimiento, aquel guerrero altivo, jamás vencido y á quien tanto había mimado la fortuna, no sabe huir; y antes que á resolverse á dar la espalda al enemigo, prefiere por el contrario, hallar gloriosa muerte en las pampas de Urica. Pero en vano se esfuerza en contrariar la adversa suerte, que de antemano le ha condenado á perecer, no tarde, en miserable aldea, solo y sin gloria, por el cuchillo de oscuros asesinos. Y vaga errante entre millares de cadáveres, al violento galopar de su caballo, con el uniforme desgarrado, la espada rota en la convulsa mano y cu-

bierto de sangre, sin que la muerte acuda á detenerlo. En su loca demencia, se manifiesta como nunca su indominable orgullo, y es fama que se le oyó exclamar entonces con dolorido acento: "Oh! Patria, oh! Patria! si del polvo donde yaces sepultada, no han podido levantarte mis brazos ¿quién osará intentarlo?"

Semejante pregunta, se encarga de contestarla al punto el odio insano en que se abrasan las hordas triunfadoras; pero el nombre de Bolívar imprecado por ellas con ruidosa algazara, no llega acaso á los oídos del despechado Ribas, atento solo á los furiosos gritos con que la tumultuosa soldadezca atruena el aire repitiendo: *A Maturín, á Maturín, volemos á degollar allí á los emigrados.*

Esta amenaza, cual prestigiosa luz, esclarece de pronto el ofuscado espíriru del héroe; la desesperación que le domina, cede, no sin esfuerzo, á una dulce esperanza: aun puede serle útil á sus amigos y la Patria. Su alma se espande. Con imperioso gesto osa retar á los degolladores: á quienes grita, lanzando á todo escape su caballo: "*Malvados! me encontraréis en Maturín;*" y al traves de las cerradas lanzas enemigas, se abre paso con la impetuosidad del huracán, y se aleja imprecando la funesta llanura, donde por la primera vez, quedó vencido.

Los jinetes realistas persiguen con tenacidad, durante algunas horas, á los pocos republicanos que lo-

gran escapar de la matanza; y al filo de sus aceros pierde la vida, entre muchos patriotas distinguidos, el Licenciado Sanz, virtuoso y respetabilísimo letrado, cuyos consejos reclamara Ribas, haciéndole venir de Margarita donde se había asilado, y á cuya prudente mediación, encomendara el restablecimiento de la indispensable concordia entre los jefes militares.

No valió al noble anciano, para con sus verdugos, su inofensivo continente, ni la corona de plateados cabellos, con que los años le ciñeran la frente; muerte le dieron despiadados, y nuevas víctimas continúan inmolando sin que baste á saciarlos la sangre derramada.

XXII

Después de la batalla, Morales se apresura á hacerse nombrar, por su consejo de oficiales reunido al efecto, sucesor de Boves, en el gobierno militar y político de las provincias conquistadas por aquel audaz batallador; y reconocido como tal, asume el mando del ejército, expide aquellas órdenes que estima conducentes al afianzamiento de su nueva autoridad, y luégo se pone en marcha contra Maturín, á cuyo frente llega en la mañana del día 10 de Diciembre.

Allí, con los despedazados restos del ejército patriota, había venido á refugiarse la Revolución, herida ya de muerte en las pampas de Urica, donde cayera agonizante sobre el cadáver del más terrible de sus enconados enemigos. Y era aquella ciudad, cuyo recinto comprendido entre el río Guarapiche, el cenagoso caño que la limita al sur, y los mal construidos terraplenes que por entonces la defendieran por la parte de occidente, la sola plaza militar, y el único pedazo de terreno que, en toda la extensión de Venezuela quedara á nuestras armas.

Amenazada de muerte y sin retirada posible, como se encuentra la numerosa emigración que se refugia en Maturín, resuelve Ribas defenderla, sosteniéndose á todo trance en aquella ciudad, donde á la suerte de las armas confía la vida de tantos infelices. Apóyale Bermúdez con toda la energía de su carácter, y unidos esta vez en tan generoso propósito aquellos dos campeones, se apresuran á ponerla en estado de rechazar al enemigo. A los pocos soldados que alcanzan á reunir después de la derrota, agregan cuantos emigrados son capaces de manejar un sable ó un fusil; pero con todos sus esfuerzos no logran organizar sino 500 hombres, en su mayor parte aniquilados por las enfermedades y el hambre.

No avasalla empero el desaliento, ni á Ribas ni Bermúdez, la recíproca emulación que los domina, á

par los enardece, y nada ven como imposible á su genial bravura. Con las mejores tropas, cubren los puntos débiles de la extensa línea que les es forzoso defender, proveen las baterías de buenos artilleros, y alentando con halagadoras promesas á las consternadas familias, cuya suerte les está encomendada, esperan seducir de nuevo á la fortuna con los prodigios que les impulsa á realizar la propia valentía.

Penetrado Morales de la desesperada situación de los republicanos, permanece, no obstante, algunas horas frente á la ciudad, sin dar indicios de resolverse á acometerla.

El renombre glorioso, y la fama de inexpugnable que se había conquistado Maturín, impone algún respeto á los 6,000 soldados de Morales á pesar del belicoso ardor que manifiestan. Y con razón. De todas nuestras ciudades, ninguna como ella, en los primeros años de la Revolución, había sido disputada con más tenacidad, ninguna más heroica. Maturín era el baluarte de los republicanos en la parte oriental de Venezuela, contra el cual se estrellaran hasta entonces, los mayores esfuerzos de los jefes realistas. Sus baterías sirvieron á Piar de pedestal, y lo elevaron á la altura de nuestros capitanes más insignes; ellas ilustran al joven paladín el 20 de Marzo de 1813, con la victoria alcanzada contra Don Lorenzo Fernández de La Hoz, y su aliado Zuazola. Un mes más tarde, con

el rechazo que vuelve á padecer el propio Gobernador de Barcelona, unido á Bobadilla, y finalmente, con la espléndida victoria arrebatada al presuntuoso Monteverde.

Después de Piar, toca á Bermúdez defenderla, y ceñirse los laureles del triunfo, en la recia jornada del 12 de Setiembre. Pero cuán distintas eran las circunstancias y las épocas. Piar había tenido de su parte todo el entusiasmo de las grandes causas que reviven, después de corta postración. A Bermúdez lo había fortalecido el postrer aliento de la Patria. Con Ribas sólo se hallaba la desesperación. La República agonizaba moribunda en los brazos del héroe; y Maturín con todos los prestigios de su renombre de invencible, estaba destinada á ser la fosa donde se sepultáran tan gloriosos despojos.

XXIII

Vacilante Morales, durante todo el día, entre poner un sitio en toda forma á la rebelde Maturín, y rendirla por hambre, ó sobrecojerla por medio de una audaz acometida, se decide al fin á intentar el asalto; y lo aventura en la noche del 10, con 1,500 hombres escogidos, por el sitio denominado el *Hervedero*, á tiempo

que los republicanos, resueltos á procurarse con su arrojo alguna favorable coyuntura para quebrantar á sus contrarios, lanzaban de improviso al Coronel Cedeño con 300 ginetes, á ver de sorprenderlos. A par que truenan los cañones de las baterías y terraplenes rechazando el ataque de las tropas del Rey, galopa nuestra caballería rompiendo las avanzadas enemigas, y esparciendo en todo el campamento confunsión y espanto. En serio apuro pone á Morales aquel inesperado ataque; sin alcanzar á reponerse de tamaña sorpresa, algunos de sus batallones retroceden pisoteados y en completo desorden; pero á punto ya, de que la más espléndida victoria corone los esfuerzos de nuestros intrépidos jinetes, el grito inexplicable de Cedeño, *Alto maturinenses, reunión*, mal interpretado por sus fieros lanceros, los desconcierta de improviso, y sin que haya medios de levantar de nuevo sus desmayados ánimos, repliegan abandonando la comenzada victoria, si bien después de haber causado á los realistas considerable pérdida.

Amanece el dia 11. Profunda consternación domina á los 12.000 emigrados que encierra la ciudad. Los movimientos del ejército enemigo anuncian una general acometida; y aquel "miserable rebaño, de ancianos, mujeres y niños" de que se componía casi en totalidad la emigración, prorrumpe en clamorosos alaridos, cuando á las 7 de la mañana todo el ejército realista se arroja

sobre Maturín, como inmensa banda de hambrientos buitres sobre cautiva presa; y encarnizada brega se traba al punto en las baterías y terraplenes que defienden la plaza.

Durante algunas horas, el reducido número de tropas que oponen los patriotas á los 6.000 soldados de Morales, se sostiene briosamente en sus combatidas posiciones, sin permitir á sus contrarios adueñarse de ellas; pero agotadas al fin todas las municiones y reducidos á defenderse sólo al arma blanca, ceden á su pesar, y el enemigo asalta la ciudad, por sobre los cadáveres de sus heroicos defensores.

Inmenso grito de terror llena los ámbitos de la vencida Maturín; poseída de espanto, la numerosa emigración refugiada en su seno huye despavorida por las calles y plazas, implorando socorro; y sin saber á donde dirigirse, discurre desatentada á la ventura, tropezando á cada paso con la muerte.

Posesionados los realistas de las baterías y terraplenes, invaden el poblado por sus distintas avenidas, donde nuevos combates empeñan con desesperación nuestros lanceros. Pero en vano pretende el heroísmo sobreponerse á la catástrofe: inútiles son todos los esfuerzos. Emulándose Ribas y Bermúdez en intrepidez y ardimiento, se ostentan gigantescos; su desesperación los lleva á pretender lo que todo un ejército tendría como imposible. La adversidad parece acrecentar los bríos

de aquellos tempestuosos corazones; poseídos de frenética bravura se arrojan sobre las columnas de Morales, lidian con ellas como simples soldados, é ilustran su ruidosa caída con hazañas titánicas.

Rotos, envueltos, acuchillados por la espalda y fusilados por los flancos, sin que baste su decidido empeño á detener y rechazar el huracán de fuego que invade á Maturín, la onda enemiga los abate, pasa sobre ellos como una ola de sangre, y con el degüello de millares de víctimas sella Morales su victoria, y venga los 1.000 soldados muertos que pierde en la jornada.

XXIV

Las escenas finales de este espantoso drama, no se pueden narrar. Cuánta sangre inocente derramada por el crimen! Cuántos dolores! Cuántas lágrimas! El hierro y el incendio se alían para destruir á los vencidos. Ni edad ni sexo respetan las hordas triunfadoras en su insaciable sed de sangre y de venganza.

Alanceado en brazos de su esposa, rinde la vida el esclarecido y virtuoso patricio, Francisco Javier Uztáriz; é igualmente perecen en la horrible matanza José María y José Ignacio Uztáriz, Vicente Blanco Uribe (*),

[*] Abuelo paterno del autor de este libro.

Narciso Blanco, Juan Aristeiguieta, Javier y Pedro Escalona, José María Emazabel y otros y otros distinguidos patriotas, en tan crecido número que sería prolijo enumerar. (*) Citemos, empero, el nombre respetable de una víctima más, el del anciano Francisco José Monagas, cuya muerte realza heroico rasgo de amor filial y abnegación patriótica. Rodeado de su numerosísima familia, espera resignado la muerte aquel patriarca, cuando á todo galope ve llegar al mayor de sus hijos, el coronel José Tadeo Monagas, quien armado todavía de la pujante lanza con que desesperadamente ha combatido hasta el último trance, echa pié á tierra con precipitación, y poniendo la brida de su caballo en manos del anciano, exclama conmovido: *Montad padre, montad; no perdais un instante, podeis salvaros todavía atravesando el Guarapiche.* La madre y las hermanas del heroico mancebo se arrojan á sus brazos; pero el anciano las separa al instante, y dirigiéndose á su hijo con el corazón satisfecho, aunque inundados de lágrimas los ojos: *Vuelve á montar*, le dice, con enérgico acento, *mi vida nada vale, salva la tuya qne ha de ser útil á la Patria.*

---

[*] Aquellos soldados enfurecidos [los de Morales] ya no oyeron la voz de sus oficiales ni de su general. El fuego y el hierro acabaron allí para entonces la rebelión de Venezuela. Allí perecieron muchas de las principales familias desde sus cabezas hasta sus esclavos. Allí quedaron en poder del vencedor las armas, las municiones y los restos de sus fortunas que aquellos habían podido llevar consigo. etc., etc.—*Recuerdos sobre la revolución de Caracas por (el realista) José Domingo Díaz, página* 135.

Luégo monta en la grupa del caballo á un niño de nueve años, y agrega despidiéndole: *también salva á tu hermano, y que Dios los proteja.* Monagas obedece, rompe las bandas de asesinos escudando con el cuerpo á su hermano Gerardo, y gana el campo por el paso del Hervedero, acaso en el momento en que su anciano padre espira mutilado á sablazos.

En la espantosa confusión de verdugos y víctimas, que sigue á la batalla, logra Bermúdez escaparse con algunos ginetes en dirección al Tigre. Otra partida de dispersos huye hacia Punceres, buscando guarecerse en los bosques del Buen Pastor. Algunos más alcanzan á refugiarse en los pueblos de la costa. Y Ribas, con diez y ocho oficiales, se abre paso y gana la llanura. Empero, antes de salvar los terraplenes, pára de pronto su caballo al divisar un niño que huye despavorido de las incendiadas baterías en solicitud de su familia; y reconociendo en el azorado fugitivo al menor de los hijos de Don Javier Uztáriz: *Mariano* (*), exclama, deteniéndolo, *¿sabes de mi familia?* Y como recibiera del niño una respuesta negativa, ardientes lágrimas sorprenden los ojos del guerrero y surcan silenciosas el bello rostro del soberbio vencido que, despechado agrega, partiendo nuevamente á galope: *Si encuentras á mi esposa, díle que aun estoy vivo.*

[*] Este niño, el menor de los hijos del desgraciado Uztáriz, fué el estimado anciano que hemos visto descender al sepulcro ayer no más abrumado por los años, pero lleno de merecimientos.

Contados, empero, estaban ya los días de aquel batallador insigne, y eran muy pocos los que debían sobrevivir á la trágica muerte de la Revolución. Su estrella esplendorosa se había eclipsado para siempre en Maturín.

XXV

Venezuela estaba sojuzgada. Por segunda vez, la antigua colonia había extrangulado á la República. Desde los Andes hasta el golfo Triste, dominan, como señores absolutos, los crueles vencedores: y sin embargo, para complemento de la feroz victoria del viejo despotismo sobre la República, parecía indispensable librar una batalla más contra una fuerza poderosa, aun no abatida: contra el alma de José Félix Ribas. Era necesario postrar aquel gigante, en cuyo espíritu, como en la cima de volcánico monte, se agitan todavía amenazantes las llamas del incendio apagado con sangre en campos y ciudades.

Propicia la fortuna á nuestros enemigos, no ha de negarles el nuevo triunfo que ambicionan. El vencimiento de la Revolución se completará en breve con la muerte de su postrer caudillo. Ribas, siempre soberbio, á pesar de verse errante y fugitivo, pretende sobreponerse á los decretos del destino; y engáñado

por halagadora esperanza corre á precipitarse en el oscuro abismo abierto para él.

Abandonado por casi todos sus compañeros de peregrinación tras muchos días de incesante vagar, logra acogerse al cabo á los bosques de Tamanaco, con ánimo de atravesar los llanos de Caracas, tirando hacia Barquisimeto, en donde erradamente supone todavía al General Urdaneta lidiando por la Patria. Enfermo, fatigado, y ya sin otros compañeros que un oficial de toda su confianza, un fiel criado y un medroso guía, se detiene para cobrar aliento en la parte del bosque más inmediata al Valle de la Pascua. Transidos todos de hambre y de miseria, decide Ribas, enviar á su fiel criado á procurarse algunos víveres en el vecino pueblo; pero reflexionando, que por no ser el elegido práctico del lugar puede inspirar sospechas, encarga al guía tan delicada comisión, y éste, confiado en el conocimiento de la localidad, se presta á practicarla con la mayor cautela. Y parte, y se aventura en el poblado observando sigilosa reserva; mas, no embargante toda su discreción, despierta alguna desconfianza, y no falta quien le acuse de sospechoso. Conducido ante el Juez, se turba, se contradice; el tormento le hace al fin confesar su secreto, y á la cabeza de una tropa de expontáneos esbirros, torna al lugar donde dejara á los infortunados fugitivos, á quienes dormidos los encuentran.

Ribas despierta maniatado. El moderno Sansón republicano, no puede defenderse. La sangre de sus dos compañeros corre en el propio instante, y en el sitio mismo en donde los sorprenden; la del indefenso batallador, la reservan los cobardes sicarios para saciar las iras de feroz populacho.

Conducido de poblado en poblado hasta la aldea de Tucupido, desde donde lo reclama con empeño para darle muerte el Teniente Justicia Barrajola, frenética muchedumbre corre á encontrarle, y paso á paso le sigue escarneciéndole con obras y palabras soeces, sin que la frente altiva del vencedor en La Victoria se incline una vez sóla, apesarada. Y erguido, como en los días gloriosos de sus mayores triunfos, la sonrisa del desprecio en los labios, y el amor á la Patria vivo en el corazón, rinde la vida el invicto guerrero á manos de oscuros asesinos, desafiando la muerte y llenando de confusión y espanto á sus propios verdugos.

XXVI

Así termina su carrera de triunfos, á los 39 años, aquel pujante lidiador, á quien Bolívar apellidara *el invencible*. Así el soberbio atleta selló sus credenciales á la inmortalidad. Su muerte privó á la Patria de un po-

deroso defensor de aquellos sus derechos ultrajados, que nuevamente tornará á ventilar; para los realistas fué motivo de gran satisfacción: aquella espada los había flagelado en cien combates, y Horcones, Niquitao, Vigirima, Ocumare del Tuy, La Victoria, y la primera Carabobo, eran inolvidables.

Mutilado el cadáver del héroe, "la poderosa diestra terror de los enemigos de la Patria, fué colgada en un palo á media legua de Tucupido en el camino real"; la cabeza frita en aceite y puesto en ella, por escarnio, el gorro frigio "que usara siempre como emblema de la libertad", la encerraron en una jaula de hierro; y hubo prisa en enviarla á Caracas, en cuya plaza mayor (*), se colocó en una horca levantada al efecto para tamaña afrenta; y luégo, aquel augusto despojo que impíamente negaron á la tierra, lo mantuvieron suspendido, durante muchos años, en la llamada Puerta de Caracas, á la salida del antiguo camino de La Guaira, proclamando con ello toda la importancia que daban á aquel muerto y todo el odio en que los abrasaba la venganza.

Tantos y tan dolorosos sacrificios probaron la virtud de nuestros padres. El período cruelísimo de guerra á muerte, en los años de 13 y de 14, retempló la energía de aquellos hombres que debían perseverar en el propósito de libertar á su país; él aparece hoy cual for-

[*] Hoy Plaza Bolívar.

midable yunque, sobre el cual golpearon sin romperse las poderosas espadas que no tarde deberían cortar gruesas cadenas.

Dios no concede á sus criaturas grandes bienes sino después que ardientemente los han solicitado, y cuando por muchos sacrificios y altos merecimientos se muestran dignas de obtenerlos. Probados en la desgracia, el triunfo debía encontrarlos fuertes y capaces de mantener su obra á la altura de los inmensos sacrificios que les había costado. De la sangre de aquellos mártires renacerá en breve la República.

En 1812, la Revolución se dejó maniatar en La Victoria. En 1814 fué degollada en Maturín. Tocó á Morales sepultarla. Sobre la lápida mortuoria vino á fijar sus reales el ejército expedicionario de Morillo, y 20,000 soldados, orgullosos, montaron guardia á aquel cadáver que un pueblo ingrato escarnecía frenético, ayudando á repartirse los despojos.

¿Quién osará resucitarlo? ¿Quien hará tal prodigio? En la completa postración en que yacen los ánimos más fuertes, nadie es capaz de sospecharlo; pero el dedo de Dios señala un gran proscripto, que arrojado por fuerza de la Patria, cruza el mar, con el corazón apesadumbrado; pero con el alma llena de esperanzas. Seguidle, y le hallaréis combatiendo de nuevo en la Nueva Granada, nuestra vecina hermana, y al mismo tiempo que la Revolución recibe el golpe de gracia en Maturín, el pueblo de Bogotá victorea con entusiasmo el nombre de Bolívar.

LA INVASION
DE LOS
SEISCIENTOS.

LA INVASION DE LOS SEISCIENTOS

IMPROPIAMENTE LLAMADA

RETIRADA DE OCUMARE.

(Del 17 de Julio al 27 de Setiembre de 1816).

I

Todo había muerto, inclusive la esperanza, cuando el 3 de Abril de 1815 llega á nuestras costas la gran expedición del General Morillo, á quien el Rey Fernando VII encargara de la pacificación de las colonias sublevadas en 1810; y la época triste de la nueva dominación española principia para Venezuela con el sometimiento de la Isla de Margarita, refugio de los pocos patriotas que lograron escapar de las sucesivas matanzas de Barcelona, Cumaná y Maturín.

Propicias se le ofrecían las circunstancias al soberbio Pacificador, vencida como estaba la revolución, y postrados en el más supremo desaliento cuantos con no-

ble estímulo la hubieran fomentado. Pero no era Morillo, por las condiciones de su carácter, duro y violento con exceso, ni por las escasas dotes de su espíritu, el hombre apropósito para llevar á término feliz la delicada comisión que con plenos poderes se lehabía encomendado. Brutal, despreciativo y sin piedad para con los vencidos, desmintió de obra lo que prometiera de palabra, y una situación muy semejante á la de Monteverde le creó á Venezuela, sobrepujando á aquella con los desacatos que se cometieron sin escrúpulo contra la moral pública y privada de un pueblo desgraciado.

En cambio del generoso bálsamo que requerían para cicatrizarse las múltiples heridas abiertas por Boves y Morales, y tantos otros como ellos, de funesto renombre, aplicóles el corrosivo apósito del odio y la venganza con la violencia más desatentada; y cayeron sobre el pueblo empobrecido, los empréstitos forzosos, los secuestros, que en poco tiempo se elevaron á la cifra de 22.000,000 de pesos, la confiscación de las harinas de los particulares á favor de los soldados españoles; el obligatorio alojamiento de la oficialidad expedicionaria, con escarnio, las más veces, de la decencia y de la honestidad; las delaciones falsas, cuyos autores se premiaban; las injustas prisiones, de cuya injuria no escaparan respetabilísimas matronas; los ultrajes de todo género y linaje, la burla cruel, el escarnio insolente, los consejos de guerra permanentes; y la aplicación del último su-



plicio para las menores faltas (*): considerándose como de infidencia hasta el silencio, y, ay! no pocas veces hasta los suspiros y las lágrimas.

Morillo califica, sin embargo, aquella su execrable tiranía de nueva era de regeneración para la insultada Venezuela, y la corte de aduladores cobardes, y de especuladores codiciosos, que gira envilecida en torno de los déspotas, se encarga de trasmitir á la posteridad con torpe encomio y ruín lisonja, los desmanes y crímenes de aquel brutal caudillo, como la manifestación más relevante de las grandiosas especulaciones del espíritu humano, y la más eximia gloria de aquella causa, que á la faz del mundo representó en América el despotismo asiático. *No he cesado de trabajar*, decía el terrible Pacificador á punto de marcharse á Cartagena, *por dejar en tranquilidad á Venezuela, y cerrar las llagas que siempre abren los disturbios etc. etc.*" (**).

¡ Sarcasmo cruel! que no se cansa de repetir, felicitando á los venezolanos, "*por la actividad con que le habían auxiliado, y dádole seguridades de su aprecio, pues estaba dispuesto á sacrificarlo todo por la prosperidad de ellos.* Pero, ¿á qué sorprendernos con semejantes dulcedumbres? ¿No ha sido éste en todas épocas el almibarado lenguaje de todos los tiranos cuando

[*] "La pena capital se impuso á los panaderos que vendieran pan á los particulares, y también á los ciudadanos que lo comprasen: toda la harina debía ser para la tropa española".

(**) Proclama del 1º de Junio de 1815.

pretenden halagar? Oh! todos, todos, parece que han hablado por la misma boca! Boca de sirena con lengua de áspid y dientes de acero.

Adelante, adelante!

No encontrando resistencia en Venezuela, no obstante haberla flagelado hasta la saciedad, y reducido á sus principales moradores á la más absoluta miseria, parte Morillo á pacificar á la Nueva Granada, con 5,000 expedicionarios y 3,000 soldados de Morales, dejando en Caracas al Brigadier Ceballos con el cargo interino de Capitán General, y establecida la famosa Junta de secuestros, bajo la presidencia del Brigadier don Salvador Moxó, rapaz administrador de la hacienda pública y privada, y en el hecho, verdadero Capitán General en ausencia del Pacificador.

II

Venezuela era un cadáver, que, si no inspiraba compasión, tampoco atormentaba á sus guardianes con la menor zozobra, pues ni remotamente se temía que pudiera resucitar. Su alma, Bolívar, después de levantarse una vez más, con poderoso vuelo, en Bogotá, había sido oprimida y desgarrada, frente á Cartagena por miserables intrigas, hijas de la malevolencia y la

rivalidad de émulos mezquinos, celosos, con prescindencia de los sagrados intereses de la Patria, de la grandeza indisputable del Libertador, quien, abnegado hasta el martirio, prefiere la expatriación á levantar el estandarte de la guerra civil, y errante, aunque sin abatirse bajo el peso de su doble proscripción, cruza de nuevo el mar, y va á fijar su incierta planta en la antigua Xaymaca (*).

Solo, y abandonado por la fortuna, contempla entristecido á Venezuela, la amada Patria, desde lejana Antilla, llora con ella su libertad perdida, la sangre inútilmente derramada, los bárbaros ultrajes que la abruman; y viva, como nunca, en el alma del proscripto, aquella fé ardorosa en el propio valer, en sus inspiraciones, y en los futuros y grandiosos destinos que Dios reserva á los esclavizados pueblos Sud-americanos, persevera incansable en el propósito de levantar la Patria de su completa postración. Lucha esforzadamente contra el duro egoísmo, los encontrados intereses y las mezquinas pasiones de sus vencidos émulos; y sin desalentarse con los inconvenientes que á cada paso se le oponen, nuevo Prometeo, devorado por el oculto torcedor de su forzada impotencia, se debate con desesperación, en tanto que, inicuos crímenes y vejaciones tantas, soporta aletargada Venezuela. Y sucumbe la heroica Cartagena después de largo asedio; y co-

[*] Jamaica.

mienza el degüello en las regiones que baña el Magdalena; y la victoria de Cachirí entrega maniatado al vencedor el Vireinato de Santa Fé; y Bogotá, Mompox, Zipaquirá, Leiva y Ocaña, así como el Socorro, Veles, Tunja, Cúcuta, Neiva y Popayán, presencian aterradas, el suplicio de sus más esclarecidos ciudadanos. En todas partes se levantan patíbulos donde corre á torrentes la sangre de los republicanos, sin que alcance á satisfacer la sed de sus verdugos; y el Pacificador repite las extorsiones que practicara en Venezuela; y á las esposas de algunos hombres eminentes se las condena al látigo ó al duro destierro; y sobreviene la calma abrumadora del vencimiento, llena de amargas lágrimas, de postración y de miseria; el temor ahoga los suspiros; y el silencio y la muerte imperan largo tiempo como en la soledad de un dilatado cementerio; y desde Guayaquil hasta Angostura ondea terrible y victoriosa la bandera española.

¡ Señor, dónde está tu justicia ! ¿ Hay que desesperar de tu misericordia ? ¿ Deben los hijos de este suelo de América abandonar toda esperanza y someterse al yugo del opresor insano ? No !...... Levantaos, nobles aspiraciones ! Sus, al combate ! émulos generosos de Ricaurte y de Ribas ; perseverad y triunfareis ; ¡ "Boyacá", "Carabobo", nombres gloriosos de futuras victorias que han de coronar vuestra constancia, están escritas con caracteres de fuego en la espada de Bolívar : ella torna á irradiar, apresuraos á reconquistar vuestros derechos !



III

Un hombre generoso tiende al proscripto protectora mano: el ilustre Petión, presidente de la República de Haití, reconoce en Bolívar al futuro libertador de medio continente, al creador inspirado de Colombia, y le franquea los arsenales de los Cayos de San Luis, para armar la nueva expedición de reconquista que llevará á la Patria.

Entre tanto, las frías cenizas de la apagada hoguera revolucionaria, recalentadas por el despotismo y los ultrajes, cobran nuevo calor en Venezuela; y las postreras chispas del extinguido incendio, que, cual fosforescencia de luciérnagas cruzan inciertas la oscura noche del cautiverio colonial, agitándose en los bosques del Orinoco con Cedeño, en las llanuras de Barcelona con Monagas, Parejo, Rojas y Barreto, en las montañas de Chaguaramas con Zaraza y en las pampas del Apure con Páez y Olmedilla, adquieren en los comienzos de 1816 alarmadoras proporciones, acrecentando la furia y la sorpresa, que produce en los dominadores, la insurrección de Margarita, y las proezas de su heroico caudillo el General Juan Bautista Arismendi.

Vencidas por el Libertador, á fuerza de constancia y

laboriosidad, las infinitas dificultades que se oponen á sus proyectos, consigue organizar la atrevida expedición que ha de invadir á Venezuela.

El 20 de Marzo de 1816 se hace á la vela, en el puerto de Acquin (*), la escuadrilla invasora, gobernada por el marino Brión, rico armador de Curazao, á quien Bolívar concede el nombramiento de Almirante. Siete goletas mercantes armadas en guerra componen nuestra armada: hace de capitana la *Bolívar*, á cuyo bordo va el Libertador con su Estado Mayor, y el Almirante Brión, la cual comanda el Capitan de fragata Renato Beluche; navegan en la *Mariño*, que dirige Dubouille, los Generales Mariño, Piar, Mac-Grégor y algunos oficiales; y en la *Constitución*, la *Piar*, la *Brión*, la *Félix* y *Conejo*, regidas por los Tenientes de navío Morué, Pinell, Rosales, Ferro y Lominé, va todo el parque, abundante en municiones y fusiles, y el resto de los expedicionarios cuyo conjunto no excede de 250, contándose entre ellos, inclusive el Libertador, 4 generales, 14 coroneles, comprendidos en este número el Jefe del Estado Mayor, Ducoudray-Holstein, y el Sub-Jefe Carlos Soublette, que en breve ha de ocupar el puesto del primero; 22 comandantes, 11 mayores, 42 capitanes, 28 tenientes, 15 subtenientes, 17 aspirantes, y 11 empleados civiles, entre los que figura el Doctor Zea con el cargo de Intendente General.

[*] Pequeño puerto á 12 leguas E. N. E. de los Cayos de San Luis.



He aquí todas las fuerzas de la famosa y jamás bien ponderada expedición de Los Cayos, con que Bolívar, después de resforzados en su triunfo los vencedores de la Patria, con el ejército peninsular traído por Morillo, pretende libertar de nuevo á Venezuela; pero si escasas, con exceso, eran las fuerzas materiales con que aquel hombre extraordinario se arriesgaba á acometer tan gigantesca empresa, su nombre prestigioso y el de los jefes que le acompañaban engrandecían sus pretensiones llenando el ánimo de nuestros enemigos de justa alarma y angustiosa inquietud.

Los vencedores en la Península española, de tres Mariscales del Imperio de Napoleón, Massena, Víctor, Soult, y del General Dupónt, como pomposamente calificó Morillo á sus soldados, en la proclama expedida en Ocaña, se estremecieron á su pesar al oír resonar en nuestras costas el nombre de Bolívar, y apercibidos al combate esperan á pié firme la tan anunciada expedición.

Esta hace rumbo á Margarita. Frecuentes calmas y contrarios vientos le hacen pesado el mar; con todo, á la altura de la isla danesa de Santa Cruz, apresa una nave mercante con bandera española; recala el 1º de Mayo á los Testigos; acomete en seguida á dos buques de guerra, que bloqueaban, con otros, los puertos de Margarita; después de recia lucha, asalta al abordaje al bergantín *Intrépido* y á la goleta *Rita*, mientras los otros bar-

cos enemigos huyen á Cumaná; y el día 3 de Mayo arriba la escuadrilla al puerto de Juan Griego.

IV

Bolívar desembarca en Margarita. Su presencia intimida á los realistas, hasta el punto de abandonar al tenaz Arismendi la ciudad de la Asunción y el castillo de Santa Rosa, reconcentrándose en la amurallada Pampatar. Algunos días después, el General Arismendi y los principales caudillos y vecinos de la isla, así como los más conspícuos emigrados que se han asilado en Margarita, proclaman y reconocen á Bolívar, en una junta celebrada en la iglesia del Norte, por Jefe Supremo de la República, y al General Mariño por segundo.

El Libertador, anuncia en seguida á Venezuela, haber entrado la República en su tercer período, (*) "autoriza á los pueblos á que nombren diputados á un Congreso, con las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República," dicta medidas conducentes á la apertura de la nueva campaña; pero sin obtener de Pardo la entrega de Pampatar, por más que repetidas veces le intima á que se rinda, deja á Aris-

[*] Proclama que contesta Moxó, poniendo á precio la cabeza del Héroe.

mendi la gloria de vencerlo. Atraviesa el canal que separa del Continente á Margarita, y ocupa á Carúpano (*) el 1º de Julio, sin que la guarnición realista que luégo se retira hacia Cariaco le oponga seria resistencia. Providencias de todo género, encaminadas á hacerse de soldados y fomentar la guerra, dicta el Libertador desde el instante en que pone el pié en el Continente. Llama á las armas á todos los esclavos, ofreciendo emancipar á los que se alisten en las filas de la revolución. Trata de reorganizar el sistema de guerra en las provincias. Envía á Mariño con suficiente parque, á adueñarse de la costa de Güiria; á Piar lo lanza sobre Maturín, que ha de invadir por Caño Colorado; pónese en comunicación con Monagas, Rojas y Cedeño que al punto le reconocen como Suprema autoridad de la República; una asamblea popular que se instala en Carúpano, exige la unidad en el gobierno, ratificándole, con apoyo del Ayuntamiento, los poderes de que le había investido la junta celebrada en Margarita; é infatigable en su labor grandiosa, no escasea los recursos de su elevado ingenio para inflamar el patriotismo de sus conciudadanos, y arrojar armada contra los opresores la masa de sus víctimas.

Empero, antes que logren realizarse la mayor parte de estos planes, crecido número de tropas reunen los

(*) Puerto de donde saliera proscripto el 9 de Setiembre de 1814, y de donde hizo rumbo para Cartagena en el bergantín *Arrogante* que mandaba el Capitán de Navío Felipe Esteves.

realistas en su Cuartel General de Cumaná, y el Brigadier don Tomás Cires marcha con ellas á cercar á Bolívar. Sorprende y despedaza el pequeño cuerpo de avanzada confiado al Teniente Coronel Alcántara, al propio tiempo que el Jefe realista Rafael López derrota en Punche las tropas reunidas de Monagas y Rojas y Cedeño que se aprestaban á auxiliar á Bolívar, quedando reducidos los patriotas al puerto de Carúpano, con los flancos descubiertos y sin posible retirada hacia el interior del país. Cires, cual fuera de temerse, no aprovecha inmediatamente su ventajosa situación y su victoria, y da tiempo á que el Libertador, conseguido su primordial objeto de incendiar el Oriente, se reembarque, y vuele con sus naves á encender la guerra en la Provincia de Caracas aprovechando la ausencia de Morillo.

Ducoudray, á quien reemplaza el Coronel Soublette en la Jefetura del Estado Mayor, así como otros jefes extranjeros de los embarcados en los Cayos, se quedan en Oriente; el resto de la expedición, aumentada con reclutas hasta 800 hombres, dirige el rumbo hacia Occidente; toca el 5 de Julio en Borburata, á barlovento de Puerto Cabello, y en la tarde del día 6, las 15 naves en que navegan los expedicionarios, sueltan las anclas en el desierto puerto de Ocumare.

V

Hélos allí pisando la ¡hospitalaria playa que en breve será testigo de un desastre, á la vez que se enaltece, sirviendo de punto de partida á una inmortal campaña. Esta y aquel confundiéndose realzan el nombre oscuro de Ocumare, que al traves de la catástrofe, brilla resplandeciente en nuestros fastos militares.

La generosa proclama de Bolívar, expresión verdadera de los humanitarios sentimientos que abrigaba su alma, es leída á las tropas aquella misma noche: en ella declara, que por su parte cesa la guerra á muerte, y promete perdonar á los que se le rindan, *aunque fuesen españoles*. El terrible Decreto de Trujillo queda anulado con la proclama de Ocumare, no obstante que los provocadores del formidable reto que entrañó aquel decreto, cerrado como tiene el corazón á la piedad, persisten en la criminal resolución de exterminar á los americanos. Bolívar no se detiene sin embargo en el desarrollo de sus generosos propósitos, expide otro decreto sobre la libertad de los esclavos, y ofrece la más amplia amnistía á aquellos de sus compatriotas que hubieran defendido ó que defendieran todavía la bandera del Rey.

Cumplido este primer deber, en obsequio de la humanidad, no descuida la parte material de su difícil y arriesgada empresa. Impaciente por tentar de nuevo la fortuna, en aquellas comarcas, donde había conquistado tanta gloria y renombre, ordena á Soublette, ponerse al frente de 300 soldados, y marchar inmediatamente tramontando la cordillera de la costa, á sorprender al enemigo, apoderándose de los Valles de Aragua y del desfiladero de La Cabrera, punto estratégico que le importa ocupar al abrir la campaña. Al mismo tiempo, el Teniente Coronel Francisco Piñango recibe orden de ir á situarse en Choroní con el encargo de acopiar gente, así como otros jefes que procuran reclutas, explorando la costa hacia Patanemo y Borburata.

Todas las fuerzas de los patriotas desembarcadas en Ocumare no exceden de 800 soldados, repartidos en nueve cuerpos, los cuales rigen los valerosos Comandantes: Bartolomé Salóm, "Artillería"; José Anzoátegui, "Infantería de honor"; Justo Briceño, "Cazadores de Venezuela"; Francisco Veles, "Girardot"; Pedro León Torres, "Vencedor en Araure"; Miguel Borras, "Cumaná"; José Antonio Raposo, "Güiria"; Teodoro Figueredo, "Caballería"; y Francisco de Paula Alcántara, "los Soberbios Dragones."

Además de estos bravos cuyos nombres registra con orgullo nuestra historia, acompañaban al Libertador, el General Grégor Mac-Grégor, noble escocés,



émulo de los guerreros de Morvén, é inspirado, como aquellos, en las nobles ideas de independencia y libertad. El ya citado Coronel Soublette Mayor General del ejército, á quien tantos servicios debiera ya la Patria, y cuyo nombre iba á cubrirse en breve de inmarcesible gloria; los Tenientes Coroneles Mariano Cansino, una de las primeras víctimas de tan ruda campaña, Ambrosio Plaza, Ricardo Mesa, Pedro Briceño Méndez Secretario del Libertador, y Jacinto Lara; los Capitanes José Ignacio Pulido, Francisco Padrón, José Gabriel Lugo, Mateo Guerra, y otros valientes de merecida fama entre los cuales figuran los dos jóvenes aspirantes Narciso Gonell y Lope María Buroz, quienes apenas cuentan quince años, y los edecanes del General en Jefe, Chamberland, De Marquet, Diego Ibarra y Miguel Arismendi.

VI

Soublette se pone en marcha á las nueve de la noche; tramonta la serranía por el fragoso camino que baja á San Joaquín, y se lanza lleno de atrevimiento en la dirección de los Valles de Aragua, asombrando á aquellos oprimidos vecindarios con su actitud amenazante, y los gritos sin eco de sus tropas: Viva el

Libertador ! viva la Patria ! La nueva de esta invasión audaz, se extiende rápidamente en toda la comarca previniendo á las autoridades españolas; pero sin alcanzar á sacudir las poblaciones del medroso letargo á que se hallaban sometidas. No obstante, logra Soublette entrar á Maracay y sorprender á un escuadrón de húsares haciéndole prisionero al Comandante. Por las noticias que allí recoge, de los movimientos de las tropas realistas, llega á enterarse de la llegada á Valencia del Brigadier Morales, con tropas procedentes de la Nueva Granada, á quien Morillo enviara desde Ocaña al saber el levantamiento de Margarita. Con esta nueva y la no menos alarmante de la marcha de Quéro á cerrarle el camino de La Victoria, Soublette repliega, buscando á conservar sus comunicaciones con el Libertador, y va á esperar al enemigo en las faldas de la montaña por donde cruza el camino de Ocumare. Pocas horas aguarda; Morales se presenta con 800 hombres; pero sin atreverse á comprometer formal combate en las ventajosas posiciones que ocupan los patriotas, se limita á tirotearlos con algunas guerrillas en tanto llega á reforzarle uno de sus tenientes. Prevenido Soublette, da cuenta al Libertador de lo que ocurre, y retirándose á favor de la noche va á situarse en la cumbre de Aguacates esperando á pié firme al enemigo. Aumentadas las tropas de Morales con 300 veteranos españoles del Coronel Bauzá, sigue en per-



secución de los patriotas á quienes Bolívar personalmente había venido á reforzar con 200 reclutas; y el 14 de Julio, las cerradas descargas de un violento y obstinado combate, estremecen la cima del empinado monte. Apesar de nuestras ventajosas posiciones, consiguen los realistas, después de recio empeño, arrollar toda el ala derecha de la línea patriota, antes que llegue á reforzarla el más fuerte de los cuerpos republicanos, atrasado en su marcha, á causa de conducir cada soldado una crecida cantidad de municiones; esta desgraciada circunstancia y un falso informe dado al Libertador, de que por caminos excusados se aventuraban otras columnas enemigas para salirle á retaguardia, hizo que retrocedieran nuestras tropas, marchando en ordenada retirada y conduciendo hasta Ocumare los heridos, sin que Morales se apresurase á perseguirlas.

VII

El mal éxito del sangriento combate de Aguacates, en el cual perdieron los republicanos más de 200 hombres; la superioridad del enemigo, engrosado después de su victoria con una columna más de tropas frescas; la circunstancia de hallarse desembarcado todo el par-

que, con exceso cuantioso; la ausencia de la escuadrilla, que Brión se había llevado á Curazao; y el convencimiento de ser irrealizable la invasión por los Valles de Aragua, con pocas tropas y con tan numeroso acopio de municiones y armamento, teniendo como tenían al frente un enemigo poderoso cerrándoles el paso, deciden al Libertador y á sus tenientes principales á variar de plan sin desistir de sus propósitos. Antes de llegar á Ocumare deliberan sobre el partido que se debe adoptar en situación tan crítica, y después de algunas discusiones, resuelven desembarazar á las tropas de todo el material de guerra que les es forzoso custodiar, reembarcarlo todo en dos buques mercantes y en el bergantín de guerra *Indio libre* qué habían quedado en el puerto, no reservando sino los indispensables pertrechos; y aligerada de este modo la columna invasora, marchar á Choroní, incorporar á Piñango, caer de nuevo á los Valles de Aragua, bajando de la serranía por el Valle de Onoto, y seguir resueltamente hacia los llanos de Barcelona en demanda de las caballerías de Zaraza y Monagas. El Libertador no solo aprueba tan atrevido plan, sino que manifiesta la firme resolución de dirigir personalmente las tropas en aquella ariesgada campaña. Pero esta decisión encuentra opositores en casi todos sus tenientes, quienes al arriesgarse á acometer tan peligrosa empresa, desean obrar con libertad, y no comprometer en ella la vida de su primer

caudillo, indispensable, por mil razones, para la causa de la patria; tanto más, cuanto que solo él podía auxiliarlos con recursos de lo exterior, si llegan á reunir, como se lo prometen, las tropas diseminadas en la vasta región de las llanuras de Caracas y Barcelona, ó en caso contrario, preparar nuevas expediciones hasta lograr hacerse firme en el país.

Algunos de los jefes de cuerpos instaron al Libertador á que se reembarcase con el parque, poniendo á salvo su persona; pero éste se negó abiertamente, y antes por el contrario, tuvo una larga conferencia con Mac-Grégor, después de la cual se adelantó este General para tomar las tropas que habían quedado en Ocumare y conducirlas á Choroní, previniéndose al mismo tiempo al Comandante Piñango apresurar la ocupación de los defiladeros de Curucuruma, por donde baja el camino á la llanura de Maracay. Llegados los derrotados á Ocumare, Bolívar se entretuvo largamente en conferenciar con Soublette, y luégo á las cinco de la tarde montó á caballo y encaminóse al puerto de Ocumare, distante pocas millas del poblado, para activar personalmente el embarque del parque, ofreciendo volver á media noche, hora en que el ejército debía ponerse en marcha, y dejando en el campamento á su ayudante Alzuru, para que por su medio se le comunicasen las novedades que ocurrieran.

Con no pocas dificultades se dió comienzo al embar-

que de los pertrechos y otros objetos importantes que se hallaban en tierra. Bolívar impaciente, recorría la playa con el Comandante de artillería Bartolomé Salóm, activando la nocturna traslación á las naves de aquellos preciosos objetos, en tanto que Morales, acercándose lentamente con sus tropas, llegaba al sitio del Peladero, á corta distancia del poblado. La proximidad del enemigo alarma nuestro campamento. Soublette teme con razón, ser atacado aquella misma noche, y resolviendo adelantar la hora de la marcha, encarga al ayudante Alzuru de ir á participárselo al Libertador. A todo escape llega Alzuru á la playa, en el momento en que leía Bolívar una comunicación de Villaret, Comandante del bergantín *Indio libre*, en la cual manifestaba serias desconfianzas respecto de los Capitanes de los buques mercantes que tenían á su bordo mucha parte del armamento; y, ya fuera por aturdimiento, cobardía ó traición (esta aseguran se comprobó después) el pérfido ayudante puso en consternación á cuantos se hallaban en el puerto, dando al Libertador la falsa nueva de haber entrado Morales á Ocumare, y como consecuencia, la fuga precipitada de las tropas republicanas por el camino de Choroní. Desde aquel instante, todo fué confusión y espanto, é inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo Bolívar para contener las fatales consecuencias del pánico que se apoderó al punto de los trabajadores y de la mayor parte de las personas que le acompañaban. "Hubo imprudentes, y no pocos, que temerosos



de mayor desgracia se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones. Salóm y otros oficiales instaban en tanto á Bolívar á que se embarcase; urgíanle con mil razones.... Su posición tenía en sobresalto á todos sus oficiales" (*). El Libertador cede al fin á las súplicas de todos sus amigos, y aunque al saber Villaret la funesta noticia había picado anclas, pudo ganar el *Indio libre*, esperanzado con poder incorporarse en Choroní á las tropas republicanas, ya que por tierra se encontraba cortado. Pero no todos los que se arriesgaron á la mar logran llegar á las embarcaciones, muchos se ven forzados á revolverse al puerto, donde algunos se ocultan; los menos medrosos se aventuran á acercarse á Ocumare; reconocen la falsedad de la noticia llevada por Alzuru y participan á Soublette lo ocurrido. Este manda inmediatamente al Teniente Coronel Miguel Borras á desmentir la fatal nueva y espera hasta las dos de la mañana la incorporación de los desperdigados fugitivos.

A la hora fijada, pocos de los dispersos se habían incorporado, y el ejército se puso en marcha con dirección á Choroní, contando entre sus jefes al experto Comandante Bartolomé Salóm.

[*] Larrazabal.—Vida del Libertador Simón Bolívar, página 433.

VIII

Era el 15 de Julio. Empezaba la gloriosa campaña que tanto lustre diera á nuestras armas, y que tan importantes resultados alcanzó á realizar.

En el pequeño puerto de Cuyagua encuentran los retirados de Ocumare al General Mac-Grégor, á quien ponen á la cabeza de la columna invasora; conservando Soublette, alma de la inmortal empresa, el puesto indisputable de Mayor General; é incorporados luégo á los raclutas organizados por Piñango, llegan á completar 600 hombres con los cuales descienden el 18 hacia el Valle de Onoto, primera etapa de aquella prolongada sucesión de combates.

Allí, Quero, con 400 realistas los aguarda, decidido á cerrarles el paso; pero los jefes republicanos sin detenerse á concertar operaciones, cargan rápidamente al enemigo y lo derrotan haciéndole varios prisioneros de tropas europeas, que Mac-Grégor perdona y pone en libertad, no obstante que, al seguir el camino de los Valles de Aragua, encuentra degollados en la selva de Güere 51 patriotas, víctimas del cuchillo de Chepito González, esbirro de Moxó.

La población de La Victoria ve dispersar al día si-

guiente, el cuerpo de húsares que le guarnecía, y asombrada contempla á los audaces invasores. Estos cobran aliento con las noticias que allí recogen de los triunfos de Páez en el Apure, y prosiguen llenos de esperanza y con mayores bríos, su intrépida aventura, en tanto que Bolívar, se esfuerza á recalar á la pequeña isla de Bonaire, en persecución de los buques mercantes, cuyos capitanes pretenden apropiarse el armamento y municiones que llevaban á bordo, restitución que no consigue de aquellos pérfidos marinos, sino por la intervención de Brión, que afortunadamente llega con la escuadrilla. Sin más demora, el Libertador torna á hacer rumbo á nuestras costas, se acerca á Choroní, esperanzado con poder reunirse á sus tropas; pero ya Choroní se encontraba ocupado por fuerzas de Morales, quien después de entretenerse largamente recogiendo el copioso botín que en la desierta playa de Ocumare quedó esparcido la noche del embarque, seguía á los invasores. Bolívar prosigue y toca en Chuao, é informado en aquel puerto, de que ya la división republicana se ha introducido en los Valles de Aragua, concibe el proyecto de ir á auxiliarla por Oriente, sabiendo, como sabe, la dirección que llevan los patriotas. Vuelve á Bonaire á recoger el parque, y de allí se da á la vela para Güiria, donde le esperan crueles desengaños.

Profunda alarma se extiende en las comarcas por

donde guía sus pasos la columna patriota. Tras ella, poseído de rabia y de despecho, corre Morales con sus tropas, y Quero y Real la siguen por los flancos. Y á todas partes vuelan comisionados á prevenir á los jefes realistas, provocando contra los invasores las iras populares.

Mac-Grégor y Soublette toman la vía del Pao, siguen el curso de este río, y penetran victoriosos en San Sebastián, después de dispersar 300 hombres de Rosete, que en vano pretenden detenerlos. San Francisco de Cara y Camatagua los ven pasar como una ráfaga de amenazantes bayonetas; por segunda vez atraviesan el Guárico, cortan el Orituco por el paso del Arbolito, desde donde mandan adelante al Teniente Coronel Ricardo Mesa en solicitud del General Zaraza, ó de algunas de sus partidas de jinetes, y el día 29 se detienen frente á Chaguaramas.

La tropa que guarnecía esta villa, no excedía de 300 soldados; pero eran estos, en su mayor parte, veteranos europeos del afamado regimiento de la "Union" llamado luégo "Valencey", y el jefe que los comandaba era el intrépido Don Tomás García, cuyo nombre, hasta entonces oscuro, debía ilustrarse en Carabobo.

Contra la opinión de Soublette y de los principales jefes que le acompañaban, empéñase Mac-Grégor en penetrar en Chaguaramas; y con tal obstinación, que fué imposible disuadirlo de su errado propósito, por más que

guiente, el cuerpo de húsares que le guarnecía, y asombrada contempla á los audaces invasores. Estos cobran aliento con las noticias que allí recogen de los triunfos de Páez en el Apure, y prosiguen llenos de esperanza y con mayores bríos, su intrépida aventura, en tanto que Bolívar, se esfuerza á recalar á la pequeña isla de Bonaire, en persecución de los buques mercantes, cuyos capitanes pretenden apropiarse el armamento y municiones que llevaban á bordo, restitución que no consigue de aquellos pérfidos marinos, sino por la intervención de Brión, que afortunadamente llega con la escuadrilla. Sin más demora, el Libertador torna á hacer rumbo á nuestras costas, se acerca á Choroní, esperanzado con poder reunirse á sus tropas; pero ya Choroní se encontraba ocupado por fuerzas de Morales, quien después de entretenerse largamente recogiendo el copioso botín que en la desierta playa de Ocumare quedó esparcido la noche del embarque, seguía á los invasores. Bolívar prosigue y toca en Chuao, é informado en aquel puerto, de que ya la división republicana se ha intr[illegible] en los Valles de Aragua, concibe el proy[illegible] auxiliarla por Oriente, sabiendo, co[illegible]ción que llevan los patriotas. V[illegible]ger el parque, y de allí se da á [illegible] esperan crueles des- [illegible] en las comarcas por

VIII

Era el 15 de Julio. Empezaba la gloriosa campaña que tanto lustre diera á nuestras armas, y que tan importantes resultados alcanzó á realizar.

En el pequeño puerto de Cuyagua encuentran los retirados de Ocumare al General Mac-Grégor, á quien ponen á la cabeza de la columna invasora; conservando Soublette, alma de la inmortal empresa, el puesto indisputable de Mayor General; é incorporados luégo á los raclutas organizados por Piñango, llegan á completar 600 hombres con los cuales descienden el 18 hacia el Valle de Onoto, primera etapa de aquella prolongada sucesión de combates.

Allí, Quero, con 400 realistas los aguarda, decidido á cerrarles el paso; pero los jefes republicanos sin detenerse á concertar operaciones, cargan rápidamente al enemigo y lo derrotan haciéndole varios prisioneros de tropas europeas, que Mac-Grégor perdona y pone en libertad, no obstante que, al seguir el camino de los Valles de Aragua, encuentra degollados en la selva de Güere 51 patriotas, víctimas del cuchillo de Chepito González, esbirro de Moxó.

La población de La Victoria ve dispe



el general hasta el soldado, de su gloriosa empresa. Los pueblos y vecindarios, al verlos aparecer, se sienten trasportados de entusiasmo; pero no osan manifestarlo las más veces. Los niños, las mujeres y los ancianos, únicos moradores de casi todos los pueblos de Venezuela, en el trascurso de aquella cruda guerra (*), saludan enternecidos á los valerosos invasores. "*Miradlos bién*, dicen las madres á sus hijos, mostrándoles los soldados patriotas, *esos son nuestros libertadores, los compañeros de Bolívar, los amigos de vuestros hermanos, los vengadores de vuestros padres*". Y la columna pasa, victoreando á la Patria, y dejando encendidas en muchos nobles corazones el fuego de la revolución.

IX

Entre aquellos 600 denodados que, poseídos de la grandeza de su intento, cruzan á Venezuela desde las costas de Ocumare hasta las llanuras de Barcelona, no hay rezagados ni medrosos; cuando el cansancio ó la miseria los abruma, una voz prestigiosa los alienta, un espíritu superior, siempre sereno, les comunica reflexivo heroísmo: Soublette les habla el lenguaje severo del

[*] Los hombres hábiles para la lucha combatían alistados en uno ú otro bando, ó permanecían ocultos en las selvas.

VIII

Era el 15 de Julio. Empezaba la gloriosa campaña que tanto lustre diera á nuestras armas, y que tan importantes resultados alcanzó á realizar.

En el pequeño puerto de Cuyagua encuentran los retirados de Ocumare al General Mac-Grégor, á quien ponen á la cabeza de la columna invasora; conservando Soublette, alma de la inmortal empresa, el puesto indisputable de Mayor General; é incorporados luégo á los raclutas organizados por Piñango, llegan á completar 600 hombres con los cuales descienden el 18 hacia el Valle de Onoto, primera etapa de aquella prolongada sucesión de combates.

Allí, Quero, con 400 realistas los aguarda, decidido á cerrarles el paso; pero los jefes republicanos sin detenerse á concertar operaciones, cargan rápidamente al enemigo y lo derrotan haciéndole varios prisioneros de tropas europeas, que Mac-Grégor perdona y pone en libertad, no obstante que, al seguir el camino de los Valles de Aragua, encuentra degollados en la selva de Güere 51 patriotas, víctimas del cuchillo de Chepito González, esbirro de Moxó.

La población de La Victoria ve dispersar al día si-

guiente, el cuerpo de húsares que le guarnecía, y asombrada contempla á los audaces invasores. Estos cobran aliento con las noticias que allí recogen de los triunfos de Páez en el Apure, y prosiguen llenos de esperanza y con mayores bríos, su intrépida aventura, en tanto que Bolívar, se esfuerza á recalar á la pequeña isla de Bonaire, en persecución de los buques mercantes, cuyos capitanes pretenden apropiarse el armamento y municiones que llevaban á bordo, restitución que no consigue de aquellos pérfidos marinos, sino por la intervención de Brión, que afortunadamente llega con la escuadrilla. Sin más demora, el Libertador torna á hacer rumbo á nuestras costas, se acerca á Choroní, esperanzado con poder reunirse á sus tropas; pero ya Choroní se encontraba ocupado por fuerzas de Morales, quien después de entretenerse largamente recogiendo el copioso botín que en la desierta playa de Ocumare quedó esparcido la noche del embarque, seguía á los invasores. Bolívar prosigue y toca en Chuao, é informado en aquel puerto, de que ya la división republicana se ha introducido en los Valles de Aragua, concibe el proyecto de ir á auxiliarla por Oriente, sabiendo, como sabe, la dirección que llevan los patriotas. Vuelve á Bonaire á recoger el parque, y de allí se da á la vela para Güiria, donde le esperan crueles desengaños.

Profunda alarma se extiende en las comarcas por

VIII

Era el 15 de Julio. Empezaba la gloriosa campaña que tanto lustre diera á nuestras armas, y que tan importantes resultados alcanzó á realizar.

En el pequeño puerto de Cuyagua encuentran los retirados de Ocumare al General Mac-Grégor, á quien ponen á la cabeza de la columna invasora; conservando Soublette, alma de la inmortal empresa, el puesto indisputable de Mayor General; é incorporados luégo á los raclutas organizados por Piñango, llegan á completar 600 hombres con los cuales descienden el 18 hacia el Valle de Onoto, primera etapa de aquella prolongada sucesión de combates.

Allí, Quero, con 400 realistas los aguarda, decidido á cerrarles el paso; pero los jefes republicanos sin detenerse á concertar operaciones, cargan rápidamente al enemigo y lo derrotan haciéndole varios prisioneros de tropas europeas, que Mac-Grégor perdona y pone en libertad, no obstante que, al seguir el camino de los Valles de Aragua, encuentra degollados en la selva de Güere 51 patriotas, víctimas del cuchillo de Chepito González, esbirro de Moxó.

La población de La Victoria ve dispersar al día si-



guiente, el cuerpo de húsares que le guarnecía, y asombrada contempla á los audaces invasores. Estos cobran aliento con las noticias que allí recogen de los triunfos de Páez en el Apure, y prosiguen llenos de esperanza y con mayores bríos, su intrépida aventura, en tanto que Bolívar, se esfuerza á recalar á la pequeña isla de Bonaire, en persecución de los buques mercantes, cuyos capitanes pretenden apropiarse el armamento y municiones que llevaban á bordo, restitución que no consigue de aquellos pérfidos marinos, sino por la intervención de Brión, que afortunadamente llega con la escuadrilla. Sin más demora, el Libertador torna á hacer rumbo á nuestras costas, se acerca á Choroní, esperanzado con poder reunirse á sus tropas; pero ya Choroní se encontraba ocupado por fuerzas de Morales, quien después de entretenerse largamente recogiendo el copioso botín que en la desierta playa de Ocumare quedó esparcido la noche del embarque, seguía á los invasores. Bolívar prosigue y toca en Chuao, é informado en aquel puerto, de que ya la división republicana se ha introducido en los Valles de Aragua, concibe el proyecto de ir á auxiliarla por Oriente, sabiendo, como sabe, la dirección que llevan los patriotas. Vuelve á Bonaire á recoger el parque, y de allí se da á la vela para Güiria, donde le esperan crueles desengaños.

Profunda alarma se extiende en las comarcas por

rección del ejército al presentarse el enemigo, y no juzgando apropiado el terreno para esperar en él á los realistas, cuyas fuerzas en número de 1,200 hombres comanda el traidor Quero, se apresura á pasar una montuosa quebrada, conocida con el nombre de la Quebrada Honda, que á muy corta distancia corta el camino, para tomar posiciones en la opuesta ribera. Pero por más premura que se dan los patriotas en practicar tan acertado movimiento, el enemigo alcanza nuestra retaguardia, la carga con impetuosidad y logra desordenarla antes que alcance á guarecerse en la hondonada.

Esta desgraciada circunstancia hace creer á Quero, que los republicanos huyen derrotados, y prometiéndose cortarlos, lanza sobre ellos sus 500 ginetes por tres distintos pasos á la par, mientras la infantería marcha de frente y se interna en la quebrada por el camino real. Súbito rompe el fuego la división patriota ya organizada en la opuesta ribera, y violento combate se traba al punto con porfiado tesón.

El nombre de Quero, odiado y maldecido por los republicanos, no fué el menor estímulo que en aquella

---

trada de Morillo. En Cartagena sirvió útilmente defendiendo con gran bizarría el castillo de La Popa hasta que resuelta la evacuación de la plaza, salió de la Nueva Granada en busca del Libertador, á quien logró reunirse en los Cayos de Haití".—Baralt y Díaz, Historia de Venezuela.

"*Soublette*, decía el Libertador en el Perú, *servirá bien todos los destinos de la República: tiene capacidad, discreción y finura. Es cortés con todos y no mancilla á ningnno; porque él sabe que la cortesía se queda en quién la usa, y la honra en quién la hace*".—Larrazábal, Vida de Bolívar.

jornada tuvieron nuestras tropas. En menos de media hora el enemigo se vé forzado á replegar dejando el campo cubierto de cadáveres; y luégo se declara en derrota, matándonos, empero, al denodado Comandante Piñango, que decide la lucha sacrificándose generosamente por la Patria, en el supremo instante en que la victoria pareció dudosa á nuestras armas.

Gran acopio de caballos, bagajes, pertrechos, y un centenar de prisioneros, entre soldados europeos y gente del país, que Soublette perdona, fueron los trofeos del vencedor.

XI

Alcanzada esta victoria, prosiguen los republicanos su interrumpida marcha. En Santa María de Ipire encuentran á Zaraza, y unidos los expedicionarios á los valientes escuadrones del tenaz lidiador en las llanuras de Caracas, toman la vía de San Diego de Cabrutica, punto escogido por Mac-Grégor para realizar las instrucciones que recibiera de Bolívar.

Ciento cincuenta leguas de continuas marchas y combates, completaban allí los 600 infantes que, levantándose con poderoso vuelo de las infaustas cumbres de Ocumare, emprendieron tan gloriosa campaña. Darles

algún descanso y cuidar de sus muchos heridos, era ya indispensable. La brigada del General Monagas compuesta de 300 ginetes y 200 caribes, armados de lanzas y de flechas, llega á San Diego (*) en el curso del mes. Este importante jefe, ya ilustrado en aquellas comarcas por su valor y su perseverancia en mantener viva y ardiente la llama de la revolución, después del gran desastre de 1814, reconoce á Mac-Grégor por Jefe del ejército, y éste, reorganizados que fueron los diferentes cuerpos que entran á componerlo, da la orden de marcha el 29 de Agosto, y el ejército se mueve con rapidez hacia la Villa de Aragua, con ánimo de adueñarse de ella antes que la ocupe el enemigo.

Pero por mucha prisa que se diera Mac-Grégor en la ejecución de su proyecto, los rigores de la estación lluviosa retardan el paso de las tropas, las que cruzando caudalosos ríos é inundadas sabanas llegan al cabo á inmediaciones del Chaparro, amenazadas de flanco por Morales, con una división de 3,000 hombres, y de frente por el Coronel don Rafael López, con fuerzas superiores á las republicanas. En situa-

[*] Cuatro meses antes, (25 de Mayo) el Doctor Miguel Peña, que á la sazón militaba con Zaraza, había logrado reunir en este pueblo á todos los jefes de las diversas partidas republicanas que obraban á la ventura y sin concierto en las llanuras de Barcelona y Caracas, con el fin de dar unidad á las operaciones militares eligiendo de entre sus Comandantes un jefe superior á cuyas órdenes se pusieran todos; y elegido José Tadeo Monagas, aquellas tropas indisciplinadas habían cobrado en poco tiempo la indispensable organización para hacerle frente al enemigo.

ción tan comprometida, Mac-Grégor resuelve prontamente batir á López antes que logre reunirse á Morales, y noticioso de que este jefe se acerca en su demanda, corre á esperarlo en las ventajosas posiciones que le brinda el campo de Alacranes. Allí pernocta, y al amanecer del día 6 de Setiembre aparece el enemigo en número de 1,600 hombres, entre infantería y caballería, descendiendo las alturas del Roble.

Inmediatamente la división republicana se despliega en batalla sobre la aplanada curva de una de las tantas colinas que forman la ondulante llanura: en el centro los flecheros caribes, mandados por Tupepe y Manuare, valientes indios adictos á la revolución, y los 600 infantes vencedores en Onoto, Chaguaramas y Quebrada Honda; á la derecha los 300 caballos del General Monagas, á la izquierda Zaraza con igual número de briosos ginetes, y, un poco á retaguardia, una columna de reserva á las órdenes del Comandante Mesa.

Preséntanse los realistas á las 11 de la mañana, y extienden su línea de batalla en lo alto de una colina casi paralela á la ocupada por los republicanos, mediando entre ellas una suave ondulación del terreno cubierto en parte de espesos matorrales, y una distancia no mayor de cuatrocientos metros. Refrenando la impaciencia de sus tropas, Mac-Grégor deja llegar al enemigo, y no sólo le permite desplegarse en idéntica formación á la nuestra, sino que lleva su condescendencia

hasta dejarle montar en batería dos cañones de á cuatro.

El intrépido General republicano recorre entretanto la extensa fila de sus alineados batallones, arengando á sus bravos soldados.

López, con algunas guerrillas, da principio al combate. Sus cazadores tratan de apoderarse de los matorrales intermedios entre las dos colinas. Uno de nuestros cuerpos baja á disputárselos, y una reñida brega se prolonga con creciente tenacidad por ambas partes. Pero de pronto el General Mac-Grégor, manda avanzar de frente toda su línea de batalla, y tomando la bandera del batallon "Barlovento", baja de la colina á la cabeza de la infantería, carga á la bayoneta á los cazadores españoles, se apodera del disputado bosque, y sin detenerse en su ardoroso empuje, trepa resuelto á la opuesta eminencia, bajo incesante fuego, hasta clavar sus bayonetas en las filas realistas; al propio tiempo que Zaraza y Monagas caen simultáneamente sobre las opuestas alas enemigas, cuyos jinetes, después de corta resistencia, ceden al choque de los nuestros y se desbandan en todas direcciones.

Aquella furiosa acometida, en la que al par se emulan en impetuosidad y valentía todos los cuerpos de la división republicana, arrolla cuanto le resiste. Vuelca la infantería realista, postrando en tierra al "Batallón del Rey", y á su terrible comandante, el odiado Quijada, famoso por sus crueldades en aquellas comar-

cas, y envueltos y perseguidos por nuestros rápidos caballos, huyen los restos de aquel acuchillado ejército, dejando en el sangriento campo de batalla, 500 muertos, 300 prisioneros, crecido número de armamento y pertrechos, todos los equipajes, algunas madrinas de caballos, cuatro cajas de guerra, una bandera y las dos piezas de artillería en que cifraran los realistas su mayor ventaja.

López se escapa con un grupo de jinetes.

XII

Orgulloso con su completo triunfo en Alacranes, Mac-Grégor toma la vía de Barcelona, llevando de vanguardia, con 100 infantes y 200 caballos al iutrépido Coronel José Gregorio Monagas, y dejando á Zaraza, con parte de su caballería, el cuidado de vigilar los movimientos de Morales.

Los vecindarios de la Villa de Aragua, del Carito y el Pilar, corren á recibir en triunfo á sus libertadores.

La revolución revive con ruidoso entusiasmo en los pueblos de Oriente. La vencedora división republicana es la tea que la inflama. A su aproximación á Barcelona, las tropas españolas que guarnecían la plaza, se retiran á Píritu, donde vuela á atacarlas el General

Monagas, á tiempo que el sanguinario López amenaza de muerte la población de Barcelona, por motivo del regocijo público que manifestara al verse libre de sus dominadores. Noticioso Mac-Grégor de esta funesta nueva, se apresura á impedirlo, redoblando la marcha de sus tropas, y el 13 de Setiembre, ay! demasiado tarde, penetra en la cindad, sin haber alcanzado á impedir el sacrificio de numerosas víctimas, cuyos cadáveres se encuentran esparcidos en las calles y plazas del poblado. López había vengado su derrota entrando á sangre y fuego á la ciudad desguarnecida y asesinando multitud de ciudadanos. Qué mónstruo!

Monagas, al día siguiente de ocupar nuestras fuerzas á la ensangrentada Barcelona, bate completamente á López en el pueblo de Píritu. Mac-Grégor se pone en comunicación con Margarita, de donde recibe de Arismendi armas y pertrechos; envía comisionados á Piar, que á la sazón asediaba á Cumaná, participándole su llegada; y reorganizado y abastecido de pertrechos, se dispone á atacar á Morales que avanza por el camino del Corito.

La noticia de la aproximación del enemigo, fué acogida en el Cuartel General con indecible regocijo. Los victoriosos invasores ansiaban coronar su inmortal campaña, destruyendo á Morales, el azote de aquellas desgraciadas comarcas en la segunda mitad de 1814. La ciudad se agita bulliciosa y llena de entusiasmo. Vencer al cruel canario, era salvar la vida, la familia y el

pan. Mac-Grégor y Soublette convocan todas las tropas á la Plaza Mayor, y el primero las arenga con enérgicas y patrióticas frases, estimulándolas á vengar en Morales toda la sangre inocente derramada en Aragua, Barcelona, Cumaná y Maturín.

Todo el entusiasmo de la primera época de la revolución resucita aquel día. Los soldados piden á gritos que los lleven á encontrar al enemigo ; muchos ciudadanos exigen armas para pelear al lado del ejército. La ciudad se iluminó en la noche como en los días de sus mayores regocijos, Al día siguiente (24 de Setiembre) todos los jefes y oficiales de la división asistieron al *Te-Deum* que se cantó en la Iglesia mayor, en acción de gracias al Altísimo, "que arrojaba sobre nuestras espadas al impío que en aquella Provincia había profanado sus templos, y degollado indistintamente hombres, mujeres y niños hasta en los mismos altares ".

Terminada la festividad religiosa, una noticia inesperada circula rápidamente en la ciudad, aumentando el bélico alborozo de los republicanos : y el nombre de Piar victoreado por todos, proclama la presencia en el puerto de Barcelona del prestigioso General, que poco antes sitiaba á Cumaná.

En efecto, impuesto Piar de los movimientos de Morales, venía en auxilio de sus compañeros de armas con una división que conducía por tierra el denodado y circunspecto General Pedro María Freites.

Reunidas el 25 las dos divisiones republicanas, Piar asume el mando en jefe de las tropas, y en asecho de los movimientos del enemigo, se prepara á combatirlo fuera de la ciudad.

Empero, en aquellos mismos días de patriótica esfervecencia en Barcelona, consumábase en Güiria el mayor de los atentados, á que la emulación mezquina y la demencia de bastardas pasiones pudo arrastrar á dos de nuestros héroes.

Ansioso de poder auxiliar á la valerosa división de Mac-Grégor, á la que no alcanza en Choroní, Bolívar había volado á Güiria, con ánimo de reunir algunas tropas y marchar á su encuentro; pero engañado en sus patrióticas pretenciones, en vez de amigos que le sigan, encuéntrase amenazado de muerte por las espadas de sus propios tenientes. Página triste de Mariño y Bermúdez, que empaña su renombre y que la Patria borraría gustosa, si pudiera arrancarla del libro de la historia.

Una prueba más, y prueba cruel como ninguna, fué la que el corazón del Héroe se vió forzado á soportar en Güiria. Desconocido, rechazado, injuriado por soez populacho, y amenazado de muerte cuando tornaba á la Patria á combatir y á morir por ella, la defección, la ingratitud y la insensatez se yerguen contra él, y le amenazan.... El mar, ménos amargo que el cáliz que le hicieran apurar, salvó á la

Patria acaso de un gran crimen. El Libertador torna á embarcarse y se dirige á Haití. Cómo llevaría el corazón! Mariño y Bermúdez se hacen nombrar primero y segundo Jefes del ejército y abren campaña sobre Cumaná, poniendo de nuevo á la República en la tristísima situación de anarquía militar que sobrevino en 1814 tras el motín de Carúpano, y la primera expulsión de Bolívar.

Tenaz en prolongarle á Venezuela el martirio de la dominación se mostraba el destino; no obstante la fortuna de nuestros contrarios y los punibles desaciertos consumados en Güiria, una victoria más y de no escasa trascendencia coronará en breve á la República.

XIII

Sigamos á Piar y á Mac-Grégor, que á la cabeza de 2,000 combatientes salen de Barcelona en demanda de las tropas realistas, acampadas á pocas leguas de la ciudad, en el glorioso sitio del Juncal.

Al amanecer del 27 de Setiembre avistan nuestros batallones los 3.000 soldados de Morales, preparados para recibirlos entre un espeso bosque rodeado de malezas, de difícil acceso. Nuestra línea de batalla forma-

da á uua larga distancia de las posiciones que ocupa el enemigo, se acerca paulatinamente al bosque, provocando con algunas guerrillas de infantería y caballería á sus inmóviles contrarios; pero en vano se empeñan nuestros cazadores en parciales escaramuzas con las tropas ligeras de Morales; éste se mantiene á pié firme, en sus resguardadas posiciones con el grueso de su ejército. Reforzadas las guerrillas por una y otra parte, y en movimiento nuestra artillería, el combate se aviva, obteniendo los realistas algunas ventajas sobre el ala izquierda republicana. Exasperado Piar con la tenacidad que demuestra Morales en no desamparar el formidable apoyo del espeso arbolado, donde á pié firme se mantienen los 1.600 veteranos del Rey, mientras sus tropas de vanguardia prolongan el combate fatigando gran parte de las nuestras, se pone al frente de los jinetes del ala izquierda republicana, y da sin lograr quebrantarlo, dos cargas de flanco al enemigo. Dos horas duraba la pelea, la sangre corría abundante, y nuestras tropas empeñadas hasta entonces en combates parciales é infructuosos, aunque ardorosos siempre, sentíanse desfallecer. La situación de los patriotas, por demás comprometida, ante las inmóviles reservas de Morales, quien al verlos suficientemente fatigados las movería á arrebatarles la victoria, deciden á nuestros jefes á jugar el todo por el todo cargando simultáneamente con toda la división hasta estrellarse contra las reservas españoles. Acordes en tan atrevido propósito,

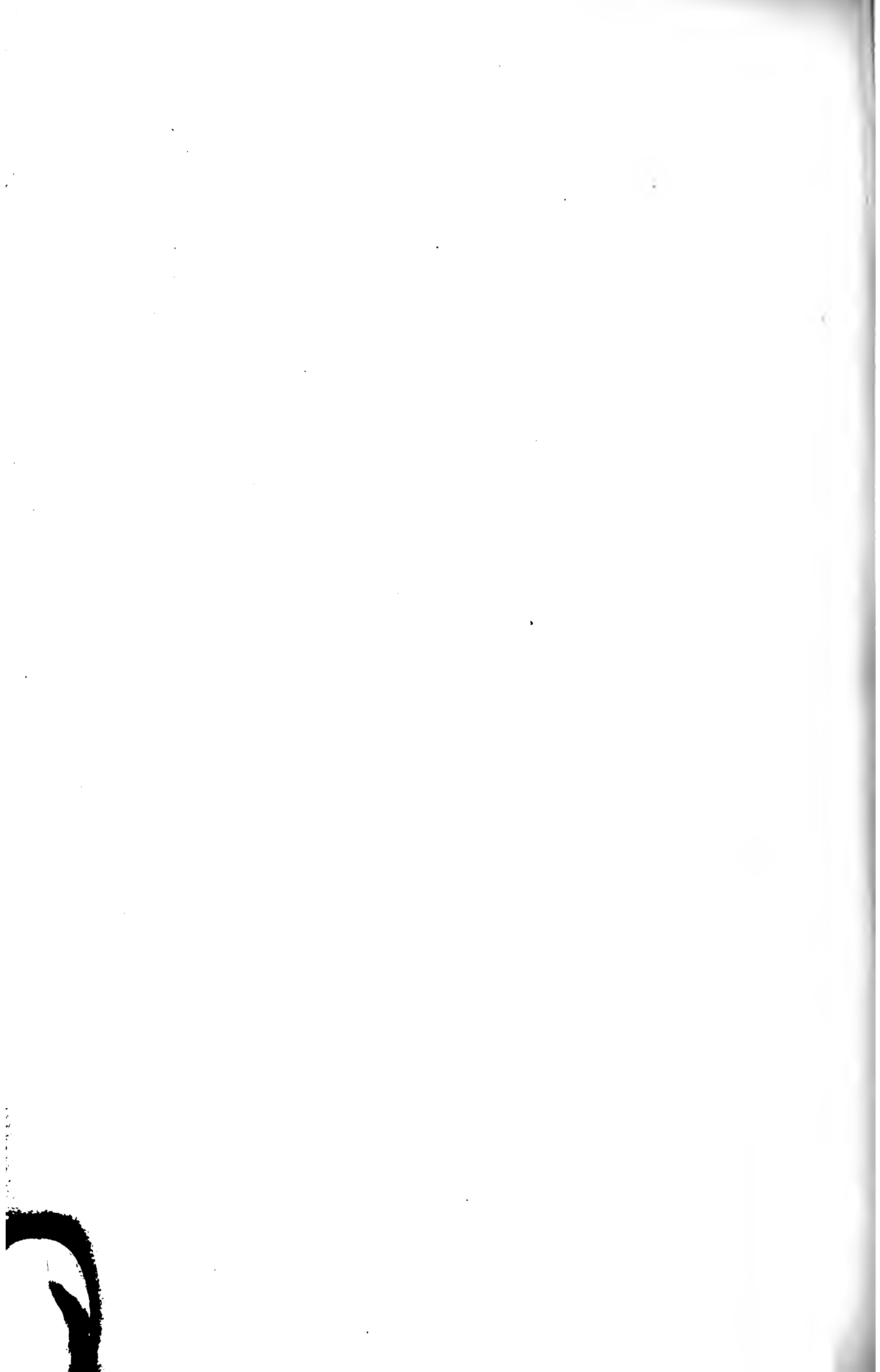
alinéanse de nuevo nuestros batallones: ponése á su frente Mac-Grégor, blandiendo la victoriosa espada de "Alacranes"; Piar encabeza el flanco izquierdo; Monagas el derecho, y á una señal convenida de nuestros tambores y cornetas, la división republicana lanza un inmenso víctor á la Patria y se arroja impetuosa sobre el terrible bosque, que se inflama de súbito despidiendo rayos y atronando el espacio con el ruido incesante de sus repetidas descargas. Nada detiene empero el ardimiento de los republicanos; los caballos de Piar y de Monagas acuchillan después de recio choque á los jinetes enemigos, y Mac-Grégor atravesando las malezas, llévase de pecho los cazadores enemigos, penetra en el terrible bosque, arrolla á los infantes españoles que se defienden algún tiempo con encarnizamiento y que al fin se declaran en completa derrota, y caen al filo de las lanzas de nuestros vencedores escuadrones.

Apénas 300 hombres se salvan con Morales, amparándose en las montañas de San Bernardino. El resto del ejército realista, queda en el campo, muerto ó prisionero.

La división del centro se cubrió de gloria en aquella jornada. Allí Mac-Grégor y Soublette dan término glorioso á la inmortal invasión de los 600. La insigne campaña emprendida desde las alturas de Ocumare, la coronan los brillantes laureles del "Juncal".

Entre las páginas inmortales de nuestra historia militar, esta campaña resplandece derramando perdurable luz sobre los nombres de sus expertos y atrevidos directores.

LA CASA-FUERTE.



LA CASA-FUERTE.

(7 de Abril de 1817).

I

El 1º de Enero de 1817, torna á pisar Bolívar el suelo de la Patria en las playas de Barcelona, llamado con instancia por no pocos de sus compañeros de armas que, sabedores después de la batalla de el Juncal, de lo acontecido en Güiria, habían comisionado al Doctor Zea para pasar á Haití, donde el Libertador organizaba una segunda expedición con el ánimo de invadir de nuevo el continente.

Sin detenerse en Margarita, libre ya por sus propios esfuerzos, Bolívar llega á Barcelona en circunstancias nada lisonjeras para poner por obra los proyectos que le animaban. La anarquía, como nunca descarada, imperaba en el ejército patriota; las opera-

ciones militares carecían de unidad y concierto; y la llamada división del centro habíase fraccionado después de la gloriosa campaña de Mac-Grégor y de la victoria de el Juncal, siguiendo cada uno de sus cuerpos á sus respectivos caudillos, mal avenidos entre sí.

El pernicioso ejemplo de insubordinación y rebeldía, que Mariño y Bermúdez dieron en Güiria, desconociendo la autoridad suprema de Bolívar, y arrogándose la dirección de los negocios públicos y el mando del ejército, había desconcertado en las provincias orientales la poderosa reacción á que se lanzaron los republicanos en ausencia de Morillo.

Investido Mariño, de propia autoridad, con el mando supremo de la República, aunque no ejerciéndolo sino muy limitadamente fuera de las comarcas que dominaba con sus armas, sitiaba á la sazón á Cumaná, auxiliado por Bermúdez y en combinación con la escuadrilla margariteña, que de nuevo Arismendi había tornado á organizar. Mac-Grégor, disgustado y enfermo, se había retirado á las Antillas. Piar con sus tropas y los batallones de Anzoátegui, de Torres, y de otros tenientes del bizarro escocés, había invadido la Provincia de Guayana, donde Cedeño, con tesón admirable, hostilizaba á los realistas. Monagas, Zaraza, Rojas y Parejo, obraban separadamente sin plan determinado, así como otros jefes, y sin otro lazo de concierto entre ellos que el mutuo encono contra los enemigos de la Patria. Pero ya para aquella época, Arismendi, después de arrojar á

Pardo de los últimos atrincheramientos españoles en la isla de Margarita, había pasado al continente á la cabeza de 400 insulares. Y un nuevo paladín, un formidable atleta, se había levantado en las llanuras del Apure y Casanare, cobrando en breves días prestigioso renombre.

Las proezas de Páez, ora como teniente de Olmedilla, de Conde y de Ricaurte (*), ora como primer caudillo de las pampas, llenan de alarma y de inquietud á los jefes realistas que á sangre y fuego reconquistan á la Nueva Granada. Elevado Páez, de simple comandante de escuadrón, á la jefetura del ejército de Apure, merced á las relevantes condiciones militares que enaltecían á tan intrépido soldado, siembra de espléndidas victorias aquellas dilatadas llanuras, y á todos los vientos da su nombre, fatigando los ecos que repiten las voces de la Fama.

Tras de innúmeros combates, sitiaba ya en Diciembre de 1816, la plaza de San Fernando, cuando llega á su noticia la marcha de Morillo, quién después de tramontar la cordillera de los Andes, invadía las llanuras de Venezuela con poderoso ejército. Páez le sale al encuentro con parte de sus tropas y nuevos triunfos ha de alcanzar en breve sobre la vanguardia del ejército realista mandado por La Torre.

La nueva de la insurrección de Margarita, la tenaz

[*] General granadino, deudo del héroe de San Mateo.

resistencia de Arismendi, la llegada de Bolívar con la expedición de los Cayos al puerto de Ocumare, y el sacudimiento que en seguida experimentan los republicanos, apresuran el regreso del Pacificador á ver de sofocar el nuevo incendio que tan rápidamente estalla en Venezuela.

II

La guerra, largo tiempo circunscrita á algunas comarcas del Oriente, cobra en seguida extraordinarias proporciones. La espada de Bolívar torna á lucir iluminada por el sol de la Patria, y aunque muy duras pruebas le aguardan todavía, nada alcanza á mellarla, ni á amortecer su perdurable brillo. Empero, á su llegada á Barcelona, el Libertador hállase aislado y sin recursos para emprender una campaña. Escasa tropa encuentra en la ciudad, atrincherada en el convento de San Francisco, que Fréites (*) y Arismendi, han convertido en Casa-Fuerte, para precaverse de los ataques de los indios de Píritu y resistir á la amenaza de una fuerte columna de españoles, que se aumenta en Clarínes.

Con la rapidez propia de su espíritu abarca el Li

[*] El General Pedro María Fréites.

bertador la difícil situación á que se ve forzado á hacerle frente; pero considerándose capaz de resolverla, y de someter de nuevo la fortuna á seguirle sumisa, aumenta en pocos días la reducida base de su ejército, la eleva á 700 hombres, y después de enterarse de las operaciones que practican los caudillos patriotas en aquellas comarcas, y de la disposición de los distintos cuerpos enemigos, juzga propicia, acaso con demasiada presunción, la oportunidad que se le ofrece de invadir por la costa las fértiles campiñas de Caracas, cuando toda la atención de los realistas en ausencia de Morillo, se fija en defender á San Fernando, la plaza de Cumaná, y la rica Provincia de Guayana, tan combatida por los independientes.

El constante anhelo de Bolívar, por adueñarse de nuevo, de la capital de la República, objeto primordial de los mayores esfuerzos de aquel inquieto espíritu, perseverante en sus propósitos, que en muchos años no alcanzó a realizar, indújole á pretender con las escasas tropas de Arismendi y los reclutas que le da Barcelona, llevar la guerra á la comarca mejor guardada por las tropas del Rey.

No obstante, nada le detiene; y como el camino de Caracas lo cerrase Jimenes, jefe realista atrincherado en las riberas del Unare, marcha á forzar aquel obstáculo, se empeña con temeridad en abatirlo, lucha con decisión, mas sin fortuna, y rechazado con numerosa pérdida de hombres y armamento, repliega á Barcelo-

na, amenazada á la sazón por un nuevo ejército, que de órden de Moxó, organizaba el Brigadier Don Pascual Real, en Orituco.

Noticioso Bolívar de la rápida marcha de estas tropas, cuyas principales divisiones venían mandadas por Morales y Aldama, sumando todas 3.600 hombres; llama á las armas á los vecinos de la ciudad y sus alrededores; acopia víveres y algunas municiones en el Convento de San Francisco, refuerza las defensas de este edificio, aspillerado de antemano, para servir de ciudadela; encarga al General Soublette volar á Cumaná y persuadir á Mariño á que venga con sus tropas en auxilio de Barcelona, y acompañado por Fréites, Tomás Montilla y Piñango (*), espera en la Casa-Fuerte al enemigo, cuyas fuerzas aumentadas en 1.200 infantes, con que Jimenes se le incorpora á Real, no tarda en presentarse en la ciudad.

Con poca resistencia ocupan los realistas el puente del Neverí y la plaza mayor, y sin comprometer un serio ataque contra la Casa-Fuerte, por carecer de artillería, la acometen sin embargo con numerosas guerrillas durante todo el día.

[*] Judas Tadeo, distinguido oficial de ingenieros y en época posterior General de Venezuela.

III

Mariño, alma generosa, aunque constantemente dominada por la ambición y la rivalidad, atiende prontamente á la exigencia de Bolívar; deja hostilizando á Cumaná con poca tropa, al Coronel Antonio José Sucre, y acompañado de los generales Rafael Guevara, Bermúdez, Valdez, Armario y otros jefes importantes, se pone en marcha con 1.200 hombres por mar y tierra, contra Barcelona. Su vanguardia, que encabeza Bermúdez, llega á Pozuelo, en momentos en que Real ataca á Barcelona, é informado de ello el impetuoso Cumanés, da su propio caballo á un vecino del lugar, y con aquella arrogancia propia de su carácter, manda á decir á Real, que se retire, por que él, Bermúdez, ha llegado.......... Y ¡ Real suspende el ataque y se retira al pueblo del Pilar ! ! Bolívar sale al encuentro de Bermúdez, á quien avista en el puente del Neverí, y olvidando los pasados resentimientos, corre á él y le abraza llamándole *el libertador del Libertador*. Tierna fué la escena entre aquellos dos hombres que tanto se habían hostilizado aunque sirviendo en las mismas banderas. Bermúdez conmovido y dominado por la generosidad de Bolívar, á quien tanto había ofendido, no pudo articu-

lar una sola palabra, sus lágrimas sin embargo fueron más elocuentes que sus labios, y desde aquel momento su adhesión al Libertador fué sincera y constante.

Reunidos Bolívar y el General Mariño, provocan al enemigo á que los acometa en la ciudad; pero Real, falto de artillería de sitio, rehusa el combate, se aleja del Pilar y va á situar su campamento en Píritu y Clarines, burlando las esperanzas de los republicanos que se prometían destruirlo en Barcelona.

Esperando la escuadrilla española con los cañones que ha pedido á Moxó, Real se mantiene inactivo en sus resguardadas posiciones durante todo el resto de Febrero y la mitad de Marzo.

Los republicanos agotan todas sus vituallas, aguardando indefinidamente al enemigo, y como no pudieran sostenerse más tiempo en la ciudad, amenazados por el hambre y en completa inaccion, por carecer de fuerzas suficientes para atacar á Real en su atrincheramiento de Clarines, resuelve el Libertador trasladar á Margarita el abundante material de guerra que le había traido Villaret; evacuar á Barcelona, y buscar otra base de operaciones más amplia y adecuada á las exigencias de la guerra.

El pensamiento de Bolívar se había fijado en Guayana, y al efecto había comisionado ya desde el 10 de Enero al General Arismendi para someter al dictámen de Piar el plan que se proponía realizar, y entenderse con los Generales Cedeño, Monagas y Zaraza. Dominar el

Orinoco, era dar á la revolución gran incremento; era enlazar las operaciones de Páez, hasta entonces aisladas, con las de los diversos cuerpos republicanos que lidiaban en las llanuras de Caracas y Barcelona, en la provincia de Cumaná y en la misma Guayana.

Sucesos de gran importancia se habían realizado en el país durante la permanencia del Libertador en Barcelona: Páez había batido el 28 de Enero en Mucuritas al Brigadier La Torre; Morillo enfurecido contra los insurrectos de Margarita, marchaba desde San Fernando con ánimo de castigar á los rebeldes insulares; Píar invadía á Guayana y se apoderaba de sus más ricas comarcas; y el Brigadier La Torre, repuesto ya de su reciente descalabro, se dirigía bajando el Orinoco contra los sitiadores de Angostura (*).

VI

Resuelto el Libertador á disputar á los realistas la posesión de la Guayana, se dispone á evacuar á Barcelona; pero no bien se hacen ostensibles los preparativos de la marcha del ejército, cuando las autoridades municipales de esta ciudad, apoyadas por el Gobernador político de la provincia, don Francisco Esteban Rivas,

[*] Hoy Ciudad Bolívar.

respetable ciudadano y enérgico patriota, reclaman contra la decisión tomada por Bolívar de abandonar aquella plaza y á sus moradores, ofreciendo defenderla, si se les deja el batallón "Barcelona" y algunas armas y municiones.

El Libertador se esfuerza en disuadir de tan descabellado propósito á aquellos valerosos ciudadanos; pero en vano se empeña en persuadirlos de lo funesto que puede serles semejante resolución; nada consigue, y vencido al fin por el clamor del pueblo, modifica en parte el plan que concibiera: deposita en la llamada Casa-Fuerte, todo el armamento y los pertrechos que había dispuesto trasladar á Margarita; pone á las órdenes del circunspecto y denodado general Pedro María Freites 700 soldados para que defienda el atrincherado convento, donde no tardan en refugiarse numerosas familias; y previene al general Mariño á quien manda situarse en el pueblo del Carito, lugar abastecido de ganado, saque de Barcelona la mayor parte del material de guerra que transitoriamente deja en la Casa-Fuerte, y lo haga conducir á Guayana, donde cuenta levantar un nuevo ejército.

La division de Mariño sale de Barcelona hacia fines de Marzo; los barceloneses se encierran en la Casa-Fuerte; y el Libertador, con una simple escolta, se dirige á Guayana sin sospechar siquiera que deja vivo á sus espaldas el germen de la insubordinación y el desor-

den, en los diversos cuerpos republicanos que van á acamparse en el Carito.

Resentíase el primer caudillo de las provincias orientales de servir á las órdenes del Libertador, y fijo como siempre su pensamiento en ambiciosas miras; sólo piensa al verse libre de la presencia de Bolívar, en regresar á Cumaná, con las tropas qne consideraba fieles á su persona.

Algunos jefes y oficiales acompañan al General Mariño en su deseo de sustraerse de la obediencia de Bolívar; pero enérgica oposición encuentran estos planes, no solamente en Soublette, Jefe de Estado Mayor de aquel ejército, y en el General Urdaneta, que despues de lidiar en la Nueva Granada y de prestar importantes servicios en el ejército de Apure á las órdenes de Páez, había venido á reunirse en Barcelona con el Libertador, sino en Bermúdez y Valdés, que en otros tiempos fueran contrarios de Bolívar, pero ya decididos á obedecerle ciegamente.

En circunstancias como aquellas, de suyo delicadas, y en que tan encontrados intereses pugnan en el ejército, trata Mariño de reorganizar sus divisiones nombrando nuevos jefes para algunas de ellas; niégase Urdaneta, siempre leal y prudente, á sustituir á Armario, previendo el torcido rumbo que tomaban las cosas; pero un nuevo nombramiento del general en jefe para el mando de otra división, recae en aquel de sus tenientes menos popular, pero sí más adicto á su persona y á sus pla-

nes, y provoca tal oposición y tales altercados que, Bermúdez y Valdés, ponen en pié sus divisiones, y se proponen á combatir las tropas que le quedan fieles á Mariño. Para cohonestar la insubordinación de aquellos jefes, circula en el campamento la noticia de haber sido asesinado el Libertador en su marcha á Guayana é inmediatamente se atribuye aquel supuesto crimen á una infame traición. Crece el desorden, el despecho y la ira en el Cuartel General Republicano; los amotinados se disponen á castigar á los que juzgan injustamente como reos de tan atroz delito, y á no ser por Urdaneta cuyo carácter respetable y su reconocida adhesión á Bolívar, le dan completa autoridad, quién sabe cuánta sangre se hubiera derramado en nuestro campamento. Aquel general, calma los exaltados ánimos, asegurando que, según avisos de Monagas, el Libertador había pasado por Santa Ana sin mayor tropiezo, lo cual era de todo punto cierto; pues, aunque fué atacado por una guerrilla enemiga, á poco de haber dejado á Barcelona, escapó sin contar otra desgracia que la herida que recibiera en la ocasión el valeroso comandante José María Carreño, uno de sus pocos compañeros.

Con motivo de aquel desorden, el ejército cambia de estancias, alejándose de Barcelona, y va á fijarse en la Villa de Aragua, á pretexto de ser aquella posición más militar y más rica en recursos, sin pensar en extraer de Barcelona el material de guerra, como el Libertador lo había ordenado, ni en prestar mano amiga á sus

briosos defensores, contra los cuales se había movido Aldama, con el ejército realista, hasta entonces acampado en Clarines.

Intrigas y desavenencias entre los jefes españoles habían paralizado largamente las operaciones de este ejército. Morales y Aldama, qne ambicionaban el mando, y mútuamente se acusaban con Moxó, habían puesto en juego pérfidas intrigas para alcanzar la destitución de Real, á quien tachaban de inepto, y obtener la jefetura de sus tropas. Aldama triunfa al fin, reemplaza á Real, y Morales, que había sido sumariado en Orituco por las matanzas de Uchire, marcha preso á Caracas por orden de Moxó, para ser enjuiciado.

V

Freites, el bravo Freites, reclama en vano reiteradas veces de Mariño que acuda con sus tropas á defender á Barcelona seriamente amenazada; pero el desconcierto que reinaba en Aragua entre los jefes del ejército patriota, no da cabida sino á aquellos asuntos que tan ardientemente se ventilan por las enconadas pasiones del momento. Sin atender á las desesperadas súplicas de los barceloneses, Valdés, Bermúdez y Armario, con sus tres divisiones, se separan de Mariño,

y se alejan de Aragua hacia el Chaparro; y este General, al encontrarse con la muy escasa tropa que le dejan, no piensa sino en marcharse á Cumaná. Urdaneta le sigue, instándole con encarecimiento á que contramarche á socorrer á Barcelona ó á que, por lo ménos, le ceda alguna tropa para volar en auxilio de Freites. Al llegar á Santa Ana, consigue al cabo que Mariño ponga á sus órdenes la columna de Güiria, y que Monagas, que se halla enfermo en aquel pueblo, le dé 200 hombres de su caballería. Con estas fuerzas se revuelve Urdaneta hacia Aragua, al propio tiempo que Bermúdez y sus dos compañeros, retrocedían sobre sus pasos, con ánimo de proteger á Freites. Pero desgraciamente ya era tarde, Barcelona hacía dos días que era campo de muerte.

Al frente de poco más de 4.200 hombres, Aldama había invadido el 5 de Abril á Barcelona, y puéstose en comunicación con la escuadra española, que le provee de gruesa artillería, comienza en la mañana del día 7 aquel terrible ataque contra "la Casa-Fuerte", página sangrienta, como pocas, de las muchas que encierra nuestra historia.

VI

El antiguo convento de franciscanos, *Propaganda fide*, edificio situado al Nor–oeste de la ciudad, que los republicanos habían convertido en ciudadela, y donde meses antes resistiera Bolívar los ataques de Real hasta la llegada de Mariño, encerraba esta vez una gran parte de la población de Barcelona, á quien sorprendiera el enemigo sin haber logrado emigrar á los vecinos pueblos ó á los montes. En aquella improvisada fortaleza, se habían apresurado á refugiarse numerosas familias de distinción, ancianos respetables, algunos sacerdotes, mujeres del pueblo connotadas de patriotas, niños de todas edades, soldados heridos ó enfermos, el Ayuntamiento de la ciudad y todas las autoridades presididas por el Gobernador político. Crecido era el número de estos asilados (*), y si á él se agrega el de las tropas que guardaban aquella improvisada fortaleza á las órdenes de Freites, y el de no pocos prisioneros realistas encerrados en las bodegas del convento, éste edificio contenía para el 7 de Abril, en que lo atacó Aldama, más de 1,400 personas.

[*] Obra de 300 personas, dicen algunos de nuestros historiadores, que fueron las asiladas en la Casa-Fuerte, pero la tradición casi triplica el número de ellas.

Un muro exterior de tierra pisada con refuerzos de piedra, paralelo á los cuatro lados del convento, rodeaba todo el edificio; y este muro, sin más abertura que una ancha puerta frente á la fachada principal del monasterio, había sido aspillerado, y su única puerta barricada. Los balcones y azoteas, desde donde se dominaba una parte de la ciudad, tenían por resguardo sacos de tierra y trozos de madera. En uno de los patios había un aljibe abundante de agua; y no faltaban provisiones para sostenerse los asilados y la tropa durante algunos días.

Abandonados á sus propios esfuerzos los defensores de Casa-Fuerte, á cuya custodia había quedado el parque de Bolívar y tantas y tan preciosas vidas, se aperciben al combate al divisar de lejos el poderoso ejército realista que luégo invade á Barcelona sin la menor oposición.

No bien se posesiona Aldama de toda la ciudad, intima perentoriamente á los republicanos rendirse á discreción y, á la enérgica negativa de Freites, despliega algunas guerrillas contra el convento de San Francisco, mientras se prepara á asaltarlo. Dos días después mueve todo el ejército, cerca el edificio, fija la artillería en la plaza del Hospicio y al propio tiempo que se propone abrir brecha en el muro exterior, trata de asaltarlo por la parte del oeste.

A los fuegos de los realistas contestan los sitiados

desde las azoteas y los balcones, con nutridas descargas; y, durante algunas horas, la combatida ciudadela desaparece envuelta entre nubes de humo y densas espirales de polvo que levantan de las paredes las balas de los cañones enemigos.

El bravo Freites y sus resueltos compañeros, se sostienen con imperturbable decisión: rechazan las duras embestidas que osan darles algunos batallones españoles y en tanto que en el recinto del convento lloran los niños, se quejan las madres, y se oyen preces y lamentos y gritos de terror, nuestros soldados cada vez más enardecidos, causan crecido estrago en las filas de Aldama, y prolongan el combate exasperando á sus contrarios.

VII.

A medida que el tiempo corre, el fuego arrecia, el polvo se aumenta, acrecen los lamentos y las lágrimas en proporción á la vocería de los soldados, y el muro se estremece sacudido por el golpe de las balas, amenazando ruina.

Después de seis horas de incesantes disparos, los cañones de Aldama abren brecha en el muro exterior, y por ella se arrojan á penetrar atropelladamente dos columnas realistas. Opónense á tal intento el valiente margariteño Agustín Réyes con cien briosos insulares, los

que cierran la brecha con sus propios cadáveres y los del enemigo. La artillería española barre con presteza de estorbos la obstruida abertura. Recia lucha empeñan los patriotas por cerrarla de nuevo; pero no bien consiguen repeler por segunda vez, á sus numerosos contrarios, cuando se derrumba con estruendo todo un lienzo del muro y las tropas españolas despues de acuchillar á los pocos republicanos que tan heróicamente defendieran el baluarte exterior, llegan hasta las puertas del convento é intentan derribarlas. Freites fusila aquellos temerarios desde los balcones y azoteas y los obliga á replegar desordenados y á guarecerse tras el vencido muro. Aldama apunta entonces sus cañones á la fachada principal del convento, libre ya de resguardo, y el combate continúa sin cesar un instante.

Numerosas bajas cuentan los patriotas, á pesar de hallarse parapetados. Sobre la Casa-Fuerte llueven proyectiles con espantosa profusión. Las balas rasas de dos piezas de á 24, se incrustan en las paredes, rebotan en los techos, rompen los pilaretes que adornan la fachada, destrozan las cornizas, hacen astillas balcones y ventanas, penetran en los claustros y sacuden con tal violencia todo el edificio que á cada instante los que lo ocupan temen ser aplastados. Las puertas, interiormente barricadas, estallan en pedazos, los parapetos que las sostienen se derrumban, gruesos proyectiles surcan los patios y golpean los pilares y tras ellos, al suspenderse el cañoneo, 2.500 hombres del ejército realista in-

vaden el piso bajo del convento, lanzando furibundos gritos de muerte y de venganza, á los cuales contestan desgarradores alaridos, y el fuego de fusilería de nuestros bravos que se defienden con desesperación.

Convencidos los republicanos de no obtener misericordia, se baten como leones.

El Coronel José Godoy, y los Capitanes Demetrio Lovatón y Chamberland (*), con poca tropa, se oponen á la entrada del enemigo y lo combaten con vigor extremado de patio en patio, hasta el fondo del edificio; en tanto que el Gobernador político Don Francisco Esteban Rivas, y los coroneles Mesa, Canelón y otros jefes, á cual más valerosos, esparcidos en los corredores del piso superior y en las azoteas con algunos soldados, apoyan á sus compañeros del piso bajo con certeras descargas.

Horroroso estrépito compuesto de mil diversos ruidos llena el recinto de la invadida Casa-Fuerte. El terror posee á los asilados en aquel edificio, convertido en infierno.

Freites, espada en mano, á la cabeza de un pelotón de gente armada, defiende palmo á palmo la escalera principal, y opone á los asaltadores desesperada resistencia, hasta encontrarse sólo, después de ver á cuantos le acompañan rodar cadáveres por los enrojecidos peldaños. Retrocede acosado, reune algunos hombres

[*] Joven inglés que seguía nuestras banderas. En la primera expedición de los Cayos vino con el Libertador sirviéndole de edecán.

que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae con el craneo herido de un sablazo (**). Otra señora queda por muerta atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa de veinte y siete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada en lágrimas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con brutal arrebato sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ay! se escapa del pecho del anciano.... Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenazante al grupo de asesinos que la contemplan con lascivas miradas: *Dios mio!* exclama poseída de desesperación, *permite que á estos monstruos, los ahogue la sangre que derraman, y que así como me ven á mí, lleguen á ver sus hijas.* Una bala cobarde corta la palabra y

[*] Doña Bárbara Arrioja.

[**] Doña Cármen Requena.

la vida á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía palpitantes, desgarran las infames bayonetas.

IX

Los realistas persiguen á sus víctimas con encarnizamiento. No hay escondrijo que no registren, ni lugar sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sacerdote Juan Antonio Godoy, absuelve y bendice á los agonizantes, hasta que cae á su turno, decapitado por aleve sablazo. Muchos infelices oponen como escudos á los levantados aceros, las cruces y los Cristos que arrebatan de los altares; pero el sable de aquellos impíos nada respeta: sin escrúpulo mutila las sagradas efigies, al par que corta las temblorosas manos que las sostienen levantadas. Detras de los altares, en los nichos de los santos, en todas partes los persigue la muerte. El Presbítero Serra (margariteño), es abofeteado por la soldadesca y golpeado con tal fuerza con las culatas de los fusiles, que muere á los pocos días de su largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten todavía en medio de la matanza. Entre los verdugos y las víctimas se traban enfurecidas luchas.

Chamberland, uno de los más denodados del piso bajo del convento, herido mortalmente y acorralado

que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae con el craneo herido de un sablazo (**). Otra señora queda por muerta atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa de veinte y siete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada en lágrimas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con brutal arrebato sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ay! se escapa del pecho del anciano.... Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenaza[illegible] al grupo de asesinos que la contemplan con [illegible] miradas: *Dios mio!* exclama poseída [illegible] *permite que á estos monstruos* [illegible] *que derraman, y que* [illegible] *á ver sus hijas.* U[illegible]

[*] Doña Bá[illegible]

[**] Doña [illegible]

[illegible] aquella criatura [illegible] [illegible] desgarran las manos [illegible]

IX

Los realistas persiguen á sus [illegible] No hay escondrijo [illegible] que dejen de [illegible]

En la capilla del convento, [illegible] don Antonio Godoy, [illegible] hasta que cae [illegible] Muchos [illegible] los altares; pero [illegible] respeta: sin escrúpulo [illegible] á par que corta las [illegible] levantadas. Detras de [illegible] de los santos, en todas partes [illegible] El Pre[illegible] Serra ([illegible]) [illegible] y golpeado [illegible] muerto á los pies [illegible]

[illegible] todavía [illegible] verdugos [illegible]

[illegible] del [illegible] y [illegible]

después de encarnizada lucha, entre el borde de la cisterna y los matadores de todos sus soldados, se desbarata el cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á los ultrajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóven esposa, mujer de alma levantada, le ve caer y corre á socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la detiene; ella resiste y los insulta; las bayonetas se bajan para darle muerte; pero acierta á presentarse un oficial realista, y prendado de la belleza de aquella intrépida mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa mujer me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y como le excitasen á más grosero insulto, las risas y las obscenas alusiones de su tropa, rodea con uno de los brazos, la cintura de su protegida é intenta estampar un beso en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta, abatida un instante, se rehace indignada, arrebata del cinto del oficial una pistola, y se la dispara á quema-ropa, atravesándole el corazon. Eulalia Buroz (*) fué al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos infelices, de infinitos ultrages. El valeroso margariteño Agustín Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un pistoletazo. Numerosas personas de todo sexo, se arrojan desde las azoteas para escapar de los excesos injuriosos de sus perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberland.

[**] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas, y dos de sus hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del capitán Demetrio Lovatón, fueron del número de aquellos desgraciados.



X

Durante las primeras escenas de esta prolongada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; rechazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados los atacan, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 soldados y algunos oficiales (*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprimen, y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en la dura necesidad de combatir de nuevo.

Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, *preferible es caer combatiendo como bravos, á morir degollados;* y formando en columnas su escasa tropa, se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra aquel de los batallones realistas que le cierra el camino de los montes del Arroyo, por donde pretende esca-

[*] Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, los Tenientes Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Francisco Bordones, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de años en la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de estos pormenores que él ha sabido conservar.

parse. Al emprender tan impetuosa carga una bala fractura el brazo derecho de aquel intrépido guerrero; de su mano desfallecida cae la espada en el revuelto polvo de la lid, pero recógela en seguida con la izquierda, y, blandiéndola de nuevo con indomable fortaleza: *Viva la Patria! viva el Libertador Simón Bolívar!* grita con poderoso aliento, y, un momento después, sus enrojecidas bayonetas se cruzan con las del enemigo.

Violento y desesperado fué el choque que se dieron las opuestas columnas: durante algunos minutos viéronse confundidos republicanos y realistas; luégo cesan los disparos, se desvanece el humo de aquel postrer combate, y el desgraciado Freites, así como su inseparable compañero Don Francisco Esteban Ribas, aparecen prisioneros y cubiertos de sangre.

La matanza continuaba, entretanto, en el asaltado recinto de la pretendida Casa-Fuerte. La ferocidad de las tropas realistas no reconoce límites; por centenares se cuentan los cadáveres esparcidos en los claustros, en los aposentos y en la capilla del convento. La sed de sangre no se opone empero á la ardiente codicia; á par que los vencedores se ceban sin piedad en los vencidos, procuran encontrar los tesoros ocultos, que suponen haber depositado allí los asilados; registran todo el edificio, pillan ó desbaratan cuanto encuentran, vuelven y revuelven los cadáveres para adueñarse de las escasas joyas y dinero que pueden ocultar en los vestidos: por un miserable zarcillo cortan

una oreja, por un anillo de escasísimo valor mutilan una mano.

No hay quien ponga término á tantas demasías. Aldama presencia la matanza con la más feroz impavidez, entretenido en acariciar las crines del caballo que monta. Cuando le presentan á Freites y á Ribas, prisioneros y heridos, tuvo la cobardía de insultarlos; y ordena les conserven la vida, para darse el placer de enviarlos á Caracas como muestra de su completa victoria, contando de antemano con que Moxó, tan implacable como él, no tardaría en sacrificarlos de manera ejemplar.

El degüello de tantos infelices no terminó hasta que ya no hubo á quien matar. Poquísimos patriotas lograron escaparse de la muerte: hasta los prisioneros realistas que se encontraban en la Casa-Fuerte, fueron pasados á cuchillo. ¡ Eran venezolanos ! Sólo á cuatro mujeres dieron cuartel los vencedores, y eso para condenarlas al oprobio.

Después de este desastre, la ciudad fué entregada á saco y quedó por mucho tiempo despoblada.

Aldama se apresura á reorganizar sus tropas, saciado que hubo su venganza, y, enorgullecido con su triunfo, espera llevar más lejos sus proezas. Suponiendo la división de Mariño en el pueblo del Chaparro, marcha resuelto á librarle batalla, y deja á Barcelona convertida en vasto cementerio, al cual sirven de osario las tenebrosas ruinas de la llamada " Casa-Fuerte."

XI

Un mes después de tan horroroso suceso, los amedrentados vecinos de Caracas vieron cruzar, por una de las calles principales, un batallón de línea, escoltando una mugrienta parihuela, que conducían algunos presidiarios, en la cual iba un hombre acostado. Aquel hombre, ya casi exámine á consecuencia de dos heridas, no curadas, que recibiera en el combate de la Casa-Fuerte de Barcelona, era el heroico General Pedro María Freites (*); á su lado, con las manos atadas á la espalda, pero con semblante sereno, marchaba á pié su amigo y compañero de armas Don Francisco Esteban Ribas, quien sin preocuparse en apariencia con su próximo fin, consolaba al héroe moribundo con exhortaciones cristianas. Ambos eran llevados á afrentoso suplicio; en la plaza mayor los espera la horca, y en ella perecen llenos de entereza tan insignes patriotas.

[*] Pedro María Freites, nació en Barcelona en 1790, de una familia por muchos títulos respetable y distinguida. Al proclamarse la Revolución fué de los primeros en alistarse en sus filas, y con valor muy notable y extraordinario desprendimiento luchó por ella hasta morir. A la llegada de la expedición de Morillo pudo escaparse á las Antillas. Se reunió en los Cayos al Libertador, quien siempre supo distinguirle, y fué del número de los de la famosa expedición. Desembarcado en Carúpano marchó á las órdenes de Piar á levantar tropas en Maturín, y fué el Jefe de las infanterías de este General, en la gloriosa batalla del Juncal. Soldado valeroso, cumplido caballero, modelo de subordinación á sus deberes como patriota y como militar, humano y desinteresado, dió á la Patria cuanto poseía, y cayó vencido ilustrando su nombre con el propio martirio.

SAN FÉLIX.

más en uno de los claustros, y torna á combatir con nuevos bríos y mayor ardimiento. Su voz resuena airada en medio del estrépito, y los pocos soldados que sobreviven á tan sangriento vencimiento, corren presurosos á morir combatiendo junto á su heroico General.

Mientras se combate en los patios, en los pasillos, en los claustros, en los peldaños de las escaleras, en el borde de la cisterna, cuyas aguas enrojece la sangre, y en la capilla y las bodegas del convento, las mujeres y los niños corren desatentados lanzando desgarradores alaridos; se ocultan en los oscuros rincones, en las estrechas celdas, en los más apartados aposentos; suben á las azoteas, tratan de esconderse en los agujereados techos, y discurren por todo el edificio huyendo de la muerte, y á cada paso tropezando con ella.

VIII

Vencida la resistencia de la tropa republicana, sobreviene el degüello, y el sanguinario Aldama con una ferocidad que excede á la de Boves, no da cuartel á nadie. Las bayonetas y los sables de sus frenéticos soldados, á quienes azuza á la matanza, nada perdonan; los niños mueren acuchillados lo mismo que los ancianos;

sobre grupos de mujeres aterradas que imploran misericordia, se descargan los fusiles y los sables.

La sangre inunda el piso de los claustros; en ella resbalan y se revuelcan confundidos víctimas y verdugos. Horrible confusión! ¡ Cuántas escenas trágicas en aquellas horas de mortal agonía, de lágrimas, de desesperación, de encono y de venganza! Horas tristes de abatimiento y degradación para la especie humana; horas terribles en que al par se subliman las almas nobles y los generosos sentimientos.

Muchas madres perecen tratando de defender sus pequeñuelos, que les arrebata de los brazos la enfurecida soldadesca para estrellarlos contra las paredes ó lanzarlos al aire y dejarlos caer luégo sobre las puntas de las bayonetas

Comovedoras escenas se suceden casi al mismo tiempo en todos los aposentos del desmartelado edificio. Aquí un anciano estrecha entre sus brazos á una de sus hijas, niña de quince años, trémula de terror, y la espada que atraviesa al padre hiere dos corazones; allí una madre al espirar, trata de esconder bajo las faldas á una inocente criatura que aun no sabe sino llorar y sonreir; más allá, se abrazan dos esposos para morir del mismo golpe; en una de las crujías, un hombre armado con un pedazo de espada y cubierto de heridas, defiende una mujer, que acaso sea su hermana, ó su madre ó su esposa, de un grupo de desalmados

que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae con el craneo herido de un sablazo (**). Otra señora queda por muerta atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa de veinte y siete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada en lágrimas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con brutal arrebato sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ay! se escapa del pecho del anciano.... Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenazante al grupo de asesinos que la contemplan con lascivas miradas: *Dios mio!* exclama poseída de desesperación, *permite que á estos monstruos, los ahogue la sangre que derraman, y que así como me ven á mí, lleguen á ver sus hijas.* Una bala cobarde corta la palabra y

[*] Doña Bárbara Arrieja.

[**] Doña Cármen Requena.

la vida á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía palpitantes, desgarran las infames bayonetas.

IX

Los realistas persiguen á sus víctimas con encarnizamiento. No hay escondrijo que no registren, ni lugar sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sacerdote Juan Antonio Godoy, absuelve y bendice á los agonizantes, hasta que cae á su turno, decapitado por aleve sablazo. Muchos infelices oponen como escudos á los levantados aceros, las cruces y los Cristos que arrebatan de los altares; pero el sable de aquellos impíos nada respeta: sin escrúpulo mutila las sagradas efigies, al par que corta las temblorosas manos que las sostienen levantadas. Detras de los altares, en los nichos de los santos, en todas partes los persigue la muerte. El Presbítero Serra (margariteño), es abofeteado por la soldadesca y golpeado con tal fuerza con las culatas de los fusiles, que muere á los pocos días de su largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten todavía en medio de la matanza. Entre los verdugos y las víctimas se traban enfurecidas luchas.

Chamberland, uno de los más denodados del piso bajo del convento, herido mortalmente y acorralado

después de encarnizada lucha, entre el borde de la cisterna y los matadores de todos sus soldados, se desbarata el cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á los ultrajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóven esposa, mujer de alma levantada, le ve caer y corre á socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la detiene; ella resiste y los insulta; las bayonetas se bajan para darle muerte; pero acierta á presentarse un oficial realista, y prendado de la belleza de aquella intrépida mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa mujer me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y como le excitasen á más grosero insulto, las risas y las obscenas alusiones de su tropa, rodea con uno de los brazos, la cintura de su protegida é intenta estampar un beso en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta, abatida un instante, se rehace indignada, arrebata del cinto del oficial una pistola, y se la dispara á quema-ropa, atravesándole el corazon. Eulalia Buroz (*) fué al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos infelices, de infinitos ultrages. El valeroso margariteño Agustín Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un pistoletazo. Numerosas personas de todo sexo, se arrojan desde las azoteas para escapar de los excesos injuriosos de sus perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberland.
[**] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas, y dos de sus hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del capitán Demetrio Lovatón, fueron del número de aquellos desgraciados.



X

Durante las primeras escenas de esta prolongada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; rechazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados los atacan, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 soldados y algunos oficiales (*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprimen, y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en la dura necesidad de combatir de nuevo.

Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, ***preferible es caer combatiendo como bravos, á morir degollados;*** y formando en columnas su escasa tropa, se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra aquel de los batallones realistas que le cierra el camino de los montes del Arroyo, por donde pretende esca-

[*] Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, los Tenientes Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Francisco Bordones, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de años en la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de estos pormenores que él ha sabido conservar.

después de encarnizada lucha, entre el borde de la cisterna y los matadores de todos sus soldados, se desbarata el cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á los ultrajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóven esposa, mujer de alma levantada, le ve caer y corre á socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la detiene; ella resiste y los insulta; las bayonetas se bajan para darle muerte; pero acierta á presentarse un oficial realista, y prendado de la belleza de aquella intrépida mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa mujer me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y como le excitasen á más grosero insulto, las risas y las obscenas alusiones de su tropa, rodea con uno de los brazos, la cintura de su protegida é intenta estampar un beso en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta, abatida un instante, se rehace indignada, arrebata del cinto del oficial una pistola, y se la dispara á quemaropa, atravesándole el corazon. Eulalia Buroz (*) fué al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos infelices, de infinitos ultrages. El valeroso margariteño Agustín Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un pistoletazo. Numerosas personas de todo sexo, se arrojan desde las azoteas para escapar de los excesos injuriosos de sus perseguidores. (**)

---

[*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberland.
[**] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Roi-
hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del e-
tón, fueron del número de aquellos desgracia-

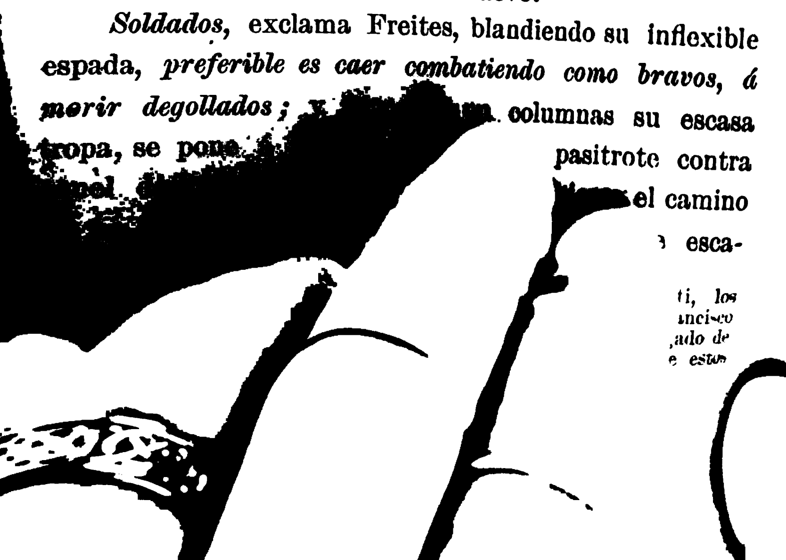


X

Durante las primeras escenas de esta prolongada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy ; rechazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados los atacan, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 soldados y algunos oficiales (*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprimen, y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en la dura necesidad de combatir de nuevo.

Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, *preferible es caer combatiendo como bravos, á morir degollados ;* y ... columnas su escasa tropa, se pone ... pasitrote contra ... el camino ... esca-



ti, los
ancisco
ado de
e estos

sorpresa, repasa el Caroní y va á fijar su Cuartel General en el pueblo de San Félix, donde remonta sus jinetes, gracias al oportuno envío de 600 caballos con que le auxilia en tan apuradas circunstancias el Presbítero Blanco; é informado de que ya La Torre y su segundo el Coronel Ceruti, habían desembarcado la división realista en Guayana la Vieja y se aprestaban á ponerse en campaña, reconcentra en San Félix los diversos cuerpos del ejército republicano y se prepara á esperar al enemigo.

Las tropas que reconcentra Piar alcanzan á 2.200 combatientes; pero tan escaso andaba de armamento aquel renombrado General, que sólo 500 hombres armados de fusil cuenta en sus filas; el resto de la división republicana constaba de 800 lanceros de á pié, 500 indios flecheros y 400 jinetes bien montados.

La división realista con que La Torre acomete en seguida á los patriotas, cuenta 1.600 infantes aguerridos, con dos piezas de artillería y 200 caballos.

La probada intrepidez de Piar no se desmiente en la ocasión ante aquella extraordinaria desventaja, teniendo como tiene á sus órdenes para robustecer su genial ardimiento, al bravo Coronel Anzoátegui, Mayor General de la división republicana; á los valerosos Coroneles Chipía, Pedro León Torres y Pedro Hernández, anhelantes por vengar el rechazo sufrido en Angostura; al impávido Salóm, al laborioso Pedro Briceño Méndez, Secretario del General en Jefe; al denodado José María

de escasísimo valor mutilan

término á tantas demasías.
tanza con la más feroz im-
acariciar las crines del caballo
presentan á Freites y á Ribas,
vo la cobardía de insultarlos;
a vida, para darse el placer
como muestra de su completa
antemano con que Moxó, tan
tardaría en sacrificarlos de ma-

ntos infelices no terminó hasta
uien matar. Poquísimos patrio-
de la muerte: hasta los prisio-
encontraban en la Casa-Fuerte,
hillo. ¡Eran venezolanos! Sólo á
n cuartel los vencedores, y eso para
bio.

te desastre, la ciudad fué entregada á
mucho tiempo despoblada.

apresura á reorganizar sus tropas, sacia-
venganza, y, enorgullecido con su triun-
ar más lejos sus proezas. Suponiendo la
Mariño en el pueblo del Chaparro, marcha
ibrarle batalla, y deja á Barcelona conver-
sto cementerio, al cual sirven de osario las
s de la llamada "Casa-Fuerte."

después de encarnizada lucha, entre
na y los matadores de todos sus sol
cráneo de un pistoletazo, ántes qu
trajes que le esperan. Desde el p
posa, mujer de alma levantada,
socorrerle: un grupo de frenéticos
ne; ella resiste y los insulta; las
para darle muerte; pero acierta á
realista, y prendado de la belleza
mujer, se interpone diciendo á los
me pertenece, ¿no miran que es m
excitasen á más grosero insulto, las
alusiones de su tropa, rodea con u
cintura de su protegida é intenta
en los convulsos labios de aquella d
abatida un instante, se rehace ind
cinto del oficial una pistola, y se
ropa, atravesándole el corazon.
al punto descuartizada.

El suicidio liberta á mucho
de infinitos ultrages. El valeros
Reyes, antes que rendirse al ene
Numerosas personas de todo se
azoteas para escapar de los
perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la e
[**] Laureano Ortiz, su esp
hijos; y la señora Juana Chirinos
tón, fueron del número de aquel

n anillo de escasísimo valor mutilan

n ponga término á tantas demasías.
la matanza con la más feroz im-
lo en acariciar las crines del caballo
do le presentan á Freites y á Ribas,
los, tuvo la cobardía de insultarlos;
rven la vida, para darse el placer
racas como muestra de su completa
de antemano con que Moxó, tan
l, no tardaría en sacrificarlos de ma-

tantos infelices no terminó hasta
á quien matar. Poquísimos patrio-
arse de la muerte: hasta los prisio-
e se encontraban en la Casa-Fuerte,
cuchillo. ¡ Eran venezolanos ! Sólo á
ron cuartel los vencedores, y eso para
obio.

ste desastre, la ciudad fué entregada á
mucho tiempo despoblada.

apresura á reorganizar sus tropas, sacia-
venganza, y, enorgullecido con su triun-
ar más lejos sus proezas. Suponiendo la
Iariño en el pueblo del Chaparro, marcha
brarle batalla, y deja á Barcelona conver-
sto cementerio, al cual sirven de osario las
nas de la llamada "Casa-Fuerte."

después de encarnizada lucha, entre el borde de la ci
na y los matadores de todos sus soldados, se desbara
cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á lo
trajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóve
posa, mujer de alma levantada, le ve caer y co
socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la
ne; ella resiste y los insulta; las bayonetas se
para darle muerte; pero acierta á presentarse un
realista, y prendado de la belleza de aquella int
mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa
me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y c
excitasen á más grosero insulto, las risas y las ol
alusiones de su tropa, rodea con uno de los bra
cintura de su protegida é intenta estampar u
en los convulsos labios de aquella desgraciada; pe
abatida un instante, se rehace indignada, arreb
cinto del oficial una pistola, y se la dispara á
ropa, atravesándole el corazon. Eulalia Buroz
al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos
de infinitos ultrages. El valeroso margariteñ
Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un
Numerosas personas de todo sexo, se arroja
azoteas para escapar de los excesos injur
perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de
[**] Laureano Ortiz, su
hijos; y la señora Juana Chi
tón, fueron del número de

tándoles con el recuerdo del antiguo heroísmo de su raza, hallábase el espíritu independiente de los más soberbios caciques de Venezuela, que exterminaron los conquistadores: el de Macarapana, Gil González y Cayaurima, Taricura, Mayuracari, Guaicaipuro, Paramaconi, Tamanaco, y el heroico Sorocaima. El siglo XVI, revivía para ellos en 1817.

V

Empeñado el combate, en vano toma á pechos La Torre abatir nuestra línea que, á pié firme, resiste prevalecida del terreno, el empuje cada vez más violento de los soldados españoles, tan briosos y tenaces como siempre; pero á pesar de la firmeza con que se mantienen los republicanos, las belicosas cargas que les da el enemigo los abruma, y lamentables pérdidas les ocasiona en poco tiempo. El bravo Coronel Chipía, atravesado de un balazo, rinde la vida en medio á sus soldados que respetuosamente, sin dejar de combatir, arropan el cadáver de su jefe con la bandera del batallón "Barlovento". Salóm ocupa el puesto que no abandona sino muerto tan valiente oficial. Poco después toca igual suerte al osado Landaeta: enfrentado á los soberbios veteranos del batallón "Cachirí", que dirige Carmona; ambos

más en uno de los claustros, y torna á combatir con nuevos bríos y mayor ardimiento. Su voz resuena airada en medio del estrépito, y los pocos soldados que sobreviven á tan sangriento vencimiento, corren presurosos á morir combatiendo junto á su heroico General.

Mientras se combate en los patios, en los pasillos, en los claustros, en los peldaños de las escaleras, en el borde de la cisterna, cuyas aguas enrojece la sangre, y en la capilla y las bodegas del convento, las mujeres y los niños corren desatentados lanzando desgarradores alaridos; se ocultan en los oscuros rincones, en las estrechas celdas, en los más apartados aposentos; suben á las azoteas, tratan de esconderse en los agujereados techos, y discurren por todo el edificio huyendo de la muerte, y á cada paso tropezando con ella.

VIII

Vencida la resistencia de la tropa republicana, sobreviene el degüello, y el sanguinario Aldama con una ferocidad que excede á la de Boves, no da cuartel á nadie. Las bayonetas y los sables de sus frenéticos soldados, á quienes azuza á la matanza, nada perdonan; los niños mueren acuchillados lo mismo que los ancianos;

sobre grupos de mujeres aterradas que imploran misericordia, se descargan los fusiles y los sables.

La sangre inunda el piso de los claustros; en ella resbalan y se revuelcan confundidos víctimas y verdugos. Horrible confusión! ¡Cuántas escenas trágicas en aquellas horas de mortal agonía, de lágrimas, de desesperación, de encono y de venganza! Horas tristes de abatimiento y degradación para la especie humana; horas terribles en que al par se subliman las almas nobles y los generosos sentimientos.

Muchas madres perecen tratando de defender sus pequeñuelos, que les arrebata de los brazos la enfurecida soldadesca para estrellarlos contra las paredes ó lanzarlos al aire y dejarlos caer luégo sobre las puntas de las bayonetas

Comovedoras escenas se suceden casi al mismo tiempo en todos los aposentos del desmartelado edificio. Aquí un anciano estrecha entre sus brazos á una de sus hijas, niña de quince años, trémula de terror, y la espada que atraviesa al padre hiere dos corazones; allí una madre al espirar, trata de esconder bajo las faldas á una inocente criatura que aun no sabe sino llorar y sonreir; más allá, se abrazan dos esposos para morir del mismo golpe; en una de las crujías, un hombre armado con un pedazo de espada y cubierto de heridas, defiende una mujer, que acaso sea su hermana, ó su madre ó su esposa, de un grupo de desalmados

que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae con el craneo herido de un sablazo (**). Otra señora queda por muerta atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa de veinte y siete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada en lágrimas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con brutal arrebato sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ay! se escapa del pecho del anciano.... Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenazante al grupo de asesinos que la contemplan con lascivas miradas: *Dios mio!* exclama poseída de desesperación, *permite que á estos monstruos, los ahogue la sangre que derraman, y que así como me ven á mí, lleguen á ver sus hijas.* Una bala cobarde corta la palabra y

[*] Doña Bárbara Arrioja.
[**] Doña Cármen Requena.

la vida á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía palpitantes, desgarran las infames bayonetas.

IX

Los realistas persiguen á sus víctimas con encarnizamiento. No hay escondrijo que no registren, ni lugar sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sacerdote Juan Antonio Godoy, absuelve y bendice á los agonizantes, hasta que cae á su turno, decapitado por aleve sablazo. Muchos infelices oponen como escudos á los levantados aceros, las cruces y los Cristos que arrebatan de los altares; pero el sable de aquellos impíos nada respeta: sin escrúpulo mutila las sagradas efigies, al par que corta las temblorosas manos que las sostienen levantadas. Detras de los altares, en los nichos de los santos, en todas partes los persigue la muerte. El Presbítero Serra (margariteño), es abofeteado por la soldadesca y golpeado con tal fuerza con las culatas de los fusiles, que muere á los pocos días de su largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten todavía en medio de la matanza. Entre los verdugos y las víctimas se traban enfurecidas luchas.

Chamberland, uno de los más denodados del piso bajo del convento, herido mortalmente y acorralado

después de encarnizada lucha, entre el borde de la cisterna y los matadores de todos sus soldados, se desbarata el cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á los ultrajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóven esposa, mujer de alma levantada, le ve caer y corre á socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la detiene; ella resiste y los insulta; las bayonetas se bajan para darle muerte; pero acierta á presentarse un oficial realista, y prendado de la belleza de aquella intrépida mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa mujer me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y como le excitasen á más grosero insulto, las risas y las obscenas alusiones de su tropa, rodea con uno de los brazos, la cintura de su protegida é intenta estampar un beso en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta, abatida un instante, se rehace indignada, arrebata del cinto del oficial una pistola, y se la dispara á quemaropa, atravesándole el corazon. Eulalia Buroz (*) fué al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos infelices, de infinitos ultrages. El valeroso margariteño Agustín Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un pistoletazo. Numerosas personas de todo sexo, se arrojan desde las azoteas para escapar de los excesos injuriosos de sus perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberland.

[**] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas, y dos de sus hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del capitán Demetrio Lovatón, fueron del número de aquellos desgraciados.

X

Durante las primeras escenas de esta prolongada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; rechazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados los atacan, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 soldados y algunos oficiales (*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprimen, y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en la dura necesidad de combatir de nuevo.

Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, *preferible es caer combatiendo como bravos, á morir degollados;* y formando en columnas su escasa tropa, se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra aquel de los batallones realistas que le cierra el camino de los montes del Arroyo, por donde pretende esca-

[*] Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, los Tenientes Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Francisco Bordones, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de años en la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de estos pormenores que él ha sabido conservar.

los actos del pretendido Congreso de Cariaco. Sin que nada los detenga márchanse al Orinoco á ponerse á las órdenes del Libertador; y Morillo, falto de previsión al posponer la efectiva importancia de conservar á Guayana á la satisfacción de vengarse de los margariteños, se encarga de disolver aquella nube que se condensaba en Cariaco, comenzando su campaña contra Margarita, por invadir y apoderarse á sangre y fuego de todos los pueblos de la península de Paria, desde Carúpano hasta Güiria.

El Libertador protesta enérgicamente contra todas las decisiones del citado Congreso; é inspirado como siempre en su acendrado patriotismo, activa el sometimiento de Angostura y de los castillos de Guayana la Vieja, hostilizando en el Orinoco la escuadrilla española que abastecía de vituallas á las sitiadas plazas. Construye embarcaciones que han de aumentar las naves con que el Almirante Brión, atendiendo á las órdenes de Bolívar, se dispone á remontar el río: y personalmente activa y lleva á cabo las más arriesgadas empresas.

VIII

A punto de perecer se ve en aquellos días en el Caño de Casacoima, donde tenía apostado un destacamento de tropas, con el fin de apoyar la escuadrilla

de Brión en la remontada al ser combatida por las naves españolas. Dudoso de que se realizaran sus proyectos por falta de eficacia, habíase aventurado á vigilar personalmente aquellas tropas; é informado el enemigo de la presencia de Bolívar en semejantes parajes, se propone decapitar la revolución aprehendiéndo su primer caudillo. Acuden sigilosamente los realistas á la boca del mencionado Caño, desembarcan unos cuantos soldados, y tratando de caerle por la espalda al destacamento patriota, sorprenden al Libertador que se hallaba algo distante de los suyos, sin más compañeros que Arismendi, Soublette, Pedro León Torres, Jacinto Lara y Briceño Méndez. Sin otro arbitrio para escapar del inminente peligro de ser presos, que el de arrojarse á un estero profundo y cenagoso y ocultarse bajo el agua, no lo desprecian; pero Bolívar ya en medio del pantano no cree posible despistar á sus perseguidores, y es fama que se desnudó la garganta y desenvainó un puñal para darse la muerte antes que ser prisionero. Milagrosamente salvó la vida en aquella ocasión el Gran Caudillo americano, y fué en la noche que se siguió á tan prolongada agonía que el Libertador, con asombro de cuantos le acompañaban en aquellos desiertos y cenagosos manglares, desarrolló los vastos planes de sus futuras campañas, para libertar á Nueva Granada, las provincias del Ecuador y el Vireinato del Perú; planes en apariencia presuntuosos, que muchos

de sus amigos atribuyeron á delirio de aquella inquieta y ardorosa imaginación; pero que no muy tarde se vieron realizados.

Brión y Antonio Díaz surcan el Orinoco, y heroicos combates, que alarman y ponen miedo á los realistas, presencia en sus crecidas aguas el gigante de nuestros ríos.

El General La Torre temeroso de verse aislado en Angostura y reducido ya por el asedio de nuestras tropas á la última extremidad, evacua aquella plaza que al punto ocupa la división de Bermúdez, y va á guarecerse en los castillos de Guayana la Vieja, los cuales abandona en seguida imposibilitado como estaba de sostenerse en ellos largo tiempo. Con toda la guarnición de estas dos plazas fuertes se embarca en la escuadrilla española y aunque pierde en el río algunas embarcaciones, hace rumbo á la isla de Granada y luégo se dirige á las playas de Cumaná á reunirse con Morillo.

IX

Guayana libertada de las tropas del Rey, fué desde entonces hasta el fin de la guerra la base de las operaciones militares de los independientes, y el Libertador instaló en Angostura el Gobierno de la República.

Mas, ¿qué nube sombría viene á oscurecer tan glorioso suceso? ¿Qué nuevos sacrificios le esperan á la Patria?

Ay! uno inmenso y en extremo doloroso; pero en aquellos tiempos desgraciadamente necesario para consolidar la augusta autoridad de la República, amenazada como nunca por la espada aleve de la anarquía, de la sedición y de las más temerarias presunciones.

La sangre ardiente de uno de nuestros héroes, baña expiatoria el altar de la Patria, redime una gran falta, y, á la vez que en el seno de la Revolución extirpa el antiguo cáncer que la devoraba, nos hace verter copiosas lágrimas y protestar contra el duro destino que indujo á Piar á ser ajusticiado por sus propios hermanos, por sus compañeros de gloria, por los más rectos de sus admiradores.

San Félix, la más elevada cumbre de las glorias militares de Piar, tuvo el funesto *privilegio* de desvanecer al soberbio batallador á quien tantos servicios debiera la República: poseído del vértigo de una insana ambición se despeña de tan excelsa altura y rueda sin detenerse hasta el cadalso el héroe triunfador, postrando en honda pesadumbre la atribulada Patria, que forzada se ve á sacrificar para salvarse á un hijo tan esclarecido.

¿Por qué, antes de condenar á sus compañeros de armas á que derramasen en cumplimiento de un deber ineludible aquella sangre, por mil títulos preciosa, no quedó postrado después de victorioso en el campo resplandeciente de San Félix? ¿Por qué las balas enemigas, tan crueles siempre y tan certeras en escoger sus víctimas entre los más preclaros de nuestros lidiadores,

no evitaron que las nuestras llegasen á herir un corazón cuyos latidos resonaban cariñosamente en los nobles pechos de aquellos mismos que á su pesar lo desgarraron?

Oh! más cruel destino no se ensañó jamás contra un mortal de suyo afortunado, ni amargó el justo fallo de la conciencia y de la ley, ni puso en mayor tortura la justicia.

Piar fué culpable. La Historia no lo ha absuelto aún y acaso no lo absuelva; pero, ya en nuestros días, sus graves faltas no amancillan sus glorias, éstas son timbres de la Patria, y con orgullo se ostentarán en nuestro escudo mientras no desaparezca roída por la indiferencia de mezquinas generaciones nuestra gran epopeya.

El 16 de Octubre de 1817, á la par que día de luto y de pesar para todos los corazones que aun veneran la memoria de nuestros ínclitos libertadores, lo fué también de incontrovertible justicia.

Frescos aún en la frente del héroe los gloriosos laureles de San Félix, rindió Piar la vida en el cadalso, con la misma intrepidez que le distinguió siempre.

Su trágica muerte, á la que corrió desatentado, puede decirse que fué casi un suicidio.

Sobre su tumba, entre los mil laureles que la cubren, no cabe sino la palabra: *Infortunio*.

El silencio de los sepulcros ha pretendido acallar todo ruido que no sea el de los sollozos de la Patria, en torno de aquella abandonada y solitaria sepultura; pero en vano: el eco de cien victorias resuena constantemente en rededor de aquel sepulcro, y el Guarapiche, el Caura, el Caroní y el majestuoso Orinoco, murmuran en sus ondas las insignes proezas del héroe de San Félix.

MATASIETE.

MATASIETE.

(31 de Julio de 1817).

I

Cautiva entre las olas del mar azul que baña á Cumaná, y extendida á lo largo de la península de Araya, cual cetáceo barado á cinco leguas de la costa, se divisa desde las playas orientales la heroica Margarita, la codiciada isla de las perlas, la patria de su primer caudillo, Juan Bautista Arismendi.

¡ Cuántos recuerdos de tiempos ya remotos vienen á la memoria al contemplar la cima de sus montes, que Colón divisara al retornar á la Española después de su atrevida exploración del Golfo Triste! ¡ A cuántas tragedias no sirvieron de teatro sus ricas playas y sus estrechos valles! Centinela avanzado de Venezuela en el mar de Colón, su árido suelo no fué bastante á conte-

ner las huellas de los aventureros que, desde Niño y Guerra hasta Morillo, la hollaron con su planta. Lope de Aguirre, á quién apellidaron el tirano, la inundó en sangre en 1561, y otros no menos crueles, la desgarraron sin piedad hasta 1817.

Margarita, nace con Arismendi á la vida de la Revolución; en 1810 se adhiere al gobierno republicano de Caracas, y fiel á sus promesas, y á la acendrada aspiración de sustraerse al vasallaje colonial, llena la historia patria de inmortales hazañas, durante largos años de la gran lucha de nuestra Independencia.

De todas nuestras provincias, ninguna más heroica, más generosa, más aislada en la defensa de su pequeño territorio. En la época aciaga de la tremenda crisis de la República, ella es la última que sucumbe y la primera que de nuevo torna á reerguir la frente. Su brazo fuerte es Arismendi, el primogénito de sus valientes hijos, el primero de sus héroes.

La Revolución encuentra ya maduro á este fiero soldado (*) y en capacidad de prestarle poderoso apoyo. Miembro de una familia distinguida, y ejercitado desde temprana edad en el mando de las milicias de la isla, su nombre, su espada y su fortuna, le conquistaron desde los primeros días de la popular insurrección, elevado puesto entre sus compatriotas. Él surje al primer cho-

[*] Juan Bautista Arismendi nació en Margarita en el año de 1770.

que de las contrapuestas ideas, como brota del pedernal la chispa precursora del incendio. Margarita le aclama por caudillo, rompe las ligaduras que le sujetan al cetro de Castilla, y aquel pueblo de humildes pescadores, inflamado de súbito por la más alta aspiración, se transforma en un pueblo de héroes.

II

Unida sin embargo, Margarita á la suerte de las otras provincias de Venezuela, tiene como ellas días de gloria y noches pavorosas de supremo quebranto. La capitulación de Miranda la somete de nuevo al régimen colonial que Monteverde le impone con dureza. Pascual Martínez, á quién por su codicia y sus crueldades apellidaron los insulares *el gigante de los tiranos*, la oprime, la roba, la escarnece; lléna de ciudadanos los calabozos de los castillos de Santa Rosa y Pampatar, azota en las plazas públicas sobre cañones calientes á fuerza de disparos, á mujeres y ancianos, confisca en provecho propio todas las propiedades de los llamados insurgentes, y amenaza con dar muerte á los dos hijos de Arismendi, si este patriota, que ha logrado escapar de la venganza de Martínez refugiándose en las montañas de la isla, no viene á rescatarlos entregando por ellos

su persona y su vida. A conocimiento del padre llega con rapidez la terrible noticia de la inicua sentencia que pesa sobre sus hijos, aun no adolescentes, y como no duda del pronto cumplimiento de semejante amenaza, dada la genial ferocidad de su enemigo, el sentimiento de la paternidad avasalla el corazón de Arismendi, quien presuroso corre á entregarse prisionero, sintiendo por la primera vez removerse en el fondo de su alma el monstruo de la venganza.

Hasta entonces el león había sido generoso, ¡guay! de los que provocan su fiereza.

Aherrojado en las mazmorras de la Isla, desposeído de sus bienes, trasladado luégo á las prisiones de La Guaira y de nuevo á los calabozos de la fortaleza de Pampatar, bajo la doble pena de su nuevo cautiverio y de la pérdida de su esposa, quien "no pudiendo resistir á la vista de sus hijos amenazados de muerte, los había dejado sobre la tierra huérfanos y sin fortuna"; el alma de Arismendi se endurece al frío contacto de los estrechos hierros que le oprimen, y, más que nunca decidido á libertar la Patria de sus despiadados opresores, roe con desesperación sus pesadas cadenas; trama en el seno mismo de la fortaleza donde se encuentra aprisionado, descabellados planes de insurrección y de venganza, y aguarda impaciente el momento oportuno de levantarse victorioso sobre aquellas almenas, asiento de los tiranos de la Isla.

III

El anhelado instante no demora en llegar. Mariño, Piar, Bermúdez y otros patriotas orientales, que se habían refugiado en el islote de Chacachacare, huyendo de la persecución de los realistas, invaden por la península de Paria, apellidando guerra. Luchan con desesperación, se apoderan á sangre y fuego de algunos pueblos de la costa, penetran en los montes y llanuras de Cumaná, se hacen firmes en las riberas del Guarapiche, y, al propio tiempo que en Maturín rechazan al presuntuoso Monteverde, estalla la insurrección de Margarita (3 de Junio de 1813), y todo el pueblo, capitaneado por el joven José Rafael Guevara, se arroja sobre Martínez, que se refugia en el castillo de Pampatar, donde lo rinden y aprisionan, al propio tiempo que Arismendi es proclamado Gobernador de la Isla.

Auxilios oportunos y eficaces, de buques y armamento, le presta á los patriotas que luchan por libertar á Cumaná; y la hora triste de las sangrientas represalias no se hace esperar. A las atrocidades de Zuazola, Antoñanzas y Cerveris, contestan los republicanos manchándose con sangre. Irritado Mariño, fusila en costa firme algunos españoles de los más connotados de cruel-

dad para con los hijos de Venezuela; en Margarita, el Coronel Pascual Martínez y muchos de sus cómplices, pagan con la vida todas sus maldades. Pero no fueron, no, los lidiadores por la independencia y la República, los que iniciaron la guerra á muerte; nuestros contrarios hirieron antes que Mariño, Bermúdez, Ribas, Arismendi y Bolívar el corazón de los vencidos; á ellos cupo la gloria triste de posponer los más nobles sentimientos á los arrebatos de enconadas pasiones.

Margarita se prepara á la lucha; Arismendi forma una escuadrilla á cuyo frente pone á Bianqui, marino italiano, cuyos servicios á la República amengua al fin, con su mala conducta con el Libertador; apresta buques con los cuales va Piar á impedir el abastecimiento de los sitiados con Monteverde en la fortaleza de Puerto Cabello; atiende generosa á las necesidades de las provincias de Caracas y Cumaná, y adiestra soldados que luégo llevará Arismendi á combatir en la parte oriental del continente.

Desavenencias provocadas por Mariño, hacen que Arismendi deje luégo á Maneiro el Gobierno de la Isla, y vaya á Caracas á dar cuenta de cuanto ocurre en el Oriente.

El ya célebre agitador de Margarita llega á la Capital á principios de Febrero de 1814, cuando más enconadas se hallaban las pasiones, y más cruda y desesperada era la guerra; y como se reclamasen sus ser-

vicios, toma activa parte en los acontecimientos que se suceden, con harta rapidez, en aquellos días crueles, de combates terribles y lágrimas y sangre. Tócale cumplir severas órdenes, y, soldado obediente, acepta el sacrificio sin rehuír la parte que le toca de responsabilidad en aquellas matanzas.

IV

Fué Arismendi por condiciones varias, muy notables, una de las figuras más caracterizadas de la Revolución, una de sus potencias más incontrastables, uno de los caractéres más duramente templados en la volcánica fragua de aquella tumultuosa agitación de iras y venganzas, de sacrificios y heroísmos; y tal como le pintan sus contemporáneos, héroe terrible, no pocas veces calumniado, es preferible, con todas sus pasiones y sus arrebatos frenéticos, al personaje equívoco que resulta amenguado por aquellos cronistas que tratan de absolverle de cuantos severos cargos hacen pesar sobre él muchos historiadores, con más apasionamiento que justicia. No, el héroe de Margarita, tenía la talla de los más pujantes lidiadores de su época, y á pesar de los sangrientos vértigos que quieran enrostrarle para amenguar sus glorias, alcanzó épica grandeza en aquellos

tiempos en que no era fácil escalar sin comprobados merecimientos un puesto culminante, y señalados servicios prestó con desinterés á su país. Fanático por la libertad, le cegaron á veces tempestuosas pasiones; pero con todo ello, su gloria tiene por pedestal á Margarita: á la isla diminuta en tamaño, gigantesca en su acendrado patriotismo. El carácter de tan incontrastable lidiador, su perseverancia y su heroísmo, van á lucir en breve.

Bolívar, sin desmayar en sus propósitos, á pesar de los desastres que experimentan nuestras armas en las provincias de Occidente y en el centro de la República, se ve en el duro trance de retirarse á Barcelona, empujado por las lanzas de Boves; y sobreviene con la desgracia, la desesperación y la anarquía, y sangrientos combates aniquilan el reducido ejército patriota, y sucumbe la Revolución en Maturín, y Venezuela de nuevo conquistada queda á merced del vencedor, y sólo Margarita, después de tanta desventura, tremola en sus almenas la bandera de la República.

Muchos de los vencidos acuden á refugiarse en aquel suelo hospitalario, y se unen á Arismendi en el noble propósito de rechazar la invasión que proyecta Morales contra la isla desamparada, rebelde á todo avenimiento entre sus hijos y sus antiguos opresores.

Margarita se apercibe al combate resuelta á vender cara al pérfido canario la independencia de su pequeño territorio. Mas, ah! cnando tan sólo espera combatir contra los 5.000 soldados de Morales y las veinte y dos

naves que éste apareja para asaltar la isla, Morillo arriba á nuestras costas con la poderosa expedición que le confiara el rey Fernando VII para sofocar la insurrección de sus colonias, y fondea en Puerto-Santo á barlovento de Carúpano, el 3 de Abril de Abril de 1815.

Sesenta y cinco buques de trasporte y treinta barcos menores, escoltados por tres fragatas y el navío *San Pedro Alcántara* de 70 cañones, forman la escuadra, á cuyo bordo vienen los aguerridos regimientos de infantería, de "León", "Victoria", "Estremadura", "Cazadores de Castilla", "Barbastro", y "Unión", conocido después por "Valencey"; el batallón del general ó "Cazadores"; los regimientos de caballería "Dragones de la Unión" y "Húsares de Fernando VII"; un escuadrón de artillería, con 18 piezas de campaña, dos compañías de artillería de plaza, tres más de zapadores, y un parque numeroso provisto de todo lo necesario para sitiar una plaza de segundo orden. Total de fuerzas, 15,000 hombres incluyendo la marinería.

V

Avistado el Pacificador con Morales, é impuesto de lo ocurrido en Venezuela, conciertan entrambos jefes las operaciones ulteriores y se apresuran, antes que todo, á someter á Margarita.

La nueva del arribo de la formidable expedición, llega á la isla con el equipaje del bergantín "Guatemala" apresado por las flecheras del intrépido margariteño Antonio Díaz, y violenta agitación y alarma le causa á los patriotas, que sólo cuentan 400 soldados para defenderse de tan poderosos enemigos. Empero, diversos y contrarios pareceres se debaten acaloradamente entre los jefes republicanos reunidos en la ciudad de la Asunción, capital de la isla: unos están por resistir, otros por someterse. Bermúdez, soberbio siempre y temerario, propone no ceder ante Morillo, combatirlo hasta la última extremidad, y morir todos antes que rendirse: "descabellado propósito en el cual le acompañan algunos oficiales cansados de la vida, ó frenéticos con la desesperación." Arismendi, de suyo menos impetuoso y nunca desesperanzado de llegar á la meta de sus patrióticas aspiraciones, aun á costa de los más duros sacrificios, desoye las sugestiones del propio orgullo; inclínase, apoyado por casi todos sus compañeros de armas, á someterse á los irresistibles invasores, reconocida como era la absoluta imposibilidad de rechazarlos, no menos que las consecuentes calamidades que una infructuosa é inútil resistencia acarrearía á la numerosa emigración refugiada en la isla, y á los mismos insulares, con quienes cuenta de antemano para rebelarse de nuevo en ocasión propicia, y recuperar la libertad perdida.

Durante tan calurosas discuciones, 121 naves á velas desplegadas se arrojan sobre Margarita, como innúmera banda de amenazantes águilas; llegan á Pampatar, dominan el puerto y la extendida playa é intiman á los margariteños el sometimiento de la isla.

"Dejemos pasar la onda irresistible, que tras ella nos levantaremos de nuevo", dice Arismendi á los conturbados insulares, y estos se someten; pero no así Bermúdez, que, arrebatado siempre y despreciando la prudencia, improba la obediencia á que se prestan sus compañeros de armas, á quienes acusa de pusilanimidad; y resuelto á afrontar solo las iras del vencedor, antes que rendirle la espada, se lanza al mar en la flechera "Golondrina"; atraviesa con imponderable osadía de pié y erguido en la frágil barquilla, por entre toda la escuadra de Morillo; insulta á grandes gritos y jura muerte á los tiranos de la Patria; y como llegasen á sus oídos las voces de algunos españoles que no comprenden ni se explican la altanera intrepidez de aquel patriota, á quien califican de frenético: *Soy el General Bermúdez!* les grita el irasible cumanés, y con un terno de cuartel acompaña el movimiento amenazante de su espada. Aléjase, y recala á la isla de Granada, y pasa luégo á Cartagena á seguir combatiendo después de protestar, con tan singular arrebato, contra los nuevos invasores.

VI

Morillo desembarca en Pampatar (9 de Abril), precedido de una proclama en la cual promete á los llamados insurgentes perdonar su rebeldía y olvidar en absoluto sus pasadas culpas. A pesar de tan halagadoras promesas, muchos patriotas desconfiados se apresuran á ganar las Antillas; no así otros, que deseosos de regresar al continente, fíanse en Morales, quien hace asesinar no pocos al llegar al puerto de Barcelona. Morillo sin embargo, cumple en Margarita lo que promete á los margariteños; les nombra por Gobernador de la Isla á Don Antonio Herraís, hombre prudente y sin rencores, y puesto arreglo en la administración de aquel Gobierno se dirige con su escuadra á Cumaná. Encarga del mando militar y político de esta antigua provincia al Coronel de "Barbastro" Don Juan Cini, y siniestramente iluminado por las llamas que de súbito abrasan al navío "San Pedro Alcántara" en la Isla de Coche, hasta consumirlo y sepultarlo entre las olas, hace rumbo á La Guaira, y entra á Caracas el día 11 de Mayo, anhelante por realizar sus planes de pacificación; planes que no tardan en bastardear y hacer impolíticos, el carácter violento del Pacificador, su des-

precio, no oculto, por los americanos y las perniciosas sugestiones de algunos de sus tenientes, ávidos de riquezas, despiadados y brutales cual Moxó.

Arismendi permanece en Margarita, donde hacía pocos meses que había contraído matrimonio con la virtuosísima y encantadora niña Luisa Cáceres, apenas de 16 años, emigrada de Caracas con su madre, como tantas otras familias respetables que huyeron de la Capital al invadirla los soldados de Boves. No embargante las gracias de su nueva esposa y las dulzuras del hogar, que Luisa embellece y santifica, el indómito patriota no deja de soñar con la libertad de su país, y aguarda, sin que lo enerve la molicie, el momento oportuno de insurreccionar de nuevo á Margarita. Arismendi en la isla, era la chispa al lado de la pólvora. La prudente conducta de Herraís, era el único obstáculo que se oponía al incendio; mas este inconveniente no tarda en desaparecer. Aquel hombre justo y bondadoso, á quien las margariteños supieron estimar, fué menospreciado por sus compañeros de armas que no aspiraban sino al exterminio de los americanos, y le cupo igual suerte á la que padecieron en el largo trascurso de la guerra, los espíritus generosos y conciliadores que, como Cajigal y pocos otros, no se desdijeron en América de la índole caballerosa de su raza.

Árbitro Moxó de Venezuela, en ausencia de Morillo que combate en la Nueva Granada, provoca con sus aviesos procederes la ira y la desesperación de los re-

publicanos, profundamente abatidos y casi sin esperanzas de llegar á ser libres. Depone á Herraís, que no se presta al cumplimiento de las decretadas expoliaciones, y, en su lugar, impone á Margarita al Coronel Don Joaquín Urreiztieta, hombre duro y muy digno teniente de Moxó, por su refinada avaricia y su crueldad.

Epoca triste y degradante para un pueblo, aquella, en que la voluntad de un hombre osado sin más razón que la fuerza, se sobrepone á todo y viola sin escrúpulo los más santos derechos!

VII

El primer cuidado de Urreiztieta al afianzarse en su gobierno, fué apoderarse de Arismendi, alma de la isla y constante preocupación de las autoridades españolas; pero el astuto insular se escapa de las pérfidas redes que le tiende su alevoso enemigo y gana los montes del Copey, en donde abiertamente se le persigue con ahinco. Allí, de cumbre en cumbre excitando á la guerra contra los opresores, posándose como el águila sobre las altas rocas ó guareciéndose en profundas cavernas, acosado sin tregua ni descanso como fiera, y puesta á precio su cabeza, da comienzo á la épica lucha á que debe su mayor gloria Margarita.

La rabia de la impotencia posée al fiero español, que burlado en sus planes, crée reducir á la obediencia al temerario agitador de la revuelta aprisionándole la inocente esposa, á quien sepulta, ya próxima á ser madre, en los calabozos del castillo de Santa Rosa, prodigándole los más brutales tratamientos.

Mas en vano espera sojuzgar á Arismendi, que más que nunca osado y decidido á libertar su patria, fija el 15 de Noviembre para hacer estallar la insurrección, é invita á aquellos que le han de acompañar á dar el grito de *libertad ó muerte*, á reunirse en un valle desierto para emprender la lucha.

Bajo impresión ingrata empéñase la gigantesca lucha. Advertido Urreiztieta del plan de los patriotas, acude con algunos soldados al punto de la cita, sorprende á los que ya se encuentran reunidos, mata algunos de ellos, y los otros se salvan, yendo á dar á Arismendi, á quien tropiezan no distante, la triste nueva de la sangre vertida y del fracaso de su oculto proyecto.

Pero el intrépido caudillo, léjos de amedrentarse, juzga oportuno sorprender á su enemigo aquella misma noche con un golpe de mano, ya que su fácil triunfo le tendrá descuidado; y reanimando á los dispersos patriotas, ocúltase en el bosque con 30 hombres armados de *machetes;* espera allí la noche, y apenas oscurece se dirige á Juan Griego, con sólo 3 fusiles y 120 cartuchos.

Qué intento lleva? Oh! el más estrafalario y más heroico: asaltar un guarnecido fuerte y adueñarse de él; y lo practica, con simpar osadía, sorprendiendo á la guarnición realista que no esperaba verse acometida, y que muere toda acuchillada.

La resonancia de semejante hazaña pone de pié toda la Isla (*). Arismendi aumenta su armamento con 80 fusiles cogidos en el fuerte de Juan Griego, marcha á paso de carga á la Villa del Norte, ocupa su casa fuerte después de un reñido combate en que perecen más de doscientos españoles, y dueño queda del poblado.

VIII

El grito de rebelión cunde en todos los Valles; hombres y mujeres corren al Norte, á tomar puesto en el ejército patriota, y era tal el encono de los margariteños contra los españoles, que, horas después de la segunda victoria de Arismendi, contaba éste en su campo 1,500 hombres, armados la mayor parte de *machetes*, lanzas y cuchillos, y no pocos de simples garrotes y azadones.

La fiebre del patriotismo y la venganza, posée y

[*] La población de Margarita en 1815 no excedía de 14,000 almas.

alienta á aquellos embravecidos insulares, tan terribles en los combates como mansos y pacíficos en su vida ordinaria.

Para aterrorizar á los alzados y á los que pretenden agregárseles, el Gobernador español pasa á cuchillo á algunos de los presos encerrados en el castillo de Santa Rosa y en la fortaleza de Pampatar, y hace extender los cadáveres en la playa que media entre este último fuerte y Porlamar. Luégo da aviso de lo ocurrido al Capitán General y al Gobernador de Cumaná, reune sus fuerzas en número de 900 veteranos, y marcha á reconquistar la población del Norte, Cuartel General de los republicanos.

Arismendi le aguarda, ocupando con una parte de sus tropas la altura de La Vigía, y con la otra el cerro conocido con el nombre de España. Urreiztieta ataca con decisión y brío las dos alturas simultáneamente, vence en la segunda con 400 hombres, á los mal armados campesinos que osan defenderla, pero contraria suerte le cabe en la primera: 500 soldados españoles, emprenden adueñarse de la cima de La Vigía y trepan haciendo fuego sobre la columna que en persona manda Arismendi, quien no juzgando prudente malgastar sus pertrechos, ni oponer á los expertos tiradores españoles los escasos fusiles con que cuenta, ordena á su tropa echarse en tierra y dejar á los realistas acercarse á la cumbre sin oponerles resistencia. Estos ascienden en

tropel, creyéndose á tan poca costa vencedores; pero no bien intentan poner el pié en la cumbre: *¡ al arma blanca !* grita Arismendi á sus soldados, y se arroja con ellos sobre los tercios españoles que rompe y desbarata poniéndolos en completa derrota. Los vencedores en el cerro de España se apresuran á dar auxilio á sus desbandados compañeros ; pero acometidos á su vez, son rechazados y se retiran con gran pérdida hacia Paraguachí.

El entusiasmo de los margariteños acrece cada día. Nadie piensa sino en guerrear por la Patria, en conquistar á toda costa la libertad é independencia de la isla ; nada detiene á aquellos desarmados pescadores y labriegos para medirse con las aguerridas tropas españolas: el valor que inspira el patriotismo los exalta, y todo cuanto acometen les parece posible. Arismendi, severo siempre é incansable, á la vez que temido y amado por los suyos, fomenta el entusiasmo, y fanatiza por la libertad á aquellos valerosos insulares, bisoños en el manejo de las armas, pero llenos de noble emulación y de ardimiento.

Después de su tercer victoria, ataca la Asunción, capital de la isla, se apodera de una parte del poblado y evitando los fuegos del castillo de Santa Rosa, que domina con sus cañones la ciudad, incomunica la guarnición de este castillo, donde Urreiztieta se refugia, con el resto de las tropas realistas que guarnecen á Pampatar.

IX

Entre tanto, la joven esposa de Arismendi gime en los calabozos del castillo de Santa Rosa, maltratada con salvaje furor. ' Pero aquella criatura angelical, abandonada á los ultrajes de sus despiadados verdugos, sin más amparo que la enérgica austeridad de la virtud, eleva á Dios su alma y resiste incontrastable, como las mártires cristianas, las horas espantosas de su largo suplicio, sintiendo sin embargo palpitar en su seno la inocente criatura condenada como ella á expiar el heroísmo del caudillo insular. A las frecuentes intimaciones de Urreiztieta, llenas de encono y de amenazas, para que alcance de Arismendi el sometimiento de la isla, contesta siempre con heroica entereza: *jamás lograreis de mí que le aconseje faltar á sus deberes.*

Admirable mujer! Sobre tu frente pura resplandece la corona de espinas de tu prolongado martirio como divina auréola, y aunque ésta no desarme á tus verdugos, ni amengüe sus terribles furores, ellos no alcanzarán á desvirtuar el brillo prestigioso que de ella se irradia.

" Desechad toda humana consideración, dice Moxó á Urreiztieta, al enterarse de lo ocurrido en Margarita, y haced fusilar á todos los que cojais con armas ó sin

ellas, y los que los hayan auxiliado ó auxiliaren, precedido sólo un juicio verbal (*)". Pero el violento Gobernador de la isla más expeditivo que el propio Capitán General, desecha por inútil el juicio inconducente que se le exige en semejante orden, excita á sus tropas á no dar cuartel á los margariteños, y previene el saqueo y el incendio de los pueblos del Norte y de San Juan.

En los primeros días de la popular insurrección, tras larga serie de reñidos combates, se apodera Arismendi de las alturas opuestas al castillo de Santa Rosa, que rodean la Asunción; ocupa el cerro de la Libertad, distante cosa de una milla de la inexpugnable fortaleza, y practica en aquella altura algunas obras de defensa; luégo extiende su campo, desde la base del cerro de Matasiete, atravesando el río, los cocales, el camino de Pampatar y la llanura, hasta las baterías españolas de la Caranta y el Número 2, levantadas en la falda de la colina que sostiene el castillo; establece la segunda línea á un cuarto de legua de la primera, en el Portachuelo por donde pasa el camino que se dirige á la villa del Norte, y la Asunción queda cercada. Pero falto de artillería de sitio y sin pertrechos ni recursos para procurárselos, se estrella inútilmente contra los muros de Santa Rosa, después de intimar en vano al Gobernador Urreiztieta, la rendición del fuerte.

[*] Comunicación del Capitán General.



X

Arismendi, empero, no desmaya. A su lado se encuentran los hombres más importantes de la isla, resueltos á sacrificarse por la Patria. Allí están los Guevaras y Maneiros, probados en las anteriores asonadas; el intrépido Francisco Esteban Gómez, cuyo nombre que ya principia á esclarecer la fama, ha de alcanzar no tarde su mayor gloria en "Matasiete"; los denodados Juan Bautista Cova, Domingo Meza, Pablo Ruiz, José María Paz y Cayetano Silva; el valiente Policarpo Mata; el impetuoso Figueroa; Villalba y Aguirre, tan populares y briosos; Luís Gómez, el prohombre de Juan Griego; los atrevidos marinos José María y Cristóbal García, y otros y otros renombrados por su audacia y firmeza, y aquel Antonio Díaz, terror de los bajeles españoles, el más osado de cuantos marinos distinguidos dió Venezuela en su constante lucha de once años. Con estos héroes de reconocida probidad y patriotismo, toda la isla se agrupa desarmada en torno de Arismendi, y mientras los hombres combaten con los escasos fusiles que han logrado arrebatar al enemigo, ó se empeñan cuerpo á cuerpo en la lucha, armados solamente de arpones, lanzas y cuchillos, ó lanzan piedras desde

lo alto de las cumbres á las tropas del Rey, las mujeres y los niños labran la tierra y echan las redes en el mar, para mantener á tan audaces lidiadores, sin escusarse empero de auxiliarlos en ocasiones muy frecuentes, y con suma eficacia en las reñidas batallas de aquella época de ardoroso entusiasmo y abnegación patriótica.

Arismendi es el Plutón de aquella fragua ardiente, decidido á consumirse forjando rayos de exterminio contra los opresores. El corazón de aquel caudillo, herido profundamente en el más caro de todos sus afectos, padecía como el mar, siniestras tempestades: las olas tumultuosas de las pasiones rugían en su alma y se rompían con furia, como sobre escollos, contra las naturales larguezas de su espíritu. Fija eternamente su profunda mirada en la fortaleza de Santa Rosa, donde gemía oprimida la mejor parte de su ser. Arismendi, se asimila á la dureza de aquellos muros, á lo incontrastable de aquellos bastiones, y termina al fin por sentirse el alma almenada y el corazón convertido en mole de granito. Su cólera, su justa cólera, acrecienta el encono de los margariteños contra los soldados españoles, y comunica á aquella guerra á muerte tal ardimiento que al fin raya en delirio.

"Usía formará una idea, decía Urreiztieta á Moxó, del empeño y obstinación con que se bate esta canalla, consentida en morir tarde ó temprano cuando ocupa

una ventajosa posición, con decirle que cuantos puntos hemos tomado hasta ahora, han sido materialmente á bayonetazos, y ha habido insurgente que con sus manos ha arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que es á lo que puede llegar el arrojo de un hombre temerario."

XI

Así como el campo dulcifica, el mar endurece; la constante lucha con las olas, hace que el hombre le cobre poco apego á la vida, y que la idea de la muerte pierda mucho de su lúgubre prestigio. Un pueblo de pescadores es siempre un pueblo de ánimos resueltos, capaz de todos los heroísmos, después de sentirse enardecido. Su maestro en la lucha ha sido el mar, y quien no teme los abismos no teme al hombre.

Mientras más restringido es el pedazo de tierra que nos alimenta, más se le ama: los habitantes de las grandes comarcas son de suyo menos de su país que los habitantes de las islas; límites no pocas veces imaginarios, dividen á los primeros, de los pueblos vecinos; á los segundos los limita el mar, valla difícil de salvar. El insular es consustancial con su isla, élla solamente, ó por lo menos en primer término, es su Pa-

tria; á élla todo lo cree deber, y por ella se sacrifica con orgullo. Rodeado de escollos, de olas furiosas, de insondables abismos; azotado por todos los vientos, en medio de la desierta inmensidad, y reducido por fuerza al constante asedio de las aguas; el insular y la isla se estrechan y se confunden hasta formar un sola masa, una misma personalidad. Las arenas de las playas, las rocas de los montes, los valles, los arroyos, son otros tantos objetos que se aman como los muebles del hogar; una encina secular, á cuya sombra han descansado muchas generaciones, es venerada como un abuelo bondadoso; en el estrecho límite en que se agita, vive y crece aquella gran familia; todo evoca recuerdos y el sentimiento patrio no se extingue jamás cuando el pasado vive en el presente, más prestigioso á proporción que de mas léjos nos viene á visitar. Agregad á esto, que la ruda mano que sabe manejar el remo y el arpón, es siempre apta para manejar el fusil, y comprenderéis que Margarita, una vez exaltada, no podía ser vencida. A tan heroicos insulares, Morillo, los llamó gigantes. La patria les debió en mucha parte, la gran conquista de sus derechos y de su libertad.

En la rebelde colonia, cada Provincia, cada pedazo de tierra, había producido sus héroes, forjados especialmente como para luchar en su nativo suelo. Las grandes ciudades, y los pueblos de mayor población, habían dado á Miranda, Ribas, Urdaneta y Soublette, á los Toros, Palacios y Montillas, á los Tovares y Galindo,

á los Ayalas, Blancos, Anzóateguis, Freites y Manriques, y á los Briceños, García de Sena, Muñoz Tébar, Escalona, y otros muchos, que sería prolijo enumerar, á quienes adornaban la cultura y los hábitos ciudadanos de aquel tiempo. De las llanuras habían surgido Páez, Monagas y Zaraza, los lanceros centauros. De las selvas, Cedeño, habituado á las fragocidades, á los violentos huracanes. De las montañas Carrillo, hecho á los ventiqueros y abismos. Del volcánico suelo de Cumaná, Bermúdez el terrible y Sucre el victorioso. De las islas, Mariño y Piar cuyos nombres se ilustran en las Provincias del Oriente, y Arismendi y Gómez, verdaderos insulares. Por lo que hace á Bolívar, su genio brota del seno de la América y su primer aliento es la Revolución.

Habituados aquellos insulares al inmutable asedio de las olas, nada encuentran estrecho para defenderse y combatir. Para éllos un punto es una isla, y ésta su natural aliado. Entre las almenas de un castillo, ó en el pico de una montaña, siempre estarán holgados: se creen en una isla. Circuidos de bayonetas enemigas, no se conturban, las ven como las olas de un mar de acero, menos que el océano amenazante, y el terreno que aquellas dejan libre les parece su isla. En medio del combate, el suelo donde fijan la planta y al cual lame la sangre que se esparce del fecundo manantial de la batalla, les representa la imagen de una isla, símbolo de la Patria.

Los mayores obstáculos carecen de importancia para quienes desde la infancia han aprendido á vencerlos. Así como al llanero de las abiertas pampas lo completa el caballo, al margariteño lo complementa la flechera: (*) élla el corcel marino en que galopa con sin par osadía en la ondeante llanura donde se considera soberano.

XII

Diarios combates sostienen las tropas de Arismendi en sus atrincheradas posiciones. Urreiztieta, con 200 soldados de "Barbastro", logra salir del castillo de Santa Rosa, y gana aunque destrozado, á Pampatar, dejando en aquella fortaleza una fuerte guarnición á cargo del Comandante Maya.

El mayor anhelo de Arismendi consiste por el momento, en adueñarse del castillo de Santa Rosa, contra el cual se han estrellado los mayores esfuerzos de los margariteños. Después de inútiles empeños, en que agota sin fruto casi todas sus municiones, aprovecha la salida de Urreiztieta, y decide escalar los altos muros de la invencible fortaleza. Prepara 38 escalas de madera; escoge entre sus tropas los más osados y robus-

(*) Pequeño esquife, que se mueve al impulso de numerosos remeros.

tos; los arma de lanzas y de sables y protegidos por la oscuridad de una lóbrega noche marchan aquellos leones resueltos á apoderarse del inexpugnable baluarte.

Azuzada por Arismendi la columna patriota, trepa en silencio por la empinada cuesta de la colina, asiento del castillo; salva los fosos, sin que los descuidados centinelas que vigilan el campo desde la elevada plataforma, logren advertirla; ocho escalas se apoyan en el espeso muro, y los más atrevidos se lanzan al asalto. Bajo el peso de aquellos temerarios, cuyo aliento se confunde con el susurro del viento en las almenas, crujen las rústicas escalas; los primeros soldados ganan sin ruido la desierta esplanada, pasando por sobre los cañones, y á sus piés creen tener ya vencida la poderosa fortaleza, cuando uno de entre éllos, exaltado por irrefrenable entusiasmo, victorea á Margarita y á su prestigioso caudillo, dando el alerta á los veteranos españoles. Súbito los sorprendidos centinelas descargan sus fusiles antes de caer apuñaleados; la guarnición del fuerte acude á la oscura plataforma, rechaza el asalto rompiendo á cañonazos las escalas, y encarnizada lucha sostienen largo tiempo los muy pocos audaces que lograran llegar á la esplanada. La sangre corre y se desliza de lo alto de los muros, enrojeciendo el agua de los fosos; no pocos españoles rinden la vida en el rudo combate, y aquellos de los asaltadores que no mueren aquella triste noche, quedan prisioneros sin que haya medios de salvarlos.

XIII

A la mañana siguiente, el comandante de la fortaleza llama la atención de los republicanos con repetidos toques de corneta, y Arismendi y sus tropas, desde las cumbres del Cerro de la Libertad y Peña Blanca, presencian consternados el fusilamiento en masa de los prisioneros patriotas en la explanada del castillo.

Inmenso grito de rabia y desesperación resuena en el campamento de los margariteños; hasta los menos exaltados piden venganza y juran obtenerla, é inmediatamente á presencia de la guarnición realista, que, agrupada en las troneras del castillo insulta y escarnece como de ordinario á sus impotentes sitiadores, Arismendi hace pasar por las armas á 17 oficialos y 170 soldados españoles que retuviera prisioneros desde el asalto de la Villa del Norte.

Tales hechos no han menester comentarios, ellos ponen de manifiesto la espantosa exaltación de las pasiones en aquella época de implacables furores.

Urreiztieta parapetado en Pampatar recibe de Cumaná 400 hombres de refuerzo y dos buques de guerra destinados al bloqueo de la isla; y esto en ocasión en que los margariteños sin recursos monetarios para pro-

veerse de armamento y municiones en las vecinas antillas, habían agotado en los sucesivos combates que empeñaban casi todos sus pertrechos.

Horrible miseria padecen los heroicos habitantes de Margarita; pero nada es capaz de avasallarlos. Firme Arismendi en sus propósitos de libertar la patria ó sepultarse en los escombros de la isla, habla á sus compatriotas desde las alturas del Copey y un nuevo sacrificio les exige con que atender á las ingentes necesidades de la guerra. Su voz resuena en todos los corazones estremeciendo la fibra delicada del patriotismo. Pobres y ricos, acuden presurosos al reclamo de la Patria, y las margariteñas no menos generosas, se arrancan del cuello sus collares de perlas, y los entregan á Arismendi junto con todas las joyas que poseen, para ser cambiadas por pólvora y fusiles.

Nobles mujeres: á ellas les cupo no escasa gloria en tan heroica lucha. No conformándose con cuidar solamente de los heridos y á abastecer con su trabajo las necesidades de las tropas, muchas de éllas, como las mujeres galas, tomaban parte activa en los combates y estimulaban á los hombres con la propia intrepidez y sus exhortaciones patrióticas.

—Caramba! Entonces no la quiere....

—Te engañas: la quiere más que á la niña de sus ojos, tanto como á María Santísima; pero Margarita y la Patria están por sobre todo.

—Si Pepe me hiciera eso....

—Y qué! Vamos á ver ¿qué pensarías?

—Que no me tenía ningún cariño cuando me dejaba sufrir tanto.

—Pero qué pretenderías que hiciera? que se entregase y nos entregase á todos al cuchillo y al menosprecio de los *godos?*

—Yo no sé....

—Pues sábete que no lo hará jamás, y que si tal cosa hiciera no gozaría mucho tiempo de la vida; por que le mataríamos y nombraríamos otro jefe que nos dirigiera. Ni mi padre, ni mis hijos, ni yo, nos cansaremos nunca de pelear.

—Ni yo tampoco, y Pepe mucho ménos....

—Entonces no digas disparates.

—Ah! se me olvidaba. Encontré anoche la crucesita de oro que me dejó mi madre y que creía perdida, y como tengo que marcharme ahora mismo á Tacarigua, y tu verás al General, llévasela para que la agregue á las perlas que va á mandar cambiar por armas.

—Está bien; pero véte que es tarde, y que la Virgen del Valle te acompañe.

—Hasta mañana.

—Adios.

Tales eran las hijas de Margarita en aquella época de patriótico entusiasmo.

XV

A pesar del asedio de la escuadrilla española, tres osados insulares (*), logran burlar la vigilancia de los buques enemigos, y en una rápida flechera van á negociar armamento y municiones á las islas de Granada y San Thomas.

Entre Pampatar y el fuerte de Santa Rosa, los realistas no se comunican sino por señales telegráficas, é impuesto Urreiztieta de que los víveres escasean en el castillo, resuelve abastecerlo rompiendo nuestra línea. Prepárase con el mayor sigilo, y el 5 de Diciembre cae de improviso sobre los republicanos con extraordinaria impetuosidad.

Disputada y sangrienta fué la batalla que se llamó de La Línea. Escaso de armas como estaba Arismendi, y aun más escaso de pólvora y de balas, combate empero al enemigo durante algunas horas sin demostrar debilidad. Agotadas completamente las municiones de

[*] Domingo Román, Juan Faríñez y Agustín Franceschi.

reserva, llega á cargar los fusiles y las piezas de artillería con pequeñas láminas de cobre, arrancadas de las quillas de los barcos, con clavos y guijarros. De lo alto de los cerros numerosas partidas de hombres y mujeres arrojan piedras con sus certeras hondas, ó hacen rodar por los recuestos de las colinas gruesos peñascos sobre las tropas españolas causándoles estrago. No obstante tan vigorosa y temeraria resistencia, Arismendi se ve forzado al fin á replegarse á su segunda línea, y Urreiztieta incendia la Asunción. A la vista del fuego que devora su Capital, los margariteños, poseídos de frenética rabia se arrojan de nuevo al arma blanca contra los incendiarios, y cual incombustibles salamandras, se debaten entre las llamas procurando contener el fuego á par que escarmentar al enemigo; pero todos sus esfuerzos fueron vanos: el incesante cañoneo de Santa Rosa y la invencible resistencia de las tropas realistas tornan á rechazarlos.

Siete días después de esta batalla, el Brigadier Don Juan Bautista Pardo, Gobernador de Cumaná, arriba á Pampatar con 600 veteranos á las órdenes del Teniente Coronel Don Salvador Gorrín, é inmediatamente se traslada á Santa Rosa. Sin dar respiro á los valerosos insulares, los desaloja nuevamente de las pocas casas de la ciudad, salvadas del incendio, que habían vuelto á ocupar. Recios combates por demás desiguales, ensangrientan las humeantes ruinas de la capital de la

isla. Pardo arrebata á Arismendi las posiciones en que se mantiene en la margen del río; pero las tropas españolas que osan perseguir á los desesperados patriotas, hallan la muerte en un estrecho valle detrás de la montaña del Copey.

XVI

Entre el humo de incesantes combates, espira el año de 1815 y principia el no menos ardiente y tempestuoso de 1816. El 18 de Enero, la escuadrilla española da caza á una goleta en que Román y sus briosos compañeros traen á la isla algunas armas y pertrechos que se han procurado en las Antillas. La angustia de los margariteños no tiene límites durante la batalla que se libra en las olas; todas sus esperanzas se encierran en la frágil barquilla que se escurre con sin par osadía por entre los buques españoles tratando de ganar la apetecida playa: pero de pronto, un grito de alegría resuena en todas las cumbres de la isla; Román encalla su goleta entre los erizados riscos de la costa y salva su preciosa carga.

En horas tan angustiosas, la corona de la maternidad ciñe la frente pura de la noble esposa de Arismendi, sepultada en los calabozos de Santa Rosa; y Pardo,

á la altura de la ferocidad de aquellos días incalificables, dice á Moxó: que la señora de Arismendi había dado á luz en su prisión *un nuevo monstruo*, y que convendría decapitarla por haber su marido hecho matar los prisioneros españoles...... y luégo añade, á modo de consulta, si debería privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla, ya que los patriotas se servían de ellos para comunicarse con Pampatar.

La infortunada Luisa, sola y abandonada, ve morir en sus brazos la inocente criatura que le arrebatan los verdugos para arrojarla en los fosos del castillo; y sin dar tregua á sus crüeles dolores, anúncianle en seguida que será trasladada á Pampatar y luégo á otras prisiones distantes de la isla.

La rabia y la ferocidad de aquellos hombres aumenta más y más cada día, y, como sintieran á Arismendi fuerte de nuevo con las pocas armas y municiones recibidas, es fama que Urreiztieta intimó al terrible insular, desde la plataforma del castillo de Santa Rosa, por medio de una bocina, que al primer tiro que nuevamente disparase, pasarían por las armas á la inocente prisionera. Arismendi, á la sazón en la batería republicana del Cerro de la Libertad, oyó aterrado aquel infame reto; pero irguiéndose de súbito, heroico hasta el delirio, contesta prontamente: *mátenla, malvados, que yo sabré vengarla.* Y como desciende impetuoso raudal por las estrechas gargantas de empinado monte, se arroja

sobre los escombros de la ciudad que defienden las tropas españolas, y empeña el célebre combate del Mamey, uno de los más encarnizados y sangrientos de cuantos se libraron en Margarita, en aquella época de titánicos esfuerzos. La victoria galardona la osadía de los margariteños, y, durante muchos días, los soldados realistas quedaron aterrados.

Durante tan encarnizado combate, en que Gorrín se ve compelido á retroceder despedazado á Pampatar, incéndiase el depósito de pólvora del castillo de Santa Rosa, destruyendo los almacenes y aniquilando en mucha parte la guarnición del fuerte: el mismo Urreiztieta quedó herido é inhábil para continuar la campaña, y hubo de sucederle en el mando el Coronel Aldama.

Desconcertado Pardo, pide á Moxó nuevos refuerzos con qué llevar á cabo el plan devastador que en su despecho concibiera para acabar con la insurrección de Margarita; plan que se reducía á talar todas las cementeras y á quemar todos los pueblos de la isla, obligando con ello á los margariteños á perecer de hambre.

XVII

La miseria de los republicanos, para esta fecha, era ya abrumadora. Arismendi apenas podía racionar sus soldados con un coco y algunas cañutos de caña

dulce; pero sin flaquear en sus propósitos y cada vez más tenaz y enardecido, continúa combatiendo hasta reducir á Pardo y á sus tropas á no salir de los fuertes de Santa Rosa y Pampatar; con todo antes de conseguir paralizar por completo los esfuerzos del enemigo, éste había comenzado su obra de destrucción, talando é incendiando el Valle del Espíritu Santo, donde pasa á cuchillo gran número de sus moradores.

La esposa de Arismendi trasladada á la fortaleza de Pampatar, fué enviada en seguida á las prisiones de La Guaira, de éstas á Caracas, y luégo á Cádix, pasando por un sinnúmero de vejaciones y torturas, sin que la acendrada virtud de aquella heroica mujer flaquease un solo instante (*).

Furioso Morillo con lo acontecido en Margarita, amenaza desde la Nueva Granada, en varias de sus proclamas, con cortarle la cabeza á Arismendi; pero éste con el mayor desprecio oye los iracundos arrebatos del Pacificador, y persiste en su arriesgada empresa sin que nada sea bastante á descorazonarlo. Hombre frío por naturaleza, y pertinaz en sus más aventuradas decisiones, su palabra inculta hiere como su espada. El manda sus soldados á morir, con la misma tranquilidad con que los mandaría á comer; y ellos sin replicarle van y mueren; y él queda impasible, ó ruge

[*] La virtuosa esposa del General Arismendi no vuelve á su Patria sino algunos años más tarde.

embravecido, cuando no puede avasallar á sus contrarios.

Este hombre fué un héroe singular: su mayor entusiasmo apenas si se traslucía por un grito de rabia ó una imperceptible sonrisa. Su espada era una hoz é infundía respeto hasta á los más atrevidos de sus tenientes. Jamás contaba el número de sus tropas; pero cuando alguno de sus soldados caía en medio del combate para no levantarse, se irritaba, no contra los enemigos, en quienes reconocía el derecho de procurar por todos los medios defenderse y exterminarnos, sino con tra la víctima que no había tenido bastante energía para no dejarse morir. Para él, un muerto de los suyos era un desertor, un mal patriota, que faltaba á su deber de combatir por la libertad cuando tenían al frente poderosos contrarios.

Arismendi fué un fanático; mas, á su incontrastable energía, debió Margarita su libertad.

Noticioso de que Bolívar se aprestaba en los Cayos de San Luis para invadir á Venezuela, ofrece al Libertador la parte de la isla de que había expulsado á los realistas, como base de las futuras operaciones contra el continente.

Bolívar, como ya lo hemos dicho, llega á Margarita con la expedición de los Cayos, y Arismendi fué el primero de los jefes patriotas que combatían en Vene-

zuela, que se puso nuevamente á las órdenes del inmortal Caudillo.

Alarmado Pardo con la llegada de Bolívar, evacua el castillo de Santa Rosa y la ciudad de la Asunción, y va á reconcentrarse en las fortificaciones de Pampatar.

Bolívar nuevamente reconocido por Jefe Supremo de la República en una Asamblea que se reune en la iglesia del Norte, pasa luégo al continente, sin lograr rendir á Pardo. Arismendi dueño de toda la isla con excepción de Pampatar que ocupa el enemigo, demuele en parte el castillo de Santa Rosa, y continúa hostilizando á los realistas en sus últimos atrincheramientos, hasta que estos se ven obligados á abandonarlos.

El Brigadier Pardo pasa á Cumaná, y luégo va á ocupar en Caracas el puesto de Capitán General en sustitución de Moxó, depuesto por Morillo.

Los tristes sucesos de Ocumare y los criminales acontecimientos de Güiria obligan al Libertador á ausentarse de nuevo del país. Pero llamado luégo á luégo con instancia por muchos de sus tenientes principales, en cuyo número figura, de los primeros, el General Arismendi, Bolívar retorna á Venezuela con una segunda expedición, y como en la vez primera toca en Margarita, donde encuentra al General Francisco Esteban Gómez encargado por Arismendi del Gobierno civil y militar de la Isla, en ausencia del terrible caudillo margariteño que había pasado al continente con 400 insulares, como

ya lo hemos visto, á auxiliar á los jefes patriotas que combatían en Barcelona y Cumaná.

XVIII

La primera campaña de Margarita estaba terminada, su mayor gloria corresponde á Arismendi. La segunda va á empezar, y es á Gómez á quien toca ceñirse los brillantes laureles que á Morillo habrán de arrebatar los heroicos margariteños.

Cegado el Pacificador por la pasión de la venganza, hasta el punto de desatender los esfuerzos de La Torre por conservar á la Corona la Provincia de Guayana, se apresura á sojuzgar de nuevo á los rebeldes y victoriosos insulares; y al efecto aprovecha la oportuna llegada á nuestras costas de la expedición del Brigadier Canterac, quien de paso para el Perú, por el istmo de Panamá, tenía órdenes del Gobierno español, para auxiliar á Morillo en la reconquista de Margarita.

Aquel distinguido Brigadier con una división de 2,800 veteranos, compuesta del regimiento de "Navarra" de un batallón del rĕgimiento de "Búrgos" un escuadrón de lanceros y dos compañías provisionales de caballería destinadas á llenar las bajas que hubiera en Costa-firme, en otros cuerpos de la misma arma,

había llegado el 19 de Mayo al puerto del Morro de Barcelona, en un convoy de buques menores custodiado por las corbetas de guerra *Descubierta* y *Diamante* á las órdenes de Don Francisco Topete.

Noticioso Morillo del arribo de aquella expedición y de las órdenes que el Ministro de la Guerra Marqués de Campo-Sagrado había dado á Canterac, dispuso que este jefe y sus tropas siguiesen por mar á Cumaná donde debían esperarle.

Reúnense en efecto á principios de Junio, en aquella ciudad, todas las divisiones españolas, y el Pacificador como medida previa, abre operaciones contra los republicanos que defienden la península de Paria; ocupa en pocos días todos los pueblos de la costa, y terminada aquella rápida y sangrienta campaña en la que perecen asesinados numerosos patriotas, se apresta á invadir á Margarita.

Con poco más de 3,000 hombres, regidos por Canterac y Aldama, embárcase en Cumaná en la escuadra española, y hace rumbo hacia la isla rebelde, en ocasión en que los republicanos comandados por el General Francisco Esteban Gómez, no cuentan para rechazar la invasión de tan poderoso enemigo, sino 1,300 hombres mal armados, 200 de ellos de caballería y pocos artilleros.

"Los habitantes de Margarita habían sido abandonados en los últimos días de Mayo por 23 buques

que componían la escuadrilla de Brión, llevándose casi todas las armas y municiones hacia el Orinoco. En ellos se escaparon los jefes del Gobierno Federal establecido (en aquella isla) por las actas del Congreso de Cariaco, algunos oficiales y más de trescientas personas que se embarcaron en Pampatar con la mayor prisa y desorden, como si ya el enemigo estuviera delante. Todos temían la próxima invasión, y los que huyeron carecían de la fuerza de alma, valor y firmeza que manifestaran los demás en aquellas críticas circunstancias: cualidades que los hicieran dignos de llevar el nombre de *Nueva Esparta* que el Congreso de Cariaco había dado á la isla (*)."

XIX

Morillo desembarca en Margarita el 15 de Julio por el sitio denominado los Varales, frente á la punta de Mangles, y no bien el ejército español pisa el árido suelo de la isla, ciérrale el paso el Coronel Joaquín Maneiro, segundo de Gómez, con 400 fusileros y 50 caballos, oponiendo á los invasores la más tenaz y decidida resistencia. Prevalidos del terreno, que palmo á palmo conocen y aprovechan, los valerosos insulares

(*) Restrepo, Historia de la Revolución de Colombia y Venezuela.

combaten á los soldados españoles de Canterac quienes se preciaban de someter á la obediencia aquel puñado de rebeldes con su sola presencia, y les causan notable daño y extrema desazón. Mucha parte de las tropas realistas se empeñan contra Maneiro en lucha tan desigual y tan gloriosa para los heroicos hijos de Margarita; pero abrumados estos después de muchas horas por el crecido número de sus contrarios, se repliegan en orden amenazando siempre al enemigo, cuyos movimientos paralizan durante cinco días.

Conociendo Morillo la temeridad de los margariteños, á quienes no vencerá fácilmente por la fuerza, dirige desde los Varales una proclama á los habitantes de Margarita, excitándoles á someterse á las armas del Rey, y ofreciéndoles perdonarles su criminal rebeldía. "De lo contrario", les dice, "nada habrá que detenga mis empresas, y cesando las consideraciones y las esperanzas de vuestra rendición, marcharé sobre vosotros con las fuerzas respetables que están á mis órdenes; y si los traidores de Barcelona acabaron con su miserable existencia, en esta isla desleal no quedarán ni cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes que despreciaron la piedad del Soberano y se empeñaron en su exterminio."

En la misma fecha (17 de Julio), precisamente el día en que la división republicana del General Bermúdez, ocupaba á Angostura, evacuada por La Torre, Mo-

rillo intima al General Francisco Esteban Gómez el sometimiento de la Isla. Pero el enérgico Gobernador de Margarita, á pesar de los escasos medios que posée para resistir el empuje de los batallones del Pacificador, se niega abiertamente á todo avenimiento, y con altivez verdaderamente Espartana, termina de este modo su contestación á las perentorias amenazas de Morillo: "Si V. E. fuere vencedor, se hará Señor de los escombros, de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor.—Con ellas se complacerá su tiránica ambición; más no con dominar la isla de Margarita, ni menos á sus ilustres defensores."

Y la población en masa de la isla se levanta resuelta á defender, hasta morir, su independencia y libertad.

"Someternos?; jamás!" se oye repetir por todas partes á los valerosos insulares, "antes convertirnos en polvo, ó sepultarnos con la isla en los abismos del mar."

Más de 4,000 personas de todas edades, sexo y condiciones, corren á la Asunción y á Pampatar á pedir armas para combatir al lado de las tropas, y no encontrando lo que pretenden, recogen piedras que amontonan en las cumbres de los cerros, para arrojarlas luégo sobre las tropas españolas; abren zanjas en todos los caminos, improvisan trincheras y se agitan afanosos

en torno á los soldados republicanos, ofreciéndoles ayudarlos á despedazar el enemigo.

XX

El intrépido Gómez, se levanta en la ocasión á la altura de nuestros más distinguidos capitanes. No embargante las escasas tropas con que cuenta y lo muy limitado de su armamento y municiones, yérguese ante Morillo é impone respeto á los orgullosos legionarios españoles.

El glorioso pasado de Margarita en la épica lucha que sostuvo Arismendi, lo emula noblemente á la par que lo inflama. Tantas proezas, difíciles de igualar, lo estimulan á acrecentarlas, si no materialmente, sí con el esfuerzo heroico de una voluntad incontrastable.

Indignado Morillo con la enérgica respuesta del Gobernador de la Isla, hace desembarcar la segunda división realista que rige el Coronel Aldama compuesta de 1,200 hombres del regimiento de la "Unión" y el batallón de "Cazadores de la Reina"; y el 22 de Julio se pone en marcha con todo el ejército hacia Porlamar, faldeando los cerros para evitar los asaltos de la caballería republicana, á la vez que protegido por los fuegos de su escuadra la cual navega muy cerca de la costa en la misma dirección que el ejército.

Numerosas escaramuzas y reñidos combates retardan sin embargo los movimientos de Morillo; éste ocupa á Porlamar que no le ceden los republicanos sino después de dura y prolongada lucha.

Gómez reúne una junta de guerra, y con la aprobación de sus principales tenientes decide retirarse á la línea del Caranáy en el pueblo de San Juan, con el objeto de obligar al Pacificador á alejarse de sus buques y á internarse hacia el corazón de la isla: pero temeroso Morillo de aventurarse incautamente en las quiebras de las montañas hacia donde le llamaban los margariteños, continúa su marcha por la costa y va á adueñarse de Pampatar, cuya escasa guarnición se retira á la ciudad Capital.

Acosta de numerosas pérdidas había obtenido el ejército realista ocupar las dos plazas que le cedieran los patriotas. Morillo da descanso á sus tropas antes de proseguir tan laboriosa campaña. Su mayor anhelo era apoderarse de la Asunción, Capital de la Isla y Cuartel General de los republicanos; pero dados los inconvenientes del terreno montuoso que rodea esta ciudad, y el decidido empeño en defenderla que mos traban los margariteños, no era prudente acometerla sin reconocer antes las posiciones que aquellos ocupaban. Con el objeto de tantear el terreno se puso en marcha de Pampatar al amanecer del 31, y haciendo gran rodeo para evitar las emboscadas de los insulares, fijó sus

reales en el cerro de Matasiete que domina á la Asunción.

Sin pretender forzar las avanzadas de los margariteños destaca algunas guerrillas para reconocer el terreno; pero no bien descienden de la altura estas tropas ligeras, Gómez las ataca y las hace replegar; Morillo las refuerza, y poco á poco, va tomando incremento la lucha, hasta hacerse general y convertirse en una de las batallas más reñidas que se libraron en Margarita.

XXI

A los 3,000 veteranos españoles, opone Gómez sus 1,300 bravos; pero tras ellos está la población en masa de la Capital y de los pueblos vecinos. El ardor que preside en tan sangrienta lucha, principiada á las ocho de la mañana, degenera en frenesí, pasado el medio día. Las cargas de la caballería patriota á cuyo frente, muchas veces, va el impetuoso General republicano, hacen retroceder las valerosas bayonetas del Rey y frecuentemente se ven mezclados aquellos intrépidos jinetes con los infantes españoles.

Destrás de las columnas patriotas que se empeñan en el ardoroso combate, corren innumerables bandas de hombres y mujeres desarmadas, lanzando estrepi-

tosos gritos, al par que recogen las armas y municiones de los que caen muertos ó heridos, y entran inmediatamente á combatir con imponderable bravura.

Aquellos intrépidos insulares se baten con desesperación, y notable daño causan al enemigo. Para ellos un árbol es una fortaleza, que defienden hasta rendir la vida; una roca es un bastión, en el cual se hacen firmes; un puñado de arena, un guijarro en fin, son inconvenientes dignos de defenderse á todo trance. Las mujeres llevan á sus esposos, á sus padres ó á sus hijos, que combaten en la primera línea, pan, municiones y refrescos, alentándolos siempre á no ceder el puesto á sus contrarios.

Después de siete horas y media de incesante batallar, Morillo cuenta más de 200 muertos y 400 heridos, y sus tropas se muestran asombradas.

Sin haber logrado en diez furiosas cargas arrebatar á los republicanos una sola de sus defendidas posiciones; y viéndose por el contrario el ejército realista asaltado en su campo, Morillo suspende el combate á la caída de la tarde y repliega con sus tropas á las cumbres del Matasiete, en tanto que los victoriosos insulares proclaman su victoria con ruidoso entusiasmo.

Al par del intrepidísimo Francisco Esteban Gómez, que enfrentado á Morillo en medio á la batalla, le reta á singular combate, distínguense en aquella memorable jornada, por su temeridad y su pujanza, Maneiro, Cova,

Policarpo Mata, y cuantos jefes y oficiales tomaron parte en la reñida lid de Matasiete, tan gloriosa para los hijos de Margarita.

"Este combate fué sangriento y tenaz, dijo Morillo de oficio á la Corte de España, los rebeldes se batieron desesperadamente.... y estuvieron tan obstinados, que á pesar de las repetidas pérdidas que sufrían en las cargas de su caballería, volvían á los ataques con tal furia, que muchas veces estuvieron mezclados con los Cazadores."

Fatigado y cubierto de sangre, el ejército español, pasa la noche en su inexpugnable campamento, y al amanecer del 1º de Agosto se retira á Pampatar, llevando crecido número de heridos. Gómez lo sigue con 200 infantes y 300 jinetes, osa provocarle repetidas veces en las cercanías del puerto, y le destroza algunos destacamentos que se aventuran fuera de las fortificaciones.

XXII

Tras de un corto descanso, torna Morillo á levantar sus tropas (6 de Agosto), toma el camino de Porlamar, ataca al pueblo de San Juan, domina el Portachuelo y dirige sobre la Asunción una fuerte columna

para impedir á Gómez auxiliar á Juan Griego que presto ataca con impetuosísimo ardimiento.

" Los margariteños, como de costumbre, dice Baralt, disputaron bizarramente el terreno; pero habiéndoles sido imposible contrarrestar fuerzas superiores, ni lograron socorrer el puerto, ni impidieron que Morillo lo ocupase el día 8 en combinación con la escuadrilla. Salvóse, empero, el honor de las armas republicanas, porque nunca los habitantes de aquella tierra se mostraron más heroicos, más dignos de su fama. Tomados ya por los españoles el puerto y los puntos fortificados, recóbralos su valiente guarnición dirigida por el Coronel Juan Bautista Cova y por el Capitán Juan Bautista Figueroa, sosteniendo por cuatro horas un combate á todas luces desigual, hasta que reforzados los enemigos y volado un repuesto de pólvora, cedieron el campo y procuraron retirarse."

Después de una lucha frenética, en que 200 margariteños defienden el fuerte de Juan Griego contra todo el ejército español, los valerosos insulares, llenos de desesperación, abandonan las fortificaciones, se abren paso á bayonetazos y pedradas por entre las filas de Canterac y Aldama, y el Capitán Juan Fermín incendia el polvorín y se arroja á la mar.

Describiendo el mismo Morillo la toma de Juan Griego, dijo de oficio á su Gobierno: " Desde este momento presentó el ataque de aquel fuerte el aspecto más

espantoso: pasaban de quinientos rebeldes de la canalla más atroz y desalmada de la isla los que le defendían, hombres feroces y crueles, famosos entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela, y fascinerosos que cada uno contaba con muchos asesinatos y estaba acostumbrado á mirar la vida y la existencia con el mayor desprecio. Estos malvados llenos de rabia y de orgullo con su primera ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y á las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo.... Estos llegaron al último extremo de desesperación, y apuraron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño; y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuera mui pequeña. Fué tal el fuego, la precipitación y el encarnizamiento con que peleaban, que en medio del denso humo, de la gritería y amenazas, se vió el efecto de la explosión de un repuesto de municiones en el cual volaron algunos malvados, y acabó de ponerse en confusión el resto, al momento mismo en que las tropas iban á saltar el parapeto."

La rabia y el asombro que revela este parte del Pacificador encarece la pujanza de los heroicos hijos de Margarita y no ha menester de comentarios.

En las asaltadas baterías perecen como bravos

Cayetano de Silva y el intrépido guaiquerí Francisco Adrián; y se cubren de gloria, Cova, Juan Rodulfo y los González, los briosos Capitanes Tenías, Campos, Marcano y Antolín.

Morillo persigue personalmente con la caballería á los patriotas que para salvarse se arrojan en una laguna de poco fondo, donde fueron todos degollados sin que ninguno de ellos implorase la clemencia del vencedor; y es fama que el mismo Pacificador poseído de sanguinario frenesí quitó la vida con su propia espada á dieziocho de aquellos lidiadores. Desde entonces la Laguna Salada ha cambiado su antiguo nombre por *laguna de los mártires.*

Mientras caían postrados en Juan Griego sus valerosos defensores, Gómez derrotaba en Paraguachí una columna del batallón de la Reina—y volaba á parapetarse en la Villa del Norte para esperar al enemigo.

XXIII

Morillo, después de su victoria marcha á atacarle en esta Villa, pero al enfrentarse á los republicanos recibe la noticia de la ocupación de Angostura y del incremento que tomaran en su ausencia las tropas de Zaraza en Chaguaramas y las de Páez en el Apure. Temeroso de

no poder reprimir tales ventajas si permanece lidiando en Margarita, resuelve abandonar la isla y pasar inmediatamente con sus tropas al Continente. En consecuencia deja á Juan Griego el 10 de Agosto, gana á Pampatar y después de expedir un decreto de bloqueo en que comprende las bocas del Orinoco y las costas de Güiria y Margarita, se embarca para Cumaná, dejando en la isla rebelde 1.000 cadáveres de sus mejores tropas, y llevándose obra de 700 heridos y enfermos.

De pié sobre las cumbres de las empinadas montañas, toda la población de la isla invencible ve alejarse los bajeles enemigos para jamás tornar á aquellas playas que dejan desoladas al par que enrojecidas con la sangre de los soldados españoles; y un himno inmenso á Dios y á la Patria, entonan los victoriosos insulares, libres por siempre, del cetro de Castilla.

Despechado Morillo, degüella en Barcelona 300 patriotas que había indultado el Gobernador Montenegro. Ataca de nuevo á Güiria y á Yaguaraparo—y luégo se traslada á Caracas, de donde marcha á principios de Octubre á fijar su Cuartel General en Calabozo para emprender la campaña de 1818 contra Páez. Entretanto, bate La Torre al General Zaraza en el hato de la Hogaza y Canterac se dirige á Panamá con sólo algunos escuadrones, dejando en Venezuela la mayor parte de su aniquilada división.

LAS QUESERAS.

LAS QUESERAS.

(3 de Abril de 1819).

I

He aquí una de aquellas páginas gloriosas que bastan de por sí para enaltecer toda una época. Uno de aquellos episodios magníficos de nuestra guerra magna, que, en el trascurso de los tiempos aparecerán como robados á la Fábula. Un hecho de armas, en fin, que nada envidia á los combates prodigiosos de la antigüedad.

Ahora bien: ¿quién llena aquella página? ¿quién el moderno Aquiles, el héroe legendario, émulo sin saberlo de los héroes de Homero?

Un oscuro pastor de nuestras pampas, uno de esos granos de arena imperceptibles que el huracán de las re-

voluciones arrebata del polvo, vivifica con su aliento de fuego, hace girar en el torbellino de las batallas, acrece, inflama y pule en la rotación continua y sucesiva de acontecimientos trascendentales, y levanta luégo á la altura de los astros.

¡ Misteriosos encumbramientos !

Transformaciones raras, las cuales no debemos atribuir ciegamente al acaso.

No. En el polvo que sacude y esparce el soplo de las grandes revoluciones, como en las capas ignoradas de opulento venero, existen partículas preciosas, arenas de oro, átomos de diamante, embriones microscópicos de cuerpos gigantescos: ésos, los elegidos: ésos, los que mediante el superior designio del Genio poderoso que preside y dirige el destino de naciones y pueblos, alcanzan un desarrollo sorprendente. De resto, cuando el huracán ha dejado de agitar sus alas formidables, cuando el sacudimiento revolucionario desfallece por impotencia ó se pierde en la serenidad de los hechos radicalmente consumados, el polvo ordinario vuelve al polvo; como la espuma, las medianías encuentran su sepulcro en la normalidad y en la calma, y el nivel alterado un instante se extiende inexorable.

Para los unos, luz; para los otros, sombras.

—Parcialidad de la fortuna—exclaman los no favorecidos, y, como siempre, se refiere al acaso lo que viene de Dios.

II

Hasta el confín de nuestras pampas llega el eco sonoro de la Revolución: ruido extraño que así amedrenta á los tímidos, como enardece la noble emulación de los corazones generosos.

Sobresaltado, atónito, cual si despertara de improviso del más profundo sueño, un joven pastor presa hasta entonces de inclemente destino, escucha el ruido misterioso que invade y estremece la desierta llanura; y cual si á nueva vida le llamase aquel grito de rebelión contra el despotismo colonial, levanta al cielo los ojos y el espíritu, sondea el abismo en que se halla sepultado, mide sus propias fuerzas, robustecidas súbitamente por una aspiración desconocida, y deslumbrado por los nacientes resplandores de una noble ambición, por vez primera, se crée digno de más alto y de mejor destino. El reclamo de la Patria es una imposición del cielo: forzoso obedecer.

Con un rasgo de audacia hace pedazos la cadena oprobiosa de la indolencia que le atara á eterna esclavitud: abandona el rebaño que apacienta, cambia el cayado por la lanza y, de las sombras del vasallaje que

le ocultan á los halagos de envidiable fortuna, se arroja al escenario inmenso de futuras y brillantes proezas.

Ahí le tenéis, apuesto, pero sin vanidad, dominando los ímpetus del salvaje corcel de nuestras pampas; confiado en el destino, como si ya el augur de la fortuna hubiera deslizado en su oído el secreto del porvenir; y armada la diestra de aquella lanza poderosa cuyo brillo hizo palidecer el sol de la invencible España.

Sér anónimo, entre los laureles de la victoria encontrará no tarde un nombre esclarecido. El pastor se transforma en guerrero; el guerrero en héroe; el héroe.... en Páez.

Semejante á un centauro extraviado, se ostenta solo en medio á la llanura; el viento agita las revueltas crines del impetuoso bruto que refrena un instante para sondear el horizonte y escuchar conmovido el lejano fragor que retumba en el bosque y se dilata en los desiertos.

La guerra ha desencadenado sus violentos huracanes. El fuego de las batallas enrojece el cielo. Ruge el bronce como el león cuando despierta. La tierra se estremece poseída de sorpresa y pavor.

Empero, estas inexplicables convulsiones de la naturaleza no provienen tan sólo del estruendo de las armas, del encono de las pasiones, del choque de contrapuestos bandos; no, hay algo extraordinario y portentoso que se oculta en aquel laberinto de fuego, en aquella

algazara inaudita de lamentos y víctores, en aquel caos de sangre, lágrimas, aspiraciones gigantescas, crímenes y heroísmos capaces de conmover el mundo.

En medio de tan insólito fragor, algo extraño se presiente, algo indeciso comienza á divisarse. La tempestad revolucionaria no se desenvuelve en las tinieblas, un relámpago perpetuo, como una antorcha inextinguible la ilumina y la inflama.

¿Qué pasa? Qué acontece?

Un prodigio. La aparición de un genio sobrehumano: Bolívar, armado cual Minerva: y la América ocupando un alto puesto entre las madres de los Genios inmortales.

III

La campaña de 1813 es un eslabonamiento de milagros. Sus trofeos sombrean la cuna del Gigante. Ella es el primer paso de Bolívar, de aquel astro errabundo cuya inmensa estela fué una vía láctea de centellas.

Páez escucha con arrobamiento el ruido que asorda los espacios, los clamores que surgen de la tierra; ve á lo lejos los destellos del sol deslumbrador que se levanta en el cielo de la Patria; aspira el fuego eléctrico del heroísmo, en los relámpagos de "Niquitao"; se enardece

con el estrépito victorioso de "Horcones" y queda absorto ante el glorioso triunfo de "Taguanes".

"Oh! yo también, exclama, blandiendo la pujante lanza, yo también quiero puesto de honor en el cortejo de ese genio mimado por la gloria". Y ansioso de compartir con él el triunfo ó el martirio, suelta la brida al bruto palpitante y va á romper su primer lanza sobre el escudo ibero, sellando así, con timbre perdurable, la página primera de su historia portentosa.

A su alrededor, como en torno á una bandera que protege y glorifica, se agrupan y galopan tras él, aquellos hijos de las pampas, ardientes, belicosos, indómitos, semi-salvajes; peces, leones y centauros á un tiempo; señores de la llanura, vencedores del cocodrilo, del caballo salvaje, del toro y del jaguar; sin freno conocido hasta entonces, libres como el viento á pesar de la España y del Gobierno colonial. Todos se juntan alrededor de Páez, del gladiador intrépido á quien no pueden vencer en los ejercicios corporales, ni en los combates singulares suscitados por violentas rencillas; á quien tienen por invulnerable, á quien aman y respetan como á un sér superior. La cabeza y el dorso, expuesto á veces al sol abrasador de las llanuras, sin arneses, sin mantas, combatiendo á la vez que domando al rehacio animal que les brinda indómito rebaño; sin Dios ni ley, ni estímulo que no sea el del común peligro, siguen á Páez, como las tribus nómades á aquel de entre los

suyos que tienen por más fuerte, que estiman por más sabio.

Lo que al principio, apenas agrupamiento de partidarios, no tarde se convierte en ejército. Ejército numeroso á cuyas filas, como atraídos por misterioso imán, corren á incorporarse los dispersos de todas armas que cruzan la llanura: el errante pastor, el astuto guerrillero, el derrotado; con ellos, generales sin tropas, sacerdotes arrojados de sus templos, ancianos venerables, niños sin padres y mujeres sin esposos, perseguidos por la ferocidad del enemigo; hombres de ciencia, ánimos turbulentos, patriotas ilustres, y ambiciosos sin freno, á quienes las revoluciones, la guerra y el tumulto brindan siempre halagos infinitos. La muerte de Boves, y el desprecio que de los vencedores en 1814 hace Morillo y sus orgullosos expedicionarios, llevan á las filas del ejército de Apure expertos jefes y aguerridos soldados. Luégo, en la lucha, lo que el cañón devora, lo que merma el acero inclemente de nuestros opresores, lo rehace el prestigio, lo recupera y multiplica la popularidad creciente de un caudillo siempre victorioso.

Entre tanto, asaltos, escaramuzas, combates y batallas se suceden sin tregua.

La fama pregona hechos heroicos que embelesan y pasman.

A "Estanques", con sus Termópilas y sus proezas mi-

tológicas, sigue "La Mata de la Miel", batalla nocturna donde las sombras velan la sangre y el estrago, no el heroísmo que hace resplandecer como centellas los laureles del triunfo. Luégo viene "El Yagual", con sus violentos y terribles asaltos; y "Mucuritas" (*), con sus catorce cargas de caballería que asombran, á la vez que acuchillan los fatigados tercios españoles; y la presa de la flotilla, en aguas del Apure, inaudito abordaje, sin ejemplo en la historia, de jinetes á nado contra barcas armadas de cañones. Después, la toma de San Fernando, obra de la tenacidad; y "El Rastro", tumba gloriosa de Genaro Vásquez; y la atrevida ocupación de San Carlos; y la disputada victoria de Cojedes; y "La Cruz"; y la espantosa carnicería del "Guayabal"; y "Carabobo", pirámide de gloria; y el asalto de Puerto Cabello, prodigio de gigantes; y cien y más combates heroicos y sangrientos, sacrificios á oscuras, laureles sin brillo, proezas sin renombre, encuentros al acaso, más terribles á veces que las batallas qne encarece la fama, que relata la historia. Y sobre todos ellos, sobre la lucha en las tinieblas y la victoria entre relámpagos, cual si fuera el coronamiento de la elevada cima de los triunfos, un imposible de osadía y de arrogancia extrema, realizado en-

(*) Hablando de esta acción escribía Morillo: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado, sino tropas organizadas que podían competir con las mejores de S. M. el Rey."

tre aplausos: LAS QUESERAS! duelo fantástico, deslumbramiento de águila, que sobrepuja todo cuanto la imaginación puede forjarse de prodigioso por heroico, de inaudito por aventurado.

IV

¡Cuánta constancia, cuántos sacrificios, cuántos esfuerzos para escalar la altura donde sólo el condor osa posar su vuelo; y sin embargo, cuán fácil nos parece de lejos arrostrar la montaña, trepar por sus pendientes, salvar sus precipicios, vadear sus torrentes, alcanzar con pié firme las empinadas cumbres, y dominar la cima, sin fatiga y sin vértigo, levantado el espíritu, y sin remordimientos el corazon!

Oh! nada tan ilusorio como las presunciones inconscientes.

Osad, aventuraos, y sabréis cuánto cuesta levantarse siquiera sea una línea del nivel ordinario.

La historia no da cuenta del número de victorias parciales que fueron necesarias para lograr uno solo de aquellos triunfos resonantes á que va unido el renombre de Páez. Ella estima en conjunto y analiza, aunque someramente, el esfuerzo común, sin detenerse en los detalles, en el grano de arena que acumulándose forma

la pirámide. Ella no alcanza á divisar sino las cúspides, pocas veces los cimientos.

Seámos prolijos, y el asombro que produce lo inmenso de lo desconocido colmará nuestros deseos.

Cada uno de aquellos triunfos, no es siempre el resultado del esfuerzo inteligente y colectivo. En casi todos ellos la multiplicación de ventajas parciales decide de ordinario.

Con harta frecuencia en el ejército de Apure, los combates y las batallas se libraban sólo al arma blanca. Eran aquellos nuestros tiempos heroicos. La lucha se empeñaba cuerpo á cuerpo; nuestros jefes buscaban en medio del tumulto á los jefes realistas para trabar con ellos personales combates: cada cual á su turno, oficiales y tropa, escogían sus contrarios; la antipatía, el odio, la venganza presidían á la elección. Toda lucha personal terminaba con la muerte; el vencedor emprendía nueva lid, y si el brazo no desmayaba y le era propicia la fortuna, acometía otra vez, y otra y ciento hasta perder la vida ó la espantosa cuenta de los que arrojaba al polvo muertos ó agonizantes. Duelo tremendo, interminable, desastroso, propio de los antiguos circos, donde recreaba sus feroces instintos el gran pueblo romano. La aglomeración, si así puede decirse, de estos duelos parciales formaba la batalla. La suma de victorias individuales complementaba el gran triunfo. Ah! ¿cuánta pujanza, y brío

y esforzada resistencia no se hacían necesarios para afrontar tantos peligros? ¿Cuánta fuerza, agilidad, pericia y valentía, y cuánto arrojo para conjurar todas las amenazas, dominar los contrarios esfuerzos y salir vencedor? El jefe y el soldado se codean en medio del combate y cada cual llena cumplidamente su deber; con la sola diferencia de que el primero hace á la vez de general y de soldado: manda y acomete, ayuda y se defiende, acude á todas partes, ve por todos aquellos ojos, de ira ó de entusiasmo ciegos; anima, encomia, castiga, vilipendia, estimula con el heroico ejemplo y riñe cuerpo á cuerpo como un simple *lansquenet* de la edad media.

Faena de titanes!

Exigencias de un orden superior dificultan la realización de tan repetidas proezas. Para aquellos hombres rústicos pero poseídos de heroica emulación, que forman en su mayor parte el ejército de Apure, el jefe que los manda está obligado, por un tácito acuerdo, á ser omnipotente. Páez no desmintió jamás tan aventurada presunción; pródigo de su vida, la juega sin reparo en todos los encuentros; en la temeridad está su fuerza, ella acrece cada día su renombre, ella sirve de pedestal á su prestigio. El primero en la carga, en la brecha, en la rápida acometida; solo, con diez, con ciento, con un ejército, siempre á vanguardia y presto siempre á sostener veinte duelos á muerte en

cada escaramuza, realiza portentos que, por frecuentes no producen asombro, y hazañas tan inverosímiles que sólo á fuerza de ser repetidas se sobreponen á la incredulidad. Corre la sangre en aquellos duelos temerarios, se derrama á torrentes; pero sangre que no mancha las manos, que no llena de oprobio, ni se convierte luégo en satánica púrpura de mentida grandeza.

Labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar á Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte.

V

Pero detengámonos un instante para cobrar aliento. Vamos á entrar en 1819, y allá, á lo lejos, en un recodo del Arauca, rodeado de palmeras, extendido cual las llanuras vengadoras que sepultaron á Cambises, y abrasado por el ardiente sol de nuestras pampas, se divisa el campo inmortal de "Las Queseras", circo máximo del heroísmo patrio, donde en breve los resplandores de la gloria eclipsarán el esplendor del astro de la luz.

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, en que el ejército patriota después de algunas renombradas victorias padece los desastres de "La Puerta", campo tres veces funesto á nuestras armas, del "Rin-

cón de los Toros" y de la "Laguna de los Patos", el huracán de la revolución torna á agitar sus poderosas alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible se levanta del polvo ensangrentado por tan repetidos desastres. A más reñida lid impele improvisados batallones. Borra con prodigios de habilidad y de constancia los errores cometidos. Recupera con portentos de su ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en el desconcierto mismo de la derrota y del fracaso, perseguido de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad de su caballo la salvación de la República, entre el humo de la pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña á Colombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra y gana en los campos de la política batallas trascendentales que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de laurel: vencido, diadema de relámpagos ilumina su frente.

Mientras Morillo victorioso abruma con onerosas exacciones á los pueblos que dominan sus armas, y se apercibe de todo punto como para postrar de un sólo golpe la rebelión de Venezuela, el Libertador vuela á Guayana, convoca el segundo Congreso de la República, funda periódicos, atrae á sus banderas extranjeros soldados, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos regimientos, extiende su brazo poderoso armado con el

rayo de la revolución para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervención de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo, precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reune en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la próxima campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á General de División y retorna á Angostura á activar la instalación del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la dirección provisional de la campaña.

VI

Ofuscado por el prestigio halagador de sus recientes victorias, Morillo acomete una vez más la temeraria empresa, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa

voluntariamente la heroica San Fernando, revista el numeroso ejército que forman las divisiones peninsulares de La Torre y Calzada, junto con los llaneros de Morales, los regimientos de Pereira, los carabineros de Narciso López y los dieziseis escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión que completan su caballería. En suma, 8.500 combatientes, bien equipados y aguerridos, con seis piezas de artillería de campaña y todo el material de guerra de un cabal ejército europeo.

Para oponerse á la invasión de tan poderoso enemigo, los republicanos apenas cuentan en sus filas 2.000 infantes bisoños, pobremente equipados, é igual número de jinetes, de escasa disciplina, pero llenos de arrojo y valentía.

Con todo, era este ejército el más fuerte y numeroso con que contaban los independientes. Enfrentárselo en batalla, á tan formidable contrario, era jugar con poco acierto la suerte de la República, las conquistas gloriosas de la revolución.

Páez lo comprende desde el primer instante, y dominando en obsequio de la Patria los ímpetus de su genial temeridad, subordina al consejo de una prudencia hábil y meritoria, los arrebatos de su osadía, las tentaciones de su noble ambición.

Tascando el freno que le impone el deber, retrocede delante de Morillo; primero paso á paso, amena-

zante como el toro salvaje de nuestras llanuras; luégo, inspirado por una idea feliz, se aleja á toda brida, desaparece tras el horizonte de la extendida pampa, pasa el Arauca, se interna al sur buscando el Orinoco, arriba á las orillas del caudaloso río, deposita en una de sus islas el precioso tesoro confiado á su prudencia por el Libertador, y apartando de sus tropas 800 jinetes escogidos, se revuelve expedito al encuentro de Morillo. Choca en el Caujaral contra 3.000 soldados de Morales, vanguardia del ejército; acomete á La Torre; lo deja por Calzada; desordena la retaguardia de Pereira; se convierte en el azote, en la sombra terrible de las legiones españolas, acuchilla escuadrones enteros de dragones y húsares, y da principio á aquella sucesión interminable de asaltos, escaramuzas y sorpresas, que llevan con la inquietud del campamento y las fatigas de las marchas, violenta exacerbación al ánimo de nuestros enemigos.

VII

Las llanuras, como el cielo, tenían también sus tempestades; tempestades terribles, desastrosas, que parecían brotar de las entrañas de la tierra: una nube de polvo levantada en el horizonte de la extensa sabana,

presagia el huracán á los soldados españoles; impelida por misteriosa ráfaga se adelanta siniestra; á medida que avanza acrece y se dilata; el sol la inflama con sus rayos de fuego; relámpagos de aceros relucientes brillan deslumbradores en su seno profundo, y como un trueno prolongado, sorda repercusión se deja oir en la sonora pampa, herida por el violento golpe de innúmeros caballos que la cruzan veloces.

El cañón enemigo detiene á veces la nube amenazante; la rechaza, la aleja, la disipa; pero de nuevo aquella, torna á formarse en otro punto del horizonte: abre sus alas voladoras, acomete otra vez, y porfía con tesón hasta que logra estrellarse contra las bayonetas del ejército, fulmina y desparece dejando el campo sembrado de cadáveres.

En demanda del ejército republicano á quien no encuentra, Morillo, sin rumbo fijo, marcha escoltado, envuelto por veloces guerrillas de caballería que no le dan vagar, que le inquietan con frecuentes amagos, que le disputan el agua y el ganado, y perturban el sueño de sus cansados batallones.

Tras dias de lucha y de fatiga, la noche les reserva horas de angustia y escenas desastrosas. Potros salvajes que arrastran á la cola pieles de toro tostadas por el sol, cruzan en la oscuridad el campamento, furiosos como ráfaga infernal. Cunde el espanto, prevalece la confusión sobre la disciplina, regimientos enteros

se creen acometidos por una carga de nuestros escuadrones, se agrupan sin concierto y disparan sobre sus propios compañeros, quienes contestan con nutridas descargas.

Mayor estrago que el de los bueyes lanzados por Aníbal sobre las legiones de Fabio, hacen nuestros caballos espantados en el campo realista.

Con la aurora el ejército español se pone de nuevo en movimiento, y como león herido, se aleja cauteloso del sitio donde se ha revolcado en noche de agonía, dejando, tras el incierto rumbo que persigue, su huella ensangrentada.

Fatigado, jadeante, Morillo se detiene al fin á la entrada del desierto de Caribén, y, aunque tarde, reconoce, como temeridad sin fruto, su internación en las llanuras. Contramarcha resuelto á adoptar otro plan menos aventurado, repasa el Arauca, y acosado siempre por la tenacidad da nuestros intrépidos lanceros, se guarece en Achaguas donde fija su cuartel general.

Aquí termina la primera parte de aquella campaña memorable, en que á la par de la tenacidad de Páez, pusieron de relieve nuestras armas, hechos extraordinarios que apenas se conciben: la guerrilla acuchillando el ejército; la contínua escaramuza haciendo innecesaria la batalla; la temeridad burlando la estrategia; lo pequeño enorme en resultados: el tigre acosado por la jauría: la boa por las hormigas.

VIII

En tanto que se verifican en Apure sucesos tan extraordinarios; El Libertador remonta por segunda vez el Orinoco, fortalecido con los plenos poderes que le ratificara el Congreso de Agostura, y acompañado de 500 veteranos ingleses, parte de aquellos bravos y generosos extranjeros que, junto con la nuestra, derramaron su sangre por la emancipación de Venezuela.

A mediados de Marzo incorpora en la Urbana la división Anzoátegui, la brigada del coronel Salóm, el parque del ejército y el resto de las caballerías que allí dejara Páez á la apertura de la campaña por el ejército invasor; y marcha sobre Achaguas, donde aún tiene Morillo su cuartel general.

A inmediaciones del Caujaral se reune con Páez, aplaude su prudente estrategia, gana la margen izquierda del Arauca, y, excitado por el clamor entusiasta de sus tropas que desean la batalla, va á ofrecerla á Morillo quien no la excusa en posiciones favorables á su poderosa infantería.

Recobrado de las fatigas, limpias las armas, acepillado el vistoso uniforme, el ejército español sale de Achaguas, despliega sus formidables alas y se adelan-

ta al encuentro de nuestros escuadrones, apoyándose cautelosamente en los bosques y palmares que ofrece la llanura.

Nuestra vanguardia aventura un ataque con poco concierto sobre las fuertes posiciones que ocupan, á la vera de un bosque impenetrable, los carabineros de Narciso López, y el 2º batallon de Valencey al mando de Pereira; y es repelida con fracaso.

Este desastre, unido á la prudente táctica del enemigo, de no comprometer lance ninguno en parajes desventajosos á la seguridad y al buen éxito de su excelente infantería, obliga al Libertador á buscar á su turno campo adecuado á las maniobras de su caballería, arma en que prevalece al formidable ejército español.

Así pués, esquivando el combate en lugares montuosos y ofreciéndolo siempre á campo raso, el ejército republicano retrocede al fin, sobre el Arauca; y después de repetidas marchas y contramarchas, de amagos infructuosos, de provocaciones y engaños para hacer aceptar á su contrario una batalla á descubierto, atraviesa aquel río y acampa fatigado en la margen derecha. Morillo le sigue paso á paso, y al despuntar la aurora del 3 de Abril de 1819, aparece sobre la opuesta orilla del Arauca, frente al campo inmortal de "Las Queseras."

IX

Allí, aquellos dos gigantes: la vieja monarquía con su casco de acero, y la joven República, calado el gorro frigio, de nuevo se contemplan.

Míranse con enojo los legionarios de la fuerza y los soldados de la idea.

Conculca el odio lo que estrechó la sangre. Pero en silencio el viejo león que ruge enfurecido, se estremece orgulloso de haber dado á la América, con la pujanza heroica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.

Allí están con Morillo, aquellos bravos del ejército expedicionario, tenaces en la defensa de su patria contra Bonaparte, vencedores en Baylén, Arapiles, Vitoria.... heroicos y magníficos en Zaragoza y en Gerona. Ejército dominador de la Nueva Granada, triunfador en Venezuela en la anterior campaña; soldados orgullosos, temidos por su crueldad y su bravura, con más sangre sobre sus bayonetas que deslumbrante púrpura en sus banderas victoriosas.

Allí están como siempre, desdeñosos y amenazantes; divididos en brigadas, regimientos y batallones que llevan con jactancia nombres gloriosos que recuerdan

victorias, y arrogantes epítetos no desmentidos ni amenguados; cubiertos de vistosos arreos, armados de fusiles y sables relucientes, y ostentando con arrogancia extrema la empinada cimera de sus dragones impetuosos y los negros morriones de sus terribles granaderos.

¡La fuerza, la fuerza representada en la expresión más alta de su grandeza y poderío!

Con Bolívar en el opuesto bando, desprovisto de pomposos atavíos, mas ya lujoso en títulos á la inmortalidad, está el heroico ejército republicano; escaso en número, inmenso en valentía, exhibiendo en los desnudos pechos cicatrices gloriosas, y en sus robustas filas numerosos campeones á los que tantas veces debiera la victoria.

Allí Soublette, su mayor General, espíritu levantado, necesario al concierto de toda empresa capital. Y Cedeño, de merecida fama, denominado por el Libertador *el bravo de los bravos.* Y Anzoátegui, jamás bien ponderado por su valor é hidalguía, carácter romano de los tiempos de la República, cuyas sienes ostentarán en breve la corona triunfal de Boyacá. Y Torres, prudente y esforzado. Y Ambrosio Plaza, héroe de romance, digno de ser cantado por Ossián, de ser llorado como Eneas. Y Manrique, de denuedo brillante. Y Salóm, de virtud sostenida. Y Páez, en fin, que nuestra historia eleva hasta la fábula, y le disputa á Hércules sus portentosos lauros.

Como dos gladiadores dispuestos al combate, los dos ejércitos se vigilan, se asechan.

La batalla, tanto tiempo deseada, va á librarse al cabo; pero el Arauca, interpuesto entre ambos contendores, se esfuerza en aplazarla todavía.

Este inconveniente por el momento insuperable, mantiene á los dos ejércitos en cautelosa espectativa. Pasar el rio es lo aventurado; la prudencia aconseja no dar el primer paso; y ambos esperan á la vez castigar rudamente la temeridad del más osado.

Bolívar se impacienta; la inacción enardece la fogosidad de su carácter. Morillo, por el contrario, permanece impasible, y aquella situación, de suyo embarazosa, amenazaba con prolongarse indefinidamente, cuando de pronto, un acontecimiento inesperado destruye la perplejidad de ambos ejércitos.

X

Arrastrado por su genial temeridad, y en medio de aquella escena muda é imponente, Páez lanza su caballo á las ondas del impetuoso Arauca. Tras él, como un torrente, se precipitan á la vez, presurosos, revueltos, 150 jinetes escogidos; la flor de los lanceros del Apure. Cruzan á nado y sin ser vistos, á dos millas del enemigo,

el caudaloso río, se alínean en la opuesta ribera, y saludando con un grito de guerra al asombrado ejército republicano, que le contesta con ruidosos aplausos, parten veloces tras las huellas de Páez, sobre la fila formidable de relucientes bayonetas que cubre el horizonte.

¡ Osadía sin ejemplo !

¿ Adónde va aquel sublime enajenado ? ¿ Por ventura se estima superior al destino que así lo desafía ? Qué anhela ? Qué pretende ? Librar él solo una batalla ? ¿ Destruir él, con su lanza, lo que todo un ejército tiene por alta empresa ? ¿ Dar á la América, con la medida de su arrojo inaudito, el espectáculo de los juegos olímpicos de la remota antigüedad ? Lo que pretende ¿ es acaso aceptable ? ¿ No es un suicidio estrepitoso aquella acometida ? Quién lo sabe ? Quién lo puede saber ? El mismo, acaso, no podría contestarnos. Los ímpetus heroicos no se explican, ellos se ven, se admiran y producen deslumbramiento y pasmo.

En vano la prudencia se fatiga gritando :—"Deteneos, insensatos, porque vais á morir." La temeridad contesta enardecida :—" Canta, si puedes, que vamos á vencer."

Y aquel atrevimiento no es una quimera de la imaginación : los ojos lo ven maravillados, los corazones todos palpitan poseídos de embargante emosión.

Allá va, á la cabeza de sus intrépidos llaneros, el héroe afortunado ; todos le ven, todos le reconocen por

su marcial denuedo, por aquella figura atlética, imponente, con que plugo á la naturaleza asemejarle al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que aun vive en la memoria del pueblo americano, exornada de atributos olímpicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero. Quien no le reconoce entre el revuelto polvo que levantan los rápidos bridones, á lo menos le distingue entre sus compañeros, por el caballo blanco y el dormán de púrpura. Oid: en el ejército realista redoblan los tambores, suenan los clarines, los regimientos se alínean en batalla, se cruzan órdenes que trasmiten veloces edecanes, relinchan los caballos, se desnudan los sables, la artillería se exhibe amenazante, y las mechas encendidas ondulan en el aire sobre el cebo de los cañones, cual serpientes de fuego. Ellos tambien reconocen á Páez en aquella audaz acometida, y tributan al héroe los honores debidos á su justo renombre.

Entre tanto, los jinetes de Páez avanzan sobre el centro de la línea española cual los antiguos paladines; apuestos, sonreídos, tremolando al compás del movimiento de sus caballos, vistosas banderolas colgadas de sus lanzas.

Para ellos, no es aquella la lucha á que se prepara el ánimo con el recogimiento: alegres y locuaces, cual si se tratara solamente de hacer gala de agilidad y de destreza, disipan con su heroica indolencia las sombras

que acumula el terror sobre las huellas del desastre, se burlan del peligro y transfiguran la muerte en apoteosis.

XI

Semejante acometida, más que de una batalla, guarda las apariencias de un duelo colectivo, de un torneo caballeresco.

Ella es el reto inaudito de lo pequeño á lo inconmensurable; la insolencia elevada al sublime; el arrojo convertido en guarismo.

Aquella empresa temeraria tenía, en verdad, todo el realce mitológico de los tiempos heroicos de la Grecia.

Era una escena de la tragedia antigua, representada en pleno día, frente á la roca de Acrópolis en el teatro de Baco.

Veinte mil espectadores, dominados por encontradas impresiones, la contemplan en silencio.

A la izquierda del Arauca, todo el ejército español, banderas desplegadas y alineado en batalla, la espalda protegida por un bosque y haciendo ángulo recto con el río.

En la márgen derecha, el ejército republicano, in-

quieto, anhelante, suspenso entre la admiración y el entusiasmo, cubriendo gran parte de la orilla á lo largo de la corriente, y apoyado en sus armas como en la balaustrada de hierro de un anfiteatro gigantesco.

Frente á entrambos ejércitos, la llanura inmensa, el dilatado horizonte, Páez y sus indómitos llaneros.

Nada faltaba á aquella escena, grandiosa de suyo, para hacerla interesante; ni la audacia del propósito, ni la gallardía de los actores, ni el teatro adecuado á la solemnidad del espectáculo, ni el escogido concurso de las fiestas de Palas, ni un genio para presidirla.

Bolívar á caballo, en medio de su Estado Mayor, aplaude el arrojo de tan aventurada acometida, y con profunda angustia sigue los movimientos atrevidos, las curvas y ondulaciones caprichosas de aquella audaz serpiente, erizada de escamas de acero, cuya lengua vibrante era la lanza formidable de Páez.

Morillo permanece incontrastable; dominado por la sorpresa y el enojo que produce en su ánimo la audacia de aquel insólito reto, no encuentra explicación satisfactoria al propósito oculto de aventura tan descabellada. Sin perder de vista al escuadrón republicano, vigila el grueso de las tropas de Bolívar, hasta entonces inmóviles; pero de donde espera un movimiento reservado que debe coincidir con la provocación de que es objeto.

No se le ocurría, ni sospechar siquiera, como más tarde lo confesó al Libertador en la entrevista de

Santa Ana, al hacer el elogio del caudillo de Apure, que aquella inexplicable al par que audaz operación, fuese otra cosa que una prueba más del carácter resuelto y de la heroica temeridad de Páez.

Tales fueron las impresiones que dominaron en el primer momento á los opuestos bandos.

Entretanto, ni un grito, ni un disparo, ni otra provocación en las filas de Páez, que la del hecho en sí que ejecutaba. En ambos ejércitos solemne silencio, perturbado tan sólo por el chasquido metálico de las espadas y las lanzas, y por el forzado galopar de los caballos que avanzaban sobre las huestes españolas.

Dada la rapidez de tan impetuosa acometida, la sorpresa é indecisión de los realistas no dura largo tiempo.

Una vez por todas, era necesario escarmentar á aquellos temerarios que tanta sangre costaban al ejército. Al efecto, Morillo se apresura á poner por obra un plan preconcebido, para el caso frecuente, de una de aquellas embestidas de Páez, furiosas como las muchas de que habían sido víctimas los soldados del Rey.

XII

Apenas llegan desenfrenados los llaneros de Páez á cien pasos de la línea española, el estruendo de una des-

carga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan los caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa nube se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan sin cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojarse sobre las bayonetas enemigas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten á los aguijones de la espuela, saltan, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes se hacen obedecer al fin, de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo, que se les opone como un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura; estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, y resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota á la merced del viento, cual inmenso sudario sobre los ensañados contendores.

Después de la primera acometida, Morillo crée propicio el momento para exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarría. Con este objeto, mueve todo el ejército, el cual, como un gigante, extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en ellos aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Dos regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Arauca, para impedir á Páez ganar de

nuevo el campo de los suyos, mientras la quinta división que dirige La Torre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia á moverse, y retroceden al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

A la cabeza de 40 jinetes, rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha, y aquellos 150 héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez 1,200 caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel día las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en

siete grupos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Fernando Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, Carmona y Aramendi, los cuales se alejan, primero á toda brida y luégo á media rienda, llevando en pos la numerosa caballería realista que los persigue con ahinco.

XIII

Nuevo estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de gritos de venganza, de imprecaciones y amenazas conmueven la llanura, donde aun resuena el eco de los rugidos del cañón y el trueno de la fusilería.

Los bravos apureños galopan en una sola línea paralela al horizonte que tienen frente á ellos.

A su espalda, en medio del espacio que los separa de los regimientos españoles, se ve á Páez, ladeado en la silla hacia el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

De esta manera, perseguidos y perseguidores, recorren largo trecho. El ejército realista, nuevamente formado en batalla, se divisa á dos millas de su caballería.

Los llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y

más; éstos aguijan sus bridones, cortan el viento con los inquietos sables y ciegos, aturdidos, frenéticos, se esfuerzan por acercarse á nuestra línea y acuchillarla por la espalda.

Tres cuerpos de caballo apenas los separa del codiciado instante: los brazos se extienden, los sables se levantan, la sangre va á correr. Llegó el momento.

Un grito agudo resuena de improviso dominando el estrépito; grito imperioso y breve, que encierra orden terrible. La da Páez: todos la oyen, y simultáneamente la obedecen los suyos con la pasmosa rapidez del rayo.

Aquella orden suprema, aquel heroico grito, encerraba esta frase estupenda: "¡vuelvan cara!"

Lo que entonces pasó no tiene un solo ejemplo en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se extremece al describir aquel suceso, la razón se resiste á creerlo; pero ahí está la historia, y la tradición y los contemporáneos, y el testimonio de Bolívar, y medio siglo de incontestables alabanzas, y los mismos émulos de Páez que no se atreven á negarlo.

Con la velocidad del pensamiento, los llaneros revuelven sus caballos; centellean las enristradas lanzas, y un choque terrible, formidable, como el encuentro de dos rápidas nubes, de dos furiosas tempestades, hace temblar la tierra.

La primera fila de la caballería española queda en

el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desorden; gira sin tino buscando reponerse y da el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

XIV

El crecido número de la caballería enemiga, con su enorme ventaja de ocho á uno sobre los lanceros de Páez, ventaja decisiva en cualquiera otra circunstancia, se convierte en invencible obstáculo para maniobrar con acierto y eficacia en medio de la horrible confusión que la domina.

En vano algunos escuadrones intentan resistir el bote de nuestras lanzas impetuosas.

Narciso López, echa pié á tierra con sus carabineros, pero apénas tienen tiempo para quemar un cartucho. Rondón los desbarata con el pecho de sus caballos, degüella cuantos le resisten, pasa por sobre cien cadáveres y vuela á incorporarse con su cuadrilla ensangrentada, á los lanceros de Aramendi, enfrentados á los dragones de la Unión, que mueren como bravos.

Estos, y el segundo de húsares del Rey, que

Figueredo y Mina destrozan á porfía, son los últimos que riñen la batalla.

La derrota se declara completa.

Como arrebatado torbellino, aquella numerosa caballería perseguida por un puñado de jinetes, cuyas lanzas ya embotadas hieren dificilmente, corre sobre la infantería realista á guarecerse entre sus filas.

Tras ella, rastro sangriento dejan en la llanura; despojos repugnantes, caballos reventados, miembros rotos, cadáveres sin cuento, y sillas, y arneses, y carabinas, y banderas, y desgarrados uniformes; heridos que se quejan y estertores de agonía.

Caballos sin jinetes y caballeros desmontados van, vienen, y en todas direcciones recorren la llanura.

La derrotada caballería realista, nube de polvo, masa vertiginosa, revuelta confusión de todos los colores que el sol poniente alumbra con sus postreros rayos, acuchillada, chorreando sangre como un gigante herido, huye despavorida.

Lleno de ira y de inquietud, Morillo la ve acercarse como una ola amenazante para sus alineados batallones.

Inminente es el peligro para el ejército español. Sobrecogidos de terror sus propios escuadrones ayudarán á Páez á destrozarlo y á vencerlo. El sacrificio de una parte puede salvar el todo. Morillo se decide. Apunta al grupo sus cañones, lo envuelve en una nube de metralla y lo fusila sin misericordia.

Pero nada detiene aquel espanto. Acribillada de frente por las balas y alanceada por la espalda, aquella mole sangrienta y palpitante persiste en su designio. Sin dejar de darle el frente y de abrasarla con furiosas descargas, el ejército empieza á marchar en retirada buscando el apoyo del tupido bosque que tiene á retaguardia; pero antes de logro tan deseado, la caballería se estrella contra las bayonetas, rompe las filas de sus propios compañeros, y juntos y revueltos, infantes y jinetes ganan la espesura, favorecidos por la noche que extiende sus protectoras sombras sobre aquella escena pavorosa de confusión y de desastre.

Nuestros guerreros impetuosos, arrojando estentóreo grito de victoria, clavan sus lanzas en los primeros árboles del bosque.

Luégo en la oscuridad, se cuentan, se organizan y abandonan aquel campo de muerte para las tropas españolas; de luz radiante y de perpetua gloria para Páez y demás héroes de aquella jornada memorable.

Con la artillería que abandonaron los realistas, quinientos muertos dejaron en el campo.

Bolívar concedió la *Cruz de Libertadores* á los ciento cincuenta héroes que concurrieron á aquel combate insigne; y con fecha de tan clásico día, la siguiente proclama corona tan gloriosa jornada.

A los bravos del ejército de Apure.

“Soldados! Acabais de ejecutar la proeza más ex-

traordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente á todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado á ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podeis hacer. Preparaos al combate, y contad con la victoria que llevais en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

Cuartel general en los Potreritos Marrereños. á 3 de Abril de 1819.

BOLÍVAR.

XV

Después de aquel desastre, Morillo desconcertado, aturdido, lleno de asombro y de despecho, se retira á Achaguas y luégo repliega hacia las montañas de la

provincia de Caracas, llevando con la rabia de una empresa frustrada la primera sospecha de su impotencia para dominar la rebelión de Venezuela.

Bolívar, por su parte, lo ve alejarse con pesar de un teatro tan ventajoso á nuestras armas; fluctúa un instante entre seguirle ó nó; pero iluminado de súbito por un rayo de luz que brota de su fecundo ingenio, revuelve su caballo, lo lanza á toda brida, trepa los Andes y corre entre relámpagos hasta detenerlo sobre el puente de Boyacá, sellando allí, con lauro inmarcesible, la independencia del pueblo granadino.

Así, á la vez que Páez permanece en las llanuras del Apure, cerniéndose como el condor en los espacios conquistados por su atrevido vuelo, la libertad respira; el velo de tres siglos de oscuridad se razga, y aparece Colombia en el augusto estrado de las naciones.

Después....abrid la historia, y donde más brillantes luzcan los resplandores del heroísmo patrio, encontrareis el nombre del paladín de "Las Queseras".

En vano ciegas pasiones tratarán de amenguar la prestigiosa luz que resplandece en torno á su memoria. Cual llama inextinguible, la gloria de Páez fatigará los vientos que se empeñen en apagarla, y cada día más viva y más radiante, flotará sobre las olas tumultuosas del mar inmenso del olvido que en vano pretenden sumergirla.

La nube de polvo que el huracán levanta de la

tierra, puede un instante velar el sol á nuestros ojos; empañarlo jamás!

Ser héroe es ser águila, y á la altísima serenidad de los espacios donde aquella se cierne, no alcanzan ni zaetas ni dardos.

Si algo en la humanidad puede estimarse de derecho divino son los atributos del espíritu, que nadie puede arrebatar. De todas las aristocracias, la del heroísmo es la más encumbrada; ella es lo excelso. Comprad con oro, si podeis, la gloria de ser Régulo, Leonidas, ó Ricaurte. Absurdo: donde no alcanza el oro, principia lo sublime.

Nosotros también tuvimos héroes de la talla de Hércules, gigantes mitológicos que escalaron el cielo de la gloria, pero que no dejaron á la tierra descendientes olímpicos. Ellos se fueron todos, tristes, los más, por haber sufrido con la muerte la ingratitud del pueblo por ellos redimido.

XVI

Atentar á las glorias de Páez es atentar á las glorias de Venezuela.

Esos muertos á quienes maldicen hoy locas pasiones, debieran ser sagrados; sus faltas, si algunas cometieron,

desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Oscurecer el brillo que irradia su memoria es desgarrar nuestra epopeya.

Id á decir al pueblo griego, hoy degenerado y abatido, que es todo fábula cuanto narra Herodoto; que Leonidas fué un mito lisonjero; que los laureles de Maratón no pertenecen á Milcíades; que Aristides en fin, no sintetiza el patriotismo de todo aquel gran pueblo; y vereis la indignación sobreponerse á la indolencia de los descendientes de Teseo; porque en la postración en que hoy vejetan, alientan sólo con los recuerdos del pasado, y conculcarles su historia, que es su orgullo, es condenarlos á eterna oscuridad.

Alta es la ejecutoria con que se impone Páez al respeto del mundo, á la veneración de los venezolanos.

La verdadera historia de estos pueblos de América no se ha olvidado aún por más que la insensatez haya pretendido oscurecer sus más brillantes páginas; en ella nuestros hijos, justamente deslumbrados, admirarán las insignes proezas del vencedor en las Queseras.

Su nombre será siempre timbre de orgullo para la tierra que le vió nacer.

Cual otro Aquíles, vivirá en la leyenda, y se tendrán por mitos sus hechos prodigiosos.

Como tributo de mi veneración por su memoria, permi-

te oh! Patria,! que esta corona de laureles, mal tejida por mi pluma, pero perfumada con el incienso de un corazón reconocido, ocupe el sitio donde medra el extranjero césped, sobre la tumba de aquel héroe inolvidable.

Los 150 héroes de "Las Queseras."

General de Division.

José Antonio Páez.

Coroneles.

Francisco Carmona, Francisco Aramendi, Cornelio Muñoz.

Tenientes Coroneles.

Juan Antonio Mina, Juan José Rondón, José María Angulo, Juan Gómez, Juan José González, Francisco Farfán, Hermenegildo Mujica, José Jiménez, Fernando Figueredo, Leonardo Infante, Francisco Olmedilla, hijo, Manuel Arraiz.

Capitanes.

Francisco Abreu, Ramon García, Leonardo Parra, Juan Santiago Tórres, Juan Crusate, José Maria Pulido, Mariano González, Francisco Antonio Salazar, Juan José Mérida, Ramon Valero, Antolín Torralba,

Juan Martínez, Alejo Acosta, Juan Mellados, Celedonio Sánchez, José Maria Monzón, Juan Rusate, Juan Martínez.

Tenientes.

Pedro Cemejo (a) el Negro Primero, Juan Rafael Sanoja, Romualdo Meza, Víctor González, Francisco González, José Maria Oliveras, Marcelo Gómez, Nicolas Arias, Domingo Mirabal, Luciano Hurtado, Gregorio Acosta, Francisco Bracho, Pedro Juan Olivares, Miguel Lara, Raimundo Contréras, Serafín Bela, Juan Carvajal, Juan José Bravo, Vicente Várgas, Mateo Villasana, Manuel Figueredo, Vicente Gómes, Alberto Pérez, Diego Parpasen.

Subtenientes.

Rafael Aragona, Manuel Fajardo, Pastor Martínez, Bartolo Urbina, Roso Sánchez, Juan José Perdono, Juan Torralba, Pedro Gámez, Juan Palacio, Eusebio Ledesma, Bautista Cruzate, Joaquin Espinal, Alejandro Salazar, Domingo López, Vicente Castillo, Pedro Escobar, Cruz Parédes, Pedro Cortés, Romualdo Salas, Romualdo Contreras.

Sargentos.

Isidoro Mujica, José Maria Camacaro, Luciano Delgado, Simón Meza, Encarnación Castillo, Francisco Mirabal, Francisco Villégas, Juan José Morenó, Gaspar Tórres, Francisco González, José Maria Paiba.

Cabos y soldados.

Encarnación Rangel, Juan Sánchez, Basilio Nieves, José Maria Quero, Mauricio Rodríguez, Remigio Lozada, Felix Blanco, José Arévalo, Nicolás Hernández, Manuel García, Ramon Figueredo, Francisco Mibel, Antonio León, Inocente Chinea, Francisco Medina, Antonio Pulido, Francisco Lozada. Sántos Palacio, Antonio Manrique, Nolasco Medina, Luis Alvarez, Diego Martínez, Jacinto Hernández, Ramón Flóres, José Antonio Cisneros, José Tomás Niéves, Manuel Martínez,

Jacinto Arana, José Antonio Hurtado, Francisco Sanoja, Isidoro Gamarra, Anselmo Ascanio, Paulino Flóres, Eusebio Hernández, Domingo García, Pablo Lovera, Juan Sánchez, Simon Gudiño, Domingo Riera, Agustin Romero, Francisco Niéves, Domingo Navarro, José Milano, José Fuentes, Roso Canelón, Pedro Burrueta, Pedro Fernández, José Bravo, Roso Urbano, Ascención Rodríguez, Manuel Camacho, Romualdo Blanco, Juan Rivero, Juan González, Francisco Escalona, Ramón García, José Girón, José Hernández, Juan Ojeda, Alejandro Flóres, Fernando Guedes.

(*Autobiografía del General Páez,)*

BOYACÁ.



BOYACÁ

(7 de Agosto de 1819.)

I

Como extiende el condor las poderosas alas y rápido se encumbra, movido por el ardiente anhelo de abarcar en la extendida curba que describe los sucesivos horizontes, límites imaginarios del espacio; y luégo en la alta cima se cierne soberano, y con sus plumas osa velar el sol y ser á un tiempo árbitro de las tinieblas y la luz; así descoge el vuelo aquel Numen que aspira á realizar cuanto de noble encierra su acendrada virtud, y audaz se lanza hacia los fines que persigue, sin cuidarse del rumbo que le ofrece el acaso,

pues todo el horizonte donde reposa la mirada lo ve inflamado con el fuego de su constante aspiración.

De las llanuras del Arauca, donde los clarines de la fama repiten los hechos fabulosos del vencedor en "Las Queseras", Bolívar se lanza á conquistar más alta gloria.

Un pueblo hermano, aliado generoso, cuya sangre por nuestra libertad se ha derramado en Venezuela en más de un campo de batalla, gime abatido, después del más completo vencimiento, bajo la planta de nuestros comunes opresores. Prestarle auxilio para que rompa sus cadenas es un deber sagrado: los manes de Giraldot y de Ricaurte nos recuerdan sus heroicas proezas y con gesto imperioso nos señalan su patria de nuevo esclavizada; y ellos, sus defensores ínclitos, yacen, por nuestra gloria, inertes, el brazo desmayado sobre el sangriento polvo, la espada sin relámpagos y sin latido el corazón.

Justo reclamo. Pero ¿cómo extender su débil brazo Venezuela para alcanzar tan lejos y sacudir y levantar de tan completa postración aquel pueblo cadáver, decapitado por Morillo y ahogado en la sangre de sus varones más ilustres; cuando ella misma apenas tiene aliento para luchar en su propia defensa contra un enemigo poderoso, á quien protege la Fortuna, á quien exhibe incontrastable su fuerza numérica y su pujanza? Ni ¿cómo, sin grave riesgo para su libertad echar sobre

los hombros del agobiado ejército patriota el peso formidable de una empresa capaz de avasallar mayores fuerzas que las que en propio beneficio no alcanza á poseer?

Concluyente era el fallo de la inflexible lógica sin contar con Bolívar y su genio fecundo: éste, se muestra en la ocasión en toda la plenitud de su grandeza, y triunfa y pasma y acomete la temeraria empresa, incentivo constante de su alma, de unir bajo la sombra de una misma bandera su propia patria y el Nuevo Reino de Granada.

Seguidme, que es noble nuestro intento, dice el Libertador á sus soldados, mostrándoles las nevadas cumbres de los Andes: *libremos de la esclavitud á nuestros generosos hermanos, y más fuertes volveremos después en demanda de nuestra propia libertad*: y la más alta de sus aspiraciones, aquella, la que en la noche aciaga de Casacoima fué tenida por delirio fantástico de su exaltado espíritu, va á realizarse al solo impulso de su perseverante y decidida voluntad.

II

Intentar solamente aquella empresa, cuando apenas para defender nuestras conquistas bastaba el recio empuje de nuestras bayonetas, era audacia que rayaba en locura: pretensión gigantesca que no podía caber sino en

el cerebro de aquel sublime visionario á quien sin duda iluminaba un rayo de misteriosa luz. Llevarla á término, por sobre todos los obstáculos que se ofrecían insuperables, y dar cima con ella, á la más trascendental de las transformaciones políticas de la Revolución, fué realmente un prodigio: prodigio de osadía, como los muchos que nuestra historia cuenta de aquel predestinado á tan altos designios.

La época era cruda, gloriosa la contienda. En casi todas las provincias de Venezuela se libraban ardorosos combates; España nos disputaba palmo á palmo el suelo donde fijábamos la planta, é iracunda se empeñaba en romper entre sus brazos y con el corazón, la espada que la hería, y, que no tarde, consiguió arrebatarle el continente americano. A la cabeza de 8.000 veteranos pugnaba el generalísimo español en llanuras del Arauca, por exterminar el atrevido ejército que le oponía Bolívar: ejército dos veces inferior en disciplina y número al de tan duro y pertinaz contrario; sin repuesto de municiones y armamento, flaco, desnudo, sin recursos para atender á sus necesidades, fatigado por las rápidas y repetidas evoluciones de una campaña larga y trabajosa, en que la astucia y la estrategia suplían á la inferioridad, y en la que sólo alentábamos al amparo de la caballería á quien los regimientos castellanos habían aprendido á respetar en aquellas abiertas y dilatadas pampas.

Con suma habilidad rehuía el Libertador aventurar una batalla campal contra la poderosa infantería realista; baluarte inexpugnable para nuestros bisoños y escasos infantes, y en asecho de una oportunidad propicia para empeñarla con ventaja, se entretenía en desgarrar aquel soberbio ejército con las agudas picas de nuestros llaneros impetuosos, rápidos como el viento, carniceros y audaces como el jaguar de sus llanuras.

No ménos avisado que su experto contrario, mostrábase Morillo. A la mira de evitar decisivos encuentros en posiciones favorables al arma en que le aventajábamos, maniobraba con prudente sagacidad y, mal su grado, replegaba constreñido por el bote de nuestras lanzas pertinaces. No obstante, á cada nuevo descalabro que padecían sus tropas, revolvíase iracundo, ponía en juego toda su habilidad y ardimiento, y no excusaba ocasión ni favorecida coyuntura, para llegar á punto de descargar su hercúlea diestra sobre los ligeros escuadrones, que le acosaran sin descanzo y que, después de herirle, desaparecían como nubes de polvo.

De esta suerte, siempre perseguido y siempre amenazante, alcanza el generalísimo español las montuosas riberas del Apure, lo esguaza, y va á situar en Calabozo su cuartel general, dejando enrojecida la llanura con la sangre de sus alcanceados batallones.

III

Prolongábase entre tanto aquella lucha, sin término visible, contra un ejército lleno de cautela que no nos daba el flanco y sobre el cual Bolívar, sin notable provecho, mellaba el filo de su espada y la energía de sus soldados; cuando vinieron los rigores de la estación lluviosa, insoportable en tan desamparadas regiones, á acrecentar cuantas dificultades se oponían á la prosecución de una campaña, de suyo abrumadora para quien carecía, como el ejército patriota, de todo lo indispensable al sostenimiento de la disciplina y de la vida. Con aquel nuevo inconveniente nuestro ejército se encontró colocado entre dos amenazas á cual más poderosas: la infantería realista que, replegándose, persistía sin embargo en cerrarnos la entrada á la provincia de Caracas, y la inundación de las llanuras que embarazaba nuestras evoluciones y oponía serias dificultades al abastecimiento de las tropas.

De hecho la situación de los independientes era comprometida y enojosa; pero en previsión de tales contingencias, el Libertador había avanzado alguno

cuerpos hacia la provincia de Barinas, con ánimo de sorprender la división realista que la guarnecía, proporcionarse recursos y abrirse campo por aquellas comarcas, menos expuestas á los desbordamientos de los ríos. Los primeros amagos de la cruda estación le deciden á obrar con rapidez; á mediados de Mayo repasa el Arauca, invade el Bajo Apure, y, después de concertar con Páez las operaciones que deben practicarse en la nueva campaña, reincorpora la división de infantería acantonada en Rincón Hondo y en dirección del arruinado pueblo de Setenta, se dispone á cruzar el Apure, cuando acierta á llegar al campamento el Coronel Jacinto Lara, portador de plausibles noticias, referentes á las ventajas adquiridas por Santander en Casanare y á la favorable disposición que se manifestaba en algunos pueblos de la Nueva Granada por sacudir los hierros de la cautividad.

Una luz prestigiosa, visible sólo para el Libertador, brilla al través de tan felices nuevas; su espíritu se inflama, nuevos proyectos afluyen á su mente, y como siempre rápido en la ejecución de sus designios, cambia de propósito, tuerce el rumbo que lleva hacia Barinas, y á tiempo que Morillo, desesperanzado de someter á la Corona las codiciadas pampas, repliega á Calabozo en busca de seguros parajes para acantonamiento de su ejército durante la estación de las lluvias, Bolívar revuelve su caballo, sigue el camino que le traza la luz

radiante de su inspiración y de su estrella, y en demanda de más alta y de mejor fortuna, se interna al Sur hacia la andina cordillera.

IV

Adónde va? Su ejército lo ignora, nadie es capaz de sospecharlo.

En la completa oscuridad en que encierra Bolívar sus ocultos designios, todos marchan á tientas, sólo él penetra lo porvenir y ve factible lo que á los más audaces habría de aparecer descabellado.

No obstante, ¿qué pretensión más singular ni más aventurada? ¡No poder avasallar lo menos y pretender sobrepujar lo más! Explicaos, si podeis, contrasentido semejante....

Seguidle, sin embargo, que va en su espada la libertad de un mundo y abrasando su mente la creación más grande de su fecundo ingenio.

Con aquella resolución audaz é inesperada, Bolívar parecía decir á su contrario, el pertinaz Morillo: "espera, yo he de vencer tu espíritu, acaso mejor templado que el acero de tus numerosas bayonetas, porqu á tu alma llevaré el asombro; alejándome de tí con

pleto el desprestigio de tu causa, cavo tu sepultura. Mis triunfos, indudables, allá lejos, serán crueles heridas que habrás de recibir sin poder evitarlas: tu ruina empezará donde creíste comenzar tu gloria...."

Y sólo fía el secreto de la atrevida empresa que vuela á acometer, á Soublette y á Anzoátegui y á pocos más de sus tenientes principales; y deja á Páez frente á Morillo, para ocultar su marcha: y galopa resuelto por la inundada pampa; y cruza apenas escoltado por un grupo de bravos, con el agua á la cincha de los caballos, la inmensa charca que toca el horizonte; y devora veloz leguas y leguas de anegadas praderas: y atraviesa caños desbordados y pantanos profundos y caudalosos ríos: y aparenta seguir un rumbo dado y lo tuerce de súbito, y confunde hasta sus propios compañeros no iniciados en el audaz propósito; y se apresura á dar cima á su intento antes que se trasluzca el fin de su aventura, y á su espalda deja á Venezuela sin refrenar el ímpetu que le lleva adelante; y las llanuras de Casanare le ven pasar cual un metéoro; y se interna hacia el Sur, y gana el pié montuoso de la empinada cordillera, y sólo en Tame detiene su caballo para esperar las tropas que le siguen y organizar la expedición que ha de invadir el suelo granadino.

---

y emprende la atrevida campaña, cuyos peligros no se le ocultan un instante, pero cuya gloria le deslumbra y alienta.

VI

El 13 de Junio el ejército invasor sale de Pore, deja á su espalda las llanuras y da principio á la trabajosa ascensión de la montaña. Santander, con la división de Casanare abre la marcha, Bolívar con Soublette y el Estado Mayor siguen á Santander: Anzoátegui con la segunda división forma la retaguardia. Estos dos jefes de ya notoria nombradía, son las columnas en que se apoyarán cuantos esfuerzos juzgue el Libertador indispensables para dar cima á aquella empresa gigantesca. La elección no era desacertada.

Entre las figuras prominentes de la Revolución americana, la Historia da un alto puesto á Santander, y puesto merecido hasta quedar sellada la independencia de Colombia. Hombre de claro ingenio, de probada energía, de convicciones propias, su opinión y consejo pesaron con ventaja en los negocios públicos, y eficazmente contribuyó con su talento á los grandes designios de Bolívar, y al afianzamiento de la incipiente nacionalidad cuyos destinos presidió largo tiempo, al amparo

del genio poderoso y de la espada rayo, que en medio á cien batallas surcaba de relámpagos todo el continente.

Menos afortunado Anzoátegui, no alcanzó á las alturas á que sus dotes militares y la nobleza de su carácter le hicieran acreedor: pasó cual un metéoro. Sin el fin prematuro que le sustrajo de los halagos de una envidiable gloria, habría sido en el Sur, muy digno émulo de Sucre; y la grandeza de alma y la probada lealtad que le distinguió siempre, habrían servido de poderoso estímulo y de seguro apoyo á la estabilidad futura de Colombia, á la fijeza de sus instituciones.

Los cuerpos que en la ocasión comandan estos jefes, les son fieles; pero la firmeza y el arrojo que sostuvieran al ejército, cuando lidiaba en las nativas llanuras bajo aquel sol de fuego protector de todas sus miserias y testigo radiante de los más crueles sacrificios, desmaya en el momento en que las tropas republicanas caen en cuenta del rumbo por donde se las lleva, y palpan los obstáculos que preveen, con fundada razón, como insuperables. Muéstranse, no obstante, resignados, y trepan la agria cuesta con el vigor y la energía que en toda circunstancia extrema comunicó el Libertador á cuantos le rodeaban.

Si grandes habían sido hasta allí las penalidades sufridas por aquellos tenaces lidiadores, mayores eran, y áun más arduas, las que se les ofrecían en pers-

pectiva en aquella campaña al través de los Andes, desnudos y descalzos como la emprendían, en un clima cuyos rigores contrastaban con el cálido soplo de las pampas y en la dura necesidad de resistir y dominar cuantos esfuerzos pudiera hacer para vencerlos, un enemigo poderoso, práctico del terreno y bien abastecido, como aquel que les cerraba el paso de la montuosa vía, difícil de vençer y aun más difícil de recorrerla combatiendo; lo cual era de presumirse que sucediera desde luégo, puesto que las avanzadas del ejército español, regido por Barreiro y acantonado en Tunja, cubrían todas las avenidas por donde los republicanos pudieran penetrar en aquella provincia.

VII

Dada la mala situación de los libertadores y las muy ventajosas circunstancias que favorecían á sus contrarios, el éxito feliz de la campaña estribaba mayormente en la rapidez de nuestros movimientos, para ver de conseguir sorprender á Barreiro; pues confiado este jefe en la superioridad de sus fuerzas, respecto al grupo de oposición que se organizaba en Casanare, no era de suponer temiese de parte de Santander un serio ataque, ni mucho menos una invasión acaudillada por Bolívar, de quien

tenia noticias de encontrarse á la sazón acometido por Morillo en las llanuras del Apure, y por consiguiente imposibilitado de contraerse á nada más urgente que á la propia defensa y á la del territorio que sostenían sus armas. Si á estas razones, que de seguro debían privar en el ánimo de Barreiro, se agrega la circunstancia no menos tranquilizadora para él, de hallarse inundadas las sabanas por las crecientes de los ríos y lo copioso de las lluvias, toda sospecha debía desvanecerse; y eran estos los motivos que asistían á Bolívar para creer descuidado á su contrario respecto de una invasión por Casanare.

Estas razonables conjeturas que militaban en abono del plan trazado por el Libertador, vigorizaron el propósito de dar á nuestros movimientos la mayor rapidez y sigilo posibles, pues así se evitaban los riesgos que pudiera correr nuestra aventura por efecto de publicicidad ó de retardo, si Morillo llegaba á sorprender nuestros designios y, como era de esperarse, daba oportuno aviso á su teniente ó dirigía eficaces auxilios á la capital del Vireinato.

Penetrado, pues, de la necesidad de atacar á Barreiro sin darle tiempo de que se apercibiera á la defensa; decide el Libertador la marcha del Ejército por el camino de Macorte y obliga á sus soldados á aventurarse por aquella vía, que si bien más corta y menos sospechosa para el enemigo que las otras que se le ofrecían,

presentaba serias dificultades por lo escarpado del terreno y lo que es más, por ser indispensable cruzar por ella el páramo de Pisba, fantasma aterrador que se empinaba delante de aquel desnudo ejército, como la imagen amenazadora de la muerte.

Forzoso era, con todo, aceptar tan peligrosa ruta y escalar por ella la montaña y sus heladas cumbres.

VIII

La suerte estaba echada; retroceder era sufrir una derrota sin haber combatido, y lo que es más, declararse Bolívar ante su propio ejército, reo sin excusa de flagrante locura.

El ejército se interna en las tortuosas fragosidades de la sierra, lucha con las asperezas del terreno, y momentáneamente recobra su constancia, su decisión y brío; pero apenas vencidas las primeras dificultades, torna á languidecer; la fatiga lo abruma, los piés vacilan, marcha con lentitud, y el ascenso difícil para los mismos prácticos de la región andina, parece insuperable á la generalidad de aquellos hombres no habituados al escabroso suelo que pretenden dominar, ni á los rigores peculiares al clima de las elevadas cordilleras. En aquel áspero sendero, especie de gigantesca lima que

todo cuanto roza lo destruye, va dejando junto con los girones de su mísero equipo, la huella ensangrentada de su paso y el resto de energía que le sostiene. Pocos días de penosa escursión bastan para agotar sus fuerzas; alarmantes proporciones cobran su desnudez y su miseria, de sus filas deserta la esperanza y en ellas cunde el desaliento.

Una circunstancia inesperada conforta una vez más los abatidos ánimos. En toda empresa humana, las primicias de la victoria por efímeras que sean, son manjar deleitoso que hace olvidar las penas y avigora el corazón.

Al cuarto día de marcha, nuestra vanguardia tropieza en Paya con un cuerpo de observación del enemigo, en número de trescientos infantes, acantonados en las formidables posiciones que ofrece en aquel sitio la montaña. Santander, sin vacilar lo ataca de improviso, empeña vigoroso combate que dura algunas horas, y que Arredondo decide al fin con los fogosos cazadores de vanguardia; y el enemigo declárase en derrota y huye á la desbandada á incorporarse al grueso del ejército español situado en Sogamoso.

Con aquel encuentro ineludible, se revela el secreto de nuestra expedición; cunde el alarma en toda la provincia y el enemigo sobre aviso se apresta á rechazarnos.

Reagrávase con esta circunstancia nuestra arriesgada situación: tras el primer arranque de entusiasmo

nuestros soldados reflexionan y aprecian en toda su magnitud los resultados inevitables de aquel triunfo pasajero, que si bien los halaga por el momento, los expone en lo sucesivo á mayores peligros y más serios conflictos. El descontento hasta entonces latente, estalla y amenaza violar la disciplina. Pocos son los que no se exasperan, pocos los que se manifiestan perseverantes ó resignados; los más se agitan y murmuran y terminan al fin por no ocultar sus quejas y escarnecerse con la propia miseria. Sin tocar en la rebelión, el desaliento llegó á ser extremado, hubo quienes desamparasen sus banderas, quienes prefiriesen una muerte oscura y vergonzosa á arrostrar el peligro y á perecer con gloria. Felizmente fueron mui escasos los que se doblegaron á tan funesta debilidad.

IX

Alarmado por el visible desaliento que se apodera de las tropas, y la tibieza manifiesta de algunos oficiales de merecido renombre, trata el Libertador de conjurar el pernicioso ejemplo que, así como amenaza frustrar todos los sacrificios hasta allí consumados, pone en grave riesgo la campaña, la vida del ejército y la suerte futura de la Patria. Con tal propósito llama á consejo á

sus primeros tenientes, cuya decisión quiere probar de nuevo antes de proseguir en una empresa que así amedrenta hasta los más osados; les expone sin vacilar los riesgos inherentes á la situación en que se hallan; no les oculta los obstáculos que les será forzoso superar; los sacrificios que á todos esperan, ni los peligros consiguientes á una inconsulta retirada en las condiciones nada favorables de un ejército, al que sólo mantiene en la obediencia la energía de sus jefes y la imperiosa necesidad de hacerle frente al enemigo. Y á la vez que no rehuye poner de manifiesto el estado conflictivo en que se encuentran, procura con habilidad inculcar en todos la fe que le sostiene y patentizarles el éxito feliz de la campaña; luégo les deja en libertad para deliberar.

Satisfactorio es recordarlo y repetirlo con orgullo.

La duda no mancilló un instante la firme decisión de aquellos bravos. Los generales Anzoátegui, Soublette, y Santander, que junto con los coroneles Lara y Salóm componían el Consejo, no vacilan en apoyar las altas miras de Bolívar, y de común acuerdo deciden la continuación de la campaña, respondiendo cada cual por su parte de la cooperación y disciplina de los cuerpos que les están encomendados.

Con lisonjeras frases encarece el Libertador la firme resolución de sus perseverantes compañeros; vigoriza los ánimos medrosos con discursos inspirados en su fe inquebrantable, é indicando de nuevo á cada

uno sus respectivos puestos, exclama con profético acento: "En marcha, pues. Venciendo nuestra propia flaqueza hemos ganado ya la primera y más cruda batalla; Barreiro es incapaz de disputarnos la victoria; le haremos prisionero."

Y el ejército á pesar de sus vacilaciones se pone en movimiento.

X

Una favorable reacción debida al poderoso ascendiente de Bolívar, se opera en la generalidad de nuestros regimientos: la primera jornada, después de la estación de Paya, la rinden con firmeza; pero á medida que vencen los empinados montes y se acercan al páramo, acrecen las dificultades, se multiplican los peligros y nuevos y más terribles sufrimientos padecen á despecho del celo desplegado por Bolívar y de la solicitud de algunos jefes. El terreno, por todo extremo escarpado, se hace intransitable: un frío inclemente, que cobra á cada paso mayor intensidad, sobrecoge al ejército en lo más arduo de su forzada peregrinación, y el cierzo que impetuosamente desciende de las cumbres, lo entumece congelando sus mezquinos harapos. A días crueles suceden noches angustiosas;

á las penalidades de la jornada la agitación febril, el sueño inquieto, la desesperación, el letargo, la muerte....

Los más robustos ceden á la fatiga; las expanciones del ánimo se amortecen, las pláticas dejan de ser frecuentes, la respiración degenera en ronquido, la palabra en cavernosa resonancia. A la proximidad del espantoso ventisquero todos los labios enmudecen, nadie profiere ni una queja; el silencio es profundo y lúgubre la marcha.

El Pisba amenazante, se divisa sombrío entre revueltos torbellinos de niebla infundiendo en los ánimos insólito pavor; ante él nuestros soldados inclinan la cabeza y con la vista fija en la escabrosa ruta que desgarra sus pies, avanzan entristecidos como reos arrastrados al último suplicio.

Tan dura peregrinación, de suyo desastrosa para todo el ejército, lo es mayormente para nuestros llaneros que, habituados á los extensos horizontes, al sol abrasador y á la completa libertad de las llanuras, mal resisten los rigores del frío y las penalidades peculiares á la escarpada travesía de las montañas. Para ellos toda dificultad adquiere exageradas proporciones; todo se les presenta insuperable. En las montuosas gargantas de la sierra se sienten como entre lóbregas prisiones y se consideran incapaces, siquiera para escapar de ellas. A entristecerles y á postrarles contribuye no poco la tenue luz del sol, la espesura

de las nieblas y lo limitado del espacio que abarcan sus miradas; aquellos formidables jinetes, tan briosos en las abiertas pampas, pierden allí su prestigiosa gallardía é inclinan con abatimiento la arrogante cerviz.

A sus caballos, como á ellos, los postra la fatiga, ceden al peso del jinete, se abaten, perecen, y escuadrones enteros quedan desmontados.

XI

Igual suerte sufre el ganado que el ejército lleva para su mantención en tan desplobadas regiones. Mal hallados los bravíos animales en aquellos parajes, con la helada ventisca y las desigualdades del terreno, se resisten á descender á las profundas hondonadas ó á trepar los ásperos repechos, y espantados al mismo tiempo por el estrépito de los violentos huracanes que cruzan la montaña, huyen veloces por riscos y zarzales sin lograr evadirse; se revuelven furiosos, los ojos como ascuas, los cascos ensangrentados; se arremolinan, caen y se atropellan, levántanse de nuevo, chocan contra las bayonetas que para defenderse y reducirlos les oponen nuestros batallones; mugen despavoridos, y aquí diez, y más allá doscientos, saltan y se despeñan por barrancos

profundos y copioso festín dan á los buitres que á caza de despojos persiguen al ejército. Los picadores encargados de custodiar y conducir estos bravíos rebaños, se fatigan sin fruto y terminan por abandonarlos, junto con las acémilas que trasportan las municiones y el parque, pues no se encuentra quien de grado acepte conducirlos, dada la lentitud de su dificultosa marcha y el anhelo que todos ponen en salir lo más presto de aquellos desamparados montes donde una muerte cruel los amenaza.

Sembrado de despojos deja el ejército el camino por donde guía sus pasos. Al través de la opaca neblina que el viento desparrama por las lomas ó acumula en el lóbrego sendero, se divisan bajo el ramaje desmayado de los árboles, entre las altas breñas ó sobre la agria tierra desprovista de zarzas, aislados grupos de soldados en actitudes varias; pero cuya inmovilidad revela que han sentido el beso de la muerte. Acá y allá, caballos reventados, cajas de municiones rotas, armas de toda especie abandonadas, lívidos cadáveres, girones de vestidos, entrañas de animales, esqueletos roídos por las fieras, bandas de buitres en asecho, y soñolientos moribundos.

Un sepulcral silencio reina en torno de aquel inmenso cuadro de profunda desolación; silencio pavoroso que interrumpen tan sólo los graznidos de las aves de presa y el metálico timbre de una voz varonil y alenta-

dora que repiten los ecos de la sierra con la sonoridad vibrante del clarín.

Aquella voz, que no se puede confundir con otra alguna, que nuestros soldados reconocen y escuchan con espantable admiración, es la voz de Bolívar que dice y torna á repetir constantemente, *adelante!.. adelante!..* Ella estimula á los que desfallecen con el doble acicate de la promesa y el reproche, reanima y causa espanto, y el ejército la sigue, aunque arrastrándose, por las huellas de aquel hombre invulnerable que por todos alienta y en quien se reconcentra la energía que todos han perdido.

XII

A pié marcha el Libertador entre las filas de sus tropas, compartiendo con ellas la fatiga y la común miseria: el mismo pan le sirve de alimento, la misma dura tierra de lecho de reposo. Su caballo alivia del cansancio á los más abatidos, su capa, dividida por él en dos partes iguales, cubre la una las desnudas espaldas de un tamborcillo á quien el frío entumece, en la otra se rebuja un soldado. Aquel cuerpo de acero, delgado como la espada en que se apoya y como ella inflexible domina las fatigas; cuando los más robustos se doblegan

él se yergue, presta auxilio á los que desfallecen, y á todos vigoriza con el sin par ejemplo de su virilidad y su entereza.

El ejército le mira con asombro; y el soldado que yace moribundo, le ve pasar cual un fantasma luminoso, y se descubre y le saluda con profundo respeto antes de abandonarse en los abiertos brazos de la muerte.

De manera tan lastimosa como heroica, rindió el ejército patriota, internado en la rebelde Cordillera, aquella marcha desastrosa, que menos se asemejaba á una invasión audaz que á una derrota; derrota, empero, singular, que no retrocedía delante del peligro, sino que por el contrario avanzaba hacia él y le buscaba con desesperación.

El instante supremo, tan temido, llega al cabo: el ejército se encuentra á la entrada del Pisba. Bolívar lo empuja hacia adelante y, como Cortés, quema las naves, pues á tal equivalía penetrar en el páramo.

Y el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas, hiere con furia aquel desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indómito, cede á su empeño y le deja pasar. Á nuestra espalda queda el Pisba vencido, pero doscientos cadáveres blanquean en la cima del espantoso ventis-

quero, como prueba de la funesta lucha empeñada á la sombra de sus traidoras nieblas.

Huyó la tentación de volver hacia atrás; los que han sobrevivido á la tremenda prueba no tienen retirada: en lo adelante para salvar la vida es necesario combatir y vencer.

Conflictiva es la situación en que se encuentran los patriotas después de tramontar la Cordillera; no obstante, no los conturba la cercanía del enemigo, antes bien, acogen las noticias que obtienen de su proximidad con el contentamiento con que damos cabida á una esperanza halagadora: muerte por muerte, el soldado prefiere la más pronta por ser la menos cruel; empero, para hacerse matar como desea, es indispensable todavía arrostrar los rigores del clima y las asperezas del suelo.

XIII

Después de quince días de una marcha sin descanso, en la que apuraron nuestras tropas todo el vigor que las fortaleciera, el ejército patriota reducido casi á la mitad, y en el estado más triste y deplorable de postración y de miseria, llegó á Socha, pueblo situado sobre la falda occidental de la cadena de los Ándes, en la hermosa provincia de Tunja.

La generalidad de nuestros jinetes habían perdido sus caballos, la infantería llegaba sin municiones y sin repuesto de armas; todos hambrientos, destrozados y enfermos. Cuando de Socha pasó á Tasco, el ejército era un cuerpo endeble y moribundo; las cuatro quintas partes llenaban los improvisados hospitales; apenas había jefe ú oficial que pudiera emplearse en el servicio, que no inspirase una profunda compasión. A tal miseria estaban reducidos, que nadie, salvo el Libertador, abrigaba la menor esperanza de escapar al degüello con que los amenazaban sus contrarios.

¡Y eran aquellas las legiones con que Bolívar pretendía arrebatar á España el Nuevo Reino de Granada!

¡Audacia sin ejemplo!

¿Qué poder misterioso, qué virtud sobrehumana vigoriza aquella alma hasta ostentarla omnipotente? ¿Qué extraño auxilio espera para realizar tamaño intento? ¿Dónde están los recursos que ha menester tan formidable empresa? ¿Por ventura, confía en el sólo esfuerzo de su numen fecundo para combatir y vencer? ¿Qué garantía puede ofrecerle el puñado de hombres que le siguen, postrados como se hallan los más, y casi exámines, que, para no caer, se apoyan en sus armas como en pesados báculos y que, faltos de aliento, las abandonan sin pesar, junto con los arreos de su mísero equipo? ¿Crée posible con ellos apoderarse de una

presa que guarda la codicia, que encadena el temor y defienden, resueltos, 8,000 veteranos provistos de cuantiosos recursos y, por sobre todo encarecimiento, valerosos y audaces?

¡Espantaos! Ese ejército de sombras, fantasmas macilentos roídos por la miseria, rechazados con violencia por la naturaleza, cogidos entre las redes de su propia aventura; esos mendigos, que inspirarían piedad si no ostentaran en la frente el sello de la predestinación y el heroísmo: todo lo alcanzarán; por todos ellos palpita un corazón que no puede avasallar el infortunio, á todos les comunica su ardimiento un poderoso espíritu templado, cual ninguno, en el fuego generador de las grandes hazañas.

En aquella ocasión, como en otras muchas en que la suerte pareció abandonarle, Bolívar se muestra omnipotente; realiza verdaderos prodigios y lleva á la victoria su desmedrado ejército como arrastrara Hércules los inertes despojos del león numida, vencido por su esfuerzo.

XIV

Apenas se reunen en Tasco la mayor parte de los cuerpos que han tramontado la montaña, apura el Libertador cuantos medios le sugiere su ingenio para reorganizarlos y proveerlos de recursos. Su actividad se

multiplica. Secundado eficazmente por Soublette, Santander y Anzoátegui, arma y remonta en pocos días, una gran parte de la caballería, reune el parque, acopia vituallas y regenera en lo posible las condiciones del ejército. Por toda ruta por donde puede penetrar en el corazón de las provincias granadinas, dirige comisiones con el expreso encargo de popularizar su arriesgada aventura; excita el entusiasmo de los pueblos por la Revolución; exagera el número de tropas que trae á combatir; apela al patriotismo de los hijos de aquel heroico suelo; lláma á las armas á cuantos perseveran en la idea de ser libres y fían en las promesas que jura realizar y que realiza para su propia gloria y la de Venezuela; no excusa sacrificios; se empeña en convencer y levantar los apocados ánimos; hace prodigios de habilidad y de firmeza; sacude la postración en que le deja la marcha desastrosa por la rebelde Cordillera; asombra á los suyos é intimida á sus contrarios con su actitud resuelta y las amenazas de su cólera y amaga simultáneamente acometer al enemigo por todos sus guarnecidos flancos.

El incendio que atiza, cunde rápidamente, y Tunja, la provincia invadida, se conflagra.

Un trozo de su caballería pelea en Corrales, aunque con éxito dudoso, con la más cercana de las avanzadas realistas. En dirección opuesta, lanza nuevos exploradores, mas con igual fortuna; persevera no obs-

tante, y, noticioso al quinto día de su llegada á Tasco, de la aproximación del cuerpo principal del enemigo que se mueve hacia él, levanta su desmedrado ejército y le sale al encuentro.

En las orillas del Gameza se chocan con esfuerzo los contrarios ejércitos y, con recíproco ardimiento, principia aquella sucesión no interrumpida de rudos y sangrientos combates que sirven como de preludio á Boyacá.

Aunque de escasa práctica en el mando supremo de un ejército, era Barreiro un jefe de clara inteligencia y de ya notoria distinción entre los más brillantes adalides del poderoso ejército español. Soldado pundonoroso, enérgico, valiente y observador severo de la más estricta disciplina, abundaba en conocimientos militares basados en la propia experiencia y en la de aquellos sus compañeros de armas, más que él probados en la afanosa lucha que sostenía la España contra la rebeldía de sus colonias. Bajo sus órdenes tenía frente á Bolívar, la tercera división del aguerrido ejército realista, fuerte de 3,000 peones y 500 caballos; sin contar el batallón tercero de "Numancia", la artillería volante y las milicias de la provincia de Tunja, con que su Gobernador, Don Juan de Loño, le cubría las espaldas, ni los "Voluntarios de Aragón" que guarnecían la capital del Vireinato, ni otros cuerpos no menos aguerridos que habían fijado sus estancias en las otras pro-

vincias, y mayormente en la de Pamplona y del Socorro.

Con tan crecido y bien provisto ejército, Barreiro se consideraba invencible; la inferioridad numérica de sus contrarios justificaba en parte la arrogancia que demostrara el joven Brigadier en la iniciación de la campaña y la seguridad que diera el Virey Sámano de escarmentar, en primera ocasión, la audacia mal encaminada de sus pertinaces contendores.

Con todo, menguando su altivez, sintió al chocarse con Bolívar la superior fascinación que impone el genio; fluctúa entre arrojarse sobre él ó esperarle, varía dos veces de propósito respecto al plan premeditado que le moviera á la ofensiva, cede el ataque á su contrario y con inexplicable desacierto, opta por la defensa, abandonando así cuantas ventajas ofrecía tan favorecida situación, á quien más hábil y más emprendedor se había empeñado en obtenerlas á costa de los mayores sacrificios.

XV

Tras el combate de Gameza, donde perecen como bravos Arredondo y Guerrero, de la división de Casanare, y donde pierden los realistas cosa de cuatrocientos hombres, el Brigadier Barreiro, encastillado en su sis-

tema de defensa y á favor de las inexpugnables posiciones que había ocupado en la jornada, permanece en los Molinos de Tópoga, miéntras Bolívar acampa en el poblado y gana luégo sus posiciones de Tasco, con el doble propósito de colocar su ejército al abrigo de un ataque imprevisto y de esperar, para proseguir con más vigor la ya iniciada lucha, la reincorporación de la Legión Británica y de no escasa parte de su caballería atrasada en la marcha al través de la sierra y aun no á salvo de los peligros consiguientes á aquella travesía.

Los cuerpos esperados no tardan en arribar á Tasco, y aunque del sólo regimiento inglés hubieran perecido en la afanosa marcha al tramontar el páramo, más de ochenta soldados, y todo él ofreciera el aspecto de un muro asaz desmantelado, el Libertador vuelve de nuevo en solicitud del enemigo, le busca, le provoca á que descienda de la altura que ocupa, no realiza su objeto, y apreciando inabordable la posición en que tan decididamente se mantiene Barreiro, desiste de penetrar como desea en el florido valle de Sogamoso; flanquea con rapidez los acantonamientos españoles, cruza el río Chicamocha é invade el poblado y fértil valle de Serinza.

Por obra de tan inesperado movimiento, Barreiro se encuentra mal situado para impedir la internación de los republicanos en el corazón de la provincia, y teme-



roso al mismo tiempo de dejar á descubierto el camino de la capital, abandona las alturas de Tópoga y va á fortificarse en los molinos de Bonza, donde á la vez que guarecido cubre á Tunja, y, en caso dado, puede á su arbitrio moverse sin tropiezo en todas direcciones.

El Libertador fija sus reales frente al campo español en el lugar denominado los Corrales de Bonza, posición no menos ventajosa y, prevalido de la inmovilidad del enemigo, se apodera de los villorios y campos comarcanos, cuyos moradores á trueque de ser libres, le ofrecen con expontaneidad cuanto poseen. Esfuérzase en completar el abastecimiento del ejército y la remonta de su caballería, arma en que apóya, con entera confianza, los proyectos más aventurados y á la cual fía, en todas ocasiones, las más arduas de sus arriesgadas empresas.

XVI

En tan socorrida situación que no se atreve el enemigo á disputarle y en la cual domina al mismo tiempo, los abundantes valles de Sogamoso y Serinza; el Libertador se hace sentir en toda la comarca: expide proclamas, publica la ley marcial en las poblaciones invadidas por el ejército patriota, dirige pequeños destacamentos con los coroneles Morales y Fortul á su-

blevar las provincias limítrofes del Socorro y Pamplona, disciplina bajo los fuegos de frecuentes combates los voluntarios que acorren á sus filas, y provoca con maña é insistencia á su apercibido contendor á una batalla campal que ponga punto á las diarias escaramuzas con que recíprocamente se fatigan los contrapuestos campos. Pero en vano se esfuerza en proponer una batalla que, el general realista no cree prudente aventurar en el terreno en que Bolívar se la ofrece, ni éste, á su turno, puede aceptarla en el atrincherado campamento en que Barreiro con doble número de tropas la desea.

Mejorodas, no obstante, las condiciones del ejército y persuadido el Libertador de lo ineficaz de cuantas tentativas pudiera realizar en lo adelante para comprometer á su contrario en una lucha temeraria fuera de sus inexpugnables posiciones, al par que temeroso de darle tiempo para acrecer sus fuerzas y recibir auxilios de Morillo, resuelve tomar de nuevo la ofensiva, adelantando sus operaciones y ensanchando la órbita de sus movimientos estratégicos. Al efecto, mueve todo el ejército por el camino del Salitre de Paipa con intención no oculta de atacar por la espalda al enemigo ó de obligarle á abandonar el campo atrincherado en que se encierra; pero iniciada apenas aquella operación, Barreiro, siempre advertido la comprende y trata de frustrarla, saliendo inopinadamente al encuentro de los republicanos cuando estos al practicar el atrevido

movimiento que había de colocarlos á retaguardia de las tropas del Rey se hallaban sumergidos en las profundidades de un valle estrecho y cenagoso conocido con el nombre, hoy histórico, de "Pantano de Vargas."

XVII

Sin dar tiempo á nuestros batallones para mejorar de situación, Barreiro los carga con viveza, y con notable ventaja de su parte, traba, en aquel sitio memorable, desigual y reñidísima batalla.

Superiores los realistas, no sólo en posiciones, sino en número, creen llegado el momento de acabar con Bolívar; y resueltos se empeñan en darle sepultura en el funesto campo donde le ha conducido su osadía.

Sangrienta fué la lucha, el ataque violento, la resistencia heroica: simultáneamente toman parte en la brega todos los cuerpos españoles y logran encerrar á sus contrarios en un circo de fuego sin más salida practicable que la excusada por inútil de un estrecho desfiladero.

En vano, con desesperación, lidian nuestros infantes: en vano resisten por nueve horas un fuego desastroso: la batalla amenaza perderse.

El batallón Británico que combate por primera vez en presencia del Libertador, hace prodigios de bravura: pero no obstante su denuedo y los constantes esfuerzos de Rook, su coronel, por mantenerle firme, retrocede; y burla la fortuna la serena tenacidad de Santander, y el arrojo temerario de Anzoátegui, y la enérgica decisión de todos nuestros Jefes por conjurar la espantosa catástrofe próxima á estallar. Los más osados tiemblan sin flaquear en la lucha; el vigor de nuestros regimientos se amengua con alarmante rapidez y ya á nadie se ocultaba el término fatal de la batalla; cuando Bolívar, sobreponiéndose al destino, desata el rayo, hiere y del revuelto torbellino del desastre arrebata á Barreiro la victoria, al bote formidable de la pujante lanza de Rondón y de sus ínclitos llaneros.

Roto el ejército español por la caballería, nuestros infantes se rehacen, cargan con nuevo esfuerzo y despedazan y ponen en derrota al enemigo.

La noche pone término á la reñida lid. Barreiro retrocede asombrado, gana la altura opuesta á la que luégo ocupan los republicanos, y por trofeos de nuestra fúlgida victoria deja en el campo, con las banderas del regimiento de Granada, cuantioso parque y seiscientos cadáveres.

XVIII

En cambio, pérdidas dolorosas cuesta al ejército patriota tan sangrienta jornada. Entre las más sensibles para el Libertador, la tradición señala la de Rook, el bravo Coronel de la "Legión Británica." Casi al principio del combate, este soldado intrépido recibe, uno tras otro, dos balazos que le fracturan uno de los brazos; y sigue no obstante acometiendo con el mismo ardimiento hasta quedar vencido el enemigo. En la noche no fué posible practicar la amputación que requería el miembro fracturado, hubo que aplazarla para el siguiente día.

El nuevo sol visita la espantosa hondonada, teatro de la batalla; ilumina el estrago y deja ver los contrapuestos campamentos que á la par se vigilan, mudos é inmóviles. Un cirujano se apresta á hacer á Rook la amputación en presencia del ejército, sopórtala impávido el Coronel inglés; sigue, sin alterarse, los movimientos del cortante instrumento que divide sus huesos, y al desprenderse el inerte despojo, le toma con la mano que áun le queda, pónese en pié con marcial arrogancia y levantando en alto el mutilado

miembro, exclama con pasmosa entereza: *¡Así los pierda todos; viva la libertad!*

La muerte paralizó, dos días después, los arrebatos de entusiasmo de aquel valiente y noble corazón....

En aquella jornada memorable, Barreiro experimentó aquel deslumbramiento que en toda extrema situación produjo el Libertador en sus contrarios; y desconcertado por el inconcebible desenlace de una batalla en que ya vencedor se le escapara la victoria, recela de la futura moralidad de sus soldados en quienes grave espanto impone la intrepidez de los llaneros. No flaquea, sin embargo, en el propósito de cerrar á Bolívar el camino de Tunja, y á tiempo que el ejército patriota, tan destrozado como los veteranos españoles, torna á ocupar de nuevo los Corrales de Bonza, Barreiro abandona á su turno las alturas de Vargas y va á situarse en Paipa. De allí pide resfuerzos á los gobernadores y jefes militares de las provincias comarcanas; repara las numerosas pérdidas que le ocasiona la batalla; abastece su ejército, lo regala con oro y con promesas por demás halagüeñas, se esfuerza en revivir el entusiasmo de sus tropas, haciendo aparecer á los independientes perdidosos á par que perseguidos por Morillo y restablece para resguardo de su autoridad la más severa disciplina.

Menos favorecido que el General realista, Bolívar apenas puede disponer de contados y escasos recursos:

los voluntarios del Socorro y Pamplona no alcanzan, ni con mucho, á reparar los estragos que ha sufrido el ejército patriota en los repetidos combates, y sobre todo, en la ruda labor de la campaña; no obstante, persiste en abatir cuantos obstáculos se oponen á su atrevida empresa, y miéntras sus destrozados batallones cobran aliento para aventurar otra batalla, ejercita en el manejo del fusil á los reclutas que ingresan á sus filas, é inquieta al enemigo con escaramuzas y sorpresas en que hacen gala de temeridad y gallardía los pujantes jinetes del Apure.

Apesar de su enflaquecimiento, el ejército patriota, como el grifo de la fábula, tenía cabeza de águila y garras de león.

Doce días emplea el Libertador en rehacerse, y el 3 de Agosto se arroja una vez más sobre el ejército español.

Con algunos jinetes arrolla en Bonza las avanzadas del enemigo; y muestran en la acción nuestros llaneros tal vigor y denuedo que, no juzgándose Barreiro resguardado en las posiciones que mantiene, desocupa con precipitación el caserío de Paipa y se acoge á las alturas que dominan los caminos de Tunja y del Socorro.

Bolívar le sigue al pasitrote, atraviesa el Sogamoso por el puente de Paipa y con la noche acampa frente al enemigo en la márgen derecha de aquel río; luégo al lucir la aurora, revuelve el campamento, evoluciona

como para posesionarse del terreno y con ostensible aparato simula disponerse á librar una batalla, que Barreiro no esquiva en las fuertes posiciones que ocupa. A pesar de la manifiesta decisión que demuestran los independientes, corren sin embargo las horas en preparativos y amagos; y el sol declina y nada de cuanto se prometen se realiza.

Los realistas suponen aplazada la batalla para el siguiente día y permanecen inmóviles en sus resguardadas posiciones.

XIX

La más completa calma sucede improviso al movimiento y á las prolongadas amenazas de la jornada. Principia á oscurecer; los clarines del ejército patriota resuenan en las quiebras de los montes con repetidos toques de silencio: todo enmudece en nuestro campo; las nieblas apiñadas en las crestas de las montañas descienden é invaden la llanura que desaparece lentamente bajo el espeso velo de movibles vapores. Nuestros soldados deponen su arrogancia y ya los menos diligentes se preparan á disfrutar de algunas horas de reposo, cuando de súbito el Libertador levanta el campamento, finge ocultar sus movimientos á la activa vi-

gilancia del enemigo y con afectado disimulo, abandona el valle del Salitre donde parecía dispuesto á combatir, repasa el puente y marcha en retirada aparentando retroceder á Bonza.

Tan inesperada determinación no se escapa á Barreiro, pero mal encaminado en sus apreciaciones, atribuye á reconocida debilidad de nuestra parte lo que sólo es obra de la astucia. Persuadido más que nunca de su pretensa superioridad, crée llegado el momento de tomar la ofensiva y cae en la asechanza que se oculta en aquella aparente retirada. Halagado con la idea de exterminarnos en el primer encuentro, aplaza para el nuevo día la ejecución de su proyecto y permanece descuidado en sus inaccesibles posiciones; en tanto que Bolívar, ya protegido por la profunda oscuridad, contramarcha en silencio, vuelve á cruzar el Somagoso, deja á la espalda los acantonamientos del ejército español, sin que su avisado General llegue siquiera á sospecharlo, y por la vía de Toca marcha rápidamente sobre Tunja.

Después de andar toda la noche, el ejército patriota atraviesa en las primeras horas del día 5 el caserío de Cibatá, cuyos moradores sosprendidos no vuelven del asombro que les produce su presencia, y á las once de la misma mañana adelantándose á las divisiones de Santander y Anzoátegui, el Libertador ocupa á Tunja escoltado únicamente por los jinetes de su guardia.

Sin disparar un tiro hace prisionera la pequeña guarnición que dejara en la plaza el Gobernador Don Juan de Loño al salir, horas antes, con el batallón 3º de "Numancia" á incorporársele á Barreiro, y juntamente se apodera del numeroso parque, y de los almacenes de pólvora y vestuarios destinados al abastecimiento de las tropas del Rey.

XX

La presencia inesperada de Bolívar á las puertas de la ciudad que resguardaba desde Paipa todo el ejército español, conmueve la comarca, y Tunja, la antigua capital del poderoso reino vecino y rival de los Zipas; la ciudad blasonada á quien por armas concedió Carlos V las de los reinos unidos de Castilla y de León, y por timbre de tan preciado escudo una águila negra de doble cabeza coronada, de cuyas alas pendía la regia orden del Toisón: Tunja la noble: la patriótica Tunja, recibe alborozada á sus libertadores y poseída de admiración y reconocimiento ofrece á Bolívar los tesoros que encierra, la sangre de sus hijos y cuanto puede ser sacrificado en aras de la Patria, por alcanzar la libertad é independencia del pueblo granadino.

Audaz como ninguna de las operaciones practicadas en aquella admirable campaña, era la que el Libertador ejecutaba apoderándose de Tunja é interponiéndose entre Barreiro y el Virey: entre los dos ejércitos más fuertes y mejor acondicionados del enemigos; cortando entre ellos toda comunicación y obligándolos, vista la distancia á que se hallaban, á combatir aisladamente. Aquel atrevimiento, apresura el término feliz de la empeñada lucha y nos da la victoria. Sin él, dada la táctica empleada por Barreiro, el ejército patriota menoscabado ya y enflaquecido por los sucesivos combates y los rudos trabajos de la campaña, habría ido desmedrándose, si no en tesón y en bravura, sí en fortaleza material, hasta quedar reducido en poco tiempo á un puñado de héroes desesperados y sin más refugio que la muerte; miéntras que en la nueva situación en que habían logrado colocarse, si bien, comprometida y arriesgada, desvirtuaban la maliciosa táctica del enemigo y le obligaban á combatir abiertamente.

"Una batalla, decía el Libertador á sus enardecidos compañeros, una batalla más, y habrémos dado cima á nuestras esperanzas."

Y desde Tunja, la mirada de águila de aquel hombre inspirado, se fijaba con extraña insistencia en el campo, hasta entonces oscuro, de Boyacá.

XXI

Cuando era de todo punto irreparable el engaño sufrido por Barreiro, fué que advirtieron los realistas la desaparición de nuestro ejército, y que obtuvieron pormenores de la audaz estratagema de Bolívar y de la dirección que había seguido con sus tropas. Conturbados les deja tan atrevido movimiento; pero repónense bien presto y corren á subsanar su imprevisión esforzándose, sobre todos Barreiro, en dar alcance á su contrario antes de que el asombro que domina su ejército se cambie en desaliento.

Pundonoroso, como lo era en extremo el joven General de las cohortes españolas, se ve perdido y deshonrado, si no logra detener á Bolívar. Dominado por este pensamiento, se lanza á toda prisa por el camino principal de Paipa, atraviesa sin detenerse el páramo de Cómbita, y un día después de nuestra entrada á Tunja llega al pueblo de Motabita, distante cuatro millas de nuestro campamento: allí se detiene para cobrar aliento y elegir con acierto, en vista del ejército patriota, la vía que ha de seguir para ponérsele delante, y restablecer la interrumpida comunicación con el Virey.

Del sitio donde acampa momentáneamente el ejército español, dos caminos se ofrecían á Barreiro para efectuar su intento: el de Samacá, exento de tropiezos, pero largo y pesado que le obligaba á hacer un gran rodeo, alejándose mucho de la capital del Vireinato; y el que directamente atraviesa el puente de Boyacá, más corto que el primero, aunque menos seguro por su proximidad al Cuartel General de los independientes.

Para quien pretendía, como el jefe realista, no sólo interponerse nuevamente entre los invasores y las tropas que guarnecían á Santa Fé, sino acrecer con éstas su numeroso ejército y obligarnos luégo á que aceptásemos una batalla decisiva, en la cual todas las probabilidades de un éxito completo estuviesen de su parte, no era de despreciarse la inseguridad que presentaba á tal propósito, el más directo de aquellos dos caminos. Y no obstante, Barreiro después de algunas fluctuaciones se decide por él; y ya resuelto se prepara, pasa la noche en Motabita, y espera el nuevo día para ponerse en marcha, sin sospechar siquiera que aquel camino le llevaba al cadalso.

Propicia, hasta entonces, la fortuna á los dominadores de la América, les dió de súbito la espalda: vencía al fin nuestra perseverancia los desdenes de la inconstante diosa. En el largo trascurso de la revolución sólo obtuvimos sus favores cuando audazmente se

los arrebatamos. De nuestra entrada á Tunja data aquel vencimiento: allí asalta Bolívar el refulgente carro de la diosa, descoge osado la brida que refrena los alados corceles, chasca el terrible látigo y vuela entre huracanes y relámpagos, sembrando de pasmosas victorias todo un continente.

El sol glorioso que había de iluminar la centellante cuna de Colombia resplandece en las nevadas crestas de los Andes y brilla amenazador en el acero de nuestras bayonetas.

XXII

Es el 7 de Agosto de 1819: día de eclipse para las armas españolas en sus colonias de ultramar, de luz y de esplendor para la tierra americana.

Todo el ejército patriota, en pié desde la madrugada, hallábase formado al despuntar el día en la plaza mayor de la entusiasta y conmovida Tunja; y lleno de impaciencia aguardaba la orden de acometer al enemigo.

Los movimientos que se advertían en el opuesto campo, revelaban la determinación tomada por Barreiro de ponerse en camino. Nuestros exploradores habían dado el aviso antes de amanecer, y el Libertador ya prevenido, sólo aguardaba para poner en práctica e

plan que había premeditado, saber á punto fijo y sin demora, la ruta porque se decidieran los realistas y el instante preciso en que resueltamente se pusieran en marcha.

Con tal objeto, á más de los jinetes destacados para vigilar al enemigo, casi todos los oficiales del Estado Mayor habían sido apostados en lo alto de las torres y campanarios de la ciudad, desde donde pudiera divisarse el campamento de las tropas del Rey. No satisfecho, sin embargo, con el espionaje establecido' Bolívar, de suyo inquieto y más que todos anhelante por conocer la determinación de su contrario, monta á caballo y va á situarse en una altura que le permite dominar los movimientos de Barreiro; y allí permanece largo tiempo hasta cerciorarse por sus ojos de lo que tanto le preocupa.

El ejército español se mueve al fin resueltamente, por el camino que le conduce á Boyacá: y estrepitosos víctores y ardorosas explosiones de júbilo estremecen á Tunja.

"¡Es nuestro, es nuestro!", exclama el Libertador con expansivo júbilo, viendo desfilar al enemigo: "ahora ó forzamos á Barreiro á admitir la batalla y le pulverizamos, ó le impedimos ponerse en contacto con Sámano, y la desmoralización de sus tropas le hará rendirse".

Y aceleradamente el ejército patriota deja á Tunja, toma el camino principal que lleva á Santa Fé y corre

á apoderarse del codiciado puente de Boyacá, con ánimo de cerrar el paso á los realistas y forzarlos á que acepten la batalla.

Larga de algunas horas era, con todo, la distancia que debían recorrer nuestros infantes para llegar al mencionado puente y detener al enemigo; no obstante, llenos de brío, marchan á paso redoblado tras las huellas del trozo de caballería que le sirve de descubierta y que al galope les precede; y en pocas horas se encuentran al alcance de realizar su intento.

Mediaba entre los dos caminos que seguían los contrarios ejércitos una vasta extensión de terreno abertal, cubierto en parte de estériles colinas de varia elevación, que así impedía á los opuestos bandos aproximarse para trabar combate, como les ocultaba sus respectivos movimientos. Sólo á una milla del puente de Boyacá juntábanse aquellos dos caminos que venían de Tunja y Motabita; lo cual tenía lugar en el sitio conocido hasta hoy con el nombre de "la Casa de teja"; nombre debido á un antiguo edificio de explotación rural situado casi en la encrucijada de ambas vías y cuyos largos paredones de tierra sirvieron un instante de apoyo á los realistas, en aquella memorable jornada.

XXIII

El cielo nebuloso de Tunja, sereno y despejado durante las primeras horas de la mañana, había tornado á oscurecerse; densas nubes ocultaban el sol, y una espesa neblina, tras la cual desaparecían la lejanas montañas, flotaba pesadamente sobre las vecinas alturas y en las quiebras y hondonadas de camino que seguían nuestras tropas.

Envueltos en el impenetrable velo que se extendía por sobre toda la comarca, apenas si podian divisar nuestros soldados el lienzo tricolor de sus banderas plegado perezosamente á lo largo de las enhiestas astas y el acero sin brillo de las armadas bayonetas.

A las dos de la tarde, próxima la división de Santander, vanguardia de los independientes, á la encrucijada del camino que traían los realistas, presienten nuestros soldados la inmediación del enemigo; temen chocar sin advertirlo contra las bayonetas de Barreiro y á todo evento se previenen; prosiguen sin embargo su acelerada marcha con no menos ardor y diligeneia, y ya su descubierta hollaba el suelo donde se aplana el cerro que venía interponiéndose entre los dos ejércitos, cuando un grito de alarma resuena de repente.

El enemigo! el enemigo! repiten á la par los encontrados bandos y aquella voz de prevención y aviso recorre prontamente las filas de uno y otro ejército.

Súbito sopla el viento, flamean nuestras banderas, disípanse las nieblas, luce el sol su disco refulgente como presagio de ventura, y amagan nuestros intrépidos ginetes desordenar los batallones de vanguardia del confiado ejército español.

Creyendo los realistas en el primer momento, que sólo tenian que habérselas con un cuerpo de observación de sus contrarios, no se preocupan, antes bién con tono desdeñoso, el Coronel Tolrá, manda sus cazadores á que despejen el camino mientras los otros cuerpos continuaban la marcha. Parapetados entre breñas y matorrales los cazadores realistas rompen el fuego contra nuestros jinetes y toca á aquellos que habían de ser vencidos, disparar los primeros sus armas en la inmortal jornada.

XXIV

Apenas advertido el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha de sus tropas y con profunda sorpresa de su desapercibido contendor, aparece de pronto en columna cerrada sobre la altura interpuesta entre los dos caminos.

Parte de la vanguardia de Barreiro subía en aquel momento la opuesta falda en persecución de nuestra descubierta, mientras que el grueso del ejército español se hallaba á la sazón en la parte baja del recuesto, á un cuarto de legua más ó menos del puente que cruza el Boyacá. Su fuerza total ascendía á tres mil quinientos combatientes. Bolívar contaba solamente mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos.

Tocó á la primera división republicana repeler la columna enemiga que se aventuraba á perseguir nuestros explaradores; con los "*Cazadores de Vanguardia*" acomete sobre ella el Teniente Coronel París, la encuentra, la rechaza, y la obliga á retroceder con precipitación hacia los muros de la casa de teja donde se apoyan y se sostienen los realistas, y de donde París los desaloja luégo tras reñido combate.

Perdida tan favorable posición, la vanguardia del enemigo pasa el puente y gana las alturas que demoran en la margen derecha del Boyacá.

Entretanto, como bajasen el recuesto nuestro batallones para atacar el cuerpo principal del ejército español y corriera nuestra caballería por el camino á ocupar la cabeza del puente, Barreiro se apresura á llegar al río antes de ser cortado; pero no logra su propósito: los batallones *Rifles* y *Albión*, se le interponen y le cierran el paso, á tiempo que Ambrosio

Plaza y Cruz Carrillo con los *Bravos de Páez* y *Barcelona*, y el escuadrón de Infante, lo cargan por el centro. Barreiro se detiene, cambia de intento, se revuelve, sube con rapidez á la meseta de una altura que tiene á su derecha y se forma en batalla: la artillería en el centro y á cada extremo de su línea algunos cuerpos de su caballería.

Simultáneamente despliega el Libertador sus tropas en batalla en el camino principal, al pié de la pendiente cuya cima había ganado el enemigo. Formaban nuestra izquierda, á las órdenes de Santander, el batallón de línea de la Nueva Granada y los *Guías* y *Cazadores de vanguardia*: los otros cuerpos disciplinados del ejército patriota componían el centro y la derecha, regidos por Anzoátegui; mientras que las columnas de Tunja y del Socorro, compuestas de reclutas, formaban la reserva, situada á retaguardia de de nuestra línea de ataque.

XXV

Así dispuestos y preparados, la batalla no tarda en comenzar. Bolívar la preside desde una altura opuesta á la que ocupa el enemigo. Con él está Soublette y el Estado Mayor: á su izquierda se divisa,

á la entrada del puente, á Santander; al pié de la colina y al alcance de su voz, piafan inquietos los caballos de Rondón y Mellados: delante tiene á Anzoátegui con sus columnas dispuestas al ataque: y más allá á Barreiro y las airadas huestes españolas.

Aquellos dos ejércitos rebozando de zaña y de ardimiento, prestos á destrozarse y á morir matando por dar satisfacción á exaltadas pasiones, á contrapuestos intereses y á viejos rencores; apenas sí perciben, ofuscados por la nube sangrienta que vela sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa gestación de los grandes sucesos, que conturba los ánimos, cuando sobre ellos se cierne con sus alas de bronce el dios de los presagios.

Pero mal puede prever lo porvenir aquel á quien ciega la ira.

Cuando al reto del odio contesta el odio mismo, ¿quién puede imaginar, que así los que han de ser vencidos en la lucha, como también los triunfadores, todos cooperan á un mismo propósito? propósito superior, en los unos, á la voluntad que toma á empeño combatirlo; en los otros, á la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos, á las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y á los fines por que se sacrifican. ¿Quién les haría creer, que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo, á extraña voluntad, y eficazmente sirven á los designios

del Sér que oculto en las tinieblas de lo infinito, dirige como de presente, el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano; y á su arbitrio, cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo donde se abaten los imperios, en regueros de luz, y del antro sombrío donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma, hace surgir el sol de la verdad puro y resplandeciente ?

Entre todos aquellos, los que el acero insano blandían amenazante, al dar comienzo á una batalla que había de ser de trascendentales resultados para la América española, sólo Bolívar siente á su rededor extraña conmoción, percibe vagamente algo como el lejano estruendo que produjeran al caer las gigantescas torres y bastiones de fortaleza secular; y con los ojos del espíritu mira surgir radiante, del polvo áun no revuelto por el recio huracán de la batalla, la creación grandiosa de su genio inmortal.

XXVI

Rápido y sin vacilaciones fué el instante de calma que precedió al combate. Ruge el cañón y asordante estrépito retumba con prolongados ecos en toda la comarca. Simultáneamente disparan y acome-

ten nuestros batallones, crúzanse los fuegos cual relámpagos, multiplicándose á porfía; el humo que exhala á bocanadas el ardiente incensario de las batallas, sube y anubla el sol; lucen ensangrentadas las bayonetas y las lanzas; el suelo se estremece, vacila el pié de los heridos por la muerte; sobre la negra nube que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega á nuestra historia una página más, donde su espada escribe: ¡ Boyacá !......

Entretanto, con denodado empeño combate Santander la derecha enemiga, situada en las alturas que dominan el puente, mientras que Anzoátegui, siempre ardoroso, se arroja sobre el centro de la línea española, con dos pujantes batallones y ordena á Plaza forzar la extrema izquierda que sostiene el Coronel Jiménez, segundo jefe de las tropas realistas.

Rápidamente se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo la mayor intensidad.

Barreiro se sostiene á pié firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su veterana infantería, barren y abrasan la prolongada falda de la meseta á donde intentan subir los batallones *Rifles* y *Albión*, empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en los cuerpos patriotas, los corta, los revuelca y detiene algún tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones: empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, antes bien, se enar-

decen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su osadía la presencia de Anzoátegui que, impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los piés de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfacción sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuerpos de la segunda división republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los *Bravos de Páez*, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían á todo trance tomar parte en la lucha.

"Quietos! no es tiempo aún, contesta á las insinuaciones repetidas de los jefes de su caballería: dejad que Anzoátegui quebrante el enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada."

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Andes la inmensa respiración de la batalla: vibra en las altas crestas de los montes; fragorosa desciende como el alud á los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas y los bosques y va de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, á llevar á la América el anuncio del día, por siempre memorable, del nacimiento de Colombia.

XXVII

Reforzado Anzoátegui con los *Bravos de Páez*, carga á la bayoneta al batallón *Cazadores del Rey* que ocupa á nuestra derecha una cañada, y cuyos fuegos cruzados y certeros nos hacían grave daño; después de un duro choque, los Cazadores ceden el terreno, repliegan sin concierto, y, atropelladamente, van á buscar amparo en las columnas de infantería con que personalmente nos disputa Barreiro el recuesto de la meseta, y donde tan vigorosamente se sostiene. Anzoátegui aprovecha el momento de confusión producido en la línea española por sus repelidos *Cazadores*, acomete resueltamente por el flanco qne desampara el enemigo y trata de envolverlo. En aquella emergencia, el Libertador juzga oportuna la intervención de la caballería, y ordena á sus llaneros cargar al enemigo.

Eran las tres y media de la tarde, cuando con la primera muestra de flaqueza de las tropas castellanas, sonó para ellas la hora aciaga de la catástrofe.

Los clarines de nuestros escuadrones dan al viento sus vibradoras voces. Barreiro las oye y se estremece: eran aquellas las mismas notas, especiales y terribles

que precedieran á la espantosa acometida de "Pantano de Vargas".

Á par se lanzan impetuosos á la cabeza de sus tremendos escuadrones, Mellados, Mujica, Infante y el ya ilustre Rondón, por la empinada falda, sobre los tercios españoles que defienden la altura.

"Firmes y viva España"! grita Barreiro á sus soldados; y en nubes de metralla envuelve los trozos de ginetes que le acometen por el frente. Azuza sobre los que le atacan por la izquierda los granaderos de á caballo y ordena á los dragones de González acuchillarlos por el flanco. Empero, no resisten los unos ni los otros el choque de Rondón: á rienda suelta huyen los primeros, los segundos caen y ruedan revolcados por la pendiente. Sólo un cuerpo de reserva espera briosamente á nuestros escuadrones y perece alanceado; el resto de la caballería realista, mandada por el coronel don Víctor Sierra, abandona el campo de batalla.

Barreiro se ve envuelto. A la cabeza de un regimiento corre en persona á reparar el daño que le causan nuestros batallones tras el fracaso de su caballería; pero Anzoátegui ataca y desordena el regimiento. Partida en varios trozos la línea de batalla del ejército realista, sus veteranos luchan todavía con bravura, pero sin concierto. Los infantes españoles retroceden empujados con violencia por nuestras bayonetas y por el bote de las lanzas. Barreiro desesperado trata de ganar otra

altura que le queda á la espalda y restablecer en ella la batalla. Inútil es su empeño: nuestros caballos le impiden todo movimiento, rompen y pisotean á tan bravos soldados, el ejército se abate y la derrota, contenida un instante, se declara violenta, estrepitosa.

Espada en mano, defiéndese frenético Barreiro, con un puñado de valientes, en medio al huracán de la derrota: es aquella su última protesta; su ejército vencido, roto y acuchillado rinde las armas y se entrega sumiso á la clemencia del vencedor. Cuando acontece la catástrofe, cien manos codiciosas de gloria se extienden sobre el brioso Brigadier que ardientemente busca la muerte, sin que la muerte acceda á su solicitud: todos ansían rendirle. Un soldado de *Rifles* (*) le arrebata la espada, y Barreiro, jadeante y cubierto de sangre, queda prisionero.

Había perdido la batalla, no la honra.... Le esperaba el patíbulo!

A tiempo que la segunda división republicana vencía completamente el centro y retaguardia del ejército español, Santander á su turno, después de repetidos y de recios embates contra los cuerpos de vanguardia, logra forzar el puente que atraviesa bajo los fuegos del enemigo, primero que ningún otro de los jefes republicanos, un edecán del Libertador: el siempre fiel y denodado Diego Ibarra, á la cabeza de cuarenta jinetes;

[*] Pedro Martínez.

nuestras tropas ganan la repelente altura que ocupan los realistas, los arrojan con estrago de tan favorecida posición, los cortan, los atropellan, les arrebatan banderas y caballos, los rinden á su pujanza y completan la espléndida victoria.

XXVIII

Con Barreiro y Jiménez quedaron prisioneros 1.600 soldados y casi todos los coroneles, mayores y oficiales, del destrozado ejército español. Y todo el armamento las municiones, los caballos, así como los cañones y banderas quedaron en el campo. Y el escudo roto, y en pedazos el cetro colonial.

Bolívar se descubre y saluda á Colombia. Boyacá coronaba la más rápida á la par que más gloriosa de todas sus campañas. El sueño de Casacoima estaba realizado en su primera parte. Era libre el pueblo granadino.

Tres días después de aquella gran victoria, Bolívar entra á Bogotá, abandonada con precipitación por Sámano y sus tropas; pone las bases que habían de sustentar la gran República; altera el mapa de la América y marca con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.

CARABOBO.

CARABOBO.

(24 de Junio de 1821)

I

Colombia, la aspiración grandiosa del genio de Bolívar, era una realidad.

Hija del heroísmo, concebida en el seno de las tempestades al eléctrico resonar de los clarines, entre el fragor de las batallas, los rugidos del león soberbio dominador del Nuevo Mundo y los himnos triunfales de un pueblo fanatizado hasta el martirio por la idea redentora de independencia y libertad, había surgido altiva como deidad terrible, coronada la frente de sangrientos laureles y armada de la noble potencia de su virilidad y sus derechos, del surco ardiente de la guerra en el campo inmortal de Boyacá.

Sobre el rico trofeo de cien victorias, descollaba, con proporciones gigantescas, entre las nacientes Repúblicas americanas: su porvenir estaba lleno de promesas: su nombre, al par que sus hazañas, era timbre de orgullo para los pueblos del Nuevo Continente; y al amparo de su egida, nuevas fuerzas y brío y mayor ardimiento cobraban las aspiraciones y los nobles propósitos de los sostenedores de aquella cruenta lucha contra el poder dominador de la Metrópoli.

Apenas en su aurora, la viva luz que difundía aquel astro radiente, prometía no eclipsarse jamás.

No obstante, la lucha desastrosa empeñada hacía ya tantos años, continuaba con el mismo calor; vilipendiada al par que combatida siempre por sus implacables enemigos, Colombia se ostentaba orgullosa en medio del huracán que se esforzaba en abatirla. Apenas si podía dar un paso en el camino de su engrandecimiento, que no fuera apoyada en su robusta espada, que no hubiera menester de abrirse campo con el fuego de sus cañones. Su imperio se extendía sobre ruinas humeantes, sobre campos desiertos, sobre doscientos mil cadáveres que clamaban venganza, sobre un suelo estremecido de continuo por el sacudimiento de las batallas.

Once años de perenne combate, de perseverante osadía, de continuados sacrificios, en que á la vez se sucedieran nuestras victorias y desastres, contaba

ya el gigantesco duelo que en el seno del mundo americano sostenían con la dominadora España sus rebeldes colonias. Nada se había negado para mantener en combustión perpetua la inmensa hoguera que alimentaba el fuego sagrado del patriotismo. Reposo, privilegios, riqueza, hogar, caros afectos, delicadezas del corazón, altivas inclinaciones del espíritu, arraigadas preocupaciones y hasta el más puro de los dones celestes que ennoblecen al hombre: ¡ sublime caridad! todo se habia ofrendado en aras de la patria. Ruina y desolación ostentaban nuestras ciudades, nuestros campos; la ruda ortiga medraba sobre le espiga bienhechora; el sol se reflejaba entre charcas de sangre y no había sitio donde la esquiva claridad de la luna no reposase sobre esparcidas y blancas osamentas.

Una generación de heroes había quedado sepultada bajo los cascos del caballo de Boves.

Entre los debates turbulentos de la *Sociedad Patriótica*, constituida en Caracas en los primeros días de la Revolución, y el acto solemne del Congreso de Angostura al proclamar la Gran República, mediaba una inmensa distancia.

La aglomeración de los acontecimientos y la rapidez vertiginosa con que se sucedieran, había producido el fenómeno de que los días, apenas trascurridos, apareciesen como años, y estos, como siglos.

Colombia vislumbraba el 19 de Abril de 1810, entre las sombras de un remoto pasado. Aun vibraba

colérica la voz de Ribas en Maturín y en Urica, y ya por mitológicas pasaban las proezas del vencedor en La Victoria.

En el rápido torbellino en que giraban aquellos infatigables lidiadores, á quienes la muerte sorprendía de ordinario al apuntar el bozo y ceñirse los primeros laureles, contar treinta años era alcanzar la senectud.

Los héroes de "Taguanes," "Araure" y "San Mateo," á pesar de su impetuosidad y robustez, se reputaban como ancianos: Bolívar contaba apenas siete lustros, y, tanto como por sus glorias, se le consideraba y respetaba ya por su longevidad.

Pasmosa rapidez aquella, que no daba vagar, que mellaba los más templados caractéres y agotaba el aliento de los más esforzados.

Empero, tanta perseverancia y tan costosos sacrificios no habían de ser estériles; para teñir de púrpura la aurora del gran día del definitivo afianzamiento de nuestra independencia, por todos esperada con anhelo tras una noche de tres siglos, mucha sangre generosa habia sido indispensable derramar, pero la aurora tan deseada iba á lucir al fin en los horizontes de la Patria.

II

Boyacá había reconquistado nuestra preponderancia en el territorio granadino: al amago de nuestras bayonetas retrocedía el ejército español dejándonos en posesión completa de casi todas las provincias del Vireinato de Santa Fé, y fraccionado corría á guarecerse entre las plazas fuertes de Cartagena y Santa Marta ó se internaba al Sur, buscando apoyo en los realistas poseedores de Quito.

Adquiridas ventajas tan trascendentales para la causa americana, cual lo fueran el aniquilamiento de Barreiro y la ocupación de Bogotá; el Libertador no se detiene en el vecino Estado sino el tiempo indispensable para formar la base de su nueva organización. Perseverante, como siempre, sin dar tregua á la ruda fatiga, sordo al arrullo de la lisonja y esquivo á los halagos y la embriaguez del triunfo, retorna á Venezuela tramontando los Andes, desciende el Orinoco hasta Angostura, proclama á Colombia por un decreto del Congreso y dicta y pone en práctica las medidas conducentes á una nueva campaña.

Montilla va á invadir el Magdalena: Urdaneta marcha á tomar el mando de las tropas reunidas en Cúcuta: Soublette remonta el Orinoco con una fuerte división; y Mires y Valdés se adelantan sobre Sogamoso.

Bermúdez, entretanto, apoyado por Cedeño, Monagas y Zaraza, aviva el fuego de la lucha en las provincias orientales, mientras que Páez en las llanuras del Apure y Barinas, centro de operaciones contra el grueso del ejército expedicionario regido por Morillo, despliega sus dotes militares y en constante inquietud y enojosa perplejidad mantiene en jaque á su formidable contendor.

La base de operaciones de los independientes había adquirido tan extraordinaria latitud, que parecía difícil conservarla. Los distintos cuerpos del ejército combatían ó maniobraban á distancias inmensas. Entre Bermúdez, que sostenía la guerra en las provincias orientales de Venezuela, y Montilla que lidiaba en las márgenes del Magdalena, mediaba una distancia aproximada de cuatrocientas leguas. Semejante amplitud en las operaciones de un reducido ejército, dadas entre otras circunstancias que se oponían al desempeño de los mejores planes, las especiales de nuestra topografía: con sus vastos desiertos, sus inmensas montañas, sus caudalosos ríos; y la escasez de población y la ausencia completa, las más veces, de vías de comunicación y de recursos para vencer

tantas dificultades, habrían hecho impracticable las combinaciones politicas y militares, sin el genio esclarecido de Bolívar y la infatigable movibilidad de espíritu y de cuerpo del aquel atleta dominador de imposibles, rápido como el rayo, y perseverante en sus propósitos como las leyes inmutables.

Trece días le bastan á Bolívar para efectuar tales aprestos: su previsión le impulsa á adelantarse al tiempo con la rapidez de sus operaciones, á violentar los acontecimientos y á forzar la rotación de los sucesos para llegar más presto al definitivo desenlace, que presiente próximo y glorioso para la amada Patria. Nada es capaz de detener el vuelo de su pujante voluntad: ante aquel propósito inmutable desaparecen las distancias, se aplanan las montañas, simples arroyos parecen los caudalosos ríos y trillados caminos las quiebras de los montes y el escabroso lecho del torrente. Aquella pasmosa rapidez de movimientos y designios dan á Bolívar la ventaja en toda circunstancia: cuando apenas se le cree en Angostura ya trepa de nuevo su caballo, con asombro de Morillo y fijo el rumbo á Bogotá, las empinadas cumbres de las sierras andinas: y Sámano y los suyos que le suponen lidiando en Venezuela, se encuentran de nuevo amenazados por la espada de fuego de aquel terrible arcángel.

III

A pesar de los obstáculos de todo linaje, con que el esfuerzo y la tenacidad de los jefes realistas embarazaban la marcha progresiva de la Revolución y su creciente desenvolvimiento, nuestras conquistas para 1820 eran trascendentales y de incontestable valimiento. Venezuela se había unido á su vecina hermana bajo el fulmíneo casco de Colombia. Nuestra fuerza moral era imponente. Nuestro ejército probado en cien batallas, aunque escaso en número, era disciplinado y aguerrido. Nuestros Generales, así como nuestros Magistrados, habían cobrado experiencia y alcanzado con la continua rotación de los sucesos, la altura indispensable al puesto que ocupaban y la prudencia tan necesaria así en la guerra como en las emergencias de los negocios públicos. La serenidad y el frío cálculo habían vencido y dominado el atolondramiento, la irreflexiva impetuosidad y las jactanciosas presunciones que, junto con el antagonismo de intereses y pasiones tan funestos resultados dieran más de una vez en los primeros tiempos de la Revolución. Una sola voz, un sólo pensamiento, dirigía aquel conjunto de homogéneos propósitos, antes de aspiraciones turbulentas y de in-

tereses encontrados, entonces sometido á una sola ley, á una sola voluntad: voluntad por todos acatada y, estimada por todos, como imprescindible.

Para 1820, España comenzaba á dudar del sometimiento de sus rebeldes colonias, y nuestro pueblo, esquivo largo tiempo al sagrado propósito de sus libertadores, se inclinaba á creer en las promesas de los nobles apóstoles de la libertad y del derecho americano. Lo que al principio aparecía como insensato, era admitido ya como factible. El cañón más elocuente que la prédica, había llevado la convicción á donde no había alcanzado el entusiasmo. Nuestros contrarios, alarmados, habían dejado de tratarnos con el desprecio que por tantos años afectaran. Los calificativos poco lisonjeros y los dicterios injuriosos con que su vanidad nos regalaba, disminuían en razón del incremento de la revolución y de nuestras repetidas victorias. Bolívar, no era ya *el monstruo* que rezaban los partes dirigidos á la Corte de España: era un *Caudillo sin segundo*, un *General experto*, un *hombre prodigioso* á quien la fortuna cortejaba solícita y de quien eran de esperarse todas las manifestaciones que sólo se conceden al genio. El respeto, como se ve, se había sustituido al desprecio. Las turbas se habían convertido en ejército, y ejército digno de competir con los más esforzados y brillantes de su Majestad Fernando VII. (*) Nuestras pretensiones

[*] Frases de Morillo.

no eran vanas quimeras, la revolución había resistido el degüello á que la sometieran sus contrarios, y cada vez más fuerte y más robusta, á pesar del copioso raudal de sangre generosa que brotaban sus múltiples heridas, crecía amenazadora á medida que se mellaba el sable y se debilitaban los esfuerzos de los que con tanta crueldad la combatían. España, en su propósito de someter á la rebelde Venezuela al yugo colonial, había agotado cuantos medios violentos le había sugerido la ferocidad de las más exaltadas pasiones; la represión salvaje, el cauterio inquisitorial, el hambre, el hierro, el fuego, la perfidia con sus garras ocultas, el verdugo disfrazado de amigo. Pero el terror y la crueldad habían sido ineficaces. En vano se condenaban á la mendicidad y al desamparo las familias de los tachados de rebeldía; en vano se exhibían en las encrucijadas de los caminos públicos, en las plazas de las aldeas y en las puertas de las ciudades principales, cabezas cortadas por los verdugos, brazos y piernas y esqueletos pendientes de los árboles, clavados sobre picas ó encerrados en jaulas, para defenderlos de las aves de presa, y prolongar el espanto que deseaban infundir entre la multitud. La cabeza de Ribas estuvo exhibida por cuatro años en una de las llamadas puertas de Caracas. Y nada fué bastante á detener el impulso que impelía á Venezuela á su emancipación; las medidas violentas se desprestigiaron y agotaron, y otros medios más hábiles fueron

puestos en práctica á ver de contener por la conciliación lo que alcanzar no pudo la violencia, ni menos la crueldad.

IV

Riego y Quiroga proclamando en Cabezas, la Constitución del año 12, ayudan eficazmente y apresuran sin quererlo, el triunfo definitivo de la Revolución americana.

La aspiración á un bien común, no importa quienes sean los que pretenden alcanzarlo, ni el relativo antagonismo de miras y propósitos que pueda separar sus intereses; establece una tácita alianza, difícil de romper, y áun más difícil de hacer nulas, para una de las partes, las ventajas que se derivan de un impulso justificado y colectivo.

La libertad proclamada en España, en el seno mismo de los acantonamientos de las tropas expedicionarias con destino á reforzar en Venezuela el ejército de Morillo, á la par que abate el despotismo y coloca bajo la egida de instituciones liberales el porvenir político de la Península, favorere en América la transformación republicana de las colonias españolas.

Fijo, no obstante, como siempre, el Gobierno de la Metrópoli, en el propósito de conservar á la Corona sus posesiones de ultramar, se apresura, recién jurada la Constitución, á restablecer su quebrantada autoridad en las colonias; pero descaminado respecto al verdadero espíritu de la Revolución americana, crée allanable por la conciliación lo que vanamente por las armas se había empeñado en reprimir.

En tal sentido, la promesa de instituciones liberales y de una amplia amnistía, junto con el ofrecimiento de dignidades y empleos para los jefes insurgentes que sostenían la guerra en Nueva Granada y Venezuela, fué el primer paso de las Cortes en el camino de un avenimiento entre la Madre Patria y sus rebeldes hijos; y, con tal fin, encárgase á Morillo la pacificación de las provincias sublevadas por medio de la conciliación de tan encontrados intereses.

La nueva inesperada de sucesos tan extraordinarios, como los que se efectuaran en España, produjo en sus colonias una profunda conmoción, no exenta de desaliento y de despecho, entre los sostenedores del principio monárquico absoluto y de la integridad del territorio sometido por los conquistadores al cetro de Castilla. Aquel insigne triunfo de las nuevas ideas sobre el absolutismo, triunfo reputado por el pueblo español como la más gloriosa de sus victorias cívicas; desprestigia en América el poderío de la Corona y sus augustos fueros; no solamente entre las clases inferiores poseídas

las más de fanático realismo é incapaces de suponer nada tan alto y poderoso como la voluntad de sus monarcas; sino áun entre aquellos mismos más esclarecidos á quienes era fácil concebir la trascendencia de un cambio tan favorable á sus personales intereses.

Por lo que hace á los independientes, la noticia de la revolución efectuada en España, fué acogida como una prenda anticipada de la victoria definitiva de su causa.

Morillo, por su parte, á quien el cambio radical de la política sorprendía en medio á los conflictos de la más embarazosa situación; y en momentos en que esperaba, para salir de ella, con probabilidades de buen éxito, los refuerzos de tropas que le habían sido prometidos; acoge con frialdad la decisión del Gabinete de Madrid; y presumiendo todas las desventajas á que debía exponerle tan extraordinario proceder, retarda, en lo posible, el juramento de la Constitución y el mandato de las Cortes. Pero por más empeño que pusiera en aplazar tales medidas, hubo al fin de ceder, mal su grado, y después de proclamar solemnemente el Código político de la monarquía española, propone á los jefes republicanos una suspensión de hostilidades, mientras comisionados especiales exploraban la voluntad de Bolívar y los altos designios del Congreso.

V

Destemplada y altiva fué la respuesta que recibiera el Pacificador, de los jefes á quienes dirigió sus primeras insinuaciones y de los altos Magistrados de la República; no obstante, no fué motivo á detenerle en el camino de un arreglo de cuyo avenimiento esperaba salir airoso de su difícil y ya falseada posición.

El Congreso se había limitado á manifestarle por medio de su Presidente Peñalver: "Que deseoso de establecer la paz, oiría con gusto todas las proposiciones que se hicieran de parte del Gobierno español, siempre que tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia."

Bolívar no fué menos esplícito: sin detenerse á esperar los comisionados españoles que se dirigían á su Cuartel General de San Cristóbal, emprende un proyectado viaje al Magdalena y da plenos poderes á Briceño Méndez y á Urdaneta para rechazar, como injuriosas al par que inadmisibles, las proposiciones de Morillo.

"La guerra, pues, dice Baralt, al apreciar en su historia estos sucesos, la guerra debía continuar entre la madre patria y la colonia, porque ésta rehusaba so-

meterse; pero los pasos que dió Morillo para la reconciliación fueron seguidos de un importante resultado, cual fué el de aumentar el partido republicano en Venezuela, presentándolo á los ojos de los extranjeros y de los realistas mismos con una importancia que hasta entonces hiciera esfuerzos por disimular en lo posible. Desde luégo los términos en que escribió el jefe español á los caudillos republicanos fueron comedidos y urbanos; á todos ellos, así como al Congreso, les dió los títulos que por sus grados y funciones le correspondían: y no fué pequeño el interés que mostró por alcanzar de ellos, antes que todo, la suspensión de las hostilidades. Muchos americanos egoístas y cobardes á quienes el temor ó la mejor fortuna de los realistas retenían en sus filas, vieron entonces claramente la fuerza física y moral de aquellos hombres llamados hasta entonces rebeldes, sin unión, sin habilidad y sin poder. Húbolos que comenzaron á vacilar en sus opiniones al ver posible y casi verosímil el triunfo de una causa que hasta allí consideraran quimérica. Otros que acostumbrados en su profunda ignorancia á reverenciar el despotismo, tenían por impíos los gobiernos republicanos de América, empezaron á mirarlos con menos ojeriza, desde que en España aparecieran proclamados los principios liberales. Y muchos militares expedicionarios adictos de corazón á estos principios, cansados de la guerra y ansiosos por volver á la regenerada Patria, ó se fueron ó siguieron tibios

y descontentos una contienda injusta á todas luces."

Dado el desprendimiento é ingénita altivez de los independientes, las proposiciones de paz dirigidas por Morillo, bajo la expresa condición del ***reconocimiento de la soberanía de España***, eran de todo punto inadmisibles y de consiguiente impracticable toda avenencia entre los contrapuestos intereses de los beligerantes; pues, ¿cómo imaginar siquiera, que después de haber alcanzado el partido republicano ventajas tan efectivas y trascendentales, pudiera desconocerlas é inclinar la frente coronada de envidiables laureles, ante un poder en decadencia cuya fuerza moral mermaba en proporción del incremento que tomaba la Revolución y de la solidez con que se afianzaba en el país el Gobierno republicano? Y si menos favorable para la causa americana se hubiera manifestado la fortuna, ¿cómo olvidar aquellos hombres que al logro de una idea todo lo habían sacrificado, la tremenda responsabilidad que pesaba sobre ellos, si no salían airosos, ó con la vida pagaban los tormentos á que por vano empeño sometieran su Patria?

VI

Un mar de sangre separaba la América española de su antigua y pertinaz dominadora; intentar siquiera atravesar sus encrespadas ondas, era ponerse en gran riesgo de perder con la vida la honra, áun más preciosa

para quienes rendían al honor y á la patria un culto reverente. Placentero es repetirlo, y repetirlo con satisfacción: los halagos de España no encontraron cabida en uno solo de los sostenedores de aquella lucha homérica. A pesar de todas las miserias y de todas las dificultades á que tantas veces se viera expuesta en Venezuela la causa de los independientes; ya por la impericia de sus primeros directores, ó por las turbulencias sediciosas que tanto embarazaron el desarrollo franco y progresivo de aquel largo proceso; la revolución se había mantenido honrada. Si el poder discrecional le fué á Bolívar disputado en los principios de su preponderancia militar, no fué móvil mezquino de aviesos intereses personales, el que indujo á sus émulos á tan injustificable sinrazón; los que así procedieron, ansiaron el poder únicamente por la gloria de acaudillar el movimiento regenerador, sin pensar jamás en los proventos que pudieran redundar de la suprema dirección de la República. En el desprendimiento de los intereses materiales estribó la mayor fuerza de aquellos nobles lidiadores. Sus miras se fijaban más alto. Se ambicionaba gloria, no riquezas. Los concucionarios, si los hubo, rarísimos, quedaron deshonrados; cual llama abrasadora, el desprecio público pasó sobre ellos, los convirtió en cenizas: cenizas que esparció el viento y que áun desprecia la posteridad.

La aspiración moral mataba toda tendencia material.

Aquel heroico ejército, sometido á todo género de penalidades; sin paga de ordinario, desnudo casi siempre, y á menudo sin pan, no profería una queja, y lleno de entusiasmo, moría victoreando la patria, sin cuidarse de sus propias miserias.

Ser el más bravo, el más abnegado, el más heroico, era preferible á ser el más acaudalado.

El orgullo era noble, la ambición generosa. De ahí la pujante virilidad de aquella generación que hizo prodigios, armada con la espada de los héroes, aunque cubierta con los harapos del mendigo.

VII

Palpable el incremento que con sólo el amago de las negociaciones había cobrado la Revolución, no se le ocultan al Libertador las ventajas inmensas que podía derivar de un estado de cosas tan pernicioso á sus contrarios; por lo que apenas de regreso á su Cuartel General de San Cristóbal, propone al Pacificador reanudar las interrumpidas negociaciones para tratar del propuesto armisticio, siempre que se le concedieran á Colombia las garantías y seguridades que tenía derecho á exigi sin que por esta insinuación se considerasen suspendid

las hostilidades; y acto continuo, sin esperar respuesta, marcha en persona á la cabeza de su guardia sobre la división de Tello, que evacua á Bailadores y á Mérida dejando el paso franco á los independientes.

Morillo se apresura á tratar con el Libertador; le envía nuevos comisionados y se mueve con parte de su ejército hacia las provincias invadidas recientemente por Bolívar. Éste ocupaba á Trujillo; el generalísimo español, se interna hacia Carache. Ligeras escaramuzas se traban entre los cuerpos de vanguardia del ejército realista y algunas de las audaces guerrillas de los republicanos. El Libertador toma posiciones en Sabana Larga, tres leguas á retaguardia de la ciudad que antes ocupaba. Morillo fija en Carache su Cuartel General, y de común acuerdo las hostilidades quedan suspendidas. Los comisionados enviados al efecto por la Junta de pacificación constituida en Caracas, se avistan en Trujillo con los nombrados por Bolívar, y dan principio á aquella larga serie de conferencias llenas de interrupciones y de dificultades opuestas de ambas partes, que dieron al fin por resultado un armisticio de seis meses, mientras se ajustaban las negociaciones conducentes á la paz, y el convenio filantrópico de regularización de aquella guerra de exterminio, que tanta sangre y lágrimas nos hizo derramar. Convenio calificado por Bolívar de *verdaderamente santo*, y con ardiente anhelò propuesto por el caudillo americano á su generoso contendor, en

el sitio mismo, donde forzado por la impulsión vehemente de las necesidades de la época, lanzó á todos los vientos, como lenguas de fuego, las terribles palabras consignadas en el decreto aterrador de 1813.

Coincidencia providencial aquella, que redime á la patriótica Trujillo del funesto renombre que alcanzara en los primeros abrasadores tiempos de la ensañada lid.

De cruel, Trujillo se convierte en magnánima, y el recuerdo inolvidable de su segunda popularidad mitiga la impresión dolorosa y aminora el espanto á que debió su primitiva nombradía.

Sellados por los plenipotenciarios los arreglos indispensables para dar comienzo á una negociación de suyo impracticable, llevóse á efecto la famosa entrevista de Santa Ana, entre aquellos dos hombres que con recíproca crueldad y con no menos furia é igual tesón y valentía habían combatido tantos años por tan opuestos intereses. Allí, sobre aquel campo declarado neutral, inermes y olvidando quisquillas y rencores, se avistaron aquellos dos campeones, hermanos por la sangre, enemigos acérrimos por la discrepancia de las ideas. El viejo león ibero y el gallardo adalid de la joven Colombia, se contemplaron con orgullo, y generosos rindieron homenaje al renombre glorioso de la patria, en el mutuo heroísmo de la soberbia España y de la altiva nación venezolana.

Después, para no verse más sobre la tierra, se separaron llevando de aquel día reeuerdo inolvidable, mas

poseídos á la par de extraños y muy distintos sentimientos: Morillo, con el desencanto de su frustrada esperanza, convencido de la imposibilidad de restituir á la Corona la presa disputada por el condor americano: Bolívar, satisfecho de sí, al ver descorrerse ante la América el velo de la cautividad y aparecer el fecundante sol del porvenir.

VIII

Penetrado Morillo de lo infructuoso de cuantos sacrificios pudiera en lo sucesivo hacer España, para someter la insurrección americana y temeroso de encontrarse en la conflictiva situación de ver desaparecer de entre sus manos el tesoro que se le había ordenado defender, optó por separarse de la liza antes que á tan duro trance le llevasen los acontecimientos que su sagacidad y experiencia preveían como inevitables.

Vanas fueron cuantas demostraciones hicieron al Pacificador los partidarios de la causa de España para conservarle al frente del ejército; irrevocable en su propósito, Morillo no cedió ni á ruegos ni á amenazas; antes bien aceleró su marcha, y el 17 de Diciembre de 1820 abandonó el país. confiando al General La Torre el mando del ejército y la suprema dirección de la guerra.

La separación en aquellas circunstancias de un Jefe de las relevantes condiciones de Morillo, en momentos tan delicados para los intereses de la Corona, produjo notable desaliento entre los más exaltados realistas, y amenazó con funestos trastornos la indispensable unidad que más que nunca requería el mando supremo de las tropas del rey, diseminadas en la vasta extensión de Venezuela. Pues, si era notoria la idoneidad del General La Torre para el desempeño de tan difícil cargo, no por ello se vió menos exento de tropiezos, debidos los más, á la rivalidad que despertó su encumbramiento entre algunos de sus subordinados, los que creyéndose con mejores títulos para merecer tan elevado puesto, se declararon víctimas de una cruel injusticia y trabajosamente prestaron obediencia á quien no reputaban más que á ellos rico de merecimientos: emulación mezquina, torpe y solapada cuyo centro y principal atizador lo fué Morales, el canario de funesto renombre, el compañero de Boves, más que su antiguo Jefe cruel y despiadado, sin ninguna de las dotes muy altas de caudillo que distinguieron al terrible asturiano, y por lo que toca á la conveniencia y al decoro, el menos digno de merecer el puesto con tanto empeño por él ambicionado.

Era empero, La Torre, un general de no escasa valía, á quien no fueron parte á embarazar en sus propósitos la rencorosa hostilidad y la tibieza de tan peligroso

rival; la ruptura inexperada del armisticio le encontró fuerte y decidido á perseverar en el propósito de someter por las armas la rebeldía de los independientes, y en capacidad de afrontar el vigoroso empuje de Bolívar y su probada habilidad.

IX

Valeroso y disciplinado era el ejército español y superior en número al que el Libertador podía oponerle, á pesar de las favorables circunstancias que avigoraban la causa republicana, y la popularizaban hasta entre sus más esforzados opositores.

No obstante, las ventajas y desventajas de los opuestos bandos podían equilibrarse; si en el realista prevalecía por el momento la fuerza material, campeaba en su contrario el entusiasmo y la fuerza moral de todo un pueblo identificado en una misma aspiración. Para cada una de las bayonetas de que La Torre disponía, diez corazones resueltos á sacrificarse por la patria podían oponerle los republicanos.

Con creciente rapidez acercábase el desenlace de aquel sangriento duelo, reñido con el mismo furor hacía ya tantos años; y á nadie se ocultaba, que había de ser ruda y decisiva la próxima batalla que se librase en Venezuela.

Creíase el General La Torre bastante fuerte para no rehuir un decisivo encuentro, y obtener el triunfo: Bolívar por su parte, abrigaba el convencimiento de haber atado la victoria al puño de su espada; y con razón estimaba en mucho, su propia superioridad sobre La Torre: la revolución que acaudillaba y que venía venciendo cuantos obstáculos se le enfrentaran en su afanosa marcha, no podía plegar de súbito las gigantescas alas, y caer abatida ante el último de los inconvenientes que á su completo triunfo le oponía la Metrópoli; ni menos era de esperarse que, se eclipsase de improviso el genio singular que hasta entonces la hubiera dirigido. Para Bolívar, no existía una sola duda, respecto del éxito feliz de sus afanes, que pudiera erguirse, siquiera en apariencia ante su fe profunda. La Torre no era ya una amenaza para la causa americana, como lo fueron sus predecesores, era un tropiezo más para llegar al fin, y Bolívar tenía la persuación de que sabría vencerlo.

Semejante convencimiento no debe aparecer como la expresión de un vano orgullo. No, para poseer aquella seguridad, altas cimas había sido indispensable dominar, y los hechos con su severa lógica estaban de su parte.

En su larga carrera, Bolívar había pugnado con dos hombres verdaderamente notables por las condiciones especiales que los distinguieron en aquella guerra desas-

trosa: y ambos habían desaparecido del palenque sin haber logrado avasallado. En Boves había combatido al sectario de las propias creencias, al hombre de la naturaleza, al torbellino de las pasiones de la época, con todas las iras y arrebatos de una ambición ardiente, con todo el arrojo de un carácter resuelto y exaltado y toda la pujanza y valentía del león. En Morillo había luchado contra el renombre glorioso, la pericia militar, el ardor reflexivo y la ordenada impetuosidad de un capitán experto y temerario á la vez que prudente, sometido á las reglas que prescribe la disciplina hasta encadenar su genial intrepidez á las severas prescripciones de la táctica; tan rudo como hábil, de propias ideas, de no escasas aptitudes para el desempeño de la empresa que se le había confiado, sagaz, cruel, arrebatado, perseverante, sin dotes de caudillo, pero terrible é indómito soldado.

Boves representaba en todas sus faces la contrarevolución, la América colonial con todos los vicios originados por una larga servidumbre y todos los rencores latentes entre los hijos de un mismo suelo dominado por contrapuestos intereses.

Morillo era el sucesor de Hernán Cortés y de Pizarro, de Garci-González y de Almagro: era la conquista, era la supremacía de la madre-patria, era España, en fin, con todos sus arraigados títulos sobre la tierra conquistada, con todo su desprecio por los derechos del

pueblo americano, con todo el desnivel por ella establecido entre siervos y señores, con toda la presunción de su preponderancia secular y toda la rudeza de su mano de hierro.

Sin carecer de relevantes condiciones personales, La Torre, no alcanzaba á la talla de sus antecesores; era el postrer esfuerzo de un brazo fatigado, la última hebra del cable ya deshecho, que sujetara á España la rebelde colonia.

Persuadido Bolívar de lo infructuoso de las abiertas negociaciones y de la notoria imposibilidad de llegar á un arreglo definitivo que conciliase los intereses de ambas partes: desde el momento en que las pretensiones de la una minaban por la base las aspiraciones de la otra; y viceversa, pues que ambas se habían encastillado en dos extremidades diametralmente opuestas: ***sometimiento á la soberanía de España y reconocimiento de la independencia de Colombia***, no descuidó su propia conveniencia; antes bien, supo aprovechar la circunstancia favorable del armisticio para robustecer sus fuerzas y estar presto á la guerra, de suyo inevitable, pues no abrigaba duda, de que sólo la suerte de las armas, como supremo árbitro, habría de decidir al fin la reñida contienda.

La espectativa, empero, no fué de larga duración; una circunstancia agena acaso á las insinuaciones de Bolívar, pero que él no dudó en aprovechar, pasando

por sobre lo prescrito en el convenio de Trujillo que, religiosamente hubieran respetado hasta entonces sus contrarios, resuelve la cesación del armisticio.

Fué aquella circunstancia, el pronunciamiento de la ciudad de Maracaibo por la independencia, y la ocupación de aquella importante plaza militar por tropas republicanas, contra el tenor expreso del tratado vigente.

La Torre reclama con justicia la reintegración á sus banderas de la plaza ocupada. Bolívar se niega abiertamente, y de hecho, el armisticio queda roto.

X

Breves días duró la suspensión de las hostilidades acordada en Trujillo: tregua tan desastrosa para España como benéfica para las armas de Colombia. La guerra enciende de nuevo su destructora tea, el rayo vibra, y en la vasta extensión de Venezuela dilata sus fragorosas resonancias.

No obstante la súbita ruptura del armisticio, acogida con férvido entusiasmo por los independientes, fué como el despuntar de una risueña aurora para la causa americana.

Tras las espesas nubes que oscurecieran hasta entonces los horizontes de la patria, aparecen los primeros destellos de un sol resplandeciente que todo lo ilumina.

lo exhibe y magnifica con sus brillantes resplandores. Los bandos enemigos se miran sin el pasado enojo y se contemplan con admiración. No ya más lucha entre tinieblas aglomeradas por el odio: las sombras huyen avergonzadas y con ellas desaparecen las escenas terribles, el furor fratricida y la zaña mortífera que alimentaran en su seno. La tierra absorbe la sangre derramada y el yermo campo reverdece y produce laureles. La espada de los héroes luce ante el nuevo sol, resplandeciente y sin mancilla; y el mismo ronco estrépito del bronce formidable que truena en las batallas, pierde la lúgubre y aterradora resonancia de los pasados tiempos. Sólo el acaso es responsable de la sangre que se derrama en los combates. La generosidad tiende al rendido su manto protector: la caridad reparte por igual sus piadosos afanes. El Júpiter Tonante se transforma en dios pío, arroja al polvo, con manifiesta repugnancia, el rayo vengador que los rigores de cruel necesidad pusieran en su mano; y en toda la esplendidez de su grandeza sobrehumana, se exhibe incomparable.

"Sabed, dice á sus tropas el héroe americano al abrirse de nuevo la campaña, sabed que el gobierno os impone la obligación rigorosa de ser más piadosos que valientes.... Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros debemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre".

XI

De mutuo acuerdo, las hostilidades debían recomenzar el 28 de Abril de 1821.

A pesar de las bajas sufridas por el ejército español, La Torre contaba todavía con 11.000 soldados, resueltos, disciplinados y aguerridos.

El Libertador con menos número de tropas, aunque superior á su contrario en genio y en prestigio, se apresura á abrir aquella nueva y gloriosa campaña, fortalecido con su fe inquebrantable, y decidido, más que nunca, á arrebatar á la victoria el triunfo definitivo y la completa independencia de Colombia.

Con la rapidez indispensable á sus designios, pone por obra una de esas operaciones militares en que se juega el todo por el todo en el rojo tapete de la guerra; y al efecto hace convergir todas las divisiones de su ejército, diseminado en Venezuela, al punto donde espera librar una batalla decisiva. Desde su cuartel general de Boconó ordena que el ejército de Oriente mandado por el intrépido Bermúdez, y bajo la inmediata dirección dol General Soublette, vice-presidente de Venezuela, abra campaña sobre la capital, invadiendo por

los valles de Barlovento la importante provincia de Caracas: á Zaraza y Monagas con las caballerías del Alto-llano, les exije llevar la guerra á las comarcas de Calabozo y Orituco: previene á Urdaneta que reorganice su división en Maracaibo y acometa á Coro; y finalmente, al Coronel Carrillo con las tropas de Reyes-Vargas y las milicias de la provincia de Trujillo, que se apodere de Barquisimeto y del Tocuyo.

Tomadas estas disposiciones, el Libertador vuela á Barinas, inspecciona los acantonamientos de sus tropas, baja luégo hasta Achaguas, avístase con Páez y activa con el heroico caudillo de las pampas la movilización del aguerrido ejército de Apure.

Entretanto, Santander, y Torres y Montilla y Carreño en la Nueva Granada, y Sucre en Guayaquil, puesto ya el pié seguro sobre el primer peldaño de la alta escala de su futura gloria, obedecen la voz que los impulsa á avivar el fuego de la guerra en el Sur y Occidente de Colombia.

Por lo que hace al General La Torre, la posición que ocupaban sus tropas, era más circunscrita, y de consiguiente, menos difícil en tiempo dado, la pronta reconcentración de los diversos cuerpos de su ejército; pues, con exclusión de los batallones que guarnecían á Cumaná, los otros cuerpos se mantenían en constante comunicación. Morales, su vanguardia, fuerte de 5.000 soldados de todas armas ocupaba á Calabozo y sus alre-

dedores, mientras que las otras divisiones cubrían á Araure, Caracas y San Carlos, plaza esta última donde La Torre había fijado su cuartel general.

Dispuesto á abrir personalmente la campaña, el Libertador torna á Barinas con algunos batallones de su guardia; dirige los últimos aprestos, y en repetidas proclamas atribuye á sus contrarios la responsabilidad de la sangre que va á correr de nuevo.

XII

Atento, como siempre, el Generalísimo español á los movimientos de Bolívar, no se le ocultan los designios de tan peligroso contendor; por lo que obrando con acierto, se propone frustrarlos tomando resueltamente la ofensiva. En los primeros días del mes de Mayo, sale de San Carlos, á la cabeza de 2.000 combatientes; incorpora en Araure la 5ª división y, después de ordenar á Morales tener en jaque á Páez, amenazándole con pasar el Apure, se dispone á marchar sobre Bolívar, cuando llega á su noticia, junto con la nueva de la derrota sufrida por sus tropas en la provincia de Caracas, la retirada del Brigadier Correa y el abandono de la capital á los independientes.

En efecto, mientras La Torre marchaba hacia Barinas tratando de combatir aisladamente, primero al

Libertador y luégo á Páez, las tropas republicanas estacionadas hasta entonces en la plaza de Barcelona y sobre la línea del Unare, se mueven de improviso, y Bermúdez, el heroico oriental, siguiendo las instrucciones de Soublette, se lanza, con su genial intrepidez é invade por los valles de Barlovento la codiciada provincia de Caracas. Nada resiste á su impetuosidad y á su ardimiento: su paso es el del huracán: fuerza en Tacarigua los atrincheramientos de las tropas realistas, las persigue con encarnizamiento, las alcanza y derrota en el sitio del Guapo; destroza en el Rodeo los refuerzos auxiliares enviados de Caracas y á paso de carga se apodera de la Capital abandonada por Correa. Sin detenerse para cobrar aliento en tan ruda fatiga, reorganiza en Caracas su escasa división, la aumenta en lo posible, llama al Vice-Presidente que se hallaba en Uchire y arrebatado por su temeridad, vuela en persecución del enemigo, que, esquivándole, se repliega hacia Aragua. Choca en las Lagunetas contra un destacamento avanzado de los realistas, lo bate en pocas horas y se apresura á llegar al Consejo, donde cae de improviso sobre el grueso de las tropas del fugitivo Brigadier Correa, á quien derrota por completo haciéndole numerosos prisioneros.

Después de este combate, las tropas españolas que venían replegándose desde las márgenes de la laguna Tacarigua, se dispersan, y el terrible cumanés penetra

triunfador en La Victoria y adelanta sus avanzadas hasta el histórico campo de San Mateo.

Alarmado La Torre, por los efectos de aquella audaz acometida, varía de consejo al encontrarse entre dos amenazas; deja en Araure la tercera y quinta división para cubrir sus movimientos y observar los del Libertador, y retrocede hacia San Cárlos y luégo hasta Valencia, con el propósito de auxiliar con mayor eficacia las operaciones que ordena practicar sobre la capital.

Morales, marcha rápidamente sobre Aragua, incorpora á sus filas el segundo batallón de "Valencey" al mando del coronel Pereira, enviado por La Torre con anticipación en refuerzo de Correa, y á la cabeza de 2.500 combatientes marcha á atacar la división republicana situada en la Victoria.

Á la aproximación de los realistas, Bermúdez ménos fuerte, retrocede á su pesar y va á esperarlos en la cuesta de las Cocuizas. Rudo combate, sutentado vigorosamente por una y otra parte se traba en aquellas alturas; el General republicano se empeña en sostener sus posiciones, pero su reducido parque se agota en once horas de reñida batalla, y furioso el soberbio oriental, se ve forzado á retirarse. Morales le persigue. Bermúdez intenta nuevamente esperarle en Antímano, pero una órden del General Soublette le obliga á cambiar de propósito y á continuar la retirada hasta Guarénas,

Aventurada decisión! ¡ceguedad jactanciosa! á que no alcanzaba la luz de la experiencia, ni fué parte á detener en sus propósitos la justa preocupación que inspira lo que una vez nos ha sido funesto.

Parecía que los jefes realistas habían olvidado en 1821, á 1814. De lo contrario ¿cómo elegir á Carabobo, su necrópolis, para escenario del final desenlace de aquel sangriento drama?

La sola pretensión era un reto al destino: una provocación audaz á la fuerza misteriosa que decide á su arbitio de los acontecimientos humanos.

Aquel campo que la temeridad presumía arrebatarnos, era nuestro, nos pertenecía por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la Revolución. Aun repetían los ecos de la inmortal llanura el estruendo y los víctores de la cruenta jornada del 28 de Mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ríbas y Mariño, de Urdaneta y de los dos Montilla, de Bermúdez, Soublette y los Monagas, de Valdes, Palacios, Freites y Carvajal el famoso *Tigre encaramado.* Aquel fulgente campo, poblado de recuerdos heroicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice: era rebelde á España.

¿Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen, cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban?

Así como la *Puerta* nos fué constantemente adverso durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario, siempre nos fué propicio.

Cuantas veces la fatalidad llevó á nuestros guerreros á librar en el sitio de la Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores y aquella tierra hostil á los independientes, absorbió nuestra sangre hasta saciar su sed.

Allí Boves destroza á Campo-Elías, el 3 de Febrero de 1814. Allí en el mismo año, al promediar de Junio, el terrible asturiano torna á alcanzar otra victoria, no menos cruel y desastrosa sobre Bolívar y Mariño, y tumba encuentran en tan funesto campo, Muñoz Tebar, Aldao, Jolon, García de Sena, Yepes, el valeroso Freites, y millares de víctimas inmoladas después de la batalla. Y allí termina, en fin, la desgraciada campaña de 1818, con la ruda jornada del 16 de Marzo, á que debió Morillo, junto con los laureles que le ciñera la victoria, el título pomposo de Marqués de *La Puerta.*

Carabobo, propicio siempre á nuestra causa, parecía tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena donde nuestros contrarios presumían humillarnos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!!

XV

Acordados se manifiestan nuestros historiadores, en atribuir á Morales, la decisión tomada por el Generalísimo español de trasladar su campamento á Carabobo, á pesar de la escacez de pastos que ofrecía la llanura á la numerosa caballería realista, y de las dificultades que se oponían para atender al abasto y conservación de tan crecido número de tropas; y no obstante, que estimado el lugar como punto estratégico, brindase por su situación y topografía, ventajas no comunes para emprender operaciones, ó en caso de una batalla, apoyarse ventajosamente; no ha faltado quien califique de torcidos cuantos consejos en la ocasión diera Morales: cargo que bien se compadece con la funesta reputación de aquel mal hombre, con su ambición desmedida y su notoria hostilidad hacia todo el que, por levantado, le hiciera alguna sombra.

Tan luégo como el ejército español se hubo establecido en Carabobo con todo el material de guerra indispensable para aceptar una batalla, el General La Torre adelantó sus avanzadas hasta la vecina aldea de Tinaquillo, distante cuatro leguas del acantonamiento de sus tropas y siete del Cuartel General

republicano; y sin hacer el más pequeño movimiento que revelase un plan premeditado, se dió á esperar las divisiones que le venían de Araure, sin prever el gran riesgo á que debía exponerle dejar así, tranquilamente, á su contrario cobrar mayores fuerzas. Falta esta, tanto más criticable, cuanto que teniendo á mano el triple de las tropas que á Bolívar rodeaban en San Cárlos, pudo muy bien desalojarle de aquella ventajosa posición y tratar de impedir todavía la incorporación de Páez.

Largamente el General realista espió esta falta, como otras y muy graves, que cometiera en vísperas de la batalla.

Bolívar, entretanto, inquieto y desazonado con la proximidad de las crecidas fuerzas con que contaba el enemigo, permanecía en San Cárlos aguardando á su vez la incorporación de los diversos cuerpos de su ejército.

Mudos é inmóviles, aquellos dos contrarios campamentos, que separaba una distancia de once leguas, se ofrecían á los ojos del pueblo, que estático los contemplaba esperando la decisión de sus destinos, como dos nubes formidables, negras, profundas, preñadas de electricidad, amenazadoras y terribles que á la vez se condensaban y crecían, para chocarse luégo y estallar en fragorosa tempestad.

Angustiosa espectativa aquella, en medio de la cual no imperaba sino el silencio, turbado apénas por el rumor

lejano de la marcha de los distintos cuerpos que se encaminaban á sus respectivos campamentos.

Empero, tal estado no fué de larga duración.

En los primeros días de Junio, el cuerpo de ejército de Páez, que venía desde Achaguas, llega al fin á San Cárlos; y 1,000 infantes, 1,500 jinetes, 2,000 caballos de reserva y 4,000 novillos, forman el contingente que el glorioso caudillo de las pampas tráe al Libertador.

La división del General Urdaneta regida por Rangel (*) llega poco después; y el Libertador se encuentra en capacidad de abrir operaciones.

Por lo que hace á las tropas mandadas por Carrillo y Reyes-Várgas, no era de esperarse que ingresaran al Cuartel General, ocupadas como se hallaban, por orden superior, en perseguir la guarnición realista que había evacuado á Barquisimeto, y que á las órdenes del Coronel Lorenzo replegaba sobre San Felipe, buscando el apoyo de La Torre.

XVI

Reunido en San Cárlos todo el ejército republicano, empleó Bolívar pocos días en proveer á sus necesidades y en dar á sus distintos cuerpos la organización

[*] El General Urdaneta había quedado enfermo en Barquisimeto.

definitiva para moverse sobre el enemigo; terminado lo cual, la orden de marcha no se hizo esperar.

Desde las colinas del Tinaco hasta las orillas del Cojédes, espacio que nuestras tropas ocupaban, inmenso y prolongado víctor contesta á aquella orden, y ardiendo en bélico entusiasmo el ejército se pone en movimiento.

Acampa el 21 de Junio, en el sitio de Las Palmas; y allí supo el Libertador, por algunos desertores del ejército realista, la brillante campaña de Bermúdez, su llegada hasta San Mateo y su repliegue hacia Caracas.

El 22, el Teniente Coronel José Laurencio Silva, escogido por Bolívar entre todos aquellos bravos que se disputaban la gloria de ser de los primeros en atacar al enemigo, cae de improviso sobre la primera de las avanzadas realistas situada en Tinaquillo, la envuelve, y la hace tóda prisionera; con excepción de un soldado que va á llevar la nueva del desastre al Cuartel General de los realistas.

Después de esta aventura, los republicanos continúan su marcha, y la histórica llanura de Taguánes presencia el 23 de Junio la última revista que á sus 6,000 soldados pasa el Libertador, la víspera de Carabobo.

1813 sirvió allí eficazmente á 1821. La historia es un libro prodigioso; un arsenal inagotable donde todo se encuentra: armas para el combate, escudos para la

defensa; ella ejerce y ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado; evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada á nuestras pasiones las inflama y produce el incendio. Bolívar en las llanuras de Taguánes, abrió aquel libro y mostró á sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fué la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar á la batalla. Bolívar hizo pié en los Taguánes para escalar á Carabobo: una victoria servía á la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desperezarse del león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto á acometer.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones, palabras conmovedoras, alusivas á sus heroicidades de otros días, á los sagrados deberes del presente.

Para asistir á aquella última jornada en que la heroica Venezuela contaba sellar su independencia, ha-

bíanse congregado la mayor parte de aquellos tenaces lidiadores que venían combatiendo después de tantos años por la emancipación de la Patria, por la libertad de Sud-América; allí representadas en sus héroes estaban de presente todas nuestras victorias.

Acaso por la primera vez en el trascurso de la guerra, el ejército patriota vestía de gala para presentarse al enemigo. El sol resplandecía en los dorados uniformes, en los vistosos arreos de nuestros granaderos, en los desnudos sables, en las bayonetas y en las lanzas con fascinadores reflejos. Al viento flameaban los penachos de brillantes colores, las banderolas y divisas de los jinetes del Apure, y las banderas, noble enseña de nuestros regimientos, donde marcadas se ostentaban las garras del león peninsular, en cien terribles y sangrientos combates.

Las bandas marciales de todos aquellos batallones entonaban á un tiempo la marcha popular que tantas veces los condujera á la victoria; y en medio al bélico clamor que repetían los ecos de la inmortal llanura, resonaba á períodos marcados, como el trueno de aquella tempestad del entusiasmo, el grito unánime, mil veces repetido por todo aquel ejército de: "Viva el Libertador."

XVII

Tres divisiones componían nuestro ejército.

La 1ª á las órdenes de Páez, tenía por jefe de su Estado Mayor al esforzado Vásquez, y la formaban el batallón "Bravos de Apure", mandado por Juan Tórres; el regimiento inglés, denominado "La Legión Británica", á cuya cabeza se encontraba el Coronel Fáriar; y 15 escuadrones de llaneros en número de 1.500 lanzas, acaudillados por los héroes de "Mucuritas", "La Mata de la Miel" y "Las Queseras", entre los que brillaban por su intrepidez reconocida Muñoz, Juan Gómez, Borras, é Iribarren, Figueredo y Mellados, Laurencio Silva, Bravo y Carbajal, Parédes y Camejo conocido con el glorioso apodo de *El Primero*.

La 2ª regíala el General Cedeño, *el bravo de los bravos*, como le llamó el Libertador, y el Coronel Júdas Tadeo Piñango; y contaba en sus filas los batallones "Tiradores", mandado por el fogoso Héras; "Boyacá" ilustrado en el campo á que debía su nombre, á las órdenes de Flégel y de Smith; "Vargas" que recordaba el reñido combate del Pantano, sobre la sierra andina, presidido por Pátria; y el "Escuadrón Sagrado" cuyo

jefe, el terrible Coronel Aramendi, valía el solo por todo un regimiento.

Mandaba la 3ª división el denodado Coronel Ambrosio Plaza, y era Manrique su segundo y Woodberry el jefe de su Estado Mayor. Componíase de la 1ª Brigada de la guardia del Libertador, la cual formaban los batallones "Rifles" que llegaba de combatir en Cartagena y Santa Marta, y que á nuevos combates conducía su bizarro Comandante Arturo Sándes; "Granaderos" probado en tres campañas, al que regía el Coronel Juan Uzlar; "Anzoátegui", cuyo solo nombre simbolizaba una de nuestras más puras y merecidas glorias, mandado por Arguíndegui; "Vencedor" premiado en la jornada del 7 de Agosto de 1819, á que debió su libertad el pueblo granadino, á las órdenes del Teniente Coronel José Ignacio Pulido; y el regimiento de caballería del esforzado Coronel Rondón afamado por sus múltiples y brillantes proezas.

Allí, en las filas de aquel pujante ejército figuraban tambien el General Mariño, primer caudillo de las provincias orientales; el Coronel Briceño Méndez, Secretario de Guerra; el Coronel Salóm, sub-jefe del Estado Mayor General del ejército; el Coronel Juan José Conde; el bizarro Coronel Diego Ibarra, primer Edecán del Libertador; así como los comandantes Ibañez y Umaña y el Capitan O'Leary, ayudantes de campo; y los Flores, Melián, Ramos, Arraís, Rangel, Miguel Zá-

zosamente nuestro ejército tenía que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose sólo con defender la entrada á la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo, fué acaso la razón que decidiera al enemigo á reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenía en Buenavista replegaron á la aproximación de los independientes: ocuparon estos tan inexpugnable posición; y desde allí pudieron ver nuestros soldados todo el ejército español desplegado en batalla, en la espaciosa sabana de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros Cruzados, al divisar los muros de Jerusalen, ansiando redimir el sepulcro de Cristo, no fué mayor que el júbilo entusiasta que se produjo en el ejército patriota, al contemplar el campo de batalla donde había de efectuarse la completa redención de Venezuela. Un grito inmenso resonó en las alturas que dominaran de lejos el campamento de La Torre: grito terrible, provocación amenazante de seis mil combatientes, resueltos á conquistar aquel día, la más trascendental de sus victorias ó á perecer en la contienda.

XIX

Desde las cumbres de Buenavista pudo estudiar el Libertador la situación del enemigo y apreciar en todos sus pormenores la fortaleza de las posiciones que ocupaba, en un terreno de suyo defendido por su especial conformación.

Entre una doble faja de bosques y colinas que le dan la apariencia de una inmensa bandeja de levantados bordes, se extiende la histórica llanura de Carabobo, extremidad meridional del pintoresco valle de Valencia, á una distancia de seis leguas de la ciudad del mismo nombre. El camino que conduce á San Carlos la corta de Norte á Sur; y casi á la mitad de la planicie, desviándose un tanto hacia el Oriente, nace de aquella ruta, otra, no menos frecuentada que se dirige al Pao. Estas dos vías, para 1821, salían de la llanura desgarrando matorrales y asperezas; la segunda, por cañadas tortuosas, la primera por una abertura natural, especie de crujía, formada por la caprichosa separación de las dos extremidades de aquella cadena de colinas que sirven como de antemural á la planicie por la vía de San Carlos.

Dada la topografía de la llanura y su difícil acceso, sobre todo por la ruta que Bolívar traía, y, la necesidad

imprescindible en que se hallaba el ejército republicano de penetrar por ella, por ser la única practicable en el terreno, no es extraño que el General La Torre fijara toda su atención en defender el abra y los desfiladeros que dan paso al camino de la indicada vía. Con efecto, todos sus regimientos estaban escalonados de manera que fácilmente se ayudasen y que á la vez pudieran apoyar la artillería que dominaba el abra y á las tropas ligeras que cubrían las alturas.

El 1º de "Valencey", uno de los mejores regimientos del ejército expedicionario, cubría el camino de Valencia á San Carlos. Á su derecha, los batallones "Hostalrich" y "Barbastro", y á su izquierda, sobre la ruta del Pao, el regimiento de "El Infante". Cuatro escuadrones de húsares y otros tantos de carabineros, robustecían las dos extremidades de esta línea, tras la cual se hallaba de reserva el regimiento de "Búrgos", y á espaldas de éste, el resto de la caballería mandada por Morales. Detrás de aquel ejército apostado en la extremidad meridional de la llanura, se divisaban en el fondo de la planicie, sobre la verde alfombra que la cubría, las tiendas de campaña donde había vivaqueado tres semanas y donde aun guardaba junto con sus cuantiosas provisiones, su bien provisto parque. Las reservas de sus caballerías pastaban en prados más distantes.

Para quien trataba de aprovecharse de todas las ventajas que ofreciera el terreno, no era desacertado el

plan del enemigo. Confiado La Torre, como todos los jefes españoles, en la superioridad de su poderosa infantería, procura combatir en un terreno donde no pudiéramos oponerle otras armas que aquellas en que se estimaba superior, y en el cual forzosamente no debiamos tener la mejor parte, por carecer de artillería. Semejante propósito, aminoraba un tanto la imprudencia cometida por La Torre de desmembrar sus fuerzas en vísperas de una batalla que había de ser de grandes resultados, solo por auxiliar en San Felipe al Coronel Lorenzo, á quien á la sazón hostilizaban Carrillo y Reyes-Vargas, cuando después de obtenido lo principal, que era vencer á Bolívar, tenía tiempo de sobra para socorrer á su teniente. Sin embargo, es de suponer que el General español hubiera echado cuentas sobre su ventajosa posición y sus recursos todavía numerosos, pues que á pesar de la separación de Tello, con los batallones 1º de "Navarra" y "Barinas" y algunos cuerpos de caballería, el ejército español que teníamos el frente constaba aún de seis mil combatientes, la flor de sus aguerridos regimientos.

Al mismo número ascendían nuestras fuerzas, y sin embargo, no era igual la partida; pues todas las ventajas favorecían al enemigo que, además de ocupar la llanura y las colinas que la resguardaban, disponía de alguna artillería, lo cual nos obligaba antes de empeñar formalmente la batalla, á conquistar el terreno donde debía librarse.

XX

Estudiadas las posiciones que sostenía el ejército realista, de hecho inabordables, hubo el Libertador de renunciar á su primer propósito de forzarlas de frente; pero deduciendo al propio tiempo, por la manera como se hallaban colocados los diferentes cuerpos españoles, que La Torre sólo esperaba nuestro ataque por uno ú otro de los caminos ya indicados, concibió el atrevido intento de envolver al enemigo por uno de los flancos, arrostrando las dificultades y peligros que le oponía el terreno.

Resuelto á llevar á cabo sin tardanza el proyectado movimiento, Bolívar hace llamar á uno de los guías que tomara en Tinaquillo, é inquiere de él la posibilidad de ejecutar tan arriesgada operación. El guía se muestra experto é indica al Libertador una vereda poco conocida y casi impracticable, denominada *la pica de la mona*, como la única posible para penetrar furtivamente en la llanura sobre el flanco derecho del enemigo, haciendo gran rodeo. Después de meditar breves instantes, Bolívar se decide por la indicada vereda, y poniéndose á la cabeza de todos los zapadores del ejército, corre á la

entrada del atajo y ordena á Páez penetrar por él con la primera División é ir á forzar la entrada á la llanura.

Serias dificultades ofrecía aquella operación. En primer lugar, para ganar la boca del atajo era indispensable aproximarse á las posiciones enemigas por la vera de un bosque situado al Occidente de la vía de San Carlos, cuya entrada, no distante del abra principal defendida por el ejército realista, barría la artillería de éste; atravesar luégo el intrincado bosque y alcanzar la cima de una larga colina dominada también por los fuegos del enemigo; seguir por ésta sin resguardo posible, y penetrar al fin por el estrecho cauce de una quebrada harto fragosa que prestaba difícil acceso á la llanura.

Páez se interna en la trocha. El resto del ejército amenaza de frente las posiciones de La Torre. La artillería realista rompe sus fuegos sobre la primera División; la comarca se estremece y palpitan con rapidez todos los corazones.

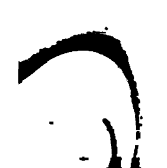
Mientras la División de Páez, internada en la estrecha vereda, vence cuantas dificultades se oponen á su marcha, los otros cuerpos que en su oportunidad deben seguirla, permanecen en el camino real resguardados de los fuegos del enemigo.

Cedeño y Plaza se impacientan con el forzozo retardo que les hace sufrir la trabajosa marcha de la vanguardia; y sable en mano, esperan á la cabeza de sus

respectivas divisiones el codiciado instante de lanzarse al combate.

Entre tanto, la frente erguida, luminosa la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo, sigue Bolívar los movimientos de las tropas de Páez; y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportuno de mover contra él todo el ejército.

Trascurre un hora con desesperante lentitud. Sólo se oyen los fuegos de las tropas realistas y los rugidos de su vigorosa artillería. Profundo y solemne es el silencio en nuestras filas, la quietud angustiosa; el tiempo corre, la impaciencia se aumenta, es medio día, ¿hasta cuando esperar? De pronto, en medio del estrépito de las descargas enemigas, se percibe otro lejano ruido, débil en su principio, entrecortado, luégo más vivo, violento al fin y repetido como un inmenso redoble de tambores. Un estremecimiento simultáneo, eléctrico, recorre nuestras filas, y mil voces robustas se elevan victoreando la división de Páez, cuyos fuegos reconocen sus impacientes compañeros. Las bandas marciales dan al viento sus notas. Aquella primera réplica de nuestra vanguardia, es para los otros cuerpos la señal de acometer, y las dos divisiones de Cedeño y de Plaza se lanzan atropelladamente por la trocha en pos de los que ya combaten.



XXI

Para llegar á punto de cambiar sus primeros disparos con el ejército español, la división de Páez había tenido que vencer serias dificultades, pero ninguna mayor ni más terrible que la última, al salvar la entrada á la llanura. A pesar de que el rápido y atrevido movimiento ordenado por el Libertador sobre la derecha del enemigo, cogiera á éste de sorpresa, fácil le fué prevenirlo. La Torre hace cambiar de frente una parte de su ejército, pónese él mismo á la cabeza del batallón "Burgos", y corre á cerrar á Páez la entrada del atajo. Era aquella reducida y fragosa; el batallón "Apure" que marchaba adelante, tenía que desfilar por entre el cauce de una quebrada, bajo los fuegos del enemigo que le cerraba el paso, sin poder contestarlos por carecer de frente, encerrado como se hallaba en aquella estrechura; empero, avanza siempre al pasitrote, con la cabeza baja como el toro cuando va á acometer; y roto, ensangrentado, dejando la agria tierra cubierta de cadáveres, penetra al fin precipitadamente en la sabana, precedido por Torres, su bravo Coronel. No obstante tan vigorosa acometida, su mala situación no cambia, antes bien se reagrava, pues solo y sin retirada,

se encuentra entonces frente á todo el ejército español, y acometido á un tiempo por los batallones "Hostalrich" y "Barbastro" que vienen á reforzar á "Búrgos", empéñase la lucha; lucha desesperada de parte del batallón republicano, al que sus numerosos contrarios cargan con furia sin dejarle hacer pié. Torres se esfuerza por rechazar tan formidable empuje. Aunque abrumado por tan numerosos contrarios, "Apure" se defiende briosa y desesperadamente. Dos veces se arroja sobre "Búrgos", cruza con él sus bayonetas y lo rechaza con estrago; pero embestido segunda vez por "Hostalrich" y por "Barbastro", repliega á su turno acribillado: gana una altura, la pierde en breve tiempo, torna á recuperarla, y á brazo partido con el más esforzado de sus pertinaces contrarios, persiste en disputar una victoria en extremo imposible. En aquella brega encarnizada hubo un instante en que las dos opuestas líneas casi llegaron á mezclarse; y entonces, rotas las bayonetas y descargados los fusiles, sobrevino un asalto violento á culatazos, y es fama que en medio del combate entrambos contendores se abofetearon con furor. (*) No obstante su ardimiento, el batallón "Apure" no puede hacerse firme; pierde terreno, retrocede acosado y sin tino, se rompe al fin en varios trozos que lidian sin concierto, y va á desordenarse y á perecer sin remisión,

[*] Cuenta la tradición que en aquella refriega encarnizada un soldado del batallón de "Apure" y un rudo zaragozano de "Barbastro", rotas las armas en medio de un encuentro, se dieron de puñadas.

cuando acude en su auxilio "La Legión Británica" que, apenas fuera del atajo, se interpone entre los batallones españoles y sus revueltos camaradas.

XXII

Aquel brillante regimiento, á tambor batiente y con banderas desplegadas, entra en batalla con la severidad de continente y el flemático carácter de su raza: erguido, reposado, correcto en su actitud y movimientos, marcha arma al hombro al compás de sus pífanos y parches, bajo un fuego espantoso, sin cejar un palmo ni disparar un tiro, hasta no formar su línea de batalla y clavar Asdhown, su abanderado, el glorioso estandarte frente á los batallones enemigos. Toda la furia de los realistas se ceba entonces en "La Legión Británica" que viene á ser el nudo de la batalla, el blanco de todos los disparos de aquella tempestad. La artillería la abrasa y ametralla. La Torre con sus batallones la fusila; ella no cede, empero, y apenas si llega á estremecerse al empuje violento de tanto esfuerzo combinado que toma á empeño exterminarla. Fárriar, su jefe, no le tolera sin embargo, ni aquella nerviosa convulsión que puede dar motivo á suponerlos débiles; desciende del caballo, hace arrojar al suelo los morrales de todo el regimiento y manda á aquellos bravos hincar

rodilla en tierra. El movimiento se ejecuta con admirable precisión; desde entonces la legión inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra, y se convierte en muro de granito.

Las balas golpean y aniquilan á tan heroicos soldados; sus hileras se aclaran; trozos enteros de su línea de batalla caen por tierra; y cual un edificio que se desmorona lentamente, sus escombros acrecen y se amontonan al pié de los cimientos. No obstante, el regimiento inglés como un volcán en erupción vomita á torrentes bocanadas de fuego. La muerte le acecha, le rodea y se ceba en sus filas: Fárriar, su heroico Coronel, rinde la vida á la cabeza de la línea, pronunciando la única palabra que repite después de media hora: *¡firmes!*.... El Comandante Devy, su segundo, lo remplaza en el mando, donde no dura largo tiempo. Un Capitán ocupa el primer puesto, tras este otro que muere también al ocuparlo; y otros más á quienes toca la misma infausta suerte.

Al amparo de "La Legión Británica", Páez consigue reorganizar á "Apure", lo lleva de nuevo á la pelea y restablece con menos desventaja aquel recio combate. Unido á dos compañías de "Tiradores" con las que el fogoso Heras, adelantándose á la segunda División, se apresura á tomar parte en la refriega, "Apure" se une á los ingleses, y Páez ordena entonces cargar á la bayoneta.

Cuando el regimiento inglés recibe aquella orden, Minchin lo manda: es el más joven de sus Capitanes; los otros ya no existen; y el resto de la oficialidad ha sido herida. "La Legión" se levanta y acomete; y en el sitio donde á pié firme hubiera combatido, diez y siete oficiales quedan muertos así como la mitad de los soldados de aquel glorioso cuerpo, que yace destrozado sobre la roja arena.

XXIII

Con un frente de cuatrocientos hombres y sin más fondo que dos hileras de soldados, "Apure", "Tiradores" y "La Legión Británica" avanzan simultáneamente, con las bayonetas asestadas sobre los regimientos españoles con que La Torre riñe la batalla: carga brillante, á cuyo empuje ceden los realistas, pierden sus posiciones, y sin dejar de hacer un vivo fuego sobre nuestra línea en movimiento, repliegan buscando apoyo en el grueso de su caballería.

Mientras lucha tan bizarramente nuestra infantería, inferior en mucho á la contraria, atraviesa la difícil quebrada un grupo de jinetes de la guardia de Páez, encabezado por el valiente Capitán Angel Bravo, y parte del escuadrón primero de "Lanceros", á las órdenes

del Coronel Muñoz; y á tiempo llegan de hacerle frente á los Húsares de "Fernando VII" y á los Dragones y Carabineros de la "Unión", que en número de quinientos caballos lanza La Torre sobre la extrema izquierda de nuestra línea de batalla con el objeto de envolverla. Terrible es el momento: aquella carga, no rechazada á tiempo, puede poner en grave riesgo la jornada, todos los cuerpos enemigos la apoyan con calurosa decisión. Páez no puede oponerle sino escasos grupos de lanceros, no fluctúa sin embago, y al encuentro de la furiosa acometida hace salir cuantos caballos tiene á mano, sin exceptuar los jefes y oficiales de su plana mayor. A las órdenes del impetuoso Vázquez, parten á rienda suelta nuestros jinetes como dardos, se enfrentan á la caballería enemiga, y un choque violento, formidable, retumba en la llanura dominando el fragor del combate.

La ansiedad que produce lo indeciso de aquel nuevo episodio, juzgado de grande trascendencia por uno y otro bando, se manifiesta en todos los semblantes; y el silencio repentino que guardan un momento las contrapuestas infanterías, demuestra su inquietud y anhelo por conocer el resultado de aquel terrible choque. Empero, por algunos minutos forzoso es ignorarlo: densa nube de humo á la vez que de polvo, cubre y oculta los encontrados escuadrones.

Páez reune, entre tanto, los trozos de su caballería que lentamente salen á la llanura. Su ansiedad por

allegar el mayor número, sin privar de su presencia alentadora á su diezmada infantería; se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir á todas partes: así se ve lucir entre el revuelto torbellino del combate su rojo penacho batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inextinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio á la inquietante espectativa que sufren los dos bandos, la llama voladora se detiene; y Páez, lleno de asombro, vé salir de la nube de polvo que oculta los efectos de aquel violento choque, á un jinete bañado en propia sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia: aquel, á quien todo el ejército distingue con el honroso apodo de "*el primero.*" (*)

XXIV

El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hacia el lugar donde se encuentra Páez: pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso á paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece á su contacto, avanza sacudiendo

[*] Los llaneros llamaban así al Teniente Cámejo, porque su bravura reconocida lo llevaba á ser siempre el primero que ocometía al enemigo en toda carga.

su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada, Páez le sale al encuentro, y apostrafando con dureza á su antiguo émulo en bravura, en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto terrible: *Tienes miedo?.... no quedan ya enemigos?.... Vuelve y haste matar!....* Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luégo arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo á descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general.... vengo á decirle adiós.... porque estoy muerto.* Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, á tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda á los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y á la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que , vencido el atajo han llegado hasta él, corre á vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo.

Los regimientos españoles resisten todavía; pero aquella violenta acometida decide la batalla. Con el vencimiento de los "Dragones" y los "Húsares" notable desconcierto se opera en el ejército realista; desconcierto que aumenta la inmovilidad de los lanceros de Morales, y que pronto se convierte en espanto con la fuga vergonzosa de aquel jefe y de los suyos.

Lo que podía estimarse como incidente de la batalla, en el plan trazado por Bolívar, decide la jornada sin dar tiempo á que los otros cuerpos que marchaban á reforzar á la primera División, lograran apoyarla.

El Libertador se había esforzado en vano, durante el recio empeño de las tropas de Páez, en precipitar la trabajosa marcha de Cedeño y de Plaza, la cual dificultaba, no tan sólo el desfile indispensable á que los obligaba la vereda donde se hallaban internados, sino el crecido número de caballos que obstruía la entrada á la llanura y el mismo desordenado anhelo de nuestros escuadrones por tomar parte en la refriega.

XXV

Mayor que la impaciencia que Bolívar había experimentado con el retardo de las dos divisiones, fué su angustia, cuando al flaquear el enemigo, miró resuelta la batalla por el heroico empuje de Páez y sus sol-

dados, sin que fuera posible conseguir que todo el ejército español quedase prisionero. Vencedora, pero destrozada, no era dable á la 1ª División rendir á sus contrarios. En tal conflicto, el Libertador ordena á Plaza y á Cedeño prescindir del camino que llevan y penetrar al campo de batalla rompiendo las tupidas malezas y tramontando las colinas como les fuera posible. Y embargada el alma con el placer de la victoria, al propio tiempo que por el sentimiento de que no llegara á ser completa, presencia entusiasmado los esfuerzos de Páez por sellar aquel día la más gloriosa página de su historia inmortal.

Sin el apoyo de su caballería, La Torre se ve envuelto: los batallones con que hace frente á "La Legión Británica", "Apure" y "Tiradores", retroceden con precipitación. En vano se empeña en detener aquel funesto movimiento precursor del desastre; en vano con el ejemplo de una entereza singular, estimula á sus aturdidos camaradas. Inútil es su empeño: las órdenes que da no se ejecutan; grita, insulta, amenaza, suplica, todo en vano; su voz se pierde en el estrépito de la ardorosa lid, su brazo se fatiga. Tenaz soldado, insiste sin embargo en la tarea imposible de conjurar los estremecimientos de la catástrofe que amenaza estallar y que lo arrastra, al fin, con la impetuosidad del huracán. "Hostalrich", da, el primero, el pernicioso ejemplo; al bote de nuestras bayonetas rompe las filas, se desbanda y huye produciendo terrible sacudida entre los otros

cuerpos españoles. "Burgos", fluctúa, no obedece la orden que le intiman sus jefes, de dar frente á los lanceros reunidos de Silva y de Muñós; y cargado de flanco se desordena, gira sin concierto, y le sirve de pasto á las lenguas de acero de nuestros escuadrones.

Al otro extremo de la línea enemiga, el regimiento de "El Infante", hasta entonces poco combatido, se ve de súbito atacado por Uzlar y por Sandes que, á la cabeza de sus respectivos batallones, "Granaderos" y "Rifles", penetran al trote en la llanura por vía distinta á la que diera paso á la primera División. Indecible pánico conturba á aquel afamado regimiento: no espera el choque de nuestros batallones, les da la espalda con precipitación y corre á confundirse con los revueltos y amedrentados grupos de sus ya fugitivos compañeros.

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, una puesto jinete penetra en la caliente arena del combate; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frases de entusiasmo al joven General de la 3ª División republicana, á quien abrasa inmoderado anhelo de tomar parte en la batalla que ve espirar, sin esgrimir su espada. Apenas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que aun defienden airados sus rasgadas banderas: y sobre ellos se lanza á toda brida, sediento de merecida gloria.

"Barbastro" y "Valencey" son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten el empuje de nuestras

armas triunfadoras; sobre ellos se enzañan nuestros escuadrones y, á par del común empeño que todos ponen en vencerlos, se ven de pronto acometidos por un escaso grupo de jinetes, cuya audacia los conturba, y á cuyo frente, violentos é impetuosos como el huracán, emulándose en rapidez y en arrojo, se miran dos atletas á cual más esforzados: Páez, el victorioso, y el denodado Ambrosio Plaza, en quien la sangre de su claro linaje bulle ardiente y generosa.

Ante aquella furiosa acometida, "Valencey" retrocede y "Barbastro" se rinde; mas ah! su postrera descarga antes de entregarse prisionero, arrebata á Colombia una de sus más puras y más preclaras glorias: una bala penetra el corazón del joven héroe, y Plaza espira entre los víctores del triunfo.

Con la entrega de "Barbastro", el campo de batalla se siente sacudido por la gran catástrofe de las legiones españolas; y un grito espantoso, clamor desgarrador, inmenso, último suspiro de agonía de aquel pujante ejército, resuena en la llanura, y la derrota, contenida un instante, se declara completa.

Carabobo duró lo que el relámpago; puede decirse que para todos fué un deslumbramiento.

Sobre la frente erguida del vencedor en "Las Queseras" brillaba un laurel más, y de alto precio.

El Libertador desciende á la llanura en el momento

en que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido; el ejército patriota saluda entusiasmado á su inmortal caudillo.

XXVI

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos, y golpeaba con sus pesados grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida, se abate espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se les rompe en las manos, y se alzan las víctimas, y les muestran los cerrados puños, donde sangran las llagas testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible, inexplicable, en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes, todos, pues que todos lo eran, corrían despavoridos, nuestra caballería acuchillaba á aquellos leones como á simples corderos; empero, algo aun más terrífico que el bote de las lanzas, los hacía estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguía ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto dé nuestras banderas volaban y seguían el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batían las alas, cual relámpagos, "Araure" y "La Victoria". "San Mateo", "Vigirima", "El Juncal" y "San Félix", "Boyacá" y "Las Queseras"; mientras con rostro cárdeno y torva la mirada, ay! sus pasados triunfos, espectros aun más terribles para ellos, gritaban con estridente voz á sus oidos: *¿á qué la sangre derramada si habíais de ser vencidos?* y "Urica" les mostraba la cabeza de Ribas; "Cumaná" y "Maturín" las manos enrojecidas con la sangre de mujeres y niños; Barcelona el hacha del verdugo y la tea del incendio; y "La Puerta" su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Morales, la espada de Morillo y el sable de Boves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no había de mancillar á España, no.

Detrás de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre en la tradición y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo á Zaragoza y con el fuego inextinguible que abrasara las manos del vencedor de Europa al intentar posarlas sobre la tierra ibera.

En medio á la catástrofe, en el seno mismo de aquel violento torbellino, ola rugiente, mezcla vertiginosa de vencedores y vencidos: cuando el ejército realista, roto, disuelto, se siente arrebatado por la vorágine del pánico, y sucumben los de mayor aliento entre sus bravos; cuando se ven entre las sombras del desastre aquellos poderosos regimientos inclinar la cerviz bajo el peso de una mano invisible: "El Infante" abatido, "Búrgos" acuchillado, "Barbastro" rendido y prisionero é inmóviles sus soldados, como estatuas de piedra sobre un campo de fuego; "Hostalrich" disuelto como nube de polvo; los Húsares peninsulares destrozados y en fuga; los "Carabineros" revolcados; Morales á la cabeza de su caballería, sin romper una lanza, abandonando á escape la arena del combate; la artillería asaltada por Piñango y Manrique, y arrojando metralla sobre sus primeros poseedores; La Torre sombrío, sin aliento, sin voz, rendido de fatiga, con el caballo herido que apenas puede sostenerle, arrastrado á su pesar por la derrota; y los vencidos todos, bajo la planta de los vencedores; y todos los que huyen, ocosados y envueltos entre nubes de lanzas; y nuestros llaneros triunfadores, que á la vez que persiguen con furia, arrebatan los toldos de las tiendas que han de servir de manta á sus caballos; y el Genio de la América, extendidas las alas poderosas sobre el campo que estremecen las dianas de nuestros batallones; y Bolívar, que á nombre de Colombia, proclama á Páez Capitán General; y gritos de victoria y

rugidos profundos que resuenan en todas direcciones con atronadora algazara. En aquel instante de suprema agonía y de júbilo inmenso, en que el mortal estrépito es canto para unos y lúgubre resonancia para otros; en medio de aquel pavor y aquella pujanza: cuando nada resiste y todo se derrumba al empuje de nuestras armas victoriosas, levántase, de súbito, entre las brumas del desastre, la heroica España personificada en "Valencey."

La inmensa ola que todo lo abate y lo sepulta, se estrella contra las bayonetas de aquel invicto regimiento, opuesto, con inaudita audacia, á una victoria consumada, por uno de esos predestinados á la terrena gloria: gigantes de osadía, que sólo esperan para lucir su talla, el instante supremo de la catástrofe, y á quienes el dios tutelar de las naciones confía salvar la honra de la Patria por sobre los escombros del más completo vencimiento.

Interpónese "Valencey" con su brazo de hierro entre la derrota y la victoria: la primera, sin poder arrastrarle pasa rozando los uniformes de aquellos fieros veteranos; la segunda, se detiene admirada frente á tanto heroismo: choca luégo contra la inesperada resistencia y toda su pujanza la emplea en exterminar á quien se atreve á refrenarla en su rápido curso.

XXVII

Un oscuro oficial, un simple coronel manda á aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenia precedentes gloriosos: llamábase Don Tomás García; fué en Carabobo donde se dió á la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada, y, todos los que asistian á ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apellidaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo; la tradición apenas dice poco más (*): empero,

(*) En comprobación del enérgico carácter del Coronel Don Tomás García, se cuenta: que mandando en una parada el ejercicio de fuego á un regimiento en que abundaban soldados venezolanos, y hallándose frente á la línea, recibió á la primera descarga un balazo en una pierna, lo cual disimuló sin dar la menor muestra de sorpresa; antes por el contrario, con calculada frialdad hizo girar su caballo para ocultar á los soldados la sangre que brotaba de la herida é inmediatamente mandó cargar de nuevo los fusiles. Prometíase averiguar quién había sido el agresor, pues le ocurrió prontamente que el que había marrado el golpe volvería á poner en ejecución tan alevoso intento. Cargados los fusiles descendió del caballo, pasó revista á todo el regimiento, y, como lo sospechaba, encuentra en una de las armas un cartucho embalado; inmediatamente el soldado que la poseía fué fusilado...... aquel desdichado era un venezolano.

para brillar como brilló en medio á tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro de luz propia. El sol de España en el ocaso, tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la explendidez del mediodía ; lanzó un rayo de luz que á todos deslumbró : fué aquel rayo García, su disco, "Valencey."

Cuando el ejército español se desbandaba, sin que hubiera poder humano á detenerle, García mandó hacer alto á sus mil veteranos, y éstos obedecieron como impulsados por un resorte oculto. El regimiento se hace firme, deja pasar los fugitivos y apoyado en las asperezas de una quebrada, resiste el primer choque de Páez con sus intrépidos llaneros. Luégo maniobra diestramente hasta formarse en cuadro, y acosado por nuestros jinetes que á empeño toman destrozarlo, emprende la más brillante retirada, disputando palmo á palmo el terreno que pisa y el terreno que gana. Entre la triple línea de bayonetas que forman los costados de aquella viviente é improvisada fortaleza, se encierra con la altivez de España su gloriosa bandera ; allí el león soberbio de Castilla ruge aún con pasmosa energía y opone á nuestro triunfo su indómita pujanza.

Detrás de "Valencey" se parapeta la derrota para huir á mansalva, como tras de un escudo, y nuestros escuadrones antes de continuar acuchillándola se ven forzados á vencer el obstáculo que le disputa el exterminio de aquellos cuerpos desbandados.

Revueltos, confundidos y dejando el campo cubierto de despojos, soldados y oficiales de todas armas huyen despavoridos por el camino de Valencia: nada es capaz de detenerlos, ni el heroísmo de aquel grupo de bravos, que del polvo recogen su bandera, y que ofrecen sus generosos pechos á los fulmíneos rayos de tan deshecha tempestad.

XXIII

En ocasión de tan gloriosa hazaña el campo de Carabobo exhibe un espectáculo grandioso á la vez que imponente. Sobre el abatimiento de las legiones españolas, el ejército vencedor, poseído de júbilo, pregona su victoria con tan atronadora vocería que, aquellos mismos de los nuestros que yacen moribundos en el sangriento campo, despiertan un instante, y, fija la pupila en el espléndido sol de quien reciben la postrimera luz, buscan á tientas con la convulsa mano, la rama de laurel que ha de sombrear sus tumbas; y en la última agonía tratan de unir su voz desfalleciente al himno de victoria que entonan por la patria sus más afortunados compañeros. Aquí el duelo; más allá la apoteósis...... En medio á la llanura, el heroísmo de aquel soldado ibero que finca todo empeño

en aparecer de gala entre las sombras de su propio desastre; y sobre el horizonte, el huracán de la derrota agitando con siniestro rumor sus negras alas y rápido alejándose del deslumbrante resplandor de una victoria que reflejan las armas de los arrogantes triunfadores.

Con el inesperado movimiento de "Valencey" cambia la escena; revive la lucha.

Por sobre los despojos de la derrota, García se repliega combatiendo, galopa nuestra caballería y se lanzan al trote nuestros fatigados batallones.

A los repetidos embistes de los jinetes del Apure, opone "Valencey" la solidez de sus compactas filas, la enérgica voluntad que le domina. El trueno de sus descargas estremece de nuevo la llanura; las enristradas bayonetas se clavan en el pecho de nuestros caballos y la lluvia de balas que arroja de su seno la improvisada fortaleza, postra á sus piés á los más esforzados y rebota sobre las alas de nuestra espléndida victoria provocando sus iras.

Sobre el cuadro enemigo que así se yergue en medio á nuestro triunfo, arroja el Libertador todos los cuerpos de su caballería; dos mil quinientas lanzas acometen y envuelven simultáneamente al denodado regimiento, que se exhibe entre ellas como una presa gigantesca rodeada de innumerable banda de hambrientas águilas, disputándose el logro de asestar la formi-

dable garra sobre el sangriento flanco que incita su apetito.

Siguiendo su acostumbrada táctica, nuestros llaneros acometen, chocan y retroceden para ganar distancia y embestir otra vez con más violencia. Entre una y otra acometida, García repliega al paso, sin alterar la formación dada á su regimiento, y trata de alejarse de nuestros batallones. No obstante, á cada nueva carga se detiene, fulmina, hace rodar por tierra jinetes y caballos, y torna á retirarse dejando de sus pasos ensangrentada huella.

De esta suerte siempre acosados, y siempre resistentes, los Granaderos españoles, logran salir al fin de la llanura y ganar la escabrosa ruta de Valencia, donde con menos riesgo pueden hacerle frente á los patriótas escuadrones; allí ponen en juego dos piezas de artillería salvadas del desastre, y ora apoyados en las tortuosas quiebras del terreno, ora en los bosquecillos y colinas entre los cuales se desliza el camino, oponen doble resistencia á los ataques reiterados de la caballería republicana.

Dado el terreno donde de nuevo se traba la pelea y las opuestas armas que combaten, todas las desventajas están de nuestra parte. Para llegar á punto de cruzar el hierro de sus lanzas con las bayonetas españolas, nuestros jinetes, las más veces, se encuentran obligados, después de soportar el fuego de aquellos

veteranos y los disparos de su encubierta artillería, á saltar sobre zanjas profundas, á romper las tupidas malezas y á trepar por repechos erizados de breñas, capaces de inutilizar nuestros caballos y hacer inefica-ces los mayores esfuerzos; y todo eso, bajo la acción violenta de una copiosa lluvia que dura poco tiempo, pero que basta para formar arroyos en medio del camino y embarazar casi del todo los movimientos de nuestros escuadrones. En el lodo resbalan los caba-llos, caen, se levantan y trabajosamente pueden trotar sin riesgo de abatirse; la lucha, sin embargo, no des-maya, antes bien, tantas dificultades exacerba el enco-no de los llaneros furibundos. Cunde la emulación entre los más audaces, los choques se repiten con tal furia que espanta. Muy caro paga "Valencey" su intre-pidez y arrogancia: de sus compactas filas ve arre-batar sus Granaderos por la garra de bronce de aquellos fantásticos centauros que se encaraman sin escrúpulo sobre las erizadas bayonetas, que pisotean cuanto á sus pies se abate, y que vociferando con frenesí salvaje, sus personales triunfos, insultan al pro-pio tiempo á sus contrarios y maldicen con la misma energía á la bala que los echa por tierra y al espan-tado bruto que, sordo á los reclamos de la espuela, esquiva el fuego de la fusilería ó se encabrita y re-trocede ante la aguda bayoneta que hiere sus narices ó desaparece en sus entrañas.

Más de una vez durante aquella brega encarnizada, se vió saltar á tierra, abandonando los cerriles bridones que renunciaban al combate, á muchos de aquellos jinetes temerarios; acometer con furia al enemigo, luégo caer acribillados por las balas é intentar todavía, arrastrándose cual si fuéran serpientes, clavar la aguda lanza en el vientre de los soldados españoles.

Oh! fué entonces cuando García sintió gravitar sobre sus hombros todo el peso de la catástrofe que lo envolvía en la completa ruina de La Torre, y cuando asombrado por el valor creciente y la inagotable fortaleza de sus contrarios pertinaces, llegó á dudar de su futura suerte.

XXIX

La generalidad de nuestros jefes había tomado á empeño rendir á "Valencey," pero de todos ellos, los que no tomaron parte en la decisión de la batalla, eran los que mayor ahinco ponían en alcanzar tan codiciada gloria; de este número, el más esclarecido por mil títulos, era el jefe de la segunda División republicana, el "bravo de los bravos," el terrible Cedeño, que, ciego de despecho por no haber roto lanzas en la inmortal jornada, casi podía creerse

que agradeciera á "Valencey" la sin par entereza que mostraba, pues que ella le ofrecía ocasión oportuna para desahogar la tempestad que llevaba en el alma. A los ojos de aquel indómito soldado, "Valencey" aparecía como su presa, como la parte aún no apropiada del glorioso botín recogido por Páez y la primera División; él solo, quiere tener la gloria de hacerlo prisionero ó de aplastarlo al bote de su lanza bajo los piés de su caballo.

¡Destino, quién pudiera penetrar tus arcanos.... !

La gloria atrae como el abismo; ambos tienen sus vértigos.... el héroe se siente arrebatado y se deja arrastrar......

Toda la emulación y ardimiento que despierta y exalta la tenaz resistencia de los Granaderos españoles, se concentra en Cedeño: brilla en sus ojos con siniestros reflejos y da á la talla hercúlea de aquel terrible batallador de nuestras selvas, agigantadas proporciones. Al verle aparecer á rienda suelta, blandiendo con mano poderosa la formidable lanza: ceñudo el rostro y torva la mirada, al frente de un grupo de jinetes que más parecen leones y en el cual se distinguen, por su notoria intrepidez, Diego Ibarra y Rondón y Silva y Aramendi, Flores y Carbajal, nadie se atreve á disputarle el paso. Los cuerpos que á la sazón riñen con "Valencey" se abren en alas y le ceden el campo. Con la impetuosidad del hura-

cán, chocan Cedeño y sus jinetes contra el muro de acero del cuadro invulnerable que, para recibirlos, torna á formar García con todo el regimiento. Una sola explosión acompañada de insólito fragor resuena con estrépito; las bayonetas y las lanzas saltan en pedazos; y el formidable cuadro, cual si de pronto hubiera sido sacudido por el brazo de Hércules, experimenta violenta conmoción, cede al choque, se rompe y deja penetrar entre sus filas nuestros caballos impetuosos. Allí Cedeño hiere, taja y destroza cuanto resiste á su pujanza; segador insaciable, siembra la confusión y el espanto entre aquellos soberbios veteranos que ruedan á sus pies como abatidos por el rayo. A los ímpetus cada vez más violentos de sus empecinados contendores, acrece la confusión y el tumulto en las filas realistas. Medio regimiento yace por tierra bajo los cascos de los caballos; y Cedeño cuenta ya por suya la victoria, cuando la voz terrible de García y su indomable brío, devuelven á sus atropellados granaderos la perdida serenidad y todo su ardimiento. En medio del conflicto, á punto ya de sucumbir, "Valencey" hace un esfuerzo sobrehumano, sacude el peso que le postra, levanta la cerviz con arrogancia, estallan de repente sus volcados cañones y *el bravo de los bravos de Colombia*, el glorioso Cedeño, detenido de súbito por la traidora mano de la muerte ante los resplandores del más brillante de sus triunfos,

cae sin vida sobre las bayonetas enemigas sin haber dado cima á aquella su temeraria empresa.

Con semejante catástrofe, los contrapuestos lidiadores, á la par destrozados, suspenden el combate; nuestros jinetes se repliegan confusos y bañados en sangre; y delante del cadáver de Cedeño que llena el sitio de la ensañada lid, "Valencey" se estremece y retrocede amedrentado.

XXV

¡Así, tus hijos, patria mía, supieron batallar por conquistar su libertad é independencia! ¡y así murieron los que plugo al Destino arrebatarte en aquella jornada del definitivo vencimiento de tus seculares opresores! A tí, la herencia de sus glorias. Al mundo, el noble ejemplo de aquellas sus virtudes, que supieron probar en el martirio y que no alcanza á mancillar el infecundo soplo, atizador constante de mezquinas pasiones.

Después de aquel asalto tan rudo como infructuoso para nuestras armas, "Valencey" recobra la perdida esperanza de salvarse y con razón se cree á cubierto de mayores peligros.

Convencido el Libertador de lo ineficaz de los esfuerzos de su caballería para rendir á "Valencey"

en el terreno que á la sazón pisaba tan disciplinado regimiento, y no siendo posible darle alcance con nuestra fatigada infantería, hace montar á la grupa de los caballos parte de los batallones "Granaderos y "Rifles," y les ordena perseguir y detener á los veteranos de García, mientras los otros cuerpos que marchaban á pié y que seguían al trote tras sus huellas, lograban alcanzarlo. Acertada era la medida; pero desgraciadamente era tardía: "Valencey" nos había ganado gran ventaja, camino de Valencia, y poco distaba ya de esta ciudad.

A pesar de los repetidos rechazos que á cada nuevo asalto sobre el cuadro enemigo sufrían nuestros jinetes, no desmayan, antes bien, se enardecen. Durante las seis leguas que recorren en su gloriosa retirada los granaderos españoles, no cesan nuestros llaneros de acosarlos; y el áspero sendero riegan copiosamente con su sangre.

Víctima de su arrojo, el valerosísimo Mellados cae en Barrera, acometiendo á "Valencey." De tan intrépido soldado guarda la tradición la postrimera frase, llena de arrogancia: á tiempo que se lanzaba sobre las bayonetes enemigas, se ve emulado por uno de los suyos que se propone adelantársele; tal audacia exalta la bravura de Mellados, quien desgarra con la espuela los ijares del violento corcel en que cabalga, y dejando tras sí á su impetuoso camarada, le grita blandiendo con orgullo su poderosa lanza: "*compañero*,

por delante de mí, la cabeza de mi caballo;" minutos después estaba muerto.

Igual suerte le había tocado poco antes á los Coroneles Arraís y Melián y cupo luégo, en Tocuyito, al brioso Oliváres.

Con los postreros resplandores del crepúsculo llegaba "Valencey" á las primeras casas de las afueras de Valencia, cuando se vió atacado repentinamente por los "Granaderos" y los "Rifles" que, saltando de las grupas de los caballos que los trajeran al galope, le acometen con simultánea decisión.

Trábase allí de nuevo ardoroso combate: García se parapeta detrás de las empalizadas y en las derruidas paredes de aquella parte del poblado, y resiste algún tiempo el vivo fuego y el empuje de nuestra infantería. Luégo abandona tan socorridas posiciones; deja en nuestro poder su artillería y no pocos heridos, y, protegido por la oscuridad de la noche, gana al trote la vía de las montañas costaneras, en seguimiento de sus derrotados compañeros que se dirigen á Puerto Cabello.

Pocas horas después, García y La Torre se juntaban al pié de la montuosa cordillera, y entre las sombras de aquella otra *Noche Triste* para las huestes españolas, brillaron dos relámpagos que siniestros surgían de las pupilas de aquellos dos campeones, á tiempo que de sus nobles pechos, llenos de cólera y desesperación, brota-

ban á la par un suspiro profundo y un rugido incalificable.

El humo del último combate que sostuviera "Valencey", no se había disipado, cuando Bolívar y el ejército patriota ocupan á Valencia. Rápidamente dispone el Libertador las operaciones que deben practicarse sobre Puerto Cabello. Deja á Mariño al frente del ejército y, acompañado de Páez, y de uno solo de los batallones de la "Guardia", se dirige á Caracas, donde con suerte adversa combatiera en sus calles el ínclito Bermúdez, el mismo día que se sellaba en Carabobo la completa independencia de Colombia.

Hacía siete años que Bolívar no franqueaba las puertas de Caracas: siete años de combates, de sacrificios, de prodigios que llenaron de asombro al Continente, de gloria á Venezuela. Inmenso júbilo produjo su presencia en la noble ciudad, cuna y antorcha de la independencia sur-americana. El gladiador terrible, que perdidoso la abandonara en 1814, llegaba á sus puertas triunfador en 1821. Con la Capitanía General de Venezuela y el Vireinato de la Nueva Granada, perdía la España sus colonias de América.

Después de Carabobo, el ejército español se vió obligado á refugiarse en la fortaleza de Puerto Cabello; único pedazo de tierra que, al amparo de fosos y bastiones, quedara á la Metropóli de aquel inmenso territorio sometido á sus armas por tres siglos. Allí fué á

guarecerse el león soberbio de Castilla; mas no por largo tiempo: su amurallado recinto fué asaltado por Páez en 1823 y hubo para siempre de abandonar á Venezuela.

Carabobo sella nuestra emancipación: Bolívar emprende nuevas lides, y hasta el templo del sol conduce la victoria. Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho son las huellas del gigante; el brillo de su espada eclipsa los más altos prodigios de los conquistadores castellanos. Ella deslumbra á vencedores y vencidos y le arrebata á España la libertad de un muudo.

XXVI

Sesenta años se han interpuesto entre nosotros y aquellos días de inmarcesible gloria. Los rencores que suscitan las contiendas armadas, ya no existen: se olvidaron las violentas pasiones, la emulación terrible y la crueldad recíproca; sólo vive el recuerdo de las grandes hazañas y el renombre glorioso de aquellos heroicos lidiadores que opuestos en ideas, tendencias é intereses, riñeran con sin igual bravura en pro de sus banderas.

Una misma religión, idénticas costumbres, igual carácter, noble y generoso en los arranques de genial expansión, á la vez que terrible en las apasionadas manifestaciones de cólera y venganza: una madre común,

los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir, y una misma sangre, ardiente é impetuosa, circulando en las venas y manchando las manos de tan ensañados lidiadores, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como acontece en las guerras civiles. Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda, lo nuevo triunfó de lo viejo; la monarquía inclinó la cabeza y se irguió la república. La victoria, en síntesis, corresponde á la idea. Después de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta región del Nuevo Mundo, España no fué vencida sino por España. Las glorias castellanas no fueron empañadas: con la espada del Cid triunfó Bolívar: la histórica *tizona* blandíala un descendiente del héroe de Vivar.

ÍNDICE.